

# Te quiero a morir



*Anela Amme*

*Te quiero  
a morir*

*Anele Amme*

A "mi Ratón".

Por doce años de amor del bueno, incondicional, sincero, recíproco.

Ha sido un honor ser tu humana.

Gracias por elegirme.

© 2021 Anele Amme

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del autor.

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no es la intención del autor.

«Necesitaba un giro en mi vida. ¿Qué hice? Pues mudarme a Nueva York con dos cojones, o mejor dicho, con dos maletones. Cuando conocí a Jaime buscando un lugar donde vivir pensé que sería el compañero perfecto porque era majo, limpio y, ya podía estar de toma pan y moja, era tan creído que conmigo, de mojar, ni el pan en el mejunje de la ensalada.»

Cristina

«Puedo asegurar, por experiencia propia, que acostarte con tu compañera de piso no es una buena idea, por eso, cuando Cristina se presentó en mi casa para ver la habitación que se había quedado libre, pensé que ella era la mejor opción. Una española simpática vestida con pintas de mojigata: con ella no iba a tener tentaciones de ningún tipo.»

Jaime

Y esta es la historia de cómo nos comimos nuestras palabras.

# 1 Estancada

«*Drama Queen*» te sienta como anillo al dedo.»

*Jaime*

*Cristina*

—Dime que me quede contigo —supliqué—. Por favor, dime que me quieres y que no puedes vivir sin mí. —Oí cómo Javi se reía al otro lado de la línea.

—Cris... —intentó interrumpir mi monólogo.

Lo ignoré y seguí hablando.

—Pídeme que vuelva a casa. Dime que lo que estoy haciendo es una puta locura, que se me ha ido la cabeza. Ruégame que me quede, que ni se me ocurra subirme en ese avión.

—Cris... —Volvió a intentar interrumpirme, pero tampoco le dejé esta vez.

—A ti también te gustan esas películas donde un aeropuerto entero se paraliza para que una pareja no se separe en nombre del amor.

A esas alturas Javi estaba descojonado, y yo hiperventilando.

—A ver... cálmate, por favor. Has tomado la decisión correcta. —Resoplé—. Ahora estás histérica por el cambio, lo cual es normal dadas las circunstancias, pero todo va a salir bien. Es una experiencia muy enriquecedora que siempre has querido vivir. Es temporal, vas a volver. Yo y el resto de la gente que te quiere no te va a olvidar ni va a dejar de quererte por irte, y vamos a seguir aquí cuando vuelvas.

—¿Y si me he equivocado?, ¿y si todo sale mal y me echan del trabajo en cuanto llegue? No podré pagar el alquiler, vivir en Nueva York es muy caro y mis ahorros son limitados, tendré que mendigar por las calles y vivir debajo de un puente... moriré de hipotermia. No podréis recuperar mi cadáver porque no sabréis en qué puente vivía. No podréis esparcir mis cenizas en

Tulum, y ya sabes que quiero descansar allí toda la eternidad. Mi espíritu se revolverá nervioso y se te aparecerá en sueños...

—Ring, ring... Javi llamando a Drama Queen.

—Javi... —supliqué.

—Para de montarte películas en la cabeza. No va a pasar nada de eso. Y si pasara (que no va a pasar) y te quedases sin trabajo, lo único que tienes que hacer es coger un avión de vuelta a casa y listo. Nada de puentes.

Volví a resoplar.

Javi tenía razón, pero yo estaba tan nerviosa que no razonaba con normalidad. Estaba a punto de subirme en un avión rumbo a Nueva York y dejar atrás a mi familia y amigos. Iba a cambiar mi vida tal y como la conocía, ¿por qué? ¡Y yo qué sé! Yo era una persona feliz que disfrutaba de su vida, de su familia, de sus amigos y del trabajo.

Un día me desperté con la sensación de estar estancada, pero no era capaz de identificar el área en el que lo había hecho. Así que no sabía cómo resolver esa desazón que empezó a adueñarse de mí. Ese sentimiento de agobio no cesó y empecé a plantearme mi existencia. Necesitaba cambiar algo, pero ¿qué exactamente? Todo me iba bien, no me podía quejar de ningún aspecto de mi vida en particular. La repasé intentando encontrar una pista que explicase mi inquietud, mi necesidad de cambio.

Compartía piso con Javi, mi mejor amigo de toda la vida. Al principio nos dio un poco de miedo la idea de hacerlo, sentíamos que estábamos poniendo en juego una amistad que valía su peso en oro. En esa época, él estaba hasta las narices de sus dos compañeros de piso porque eran un poco cerdos y siempre se intentaban escaquear de limpiar, así que, cuando Álvaro y yo rompimos y me fui de su casa, los dos lo vimos claro: ¡nos la jugábamos!, nos íbamos a vivir juntos. Fue la mejor decisión que pudimos tomar, nos amoldamos el uno al otro muy rápidamente, sin grandes discusiones ni problemas, nos conocíamos taaan bien que ninguna de las manías que teníamos nos sorprendió y la convivencia fue muy fácil.

Mi familia era fantástica. Iba a verlos todos los fines de semana si estaba en Madrid. La comida de los domingos en casa de mis padres era cita obligatoria para mis hermanos y para mí. Disfrutábamos de la comida hecha por la mejor cocinera del mundo: mi madre. Nos reíamos con las amenas conversaciones de sobremesa. ¡No los podía querer más!

Tenía unos cuantos amigos, tampoco muchos, de esos de los que sabes que darían la vida por ti, y muchos conocidos de distintos círculos con los que hacer planes y salir por la noche.

En cuanto al trabajo... Bueno, me gustaba, lo cierto es que me gustaba y mucho, y —no es por tirarme flores— era muy buena, lo cual me resultaba muy cómodo porque no tenía que esforzarme mucho para sacarlo adelante.

Familia, amigos, trabajo: todo perfecto. Entonces ¿qué pasaba conmigo? Quizás ese era el problema, que todo estaba bien, no había en mi vida ni sobresaltos ni bajones, no había incentivos. En el fondo, necesitaba salir de mi zona de confort, enfrentarme a nuevos retos y vivir nuevas experiencias.

Un día estábamos Javi y yo en casa tirados en el sofá, arreglando el mundo, cuando empezamos a recordar nuestros días de universidad. Habíamos disfrutado tanto en esa época que el tema daba para días: las fiestas que nos habíamos corrido, los nervios por los exámenes, las partidas de mus, el dramón entre Marta y Alberto que duró casi dos años hasta que por fin los dos cabezotas decidieron romper con sus miedos y estar juntos, los días en los que estábamos todo el día en la facultad porque teníamos clase por la mañana y prácticas por la tarde... Un sinfín de vivencias.

En un momento dado recordamos a nuestros novios de esa época. El verano antes de empezar la universidad me lie con Sergio. Lo que empezó como un rollo de verano se convirtió en una relación seria que duró tres años, lo dejamos por muchos motivos justo al empezar el último curso, porque ya no había nada más que sacar a esa relación.

Recordé cómo después de haber roto, lo que peor llevé fue darme cuenta de todas las cosas que yo había dejado de hacer por estar con él, infinitas. Me arrepentía de todas y cada una de ellas, pero la que más me pesaba era no haberme ido de Erasmus. Desde que hube empezado la universidad siempre había pensado que sería genial pasar un año fuera y obligarme a crecer y vivir esa experiencia única, pero no lo hice, nunca llegué a echar la solicitud siquiera, en ese momento me compensaba el no separarme de él, prioricé estar con Sergio por encima de experimentar esa vivencia. En realidad, lo puse por delante de mis propias necesidades en muchos aspectos durante toda la relación pero, en general, todas las podía corregir en futuras relaciones, excepto el Erasmus, ese tren jamás volvería a pasar, y eso me corroía por dentro. En fin, de todo se aprende.

Después de aquella conversación con Javi, el runrún de que había dejado de vivir una experiencia que me parecía imprescindible por un tío que al final no había merecido la pena, no



se me iba de la cabeza. No hacía más que darle vueltas. Pensaba que a esas alturas de mi vida ya habría aceptado la renuncia al viaje como una cagada monumental. No tenía sentido darle vueltas tantos años después y, sin embargo, ahí estaban las mismas preguntas resonando en mi cerebro sin parar. ¿Cómo habría sido irme fuera de España yo sola? ¿Dónde me habría ido? Habría elegido Reino Unido casi seguro por el tema del idioma.

Me imaginaba a mí misma con veinte años yendo a la universidad de Oxford —por ejemplo—, viviendo en un college, trabajando por horas en alguna cafetería, conociendo gente nueva y yéndome de fiesta al estilo inglés. Poco a poco la idea de irme fuera de España fue tomando una forma más definida en mi cabeza.

Al principio no le hacía mucho caso, fantaseaba un rato con ella y me obligaba a pensar en otra cosa pero, poco a poco, la ilusión por salir a buscarme la vida fuera de España se fue haciendo más y más grande, y un día, mientras estábamos repantingados en el sofá, me encontré contándole a Javi que iba a hablar con mi jefa para trasladarme a Estados Unidos a trabajar. Lo curioso es que no se lo conté pidiendo su opinión, sino que le informé dándolo por sentado. Es de las pocas veces que he dejado a Javi sin palabras.

Al cabo de unos días, hablé con mi jefa, le expliqué que necesitaba un cambio de aires y que había pensado en mudarme a Estados Unidos. Unos meses antes, habían pedido personas para trabajar allí de modo temporal, debido a la escasez de gente con mi perfil, así que imaginé que no sería un problema mover los hilos necesarios para que aceptasen mi solicitud de traslado pero, aun así, fue un proceso lento hasta tener todo el papeleo en regla.

Cuando ya fue una certeza y no solo una idea en mi cabeza, escribí a Sarah, una compañera de la oficina de Nueva York, contándoselo todo. Ambas habíamos coincidido en el mismo proyecto unos años atrás y congeniamos muy bien, pero no nos conocíamos en persona. Se había creado entre nosotras un vínculo de confianza que había trascendido más allá de lo profesional. Aunque el proyecto había acabado hacía un año, seguíamos manteniendo relación. Por eso, cuando decidí mudarme a Estados Unidos, ella fue una de las primeras en saberlo.

Me puse en contacto con ella a un par de semanas antes de mi marcha para que me ayudase con la búsqueda de piso. El alquiler en Nueva York era muy caro y no quería estar muchos días alojada en un hotel hasta encontrar un lugar para vivir, y para eso tenía que organizarme muy bien.

Mi intención era quedarme en un hotel cuando llegase, pero Sarah insistió para que lo hiciera en su casa. Tenía un pequeño estudio con un sofá cama que podía utilizar todo el tiempo

que necesitase. Me negué, por supuesto, pero insistió, insistió, y me dejé convencer. La verdad es que era un encanto de chica y le estaba muy agradecida por toda la ayuda. Incluso iría al aeropuerto a buscarme en el coche cuando llegara. ¡Un solete! Llegar a un país nuevo y tener a alguien cuidando de ti los primeros días, es algo que no tiene precio.

Total, que ahí estaba yo, sufriendo un ataque de pánico en mitad del aeropuerto de Barajas, mientras hablaba con el que, justo en ese momento, había dejado de ser mi mejor amigo por no pedirme que me quedara con él en casa. ¡Esa me la pagaría! Sería el primero al que mi espíritu enfurecido visitaría después de haber muerto bajo un puente.

—Estoy cagada de miedo.

—Lo raro sería que no lo estuvieras. Tranquila, amor. ¡Eres una *crack*! Estoy seguro de que todo va a salir bien. Además, sabes que, en cuanto pueda, voy a ir a verte; no te vas a librar de mí tan fácilmente —replicó, divertido—. Tú recórrete la ciudad estos primeros meses y apréndete todos los sitios que solo conocen los autóctonos, y así me enseñas una perspectiva de la ciudad diferente cuando yo vaya.

—Lo sé. Pero ¿y cuándo? Este verano ya me dijiste que es imposible. ¿Sabes más o menos en qué fechas podrías venir? —Necesitaba agarrarme a un clavo ardiendo.

—Mmm... supongo que para octubre o así; efectivamente, este verano es imposible, no voy a poder coger vacaciones. Estoy con el artículo a tope, lo queremos mandar a finales de agosto a revisión y tenemos que repetir algunos experimentos antes, vamos a contrarreloj. Ya te diré más adelante.

En ese momento anunciaron la puerta de embarque de mi vuelo en los monitores. Me despedí de Javi asegurándole que le llamaría cuando hubiera llegado. Respiré profundamente, la ilusión por el cambio se fue abriendo paso entre el miedo que sentía y, con determinación, me dirigí a la puerta de embarque indicada. ¡Comenzaba una nueva aventura!

## 2 Craso error

*«Sí, sí... craso error, pero si no lo hubieras cometido, no habrías acabado conociéndome a mí.»*

*Cristina*

*Jaime*

—¡Eres un cabrón! —me gritó Kimberly con todas sus ganas.

Respiré hondo intentando tranquilizarme, no era plan que yo también perdiese los papeles. Era una situación delicada y, siendo sincero, era ella quien se llevaba la peor parte, pero tampoco le iba a permitir insultarme por ello.

—Kim, por favor, tranquilízate y hablemos como dos personas adultas. ¿Me puedes explicar por qué soy un cabrón? Porque hasta donde yo sé jamás te prometí amor eterno. ¡Fue solo un polvo!

Me arrepentí de mis palabras en el mismo momento en que las pronunciaba. Me taladró con sus ojos verdes.

—Solo un polvo —repitió dolida.

Inspiré despacio para calmarme, no quería decir nada de lo que me pudiera lamentar después.

—Anoche los dos bebimos... y mucho. A los dos nos apetecía echar un polvo y eso hicimos. Nos lo pasamos muy bien, pero nada más. No hice ni dije nada que te diera pie a pensar que quería algo más.

—Todo eso lo entiendo. Te conozco y sé que no quieres atarte a nadie. Lo que no entiendo es por qué me rechazas ahora —replicó.

—No puede volver a pasar. Nosotros compartimos piso, no deberíamos haber incluido el

sexo en nuestra relación.

Sus ojos reflejaban dolor.

—Vamos, que lo que me quieres decir es que te arrepientes de haberte acostado conmigo —confirmó más que preguntó.

No sabía cómo contestar a eso sin ofenderla. Si le decía que sí, heriría su amor propio, y si le decía que no, le estaría mintiendo y le daría alas para pensar que podía haber algo más entre nosotros. Y eso había que cortarlo de raíz. Estaba claro que no iba a salir ileso de la situación.

—No lo hago. Sabes que te aprecio mucho. Nos llevamos muy bien. El sexo anoche fue muy bueno. Pero creo que mezclarlo en nuestra relación no ha sido la mejor de las ideas. Tenemos que vivir en el mismo piso y el sexo siempre lo complica todo. Por eso creo que es mejor olvidarlo y seguir como hasta ahora, como compañeros de piso.

—¡No me lo puedo creer, Jamie! ¿En serio no quieres volver a acostarte conmigo? No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Es solo sexo, acostarnos de vez en cuando.

—En otras circunstancias... —Me callé, no quería mentirle, en otras circunstancias tampoco habría pasado nada más allá de una noche.

—Jamás me había sentido tan humillada. —Se encerró en su habitación dando un portazo.

Me estaba proponiendo la clase de relación que tenía con Anna, pero yo sabía que ella no era de ese tipo de chicas, ella necesitaba algo más, y yo no se lo podía dar. Llevaba más de un año compartiendo piso con ella y había visto que siempre se implicaba en las relaciones, aunque durasen un mes. Por no hablar de que acostarse con la chica con la que vives es como tener novia, y eso sí que no lo contemplaba.

Kim era una chica fantástica, de verdad, era simpática, generosa, tranquila, dulce y considerada, hacía fácil la convivencia, nos llevábamos muy bien, pero no teníamos nada en común, y aunque habíamos estado compartiendo piso más de un año, no me había fijado en ella en ese sentido nunca. Era muy atractiva, alta, con una melena lisa rubia que le llegaba por los hombros, tenía el pecho generoso y una mirada verde felina muy bonita. Estaba muy buena, pero quizás por ser compañeros de piso nunca me había planteado nada con ella. Hasta el sábado pasado.

Neil y yo salimos del hospital después de un turno de doce horas, estábamos cansados y

hambrientos, así que fuimos a mi piso con intención de tomarnos unas cervezas tranquilamente y pedir unas pizzas para cenar. Cuando llegamos a casa, nos encontramos con que Kim estaba lista para irse de juerga: se había maquillado a conciencia y se había puesto un vestido que se le ajustaba al cuerpo como un guante y unos tacones altos. Estaba muy atractiva.

Nos dijo que había quedado con unas amigas para ir a un *pub* que está cerca de casa al que solemos ir a tomarnos una copa de vez en cuando. Hay buen ambiente, ponen buena música, pero no muy alta, así que se puede mantener una conversación sin tener que gritar.

—¿Tus amigas están tan buenas como tú? —preguntó Neil guiñándole un ojo.

Kim se rio.

—No tienes remedio —le contestó.

—Lo sé, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Están buenas? —contraatacó.

Kim se dio por vencida.

—¿Por qué no bajáis cuando acabéis de cenar y lo compruebas por ti mismo? —respondió.

Neil puso una sonrisa ladina y asintió con la cabeza confirmando que iríamos más tarde a conocer a sus amigas.

Cuando acabamos de cenar, decidimos ir al *pub* con la idea de tomarnos una copa y retirarnos pronto a descansar. Neil no trabajaba el domingo, pero yo tenía turno de tarde y no me quería liar demasiado.

Kim estaba al fondo del garito con tres amigas de su trabajo, yo ya las conocía de coincidir con ellas en casa en alguna ocasión, pero Neil no. Cuando las vio, el ligón que habita en él salió a la superficie desplegando todo su encanto. Había fichado a una de las amigas de Kim, una castaña muy guapa con un cuerpo curvilíneo, el prototipo de mujer que le gustaba.

Nos pedimos una copa y empezamos a hablar con las chicas. Bueno, la historia de siempre, supongo: salir con la idea de tomarse solo una copa y acabar borracho como una cuba haciendo eses por la calle. Pues eso pasó. Cuando cerraron, íbamos todos muy pedo, Neil se fue en un taxi con una de las amigas de Kim, las otras nos acompañaron casi todo el camino a casa, al parecer vivían en una calle cercana. Los cuatro íbamos bastante tocados. Nos separamos una

manzana antes de nuestro edificio.

Tuve que hacer varios intentos para meter las llaves en la cerradura del piso hasta que, al final, pudimos entrar. Nos acercamos a la isla que separa la cocina del salón para dejar las cosas y ella se apoyó contra mi cuerpo intentando mantenerse dignamente en pie. Yo la sujeté por la cintura y entonces me miró. Kim tenía esa mirada llena de deseo que prometía sexo del fuerte, lo que en ese momento me pareció un buen fin de fiesta.

Craso error.

La acerqué más a mi cuerpo mientras mi boca buscaba la suya con deseo y tiraba de su vestido hacia abajo para sacárselo por los pies. Mi camiseta siguió el mismo camino y acabó tirada en el suelo junto a su vestido. Intenté desabrochar el sujetador de encaje, pero mis torpes dedos no fueron capaces. Volví a intentarlo y fracasé de nuevo. Lo dejé por imposible, el alcohol no era un buen aliado contra esos malditos objetos diseñados por el diablo.

Gruñí de frustración contra su boca y Kim se rio ante mi reacción, separó su boca de la mía y, mirándome a los ojos, se desabrochó el sujetador liberando sus grandes pechos. Empecé a acariciar sus pezones mientras ella me desabrochaba el botón del pantalón y acariciaba mi erección de arriba abajo. Fuimos dando tumbos a mi habitación mientras nos besábamos, no había suavidad en esos besos, solo deseo y urgencia. Nos acabamos de desvestir y se tumbó en la cama.

Abrí la mesilla y cogí un preservativo, ella me lo quitó de las manos y me lo colocó antes de tirar hacia mí para quedar colocado justo encima de su cuerpo. Comenzamos a acariciarnos y a besarnos por todo el cuerpo. A los dos se nos escapaban gemidos de placer. Metí una de mis manos entre nuestros cuerpos buscando su sexo, noté que estaba húmeda al introducir el dedo índice. Gimió con fuerza e introduje otro dedo más en la vagina mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar. Yo seguía jugando con su sexo y ella se retorció debajo. Sentí que los músculos de su vagina se contraían con fuerza alrededor de mis dedos y un sonido gutural salió de su garganta mientras se aferraba a las sábanas de mi cama.

Cuando acabó su orgasmo y se recuperó un poco, se movió debajo de mí colocando mi pene en su entrada y elevó las caderas hacia arriba para introducirlo casi del todo. Gemí y empecé a moverme dentro de ella. Al principio despacio, hasta adaptar del todo nuestros cuerpos.

Kim levantó la cabeza hasta colocar su boca a la altura de mi oído y susurró «me gusta

fuerte». No necesité más incentivo, inicié un ritmo frenético que siguió sin ningún problema. Así no iba a aguantar mucho más. Salí de ella arrancándole un gruñido a modo de queja. Necesitaba unos segundos para no correrme tan rápido. Le di la vuelta sobre la cama y la insté a ponerse a cuatro patas. Me coloqué detrás de ella y con las manos le acaricié los pechos. Kim echó sus nalgas hacia atrás reclamando mi atención.

La agarré de las caderas y volví a introducirme dentro de ella con un gemido. Sin soltarla, comencé a embestir, fuerte, como me había dicho que le gustaba. Yo embestía y ella jadeaba. Gemí. Notaba cómo el placer iba en aumento, pequeñas contracciones se estaban adueñando de mi pene. Presioné su clítoris con una de mis manos y Kim gritó mi nombre. Noté cómo su vagina me apresaba mandando una ola de placer por todo mi cuerpo, y en ese momento me corrí. Tardé unos segundos en recuperarme. Me aparté, retiré el preservativo y me tumbé a su lado en la cama. Nos quedamos dormidos casi al instante.

Me desperté con un palpitante dolor de cabeza que me taladraba las sienes.

«¡Maldita resaca!».

Me giré para mirar la hora en el despertador que tenía encima de la mesilla y entonces la vi: Kim.

«¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder!, con Kim no. ¡Joder! ¿¡Cómo soy tan gilipollas!? ¿Cómo me pareció una buena decisión acostarme con ella?».

Volví a mirarla: dormía plácidamente en mi cama con la sábana enrollada en sus piernas dejando sus pechos a la vista. Recordé cómo la noche anterior había tocado y lamido esos pechos y se me empezó a poner dura al instante.

«Amiguito, no te pongas tan contento que no te vas a ir de fiesta ahora; la hemos cagado, pero bien».

Kim era mi compañera de piso y eso no debería haber pasado.

«¿Y ahora qué?».

Lo mejor era hablarlo y dejar las cosas claras, habíamos cometido un error y, aunque había estado muy bien, no debía volver a pasar.

«Seguro que lo entiende y estará de acuerdo, ¿no?».

Intentaba creérmelo, pero en el fondo sabía que ella no tendría la misma opinión. Si bien era una chica muy dulce en general, también era muy emocional, así que seguro que acabaríamos discutiendo. Empecé a agobiarme con el asunto, no sabía cuál era el mejor modo de encarar la situación. Kim seguía durmiendo. Tenía que irme de allí y pensar con tranquilidad cómo afrontar el asunto. Salí de la cama, me vestí rápidamente con ropa de deporte y fui a la cocina a coger una pastilla para la resaca y me marché a correr.

Cuando volví a casa, Kim estaba desayunando en la isla de la cocina. Sonrió al verme entrar y se acercó a mí.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien? —me saludó acercándose.

—Buenos días. Sí, he dormido bien, pero tengo una resaca de caballo, ¿tú qué tal?

—Pues muy bien después de lo de anoche —ronroneó.

«¡Mierda!».

Había llegado hasta mí y había pegado su cuerpo al mío. Di un paso atrás dejando una distancia adecuada entre nosotros. Frunció el entrecejo ante mi reacción, pero no dijo nada y volvió a acercarse. Me volví a separar y le dije que teníamos que hablar de lo que había sucedido la noche anterior.

Y el resto ya lo sabéis: después de hablar con ella y explicarle mi postura, ella se enfadó, incluso me llamó cabrón y se encerró en su habitación. Yo solo esperaba que, con el correr de los días, la cosa mejorase y, con el tiempo, todo volviese a la normalidad. ¡Qué equivocado estaba!



### 3 Murphy, eres un cabrón

*«¡Deja de hacerte la dramática que no es para tanto!»*

*Jaime*

*Cristina*

A veces me alucina el poder de las palabras: juntas unas pocas, formas una sencilla frase y tu mundo cambia, se desestabiliza.

Hay frases lapidarias universalmente conocidas que dan auténtico pavor porque sabes que algo terrible va a pasar, frases como «tenemos que hablar», «¿no tienes nada que contarme?», «el jefe te está buscando» o «tranquila, que yo controlo».

Luego están esas frases que no son tan conocidas, pero que son igual de lapidarias, que irrumpen en tu vida como si nada, y no estás preparado para el desaguisado que viene después.

«LAST BAG» leí en el ladrillo azul que escupió la cinta transportadora.

«¿Cómo que «last bag»? ¿¡¡¡Cómo que «last baaag»!!!? ¿Y mis maletas? ¿Dónde coño están mis maletas?».

Empecé a hiperventilar. ¡No podía estar pasando!

«¡Murphy, no seas cabrón!».

Había tardado casi dos horas en pasar el control policial en el que me hicieron enseñarles el visado de trabajo —que miraron con lupa—, contesté mil millones de preguntas, algunas las repitieron hasta tres veces; «¡vamos a ver: si te he dicho que mis padres son los dos españoles es que son españoles y te voy a contestar lo mismo la segunda, la tercera y la enésima vez que me lo preguntes también!».

Cuando por fin los policías me dejaron ir, estuve más de una hora esperando para ver salir los dos maletones por la cinta, y casi me da un infarto cuando lo que apareció fue la señal

indicando que ya había acabado de salir todo el equipaje de mi vuelo. Solo quedábamos allí un hombre de unos cuarenta y tantos y yo, ambos con cara de asombro y cabreo.

No podía ser cierto, tenía que haber un error, mi cerebro ni siquiera contemplaba la posibilidad de que esto pudiera pasarme a mí. Había montado en avión miles de veces y jamás había tenido ese tipo de problema, esas cosas les ocurrían a otros, no a mí.

«¡Vale, tranquila! Fijo que me he quedado en babilia un rato y no he visto las maletas en la cinta transportadora. Vale, voy a quedarme aquí otro rato a ver cómo da la vuelta completa la cinta, que seguro que aparecen».

No aparecieron. Cuando volví a ver el ladrillo azul y mis maletas no habían hecho acto de presencia, entendí que tenía un problema, grande no, gigante.

Casi me pongo a llorar, sin darme cuenta tenía la vista borrosa, los ojos llenos de lágrimas que apenas podía contener. Me sentía pequeña y desamparada, como una niña que no encuentra a sus padres en el supermercado. No sabía qué hacer.

Estaba en el aeropuerto de Nueva York dispuesta a empezar una nueva vida y... ¡tachááán! Todas las cosas que necesitaba para vivir estaban en esas maletas a saber dónde. Toda mi ropa, el calzado, fotos de mi familia y amigos, el neceser, la cajita con mis tesoros, mis juguetitos. Todo.

«¡Mierda, mi vibrador! Con lo bien que me vendría ahora para relajarme un poco».

Todo estaba en paradero desconocido.

Lo único que tenía conmigo era la mochila del ordenador con mi portátil personal, la *tablet*, el *ebook*, unas bragas de repuesto que siempre metía por si acaso, «¡menos mal!», y un par de calcetines que había cogido en el último minuto porque iba en sandalias y a veces se me congelan los pies en los aviones. Es que ponen el aire acondicionado a tope.

Fui al puesto de atención al cliente donde el hombre de la cinta transportadora estaba hablando con una chica en un tono más elevado de lo socialmente aceptable —incluso para mí, que soy española—. ¡Vamos, que estaba montando un pollo de cuidado! Aproveché el rato para llamar a Sarah y explicarle lo que había pasado y decirle que era mejor que me esperase en cualquier cafetería del aeropuerto tomándose algo, porque no sabía lo que iba a tardar en solucionar el asunto.

Cuando, después de un rato, el señor se fue —bastante mosqueado— y me tocó a mí, la misma chica, muy amablemente, me explicó que no sabían lo que había ocurrido con mi equipaje, que lo único que podía hacer era completar un formulario de reclamación y esperar. No me podían confirmar si mis maletas aparecerían ni —en el caso de que ocurriese— cuándo.

A día de hoy todavía no me explico cómo conseguí mantener la calma en ese momento; en otras circunstancias el pollo que había montado el hombre habría sido una mísera anécdota comparado con el mío. Pero ahí estaba la niña pequeña, que digo pequeña... ¡minúscula! En estado de *shock*, actuando como un autómata.

Si la chica me decía que lo sentía mucho bla bla bla, yo asentía con la cabeza; si la chica me decía que había que rellenar unos papeles, yo los completaba; que firmara aquí, yo firmaba; que la chica me decía que me llamarían en cuanto localizasen las maletas, pues yo volvía a asentir.

Avisé a Sarah de que ya había acabado de poner la reclamación y me dirigí a la salida. Me había dicho que llevaría una falda y una camisa, así que, cuando atravesé las puertas, hice un barrido de las personas que estaban esperando para identificarla: varias familias con pancartas de bienvenida, chóferes que sujetan letreros con nombres impresos, varios hombres solos y varias mujeres. Me arrepentí de no haberle pedido una foto para ver cómo era. Me fijé en las mujeres con más detenimiento: de las cinco que había, tres llevaban falda y camisa, todas rondaban los cuarenta, año arriba, año abajo.

«Pinto, pinto, gorgorito... Venga, me la juego, la rubia, que parece la más simpática».

Me acerqué:

—Hola, ¿Sarah? —le pregunté directamente.

—No, lo siento. Suerte —dijo en tono amable.

—Gracias. —Me alejé levantando una mano a modo de despedida.

Justo cuando iba a abordar a una de las morenas, una señora a la que no había visto antes se me acercó sonriente. Y digo señora porque iba vestida como mi abuela. La miré fijamente con los ojos entrecerrados y percibí que era mucho más joven de lo que aparentaba a simple vista. Si bien su ropa era de abuela cebolleta, su cara pertenecía a una mujer de unos treinta y cinco años. Es increíble lo que engañan las apariencias. Le sonreí.

—Sarah, ¿verdad?

—Cristina, cómo me alegro de conocerte en persona por fin. —Acortó la distancia que nos separaba y me abrazó—. Siento mucho lo que ha pasado con tu equipaje, pero no te preocupes, seguro que aparece y todo se queda en un mal recuerdo.

No había sido consciente de cuánto necesitaba un abrazo amigo hasta que me vi envuelta en los brazos de Sarah. Mi cuerpo se relajó un poco ante la muestra de consuelo y me puse a llorar por toda la tensión acumulada del interrogatorio durante el control policial y por la pérdida de las maletas, pero también lloraba porque el cambio de mi vida de pronto se hizo real y tangible, no había vuelta atrás y yo había aterrizado en esta nueva etapa con mal pie.

Hasta que llegué al aeropuerto en Nueva York, todo había sido como una especie de sueño en el que tenía la sensación de poder rajarme en cualquier momento, y eso me hacía sentir segura. En la puerta de salidas del aeropuerto, llorando como una magdalena abrazada a Sarah, fui consciente de que había llegado a un punto de inflexión en el que no había marcha atrás, o por lo menos no de una manera sencilla.

«Tranquilízate, respira, menudo espectáculo estás dando y solo acabas de llegar. Inspira, expira, inspira, expira».

Solté el aire despacito y, poco a poco, fui relajándome. Avergonzada, me disculpé con Sarah por la lamentable escena que había montado. Ella le restó importancia al asunto rápidamente y me distrajo contándome una anécdota que le había pasado cuando iba a buscarme al aeropuerto.

«¡Menudo solete de chica!».

Durante todo el trayecto a casa, me estuvo hablando de cosas varias, se lo agradecí infinitamente, porque yo no estaba muy comunicativa. Todavía no había recobrado las fuerzas suficientes para explicarle por qué me había puesto a llorar como si no hubiera mañana. Sarah era muy intuitiva y respetó mi silencio.

Cuando llegamos a su piso, dejé la mochila en un rincón y me senté en el sofá que sería mi cama durante los días que estuviera en esa casa, intentando asimilar dónde estaba y lo que significaba. Sarah apareció con un bote de kilo de helado de chocolate y dos cucharas.

«¡Como en las películas!».

Me ofreció una de las cucharas y me encontré sonriendo ante la perspectiva de un atracón de dulce. Y sí, en ese momento me relajé y empecé a hablar de mis emociones con ella. Lo necesitaba. En fin, ¡lo que no arregle el helado de chocolate!

## 4 Siempre puede ir a peor

«¿Y ahora quién es el dramático?»

*Cristina*

*Jaime*

El infierno hubiera sido un lugar más acogedor que mi piso los días que siguieron a la discusión con Kim. Al principio ella estaba alicaída, se notaba que no estaba cómoda con la situación. Si nos cruzábamos por casa, me esquivaba, agachaba la cabeza, ni me miraba y hablábamos lo justo y necesario para la convivencia: si había que comprar papel higiénico o si había hecho ya el pago del alquiler.

Yo intentaba no pasar demasiado tiempo en casa, y cuando estaba, a veces me encerraba en mi habitación o me metía en el despacho con cualquier excusa, como leer un artículo sobre los últimos avances en el tratamiento contra la leucemia o hacer cualquier otra cosa que se me ocurriese. Mi intención era darle espacio para normalizar la situación.

Después de un tiempo empecé a dejarme ver más gradualmente y a intentar hablar con ella de un modo normal. Elegía temas insustanciales para no tentar a la suerte, pero a pesar de mis intentos, ella no estaba muy por la labor de entrar en las conversaciones.

Con el paso de los días desistí. Yo ya me había acostumbrado a lidiar con el gélido ambiente que había entre nosotros. Kim y yo vivíamos en la misma casa, pero no convivíamos; era como estar en el Polo Norte en pleno centro de Nueva York.

Me arrepentía de que la buena relación que había entre nosotros se hubiera estropeado ¡por un puto polvo!, que había estado muy bien, sí, pero no merecía la pena. *Mea culpa.*

Ya había tenido antes ese mismo problema con otras chicas con las que me había acostado, a pesar de avisarles de que era sexo de una noche; el problema es que con Kim no habíamos hablado de qué estábamos haciendo. Íbamos borrachos y ni se me pasó por la cabeza tener esa conversación; lo cierto es que nunca imaginé que ella pudiera tener ningún tipo de

interés en mí. Si hubiese albergado la más mínima sospecha, jamás habría pasado. Bueno, quizás sí, íbamos muy borrachos.

Pasaron un par de semanas hasta que noté un cambio en su actitud. Kim empezó a no rehuirme, me miraba cuando le hablaba y empezó a contestar con algo más que monosílabos. Los días iban pasando con pequeños acercamientos por ambas partes. Me alegré de ver que, poco a poco, íbamos camino de volver a tener una convivencia más cercana a lo normal. ¡O eso pensaba yo! ¡Qué equivocado estaba!

La tercera guerra mundial se desató en casa un jueves, cuando estaba en el sofá viendo la tele, y recibí una llamada de Anna mientras Kim se preparaba algo para picar en la isla de la cocina.

—Hola, Anna.

—Hola, guapo. ¿Qué haces? ¿Tienes planes para hoy? —me preguntó.

—No, estoy aquí tirado viendo la tele.

—¿Qué ves?

—*Breaking bad*.

—¿Otra vez? ¿No te cansas nunca de ella? Da igual, no me contestes. Por cierto, ¿dónde te has metido hoy? Te he estado buscando toda la mañana y no te he encontrado. Quería saber si te apetecía que nos viéramos esta noche. Había pensado ponerme un picardías, pedir comida china y abrir una botella de vino. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas? —propuso con voz sensual.

Esa era una de las cosas que más me gustaba de Anna, que estaba a gusto con su sexualidad y no tenía ningún reparo en decir lo que quería.

Nos conocimos unos seis meses atrás, poco después de que fuera contratada como enfermera oncológica. Me la presentó Neil un día que quedamos varios colegas para tomar unas cervezas después de acabar el turno de tarde, y ella se unió junto con otras enfermeras.

Desde el primer momento tuvimos una química sexual enorme. El sexo con ella era cojonudo, así que quedábamos de vez en cuando para follar y no nos metíamos en la vida del otro.

—En una hora estoy en tu casa —contesté.

Soltó una risita victoriosa, se despidió y colgó. Sonreí por la antelación de tener una noche de sexo con Anna.

Y entonces se desató el infierno. Cuando dejé el móvil en la mesa y levanté la vista, Kim estaba frente a mí, con cara de pocos amigos y los brazos en jarras.

—¡Eres un cabrón! —me gritó.

Parecía un *déjà vu*. ¡Qué manía con llamarme cabrón! ¿Y por qué? No lo entendía.

—No sé qué mosca te ha picado, pero no vuelvas a insultarme —le dije bastante mosqueado. No sabía a santo de qué venía eso ahora, pensaba que las cosas iban mejorando con ella, y de repente era un cabrón.

—Vale, perdona, no debí hacerlo —se disculpó—. Has quedado con Anna, ¿no?

¿¡Así que era eso!?! Se había cabreado porque iba a quedar con Anna. Ambas habían coincidido muchas veces en casa desde que Anna y yo empezamos a acostarnos juntos. Kim sabía perfectamente el tipo de relación que teníamos.

—No creo que eso sea de tu incumbencia —respondí tajante. Sabía que estaba dolida por mi rechazo, pero eso no le daba ningún derecho a insultarme o decirme con quién podía follar y con quién no.

Me miró fijamente, tenía los labios apretados por el cabreo, parecía tener miedo de abrir la boca y que saliesen sapos. Respiró profundamente y, cuando acabó de expulsar el aire, su cara estaba más relajada.

—Es que no entiendo por qué con ella sí y conmigo no —me espetó.

«¡MIEEERDA!» ¿Cómo cojones contestar a eso? Nada de lo que pudiera decir iba a arreglar ese lío.

—A ver... la pregunta no es por qué con ella sí y contigo no. La pregunta correcta sería por qué contigo no. Lo que yo haga con Anna pertenece a mi intimidad y no tengo por qué darte explicaciones de ello. Ya hablamos en su momento y te aclararé por qué no debemos seguir acostándonos. Vivimos juntos, Kim, no es una buena idea mezclar el sexo cuando compartes piso. El hecho de que me estés increpando por este tema otra vez, me da la razón. —Lo sé, a veces puedo ser bastante seco.



—Ya lo hemos mezclado, ¿por qué no podemos seguir haciéndolo?

—Porque vivir juntos y follar es como tener una relación, y nosotros no tenemos una relación.

—¿Tan malo sería?

—¿El qué? —pregunté.

—Intentarlo.

—Intentar ¿el qué? —insistí. No quería contestar a algo que no era. Mejor todo claro.

—Intentar tener una relación.

«¡Mierda!».

—No, Kim, eso no va a pasar —respondí bastante seco. Esperaba que no se pusiera a gritarme, insultarme o llorar.

—Está bien —dijo después de un minuto en el que la tensión se podía cortar con cuchillo. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas en sus ojos verdes—. Me voy de aquí. Voy a buscar otro piso. Te avisaré en cuanto encuentre otro lugar donde vivir para que puedas buscar nuevo compañero de piso... ¡Ah! Y un consejo: mejor que sea un chico, así evitas las tentaciones y no haces daño a nadie más.

Se encerró en su habitación dando un portazo otra vez. Definitivamente era un *déjà vu*.

## 5 Nada de líos

«*Mejor todo claro entre nosotros. ¡Tampoco fue para tanto!*»

*Jaime*

### *Cristina*

Después de dormir y tomarme el desayuno que me había preparado Sarah, me encontraba de mejor humor. Ella —que es un solete— me había organizado citas durante toda la semana para ver pisos compartidos que cumplieran los requisitos básicos que yo le había contado: que su precio no fuese desorbitado y que no estuvieran a más de dos kilómetros a pie de la oficina.

El lunes siguiente era mi primer día de trabajo, justo en una semana, así que no tenía mucho tiempo que perder si quería estar instalada antes de empezar a currar y no abusar de la hospitalidad de Sarah.

Es verdad que me había dicho varias veces que no me preocupase por nada, que me podía quedar en su casa el tiempo que quisiera, pero tenía que resolver ese tema cuanto antes por mi salud mental.

Los tres siguientes días los pasé buscando un hogar y llamando a diario a la compañía aérea para ver cómo iba el tema de mis maletas. El martes, cuando regresaba a casa de Sarah, pasé por una tienda de *delicatessen* y me decidí a entrar, quería tener un detalle con ella, se estaba portando genial conmigo. Salí de allí con varios paquetitos de jamón serrano al corte envasados al vacío. Seguro que le encantaba. ¡¿A quién no le gustaba el jamón?!

Cuando fuimos a cenar, saqué el paquetito de jamón, le dije que era típico de España, que estaba delicioso, yo ahí, expectante antes su reacción... total, que la sorpresa me la llevé yo cuando me dijo que era vegetariana. Me sentí fatal, no daba una a derechas.

Esos tres días vi un total de doce pisos, y ninguno me encantó como para decidirme.

Las fotos colgadas en la red de muchos de ellos las debía haber hecho un gran profesional,

porque no se asemejaban en nada a la realidad: con habitaciones mucho más pequeñas de lo que parecía; otros eran auténticos estercoleros, con todo desordenado, cosas tiradas por el suelo y los platos sin fregar en la encimera que parecían llevar allí semanas.

En una de las viviendas directamente ni entré. Me abrió la puerta un hombre en calzoncillos rascándose los cojones... literalmente. Le dije que me había equivocado y me largué de allí casi corriendo.

En otro, la habitación la alquilaba un matrimonio mayor. Eran encantadores, pero yo ya tenía unos padres amorosos y protectores y me había ido de casa con veinticuatro años para vivir mi independencia. ¡Ni de coña!

Uno de los que no descarté del todo fue el de una chica un poco más joven que yo y que parecía simpática. Lo que me mosqueó fue que dejó caer de pasada que esperaba que no me molestase la música, que iban amigas habitualmente a casa y que a veces se acostaban un poco tarde, ¡vamos, que le gustaba la fiesta más que la wifi gratis!

El miércoles por la tarde me llevé una alegría ¡por fin! Me llamaron de la compañía aérea: ¡habían encontrado mis maletas! Casi lloro de la emoción. Estaban en Hong Kong. ¡¡¡Hong Kong!!! Llegarían al aeropuerto al día siguiente y podría ir a recogerlas. Cuando llegué a casa, Sarah y yo lo celebramos con una botella de vino.

El jueves amaneció gris y hacía un poco de fresco. La única ropa que tenía eran unos leggings y una camiseta de manga corta, con la que había venido vestida desde Madrid el domingo.

¿Os he contado ya cómo es Sarah? ¿No? Pues Sarah es una mujer de treinta y cuatro años, muy guapa y con un cuerpo escultural que viste como si tuviese setenta. Es como si algo no acabase de encajar en la ecuación. Estoy segura de que hay abuelas que llevan ropa más alegre que ella. Bueno, yo necesitaba algo más calentito que ponerme, así que Sarah me dejó una falda negra larga hasta los tobillos, una camisa de manga larga gris muy sobria y una chaqueta de lana para que no pasase frío.

Tenía dos pisos que ver por la mañana, y por la tarde iría a recoger mis maletas. Me tomé un café para entrar en calor, y decidí que iría a pie a ver el primer piso, estaba bastante cerca, no habría más que un cuarto de hora andando. En el camino empezó a llover a mares.

«¿Es que no soy capaz de tomar una buena decisión?».

Me hice un moño para evitar que se me pusiese el pelo a lo afro, y aceleré el paso. Cuando llegué al edificio, estaba empapada.

«Mal empezamos».

Limpié las gafas y llamé al timbre.

«MADREMIADELAMORHERMOSO... ¿Quién es ese hombre?».

Irremediablemente la música de la canción vino a mi cabeza...

*¿Quién es ese hombre?*

*que me mira y me desnuda...*

«¡Ya me gustaría a mí que me desnudara!».

No podía apartar mi mirada de los ojos del chico que me abrió la puerta, eran de un increíble azul oscuro; debía parecer idiota, estaba como hipnotizada. Reaccioné y le hice un barrido rápido. Era alto, mediría, como mínimo, metro ochenta, tenía el pelo oscuro casi negro y unos labios bien definidos, ni muy grandes ni muy finos, llevaba barba de tres días. No era guapo como tal, pero si uno de los hombres más atractivos con los que me había cruzado en mi vida.

—Hola... ¿Chris? —me preguntó con el entrecejo fruncido.

«Mal vamos».

—Sí, ¿Jamie?

—Sí, perdona, pero pensé que eras un chico. —Ahora la que puso cara rara fui yo—. Chris de Christian —aclaró.

—Ah... no, es Cris de Cristina. Sin hache.

—Ya veo. —Sonrió, pero fue una sonrisa a medias—. Pasa, no te quedes ahí. Estás empapada, ¿llueve mucho?

—La verdad es que sí, bastante. Ha empezado de repente a llover muy fuerte, he salido

sin paraguas y ¡mira, me he empapado!

—Yo también me olvidé el paraguas muchas veces. ¿Quieres una toalla para secarte?

—No, muchas gracias.

—Como veas. Ven, te enseño la casa y te cuento, ¿te parece?

—Perfecto.

—Puedes dejar tus cosas ahí si quieres —dijo cuando entramos al salón, señalando una isla que lo separaba de la cocina.

Dejé el bolso y me fijé en la estancia. El salón no era muy grande, pero sí un poco más que los que había visto esos días. Tenía un sofá de tres plazas y un *puff* enfrente de una mesa baja, un mueble con la televisión y una estantería con bastantes libros.

La cocina era pequeña, pero estaba recogida y parecía limpia. Me condujo por un pasillo hasta la que sería mi habitación. Pasé y observé todo. La habitación estaba bien de tamaño, la cama no era de las individuales, pero tampoco era de las de matrimonio a las que estaba acostumbrada, se parecía a las que mis padres tenían en el pueblo. Me acerqué a la ventana, la habitación daba a una calle que no parecía muy concurrida.

Mi móvil empezó a sonar, miré la pantalla y vi que era Javi. Colgué.

Nos paramos en la siguiente puerta que había en el pasillo. Me explicó que la casa tenía tres habitaciones, pero que una era muy pequeña y la usaba como despacho y trastero. Abrió la puerta y me instó a entrar.

En ella había una mesa con papeles y revistas colocados en una torre, un portátil y material de oficina, varios armarios y estanterías. Era estupendo y lo podría usar para quedarme a trabajar desde casa. Salimos y me comentó que la otra puerta que vi al final del pasillo era su habitación; no me la enseñó.

Me llevó al cuarto de baño que me correspondería. Era un baño completo con ducha.

Todo estaba muy nuevo y era moderno. Era el mejor piso que había visto hasta el momento, con diferencia.

—Como ves, el piso está en muy buenas condiciones. Se remodeló entero hace unos

cuatro años. ¿Te gusta?

—Sí. Es de lo mejor que he visto.

El móvil volvió a sonar. Otra vez Javi. Volví a colgar.

—Si te interesa te cuento las condiciones y las normas. —Asentí con la cabeza, dándole pie a continuar—. El precio son tres mil dólares al mes. El contrato está a mi nombre, llevo en el piso más de cuatro años, entré a vivir justo después de remodelarlo. Y el dueño y yo tenemos muy buena relación y confía en mí. Todos los gastos de la casa van a medias, tendrás que dejar una fianza, son tres meses de alquiler por adelantado. Si estás muy interesada y te supone un problema, supongo que podemos hablarlo con él.

—El dinero no es un problema.

—Perfecto. Las normas de la casa son las básicas. Tener la casa limpia y ordenada. Respeto mutuo. Yo no me meto en tu vida privada y tú no te metes en la mía. Prefiero que sepas que vienen mujeres a casa, por si eso es un problema para ti. —No me sorprendía, Jamie era muy atractivo, seguro que estaba con una mujer diferente cada dos por tres, aunque el hecho de que me lo estuviera contando sonaba un poco a creído, ¿no?—. Por supuesto, tú puedes hacer lo mismo, siempre respetando los lugares comunes.

—Vale, pero no tengo intención de traer a ningún hombre a casa.

Puso un gesto raro que no sabría descifrar. Y parecía dubitativo, como si no supiera cómo seguir hablando.

—Y, evidentemente, nada de líos entre nosotros. No quiero malentendidos.

«¿¡¡¡Perdona!!!?».

Mis cejas cobraron vida propia y se arquearon por sí mismas. Estaba anonadada. Eso último sobraba. ¡Es obvio que no te puedes liar con tu compañero de piso! ¿¡Qué se pensaba, que me iba a tirar a su cuello a la primera de turno!? ¡Menudo prepotente creído! Estaba tan alucinada que no sabía qué decir.

«Reacciona».

—Claro —fue lo único que atiné a contestar.

«Pues vaya reacción de mierda. Ahí, demostrando carácter», ironicé conmigo misma.

Y otra vez Javi al móvil, puse cara de hastío. Iba a colgar por tercera vez cuando vi que levantaba la mano para decirme:

—Cógelo, puede ser importante.

—Lo dudo —mascullé.

—Mientras, me voy a preparar un café. ¿Quieres uno?

—Con leche y dos de azúcar —acepté agradecida.

Descolgué y empecé a hablar en castellano con Javi:

—¡Hola, amor! ¿Qué pasa? ¡Espero que sea importante! Estoy viendo un piso.

—Hablar con mi mejor amiga que está a seis mil kilómetros de distancia *es* importante. —Relajé el semblante, Javi siempre conseguía ablandarme—. ¿Ya tienes las maletas? ¿Dónde estaban?

—¡En Hong Kong! ¿Te lo puedes creer? ¿Cómo pueden perder dos maletas que son más grandes que yo y mandarlas a Hong Kong? ¡Menos mal que han aparecido! Esta tarde iré al aeropuerto a recogerlas.

—Te indemnizarán, ¿no?

—Después de los pollos que les he montado, seguro que sí, aunque solo sea para que me calle. —Oí como se reía al otro lado de la línea—. No te rías tanto que todo esto es culpa tuya.

—¿¡Mía!?

—¡¡¡Sííí, tuya!!! ¡Si me hubieras pedido que no me fuese (como te rogué que hicieras) esto no habría pasado! —Seguía riéndose—. Estaríamos en casa los dos, tranquilos, viendo la tele y hablando de lo que nos hubiera pasado ese día. Oye, por cierto, ¿has llevado mi coche a pasar la ITV?

—¿Cómo va la búsqueda de hogar?

—No cambies de tema, ya me veo llevándolo yo en Navidades. Anda, hazme ese favor. ¡Ah! Y lo del piso... Pfff... ya te contaré en otro momento con más detalle. Te vas a echar unas

risas. —Vi que Jamie volvía de la cocina con los cafés preparados—. Oye, te dejo, ¿vale? Te llamo más tarde. *Ciao*.

—*Ciao*, amor —se despidió.

Jamie se acercó ofreciéndome una taza y me preguntó en perfecto castellano:

—¿De dónde eres? Yo soy de Madrid.

Lo miré boquiabierta.

—¿En serio? ¡Yo también, qué casualidad! —Me sonrió, y esa vez su sonrisa fue más auténtica. Cómo se nota la hermandad entre españoles cuando estás fuera—. Acabo de llegar, bueno, llegué hace unos días. Por curiosidad, ¿eres español y te llamas Jamie? —le pregunté extrañada.

—No. Me llamo Jaime. Pero aquí no saben pronunciarlo, empezaron a llamarme Jamie porque les resulta más sencillo, y con Jamie me he quedado. Bueno, ¿y qué tal la adaptación? —me preguntó mientras nos sentamos en los taburetes de la isla—. Al principio suele ser difícil. Nueva York no es una ciudad acogedora en ese sentido. —Dio un trago a su café.

—La adaptación está siendo un poco accidentada. No he empezado con muy buen pie aquí. Me perdieron las maletas, menos mal que al final han aparecido, aunque en la otra punta del mundo. —Sonreí resignada—. Ya solo puede ir a mejor, supongo.

—Seguro que sí. ¿Qué te ha traído por Nueva York?

Pensé en la respuesta, era complicada. No le quería mentir, así que resumí.

—He venido por trabajo. Mi empresa es americana, están escasos de gente con mi perfil en Estados Unidos, así que pedí el traslado. Y aquí estoy, empiezo el lunes.

—¿Por un tiempo definido o vienes para quedarte? Yo también vine por trabajo y ya llevo unos cuantos años. Las condiciones son mucho mejores que en España, no hay comparación.

—Mi idea es quedarme un par de años y luego volver a casa.

—Bueno... —dijo mirando su reloj—, lo siento, pero viene otra persona a ver el piso en diez minutos. Si te interesa, dímelo cuanto antes.



—Sí que me interesa, es de lo mejor que he visto, y tú pareces normal, ni te imaginas lo que hay por ahí. —Puse cara de horror recordando al hombre que se rascaba las pelotas—. En un rato voy a ver otro piso cerca de aquí. En cuanto me decida te aviso con lo que sea. —Cogí el bolso que estaba en la isla y me lo colgué al hombro.

—Muy bien. —Me acompañó a la puerta—. Quedamos en eso. Muchas gracias.

—A ti. Una pregunta más: ¿eres vegetariano?

—No.

Sonreí, le dije adiós con la mano y me fui.

## 6 La Mojigata

«*La Mojigata era la mejor opción. Li Mijiguiti iri li mijir ipcín.*»

*Cristina*

*Jaime*

Unos días después de la discusión, Kim entró en casa y me dijo que había encontrado un piso cerca de su trabajo y que haría la mudanza ese mismo fin de semana, así que puse un anuncio en una web para encontrar nuevo compañero de piso. Empezaron a llegarme un montón de mensajes y llamadas para ver la habitación. Tuve que organizar muchas visitas para la semana siguiente, asegurándome de que Kim ya se hubiera ido.

Tal y como había dicho, recogió todas sus cosas, las metió en cajas y el domingo por la mañana vino con dos amigas y se lo llevaron todo. Todavía quedaba una semana para que acabase el mes, pero le daba igual, no quería verme ni en pintura. Aún recuerdo sus palabras de despedida con pesar.

—Ojalá pudiera decir que ha sido un placer, pero a pesar de haber pasado muy buenos momentos juntos en la casa, de un tiempo a esta parte nuestra convivencia ha sido muy difícil. Quiero que sepas que no te guardo ningún rencor y que espero que te vaya muy bien en la vida —me dijo justo antes de irse con la actitud de una reina.

—Que seas muy feliz, Kim —me despedí yo.

Y se fue. Y de repente me invadió la tranquilidad. No me había dado cuenta de lo tenso que había sido todo hasta ese momento. Avisé a Neil y a Jack para que vinieran por la tarde a tomar unas cervezas a casa. Les faltó tiempo para aceptar y organizarse, Neil traería las cervezas y Jack las pizzas para la cena. Siempre se puede contar con ellos para todo, sobre todo si hay cerveza por medio.

Tumbado en el sofá, esperando que los cafres de mis amigos llegasen, me quedé pensando en las palabras de despedida de Kim y me di cuenta de que había mucho dolor en ellas, me hacía

sentir mal, pero también había acusación, y eso me molestaba. Quizás no lo había hecho del todo bien, pero tampoco lo había hecho tan mal. En realidad, no tenía ningún derecho a tenerme rencor, ¿o sí?

Nos habíamos acostado de mutuo acuerdo una sola vez y, cuando hablamos, le dejé las cosas claras. Lo cierto es que para mí solo había sido un polvo de amigos. Supongo que para ella fue más que eso. Repasé el tiempo que habíamos pasado juntos antes de acostarnos y aún hoy sigo sin recordar ningún indicio de interés en mí por su parte. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

La visita de los chicos fue lo que necesitaba. Les estuve contando todo lo que había pasado con Kim hasta el momento en el que se había largado esa misma mañana, me escucharon atentos y luego se pusieron a hacer bromas y nos echamos unas risas mientras nos tomamos las cervezas: que si no podía mantenerla enfundada, que me iban a regalar un cinturón de castidad, que si tenía a todas las enfermeras haciendo cola para cuando dejase a Anna, que si mi siguiente compañero de piso mejor que fuese un tío o una lesbiana... Consiguieron que me relajase y me lo tomara con humor. Son los mejores.

La semana después de la partida de Kim fue complicada. Me había organizado un montón de visitas de gente para ver el piso, cuadrándolo con mis turnos en el hospital, así que no tenía tiempo para nada.

Durante los primeros días vinieron muchas personas. Alguna estaba realmente interesada, pero no acababa de estar convencido con ninguno. Varios eran bastante jóvenes que, cuando supieron que el precio del alquiler que aparecía en la web era el de habitación y no de la casa entera, lo descartaron directamente, y a los que no lo hicieron los descarté yo porque no me apetecía volver a las fiestas universitarias todos los fines de semana. Vino también un hombre recién divorciado que acabó contándome todos los problemas del divorcio con su ya exmujer. Lo descarté, no necesitaba más problemas en mi vida. Un par de mujeres que habían venido se me insinuaron, por supuesto las descarté. También vino una mujer que se había comportado de un modo normal y parecía maja cuando hablamos, pero era demasiado guapa y tenía un cuerpo hecho para el pecado: descartada. Lo que menos necesitaba era otro lío de faldas.

El que más me había convencido era un hombre de unos treinta y pocos años que era correcto y agradable, un poco más serio de lo normal, pero podía ser por la falta de confianza. Lo único que no me cuadraba era que venía de manera temporal por tres meses, y no me apetecía volver a pasar por el proceso de seleccionar a alguien tan pronto.

El jueves estaba ya hasta las narices de enseñar el piso, siempre contando lo mismo. Ese día tenía dos personas por la mañana y una por la tarde. Estaba desayunando cuando me entró un mensaje para cancelar la cita de la tarde porque ya había encontrado piso. Esa mañana venían dos hombres, el primero era un tal Chris, y el siguiente un tal Andrew.

Cuando abrí la puerta para recibir al tal «Chris» me encontré con una chica en lugar de con un chico, me quedé totalmente descolocado y no atiné a hablar con coherencia. Era jovencita, su cara indicaba que tendría unos veinticinco años, pero daba la impresión de ser una monja de clausura de sesenta. Llevaba gafas y el pelo recogido en un moño estirado, y su ropa hablaba de tener bisnietos. Estaba empapada. Había estado tan sumido en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que se había puesto a llover.

Reaccioné y la invité a entrar, dejó sus cosas y empecé a enseñarle el piso y a explicarle las condiciones y las normas básicas de la casa. La chica parecía interesada y era simpática, por lo poco que habíamos hablado.

Había contado tantas veces el mismo discurso sobre las normas de la casa que me lo sabía de memoria: limpieza, orden, respeto a la intimidad, que se podían llevar a quien quisieran, *etc.* Pero esa vez me estaba costando un poco más, ¿sería porque parecía una mojigata? Cuando me dijo que no tenía intención de llevar a ningún hombre a casa no me sorprendió. La verdad es que no era fea para nada, tenía una sonrisa muy bonita, pero así vestida era la personificación del antilibido, la ropa de abuela le quedaba tan grande que no permitía hacerse una idea de su figura.

¿Era necesario que le dijese a la Mojigata que no iba a pasar nada entre nosotros? Pfff. Me puse nervioso, no sabía qué hacer. Decidí decírselo, con la experiencia de Kim prefería dejar las cosas claras. Así que le solté rápido y directo: «Y, evidentemente, nada de líos entre nosotros. No quiero malentendidos.»

Casi se le saltaron los ojos de la cara cuando se lo dije. Yo estaba bastante incómodo con la situación. Me salvó su teléfono, que había estado sonando un par de veces mientras le enseñaba las habitaciones y ella había colgado. Cuando volvió a sonar, le insté a cogerlo, así se rompía un poco la tensión.

Le ofrecí un café, y cuál fue mi sorpresa cuando cogió el teléfono y la oí hablar en castellano, y con acento español. Mientras preparaba las bebidas, escuchaba retazos de la conversación que la Mojigata tenía con ¿su novio? Sí, parecía ser su novio, le había llamado «amor» y le recriminaba que no le hubiera pedido que se quedase. ¡Vaya, vaya con la Mojigata!

Animado por tener una española en casa, me decidí a hablar con ella en castellano. Teníais que haber visto su cara cuando le hablé directamente en su idioma: ¡estaba flipando! Después de recuperarse de la sorpresa inicial, nos tomamos el café hablando tranquilamente.

Española. Punto para la Mojigata.

Al cabo de un rato me disculpé, pero se tenía que ir, ya que venía otra persona a ver el piso. No me parecía bien que se juntaran en casa.

Le dije que me avisara rápido si se decidía a alquilarlo. Por el momento, era la que más me convencía como compañera: española, simpática, se quedaba un tiempo largo, tenía novio y encima, con esas pintas de mojigata, fijo que no iba a tener tentaciones de ningún tipo.

El otro chico, Andrew, llegó al poco de haberse ido la Mojigata; casi seguro que se habían cruzado en el portal. Todo iba muy bien con él hasta que me explicó que su novia se había quedado en el paro y que si era un problema que viviese con nosotros hasta que encontrase un trabajo y buscase algo para ella. Me vi viviendo con una parejita feliz en casa el resto de mi vida y yo no estaba por la labor. Descartado.

El viernes entraba de mañana y me tocaba doblar turno. Así que no había programado visitas. A ver si encontraba a alguien rápido, porque aquello era agotador. Echaba de menos estar en mi casa con tranquilidad, tirado en el sofá viendo la tele o tocando la guitarra.

Esa misma noche se solucionaron todos mis problemas. Me llegó un mensaje de la Mojigata.

### **Mojigata**

Hola Jaime, soy Cristina, la española que ha estado viendo hoy el piso 💎💎 Me ha gustado mucho, así que me lo quedo si todavía está disponible. Si no, no pasa nada, ¡seguiré buscando! Pero te agradecería que me dijese algo pronto, ¿vale? Gracias.

No lo pensé dos veces, la Mojigata era la mejor opción.

**Jaime**

Tuyo es.

**Mojigata**

¿En serio? ¡Genial! ¡Qué rapidez en contestar! Gracias. No sabes lo contenta que estoy. Oye, ¿puedes hablar? Te llamo y me cuentas cuándo puedo mudarme, los papeles que tengo que darte, dónde hacer la transferencia y esas cosas.

**Jaime**

Estoy en el trabajo, no puedo hablar ahora. Luego te mando un mensaje con todo cuando encuentre un hueco. ¿Te corre mucha prisa instalarte? La persona que vivía antes dejó pagado todo el mes, por mí no hay problema en que te instales cuando quieras.

**Mojigata**

¿En serio? Dale las gracias a esa persona de mi parte 💎💎 Para mí estaría genial instalarme antes del lunes, que empiezo a trabajar. Viajo mucho en el trabajo y luego me vendrá peor. Por no hablar de que estoy abusando de la confianza y la cama de una amiga. ¡Millones y millones de gracias!

**Jaime**

Voy a ver qué puedo hacer y luego te digo algo.

Fui a buscar a Neil a la sala de descanso, no me acordaba de qué turno tenía. Me encontré con Anna, que me confirmó que Neil había tenido turno de tarde y ya se había ido a casa. Le llamé:

— Hola, ¿qué pasa? —me preguntó.

— Necesito un favor.

— Cuenta con ello. ¿A quién hay que pegar? —aceptó sin preguntar.

Neil es más que un hermano, haría cualquier cosa por él, y me consta que es recíproco. Siempre está ahí, para lo que sea, siempre.

—¿Cómo lo tienes mañana por la mañana? Necesito que te pases un rato por mi casa. Mañana doblo turno y no puedo encargarme yo.

—Sin problema, cuéntame qué necesitas que haga.

—Ya he encontrado compañera de piso y necesito que vayas a que te firme unos papeles y luego le des las llaves de Kim, que están colgadas al lado de la puerta.

—¿Has dicho compañera? —me preguntó dudando de haber oído bien.

—Sí, compañera. Una chica.

—¿En serio? ¿Una chica? ¿No has aprendido nada de lo que pasó con Kim? —me preguntó como si estuviera hablándole a un niño pequeño.

—Esto es distinto. No hay riesgo. Créeme, esta chica no es mi tipo. Me ha caído bien y es española, tiene novio y parece una monja de clausura. No tiene peligro ninguno. Es la mejor de toda la gente que ha venido hasta ahora. No te imaginas lo cansado que estoy de enseñar el piso y de contar lo mismo; de verdad, la Mojigata es la mejor opción.

—Si tú lo dices... ¿Mojigata?

—Sí, es que parece una mojigata. Ya la verás mañana. Se llama Cristina. Entonces, ¿vas a mi casa por la mañana con los papeles?

—Claro. Mándamelos al correo y los llevo impresos. Aparte de firmarlos y las llaves, ¿algo más?

—En principio, no. Con eso de momento vale. La chica tiene prisa en instalarse cuanto antes, empieza a trabajar el lunes, supongo que querrá hacerlo durante el fin de semana. ¿A qué hora te viene bien?

—Sobre las once.

—Gracias, te debo una. Cualquier cambio, te aviso.

Le mandé un mensaje a la Mojigata diciéndole que un amigo la esperaba en el piso a las once para firmar los papeles y que después le daría las llaves. También le di el número de cuenta en el que realizar la transferencia de la fianza y le pedí que me mandase el justificante.

Tema solucionado.

## 7 Míster Engreído

«No soy un engreído. No quería repetir la historia de Kim.»

*Jaime*

*Cristina*

¡Feliz! Esa palabra lo definía todo. Por fin tenía piso y mis maletas.

Cuando leí «Tuyo es» casi me puse a gritar de alegría, y cuando me dijo que al día siguiente podía ir a firmar y a por las llaves, a punto estuve de hacerle una estatua.

Al principio dudé —y mucho— de si era una buena idea quedarme con ese piso en particular, no por el piso en sí —que era el mejor que había visto—, sino por mi compañero. Jaime era un hombre demasiado atractivo y yo tengo ojos en la cara y no soy de piedra. Repasé mi encuentro con él y, aunque había sido majo —sobre todo después de saber que era española —, era un poco seco y un creído monumental.

Me había informado de que no iba a haber nada entre nosotros.

«¡¿En serio?!» ¿Quién se creía que era, el de *Outlander*? ¿Se pensaba que le iba a acosar o qué?

No estaba segura de que en el piso cupiésemos él, su ego y yo.

«Vale que el tío está de toma pan y moja, pero es tan creído que conmigo no moja ni el pan en el mejunje de la ensalada. “Míster Engreído”».

Después de darle muchas vueltas fríamente, decidí quedarme con el piso. Si bien había sido un creído, también había sido majo el resto del tiempo y tenía el piso limpio y recogido. Además, era español, y entre nosotros nos entendíamos mejor, sobre todo cuando estás lejos de casa. Así que le mandé un mensaje diciéndole que me quedaba con la habitación si todavía no la había apalabrado y me contestó inmediatamente que era para mí. ¡¡¡Tenía piso!!!



Decidí compartir mi felicidad con mis «locas». Elena, Emma y yo nos habíamos conocido en una empresa en la que todas habíamos empezado a trabajar, más o menos, por la misma época, recién salidas al mercado laboral, teníamos la misma edad y habíamos congeniado desde el principio.

Tanto es así, que salíamos muchos fines de semana de fiesta y nos íbamos de vacaciones juntas. Un viaje de chicas mínimo al año, a las islas: nuestro paraíso particular. Elena era la única que no seguía trabajando con nosotras, se cambió de empresa un año atrás, pero eso no alteró nuestra relación ni un poco.

**Cris**

¡Tengo piso!! ¡YUJUUUUU!!

**Emma**

Dime que no es con el buenorro, por favor...

**Cris**

Míster Engreído

**Emma**

¡¡¡Nooooooo!!! ¿Estás loca?

**Elena**

Mejor que el que se rascaba las pelotas...

**Emma**

Si el problema es que Cris le va a querer tocar las pelotas al tío bueno, y no en el mal sentido, sino en el literal.

**Cris**

Ni de coña. Ese tío está tremendo, muy muy tremendo, vale, pero su ego es mayor que su cerebro. Jamás me lo pasaría por la piedra.

**Emma**

Ajá, ajá, ajá... ¡No te lo crees ni tú!

**Elena**

¿Cuándo te mudas?

**Cris**

Mañana. Firmo los papelotes y me instalo. Estoy muy contenta.

**Elena**

Me alegro mucho. Vete contándonos, ¿sí?

**Emma**

Sííí con pelos y señales. Nos vamos a divertir un montón.

**Cris**

¡Perras!

Después del nefasto inicio en Nueva York, por fin las cosas iban enmendándose. El día anterior por la tarde había ido al aeropuerto a recoger mis maletas, y por la noche confirmaba que iba a tener mi propia casa, un lugar donde hacer mi vida durante mi estancia en esta ciudad sin necesidad de la ayuda de Sarah, ayuda por la que estaría eternamente agradecida, pero ya sentía que tanto ella como yo necesitábamos separarnos, ella para recuperar la tranquilidad de casa y yo para encontrar mi propio espacio.

Un rinconcito al que volver después del trabajo y relajarme, tumbarme en el sofá, leer, ver la tele, encerrarme en mi habitación cuando la necesidad de soledad se apoderara de mí, o poner música según me diese, invitar a mis amigos a cenar —cuando los tuviese ¡claro!—, ese tipo de cosas. Básicamente, hacer lo que me diese la gana sin dar explicaciones a nadie. Bueno, a nadie, lo que se dice a nadie no, pero solo a Jaime. Yo ya había compartido piso antes y nunca había tenido problemas de convivencia, y si bien es cierto que eran mi mejor amigo y mi exnovio, estaba segura de que tampoco los tendría con él.

Esa noche estaba tan nerviosa que apenas pude pegar ojo. A las siete de la mañana, cansada de dar vueltas en la cama, me levanté, me duché y me vestí con mi ropa, ¡qué sensación: mis cosas! Me sentía más yo. Sarah me iba a acompañar a firmar, tenía curiosidad por ver el piso y a mí me hacía ilusión enseñárselo.

¡Estaba tan contenta! A las diez de la mañana ya me había tomado tres cafés y parecía un animal enjaulado, necesitaba salir de casa y que ya fueran las once, firmar los papelotes y coger las llaves del piso. De MI piso.

Con la poca paciencia que me caracteriza, a las diez y media tenía los maletones preparados para llevármelos conmigo y estaba metiéndole prisa a Sarah. Daba por sentado que no iba a tener ningún contratiempo y que a las once y cinco el piso sería mío. Mi cerebro no asumía la posibilidad de que hubiese cualquier problema y tuviese que volver a casa de Sarah con las maletas.

Cuando llamamos al timbre un poco antes de la hora, nos abrió la puerta un sonriente rubio.

«¡MADREMIADELAMORHERMOSO! Pero ¿qué pasa en este país, es que todos los hombres están buenos?».

El rubio nos miró y se dirigió a Sarah.

—Cristina, ¿verdad? Soy Neil.

Sarah negó con la cabeza.

—Yo soy Sarah, Cristina es ella —contestó señalándome.

El rubio me miró extrañado. Volvió a mirar a Sarah y luego otra vez a mí, frunciendo el entrecejo ligeramente. Levanté la ceja. ¿Qué coño pasaba?

—Perdonad la confusión. Hola, Sarah, encantado. Cristina, un placer —dijo recuperando la compostura y dándonos la mano—. ¿Así que tú eres la nueva compañera de piso? —me preguntó esbozando una sonrisa ladina que se iba haciendo cada vez más amplia.

—Eso es —contesté amablemente. Neil era alto y guapo, de los guapos de toda la vida, con una cara de rasgos perfectos. Era imposible resistirse a una sonrisa como la suya, era arrebatadora, contagiosa, con un puntito travieso que la hacía más irresistible si es que eso era posible. Tenía la etiqueta de *empapabragas* escrita en la frente—. Y tú eres el amigo de Jaime. Encantada de conocerte. Gracias por venir en su lugar, me dijo que él no iba a estar en todo el día en casa. Me viene genial poder hacer esto cuanto antes para mudarme el fin de semana. Voy un poco justa de tiempo.

—No es nada. Jamie y yo somos amigos, trabajamos juntos desde hace muchos años. Como él tenía que doblar turno y estará fuera todo el día, me pidió que hiciera de secretario hoy. No podía negarme —dijo. ¡Qué majo! Seguro que tenía una ristra de mujeres muertas por sus huesos—. Bueno, aquí están los papeles, échales un ojo a ver si está todo correcto.

—Gracias —dije—. Sarah, puedes ver la casa si quieres mientras tanto. Puedes entrar en todas partes excepto la última habitación del pasillo, que es la de Jaime.

Me leí el contrato, lo que me llevó un rato, sobre todo por la terminología legal en inglés. Cuando acabé, lo firmé, y la sensación de felicidad suprema que me embargó fue indescriptible.

«Yujuuu». Mi sonrisa era tan enorme que seguro que tendría agujetas en un par de días.

Me uní a Sarah y a Neil, que estaban viendo mi habitación.

«Nota mental: medir la cama para ir a comprar sábanas».

Nos fuimos todos al salón y Neil nos preguntó si queríamos un café.

—No, yo no quiero —dijo Sarah—. Y, por favor, no le des más café a Cristina, aunque te lo pida. Lleva ya mucha más cafeína en el cuerpo de la que debería. Yo no me hago responsable de ella.

Neil soltó una carcajada.

—¿Y lo divertido que sería verme colgada de la lámpara? ¡Dime que no te echarías unas risas!

Seguimos hablando un poco más de una manera muy fluida. Neil era un gran conversador y lo hacía muy fácil. Le encantaba tontear, era como un juego para él. Cuando se iba a ir, me dijo que él le llevaría directamente los papeles a Jaime al hospital.

—¿Trabajáis en un hospital? —pregunté.

—Sí. Somos médicos, los dos. Oncólogos —dijo orgulloso.

—El enemigo —susurré para Sarah, pero ambos me oyeron y sus reacciones fueron diametralmente opuestas: Sarah se carcajeó y Neil me miró entre asombrado e indignado, sin entender la broma.

—Trabajamos en investigación clínica para un laboratorio farmacéutico —aclaré rápidamente, y Neil levantó las cejas, supongo que no se lo esperaba—. A veces, los médicos sois un poco... ¿cómo decirlo suavemente?... difíciles de tratar. —Sonreí. Le guiñé el ojo, y esta vez sí se rio.

—Sí, algunos sí, pero no todos. —Me devolvió el guiño—. Bueno, me tengo que ir ya. Ha sido un verdadero placer conoceros. Sarah, espero que volvamos a vernos algún día. Cristina, a ti seguro que volveré a verte por aquí. Si necesitáis algo, avísame al móvil; si no tienes mi número, pídeselo a Jamie. Que tengáis un buen día.

—Un placer. Que vaya bien —se despidió Sarah.

—Igualmente. Muchísimas gracias por todo —me despedí yo.

Y se fue.

Nos quedamos Sarah y yo en casa, curioseando el piso un poco más. Preparé una lista mental de todas las cosas que tenía pendientes para ese día: sacar todo de los maletones, colocarlo en los armarios, buscar un supermercado cerca de casa y hacer la compra. ¡Qué agobio! Lo de sacar y colocar las cosas de las maletas lo podía dejar para el día siguiente. ¡Decidido! La prioridad del día era comprar sábanas y comida.

Sarah y yo salimos a la calle y nos despedimos. Había hecho una pausa para venir conmigo al piso, pero tenía que volver para seguir trabajando. Me dio indicaciones para llegar a un supermercado que estaba cerca de allí. Me puse a andar, solo esperaba por no perderme de vuelta, que mi sentido de la orientación es nefasto. Compré un perrito caliente en un puesto callejero que me supo a gloria.

Mientras andaba, empecé a darle vueltas a la cabeza. Era mi primer día de mi nueva vida, en mi casa, con mi nuevo compañero, teníamos que celebrarlo. Podía preparar una cena de modo simbólico para Jaime y para mí. Seguro que me lo agradecía, después de estar todo el día en el hospital trabajando no tendría muchas ganas de hacer la cena.

«¡Sí, esa es una idea genial! Puedo comprar para hacer algo de comida española. Seguro que echa mucho de menos la comida».

Seguí andando hasta que encontré el súper. Me sentía fuera de lugar, no sabía dónde estaba cada cosa, y había un montón de productos que no tenía ni idea de lo que eran. Estuve en la tienda un buen rato dando vueltas por los pasillos, mirándolo todo, como si por ciencia infusa fuese a saber qué era cada cosa que yo no era capaz de reconocer.

Hice una compra básica para poder sobrevivir unos días. De vuelta, entré en una tienda de ropa de hogar y compré unas sábanas preciosas, muy suaves y muy caras. No pasa nada por darse un capricho de vez en cuando.

La visita al súper me había dejado una sensación de inseguridad que no me gustaba. Necesitaba una dosis de energía positiva. Dejé la compra sobre la isla de la cocina y revisé mis listas de reproducción de Spotify.

Selecione la que se llamaba *A tope de Power*, era una selección de canciones que irradiaban buen rollo, siempre me ponían de buen humor. Con la música alta, me puse manos a la obra con la cena.

Preparé gazpacho y tortilla de patata y abrí uno de los paquetes de jamón para que sudase hasta la cena... mmm... nos íbamos a chupar los dedos. Cuando acabé de prepararlo todo, comencé a bailar a ritmo de la música mientras con la bayeta limpiaba lo que había ensuciado en la encimera. Con la música alta no oí entrar a Jaime.

## 8 Cena española

«*Si llego a saber que me llamabas “Mojigata” te habría preparado esa estupenda cena tu puta madre.*»  
*Cristina*

*Jaime*

Necesitaba relajarme un poco, había tenido un día de mierda en el hospital, así que decidí ir a casa dando un paseo, era un trayecto de unos veinte minutos andando, era finales de mayo y la temperatura era ya muy agradable. El paseo ayudaría a rebajar el estrés, era lo mejor, no me apetecía empezar la convivencia con la Mojigata como un borde con cara de perro. Por lo que me había dicho Neil, ella ya estaría instalada para cuando yo llegase a casa.

«Cristina, se llama Cristina, no se me puede escapar *Mojigata*».

Mientras iba andando, recordé la extraña conversación que había tenido con Neil cuando vino a dejarme el contrato firmado por Cristina:

—He conocido a la Mojigata —me dijo entrando por la puerta de mi consulta. Menos mal que en ese momento estaba escribiendo un informe y no había ningún paciente dentro—. Y también a Cristina —continuó.

Fruncí el ceño y levanté la vista hasta él.

—¿Qué dices? No me entero. Déjame que acabe esto y luego me cuentas qué tal con la Mojigata.

—Sí, prefiero que estés en plenas facultades mentales. —Sonreía ladino. Se sentó en una silla.

—Cuéntame —le dije cuando acabé el informe.

—Lo primero, toma. —Me entregó los papeles firmados—. Te contaba que he conocido a

la Mojigata y a Cristina.

—Tengo muchos pacientes hoy y no estoy para juegucitos. ¿Qué pasa?

—He conocido a Cristina, tu nueva compañera es muy simpática. Y su amiga Sarah también. —Resoplé, a veces Neil tenía una capacidad inusual de exasperarme—. Cristina ha llevado sus cosas ya al piso, así que supongo que la verás esta noche.

—De acuerdo. —Volví a resoplar—. ¿Quién es Sarah? Y dime qué es lo que te divierte tanto.

—A tu casa han venido dos chicas, Cristina y su amiga Sarah. Lo divertido es que las he confundido. Cuando les he abierto la puerta he pensado que Sarah era Cristina.

—Y eso es divertido porque... —le animé a seguir hablando.

—Decías que Cristina no era tu tipo, ¿no?, que no había riesgo —preguntó. No muy convencido de la encerrona, confirmé con un ligero movimiento de cabeza—. Sí, definitivamente creo que esto va a ser muy divertido. —Su sonrisa se ensanchó—. Me voy, te dejo que sigas trabajando. Ya hablaremos. —Y salió por la puerta de la consulta.

Mi día no mejoró hasta mucho después de la enigmática visita de Neil. Había faltado una compañera y nos habíamos repartido sus citas entre los que estábamos. La gente se acumulaba y empezaba a protestar, pero no podía ir más rápido. A cada paciente hay que dedicarle el tiempo que necesita, y ese tiempo no es el mismo para todos.

Solo a última hora de la tarde se relajó un poco el ambiente y pude acercarme a la sala de descanso sin que me parasen a cada paso que daba.

Me alegré de encontrarme con Anna allí. Por fin una cara amable. Estuvimos hablando un poco del jaleo que se había formado al faltar la doctora Fuller y sobre una de mis pacientes, que estaba ingresada.

Al poco, la conversación se tornó más personal. Me preguntó si quería ir a cenar con ella cuando acabase el turno. Le expliqué que no podía porque ese día se había instalado mi nueva compañera y Anna tuvo la misma reacción que Neil. Me dijo que estaba loco, que cómo se me ocurría elegir a una chica, que iba a volver a cometer el mismo error otra vez. Me recordó una vez más lo que había sucedido por acostarme con Kim y ya llegó un momento en que me molestó su actitud, era como si mi madre me estuviera echando la bronca.



Corté la conversación de un modo bastante seco diciéndole que había tenido un mal día y que lo último que me apetecía era discutir con ella sobre algo que no era asunto suyo. Me miró con una expresión que no fui capaz de descifrar, pero ya no siguió con el tema. Me despedí y me fui a casa.

Cuando abrí la puerta de casa, «I Got You», de James Brown, sonaba de fondo. Mi humor mejoró un poco, esa canción era como un chute de buen rollo, justo lo que necesitaba. Avancé hacia el salón y el espectáculo que vi hizo que me quedase parado en el marco de la puerta.

Observé anonadado cómo la Mojigata, de espaldas a mí, cantaba y bailaba como si no hubiese un mañana, con una bayeta en la mano, en frente de la isla de la cocina. Una coleta sujetaba una mata de rizos oscuros que le caían hasta mitad de la espalda.

Llevaba ropa de deporte, las mallas dejaban ver un cuerpo delgado, pero tonificado, con el mejor culo que había visto en mi vida. Bailaba moviendo ese espectacular culo de derecha a izquierda a ritmo de la música.

*And I feel nice, like sugar and spice  
I feel nice, like sugar and spice  
So nice*

Cadera a la izquierda, cadera a la derecha mientras levantaba los brazos y daba dos palmadas encima de su cabeza.

*...so nice  
well I got you*

Cadera a los lados. Palmada, palmada. «Pam, pam, pam», la oí canturrear.

No era lo que se puede definir como un baile sexi, era un baile de alguien que estaba disfrutando completamente del momento. La Mojigata estaba totalmente desinhibida, no había vergüenza en ella, solo disfrute, desprendía alegría a raudales. Debería haberle hecho notar mi

presencia, pero estaba tan absorto observando el bailecito —y mirándole el culo— que esa idea ni siquiera se me pasó por la cabeza. No era un baile sexi y, aun así, me empalmé.

«¡JODER, JODER, JODER! ¡Lo que me faltaba!».

Seguí parado en la puerta, observándola hasta el final de la canción, entonces empecé a aplaudir para anunciar mi llegada. Cristina se dio la vuelta y me miró sorprendida, tenía la cara un poco roja por el ejercicio y, quizás, también por la vergüenza al darse cuenta de que su estupenda actuación había tenido público. Se recuperó rápidamente de la sorpresa de verme allí, sonrió con cara traviesa e hizo una reverencia agradeciendo los aplausos.

—¡Hola! ¿Ha disfrutado el señor del número musical de hoy? —me preguntó mirándome directamente a los ojos sin un ápice de timidez, manteniendo la mirada juguetona.

—Te puedo asegurar que es de lo mejorcito que he visto en mucho tiempo. Me has alegrado el día —contesté sonriendo yo también; no podía apartar mi mirada de su sonrisa.

Seguía en estado de *shock* con la Mojigata. Durante su baile solo había podido observar la parte de atrás de su cuerpo, pero ahora la tenía de frente y podía hacerle un repaso global. No llevaba las gafas puestas, así que había perdido el toque morboso de sabelotodo que estas le conferían. Era bastante delgada, con las tetas pequeñas y una cintura fina que se ensanchaba en las caderas. Estaba tremenda.

—¿Sí? ¡Me alegro un montón! —contestó—. ¿Has tenido un mal día? Seguro que estás cansado después de tantas horas. Pero que sepas que tengo una sorpresa para inaugurar la casa. Bueno, ya sé que no es inaugurarla de verdad, ¿cuánto tiempo llevas tú viviendo aquí? Mucho, pero para mí es mi primer día y quería celebrarlo por todo lo alto; bueno, por todo lo alto tampoco. Pues eso, que he hecho la cena para los dos. Cena española: gazpacho, tortilla de patata y jamón serrano que compré el otro día en un supermercado cerca de casa de Sarah, por cierto ¡carísimo!, pero muy rico.

—¿En serio has preparado gazpacho y tortilla? —le pregunté sorprendido, no daba crédito. De repente su sonrisa se esfumó, frunció el entrecejo y puso cara de disculpa.

—La verdad es que no lo había pensado... eh... No sé si te gusta lo que he hecho o si eres alérgico. Pero bueno, si eso, no pasa nada, organizamos rápido otra cosa para cenar y listo.

—Me encanta el menú, y no —contesté—, no soy alérgico a nada. No sé qué decir. Muchas gracias por la cena, Cristina. No tenías que haberte molestado, con sacar el jamón habría

sido suficiente —dije con tono socarrón.

—¡No eres tú listo ni nada! ¿Desde cuándo no comes un jamón serrano en condiciones?

—Ni me acuerdo.

Cristina fue a ponerse el pijama y a quitarse las lentillas mientras yo preparaba la mesa para cenar. Era la primera de muchas que disfrutaríamos juntos en nuestro piso antes de aquel fatídico día.

Aquella primera noche cenamos tranquilos, hablando de todo un poco sin demasiada profundidad. Estábamos empezando a conocernos. Cristina era alegre y resultaba fácil hablar con ella. Me contó que por la mañana había ido al piso con Sarah, la amiga con la que había estado viviendo, y que Neil le había caído genial.

También me explicó que siempre había vivido en Madrid, pero que sus padres eran de Toledo; que tenía dos hermanos mayores; que le encantaban los animales, pero que sus padres nunca le habían dejado tener uno en casa porque decían que, en un piso, era un lío, y que algún día tendría un perro.

Me habló de por qué había decidido venirse a trabajar a Nueva York, y en qué consistía su trabajo. Bromeó sobre lo difícil que era, en ocasiones, tratar con algunos médicos. Según iba hablando se notaba que disfrutaba con lo que hacía.

Me explicó también que, a veces, estaba muy cansada porque, habitualmente, tenía que estar de viaje varios días seguidos y, cuando volvía a casa, estaba reventada. Estaba claro que entre mis turnos del hospital y sus viajes no coincidiríamos muy a menudo en el piso.

Yo le hablé también acerca de mi vida en Nueva York, de mi familia y de que algunas personas de los laboratorios farmacéuticos eran muy pesadas, a lo que me dio la razón, divertida.

Cuando acabamos de cenar, recogimos todo entre los dos. Parecía que lleváramos compartiendo piso toda la vida por la sincronización que teníamos. Se despidió para irse a dormir, todavía no estaba del todo acostumbrada al cambio horario.

Pensé en Cristina, el bailecito, la cena y su compañía, y comprendí mejor el comportamiento jocosos de Neil de esa mañana. Él se lo iba a pasar muy bien... yo no tanto.

## 9 Se dice «follamiga»

«Se dice “amiga habitual”... ¡Macarra!»

*Jaime*

*Cristina*

El sábado me desperté llena de energía y con ganas de comerme el mundo. No me podía creer que todo estuviese en orden tan rápido. Recordé el día anterior y me sentí feliz. Mi piso, la compra, la agradable cena con Jaime, mis sábanas nuevas. «Mmm qué suaves», pensé mientras las acariciaba.

Miré el reloj: las cinco y media, demasiado pronto para un sábado. Intenté dormirme otra vez, pero no lo conseguí. ¡A ver si me hacía de una vez al horario! Quería aprovechar la mañana para organizar mis cosas, la mayor parte de ellas todavía seguían en las maletas. Pero era demasiado temprano como para ponerme a hacer ruido. Me puse a contestar los mensajes de mis amigos y familia, a cotillear redes sociales, a leer y a contestar correos. Puse un mensajito en el grupo de mis locas favoritas.

**Cris**

Primera noche en MI piso... ¡Superada!

**Emma**

¿Y ya te has follado al buenorro?

**Cris**

¿Hablas de Míster Engreído? Ni de coña.

**Emma**

¿Hacemos una porra? Yo digo que no pasa de tres meses.

**Elena**

¡Porra! ¡Porra! ¡Porra!

**Elena**

A ver, que es su compañero de piso... no va a ser tan lela. Yo confío en ti, Cris.

**Cris**

No me lo voy a follar.

**Emma**

Ya está Mamá Pata defendiendo a la Zorropia... ¡Como si no la conociera!

¡Ya tenía que sacar la Barbie de los cojones los motes a relucir! Y es que, la confianza entre nosotras es tan grande que, con todo nuestro respeto y cariño, nos llamamos de todo. Sí, de todo. Mi mote de toda la vida me lo puso Javi cuando los dinosaurios poblaban la Tierra: Drama Queen. Mote que mantengo y que, estoy segura, me llevaré a la tumba. A las locas les encantó y lo han usado siempre cuando me pongo en plan peliculero —lo que ocurre con más frecuencia de la que estoy dispuesta a reconocer—. Pero, no contentas con eso, decidieron ponerme ellas otro mote más: Zorropia. ¿Por qué? Les pareció gracioso ponerme el sobrenombre cuando, después de dejarlo con Álvaro, tuve una época un poco complicada conmigo misma y salía a buscar sexo de una noche para desquitarme. En plan de coña, decían que sacaba a la zorropia que había en mí aunque, en realidad, creo que lo hacían para quitarle hierro al motivo que me movía a hacerlo. Obviamente no soy la única que tiene motes. ¡No! Hay para todas, y no son menos cabrones que el mío.

**Emma**

Que no se lo va a follar dice, jajajaja.

**Elena**

Jajajaja

**Cris**

¡Que noooooooooo!

**Emma**

Ajá, ajá, ajá... Tres meses, no más.

**Elena**

Seis meses.

**Cris**

Elena, traidora. ¿Ni tú confías en mí?

**Elena**

Yo confío en que lo vas a intentar mucho, y por eso digo que seis meses.

**Elena**

Llevas mucho sin echar un polvo y ese tío está muy bueno.

**Emma**

Ya te toca sacar la Zorropia a pasear.

**Cris**

En serio, ¿ninguna confía en mí? Vaya amigas.

Las siete, una hora un poco más aceptable. Me levanté, me metí en la ducha y me puse ropa cómoda. Me preparé un café, porque yo, sin café, no funciono. Soy de esas personas que no procesan bien la información hasta que no ha consumido su dosis de cafeína por la mañana.

Me tomé el café y me puse manos a la obra. Me llevó un par de horas organizar todo lo que tenía en las maletas. Coloqué la ropa y el calzado en el armario como mejor me pareció en un primer momento.

Y cuando acabé, volví a reorganizarlo todo porque no me convencía. La ropa del trabajo la dejé separada porque tenía que plancharla, después de una semana metida en la maleta estaba arrugada como una pasa. Me puse otro café y me acerqué a la ventana del salón, observando cómo la ciudad empezaba a cobrar vida.

Apoyé la cabeza en el cristal, vi a una familia de paseo: los padres iban tranquilamente andando con un café, mientras dos niños, de no más de seis años, reían felices correteando alrededor de sus padres, quienes les acariciaban la cabeza al pasar. Era una preciosa imagen familiar.

Me recordaba a cuando yo era pequeña y mis padres nos llevaban a mis hermanos y a mí al parque a jugar y yo corría detrás de ellos, pero nunca los pillaba, son mucho mayores que yo, era una carrera que jamás podría ganar, pero yo lo intentaba, lo daba todo, los perseguía como una loca hasta que me cansaba y me ponía a jugar a otra cosa. Entonces ellos se acercaban a mí, me pinchaban un poquito y, otra vez, a correr detrás de ellos.

—Buenos días, ¿todo bien? —saludó Jaime a mi espalda.

Me di la vuelta para saludarle. Se acababa de levantar, llevaba unos pantalones de pijama largos y una camiseta vieja, tenía los ojos somnolientos y estaba despeinado.

«¿Cómo se puede estar tan atractivo nada más levantarse? ¡Si yo parezco un orco hasta que me ducho y me tomo un café!».

—Buenos días, sí, todo bien, ¿por? —pregunté descolocada.

—Parecías triste mirando por la ventana —aclaró.

«¡Qué observador!».

—¡Ah! Bueno, supongo, recordaba a mi familia. Desde que llegué, no he tenido tiempo para pensar en lo mucho que les echo de menos.

—Es normal sentirse así. Estamos muy lejos de casa. ¿Has madrugado mucho?

—No te haces una idea. Me he despertado a las cinco y media de la mañana.

—¿Y para qué tan temprano? —bromeó.

—Eso pregúntaselo a mi cuerpo, que va por libre. Lo peor es que no me he podido volver a dormir. Lo bueno es que he aprovechado para organizar mis cosas.

—¿Ya lo tienes todo listo?

—No, no del todo, pero casi. Tengo que acabar de guardar algunas cosas, planchar la ropa y hacer alguna compra. Así que hoy estaré todo el día liada con eso. ¿Y tú, qué planes tienes para hoy?

—Trabajo por la tarde —dijo mientras empezaba a prepararse un café.

—¡Vaya! Trabajar los fines de semana tiene que dar un poco de pereza, ¿no?

—Hasta que te acostumbras. Luego lo haces sin darle demasiadas vueltas.

—Supongo que sí, pero a mí me cuesta. Cuando tengo una reunión en otra ciudad un lunes a primera hora de la mañana, tengo que volar el domingo por la tarde, y eso no lo llevo del todo bien. Siento como que me quitan poder de decisión, no puedo tomarme un café con mis amigos o ir al cine. Si eso fuese todos los fines de semana, yo lo llevaría fatal. ¿Os toca trabajar muchos fines? —pregunté.

—Siempre tenemos un fin de semana libre al mes, a menos que cambiemos los turnos entre nosotros. El resto de los fines de semana, lo normal es que trabajemos un día.

—Pues a ti no te importará, pero es oírte y, a mí, me da una pereza gigante —dije, y Jaime se rio.

—No te creas que no tenemos vida social por trabajar así. Lo que pasa es que creamos el círculo social con la gente del trabajo.

—Como Neil, ¿no? Me contó que os conocéis desde hace muchos años.

—Sí. Fue de las primeras personas que conocí cuando llegué para hacer la residencia, y me ayudó mucho a adaptarme a la mentalidad americana.

—Me pareció muy majo el otro día, la verdad es que me reí mucho con él. Me comentó también que nos encontraríamos por aquí —dije haciendo un gesto con mi mano a la casa en general—, así que entendí que erais buenos amigos.

—Es como un hermano para mí. Lo verás por casa de vez en cuando, quedamos habitualmente a tomar algo. Algunas veces, aquí a tomar cervezas, otras en su casa. Por cierto, me dijo que eras muy simpática, y tu amiga también.

Sonreí al oírlo. Me dirigí al fregadero a lavar mi taza.

—¿Sí? ¡Qué majo! Por cierto, necesito tu ayuda. Hoy voy a invitar a mi amiga Sarah a cenar. Se ha portado genial conmigo estos días y quiero agradecersele. Ella es vegetariana, ¿conoces algún restaurante o algún sitio donde la pueda llevar a cenar que esté bien?

—Hay un restaurante cerca de aquí, no es un vegetariano propiamente dicho, pero tienen gran variedad de comida donde podrá elegir y todo está muy bueno. Anna es vegetariana y le encanta ese restaurante, seguro que a tu amiga también. Luego te paso la dirección.



«¿Quién es Anna, su novia?, ¿pero no me dejó caer que venían mujeres a casa, en plural?».

—¿Y quién es Anna? —pregunté curiosa, aunque ya me imaginaba la respuesta.

La pregunta le incomodó porque dudó antes de contestar.

—Eh... Anna es una amiga... ya sabes... habitual.

¡Qué mono estaba cuando no sabía cómo decir algo! Jaime siempre mostraba seguridad y pragmatismo, me hizo gracia verlo titubear.

—Se dice «follamiga», para que nos entendamos —sentenció directa, le guiñé un ojo y vi como su expresión se relajaba—. Bueno, voy a seguir organizando mi habitación, que me quedan un montón de cosas por hacer.

Mientras colocaba todo lo que quedaba dentro de las maletas, me dio un pequeño ataque de nostalgia cuando vi el sobre con las fotos impresas que había traído.

Saqué la primera, era una de cuando mis hermanos y yo éramos pequeños, yo estaba en el centro y ambos me daban la mano con cara solemne, como si jamás hubieran roto un plato, sin embargo, yo tenía una sonrisa enorme, debía estar feliz porque mis hermanos me hacían caso, lo que no era muy habitual.

En otra aparecían mis padres un día que habían salido a cenar ellos dos solos para celebrar su aniversario de boda, estaban muy guapos.

La siguiente que saqué era del viaje de fin de carrera, aparecíamos Javi y yo en un bar, de perfil, mirándonos el uno al otro, Javi me estaba contando alguna chorrada y yo me reía a carcajadas, desprendía buen rollo. Otra era con las locas, mis amigas del trabajo, en el último viaje que hicimos a Menorca.

«¡Lo que voy a echar de menos esos viajecitos de chicas!».

En la última solo aparecía yo, me la hizo Álvaro en Tulum y me encantaba, me encantaba la foto y el sitio. En ella salía yo con un vestido playero corriendo por la playa de aguas cristalinas con las sandalias en la mano, disfrutando del momento sin más. Me gustaba porque era muy natural que retrataba a la perfección lo bien que me sentía en aquel momento.

Dejé las fotos encima de la cómoda, las colgaría más tarde. Abrí la cajita de mis juguetitos, comprobé que allí estaba todo y después metí la cajita debajo de la cama.

«Nota mental: comprar preservativos».

Sin poder evitarlo, me di cuenta de que lo de follamiga se me había quedado enquistado en la cabeza y seguía dándole vueltas en mi habitación después de acabar de tener todo listo. Empecé a divagar.

«¿Así que tiene una follamiga? Tampoco es de extrañar, seguro que no es nada serio. Y si lo fuera... ¿qué?, ¿a mí qué me importa? Importarme... importarme... no me importa. Pero significa que voy a tener a una pareja follando en la habitación de al lado, recordándome la escasa vida sexual que tengo últimamente. Sí, va a ser eso. De todos modos, espero tardar mucho tiempo en conocer a esa tal Anna. ¡Déjate de tonterías y mueve el culo que te tienes que ir a comprar!».

Y eso hice.

## 10 Anna

«*Jamie... Jamie... Jamie (retintín modo on).*»

*Cristina*

*Jaime*

El descanso me había venido muy bien, después de doblar turno estaba cansado y me quedé dormido nada más meterme en la cama. Cuando me levanté al día siguiente y fui a prepararme el desayuno, me llevé un susto al ver a Cristina mirando por la ventana. Fue como si me hubiera olvidado de que tenía una nueva compañera.

Me quedé observándola, ella miraba a la calle totalmente absorta y, por primera vez desde que la conocía, no derrochaba alegría, sino que tenía la mirada perdida y triste. Me dieron ganas de abrazarla, consolarla. La idea de Cristina y tristeza juntas no me gustaba nada.

Obviamente no la abracé, sino que empecé a hablar con ella al tiempo que me preparaba el primer café de la mañana. Mientras hablábamos la observé con detenimiento. Llevaba unas mallas de deporte y una camiseta ancha que le llegaba por debajo del culo.

«¡Mejor, así no me despisto!».

En un momento dado de la conversación, Cristina comentó que Neil le había caído genial, ¿estaría interesada en él?

«No puede ser, ella tiene novio. De todos modos, ¿a mí qué me importa?».

Lo cierto es que esa idea no me hacía gracia, pero no quería darle muchas vueltas al asunto, como tampoco se las daría al hecho de que, cuando se me escapó el nombre de Anna, no me sintiera cómodo al hablarle del tipo de relación que mantenía con ella.

A mediodía me fui a trabajar, el día en el hospital estuvo tranquilo hasta que vino Neil a buscarme en el descanso de la tarde. Al principio estuvimos hablando de algunos pacientes, pero luego empezó a tantear el tema del que realmente quería hablar: Cristina.

—Y ahora, cuéntame —empezó.

—¿Qué quieres que te cuente? —contesté haciéndome el loco.

—Qué tal con la Mojigata.

—Eres directo.

—No hay tregua, escupe —espetó.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Por lo de «no es mi tipo»? —dijo en tono de socarrón, y sonrió ampliamente.

—Ya. Me equivoqué —reconocí—. El día que vino a ver la casa iba vestida con ropa de abuela dos tallas más grandes que ella. Además, llevaba gafas y el pelo recogido en un moño que le daban un aire de estirada. Pensé que era imposible que me sintiera atraído por ella. No entiendo por qué iba vestida así si en casa lleva ropa de deporte, Neil: ropa de este siglo. Cuando llegué a casa el otro día y me la encontré con las mallas y la camiseta ajustadas bailando en el salón casi me da un puto infarto. —Recordé que me había empalmado al verla y negué con la cabeza—. Cuando estaba haciendo las entrevistas, mi idea era coger a un hombre o a una mujer con la que no pudiera tener los mismos problemas que con Kim. Y Cristina era eso, una española muy simpática por la que pensaba que nunca me sentiría atraído. No sé si podría haber elegido peor.

—Cuando fue a firmar, pensé que Sarah era Cristina porque, por tu descripción, buscaba a una chica con ropa de abuela. Sarah iba vestida así y Cristina iba con ropa de deporte. Supongo que llevaba la ropa de su amiga ese día. Cuando me sacaron de mi error y entendí que Cristina era la de las mallas pensé que no sabías dónde te habías metido. Míralo por el lado bueno... ¡Mientras no te emborraches! —atacó.

—¡Qué gracioso!

—Bueno, ya fuera de broma, ¿qué tal con ella? —preguntó más serio.

—Bien, de momento bien, pero solo son dos días. Es muy divertida y de fácil conversación, está siendo muy sencillo. El día que se instaló hizo una cena española para los dos, para celebrar que empezaba la convivencia. Todo un detalle.

—Parece que has encontrado una joya: simpática, inteligente y detallista; cuídala.

—Cualquiera diría que estás interesado en ella —espeté intentando no sonar demasiado irritado.

—¿Te molesta? —preguntó con la ceja alzada. Se lo estaba pasando muy bien.

No contesté.

«¿Me molesta? Quizás».

Desde que hizo la reverencia con la mirada traviesa después del bailecito que se marcó en casa, me la había imaginado desnuda, mirándome del mismo modo, mientras lamía mi pecho hasta llegar a mi polla. Noté como empezaba a empalmarme ante la escena creada en mi cabeza. Me moví incómodo.

«Ella está prohibida. Recuerda lo que pasó con Kim», me dije a mí mismo.

—No, no me molesta —dije sin demasiada convicción.

—Vale, entonces a lo mejor lo intento yo.

—Está vetada para ti. No quiero líos.

—Resulta que a mí me encantan los líos, sobre todo si tienen un culo espectacular.

—¿Quién tiene un culo espectacular? —preguntó Anna que, en ese momento, entraba en la sala de descanso con una compañera.

—Una mujer que conocí el fin de semana pasado en el *pub* —mintió Neil.

Lo miré extrañado, no entendía por qué había mentido.

—Y el interés es solo por su culo espectacular o ¿hay algo más? —preguntó curiosa Anna.

—Digamos que, de momento, ha despertado mi interés. Es divertida, inteligente, detallista y encima tiene un culo increíble. ¿Vosotras qué haríais, la dejaríais escapar? —preguntó con tono inocente.

Yo estaba cada vez más tenso. Neil se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Mmm... sin duda iría a por todas, parece que te gusta —contestó la otra enfermera inocentemente.

—¿Estás hablando de sexo o algo más serio? —le preguntó Anna—. La verdad, me cuesta imaginarte pensando en una mujer para más de un polvo. Jamie, ¿tú qué opinas?

—Que Neil se va a meter en un lío si lo intenta —contesté serio.

—Los líos le dan interés a la vida, si no todo sería de lo más aburrido —dijo medio riendo—. Bueno, tengo que volver a consulta. Jamie, ¿unas cervezas mañana por la tarde?

—Hecho. Ya concretaremos lugar y hora.

Neil hizo un leve gesto con la cabeza, se despidió con la mano y se fue. Anna estaba a mi lado y colocó su mano en mi brazo, suavemente. Ante ese gesto íntimo, la otra enfermera se despidió, discreta, y se fue también.

—Había pensado que esta noche, si no tienes planes, podíamos ir a cenar tú y yo y luego... lo que nos apetezca —ronroneó mientras acercaba su cuerpo al mío.

Reaccioné al instante.

—De acuerdo. Te busco cuando acabe y nos vamos.

\*\*\*

En el restaurante, Anna sacó diversos temas de conversación, pero yo no estaba muy por la labor, la conversación con Neil me había puesto de mal humor. Confiaba más en él que en mí mismo, si le decía que no se acercase a Cristina, sabía que no lo iba a hacer. Y, sin embargo, que me estuviera picando me molestaba.

Anna intentó indagar qué me pasaba para estar tan poco hablador, pero la esquivé diciendo que estaba cansado porque había doblado turno el día anterior. No sé si se lo creyó o decidió correr un tupido velo, la verdad es que me daba igual.

Después de cenar, me propuso acabar la noche en mi casa. Durante el viaje en taxi empezamos a besarnos y a acariciarnos. Cuando llegamos al piso estamos ya muy excitados, así que fuimos directamente hasta mi habitación. Fue un polvo rápido e intenso; nos quedamos dormidos poco después.

Al día siguiente me levanté despacio para no despertarla y fui a la cocina a ponerme un café. Cristina estaba en el sofá con una taza en una mano y, con la otra, sujetaba el móvil en lo que parecía una videollamada.

—¡Buenos días! —me saludó con la mano al verme, y me hizo un gesto de disculpa por estar hablando por el móvil—. Perdona, amor, pero es que se acaba de levantar Jaime y le estaba saludando. ¿Qué decías? —siguió Cristina hablando por el móvil.

—Te preguntaba que si ya te has nacionalizado —oí decir a la voz.

«¿Nacionalizado?».

—¿En serio crees que en una semana me ha dado tiempo a nacionalizarme? Te recuerdo que he estado ocupada buscando un hogar para no tener que vivir debajo de un puente. —Su ¿novio? se rio—. Dame un tiempo prudencial y lo soluciono. —No pude oír más de lo que dijo el novio.

—Ya veremos a ver cómo está el mercado local... —contestó Cristina entre risas—. ¿Sabes? Ayer salí con Sarah, fuimos a cenar y luego a tomar una copa. Volvimos pronto a casa, su concepto de salir dista mucho del mío. Ella es una chica un poco... peculiar, pero me lo pasé muy bien, es un encanto. ¿Y tú qué has hecho el finde?

—Lo de siempre, nada interesante.

—¿Qué me ocultas? —preguntó Cris suspicaz.

—Nada.

—Vamos, suéltalo.

Cristina se levantó del sofá y se acercó al fregadero pasando por mi lado.

—Nada... en serio. ¿Quién es ese que está detrás de ti? No me habrás mentido, ¿no?

—Yo no soy como tú. Ni te miento ni te oculto nada. Es Jaime.

—Hola, Jaime —me saludó la voz—. Pásamelo, quiero hablar con él.

—Ni de coña —dijo Cris.

—Hola —saludé colocándome detrás de Cristina.

—Quiero hablar contigo, Jaime —dijo.

Cristina alzó las cejas y yo le hice una señal para que me lo diese, dándole a entender que no me molestaba. Entendía que su novio tuviera curiosidad por la persona con la que vivía. A regañadientes, me tendió el móvil poniendo los ojos en blanco. Se quedó a mi lado como si no se fiase de la conversación. Vi en la pantalla del móvil a un hombre rubio con ojos verdes y unos dientes perfectos.

—Hola, Jaime. ¿Qué tal? Yo soy Javi. No sé si Cris te ha hablado de mí. —Negué con la cabeza—. Vale. Pues yo soy el maridito de la niña y me preocupó mucho por ella, así que te pido por favor que la ayudes, sobre todo al principio. Ella es la mejor del mundo, pero es un poco desastre...

—Javier... —le amenazó Cris.

—... como iba diciendo, la niña es un poco desastre y muy confiada, seguro que se las dan todas en el mismo carrillo.

Cristina me quitó el teléfono de las manos.

—Ya está bien, Javi, ya has hecho de padre protector —replicó Cris con exasperación—. Gracias por preocuparte por mí. Ahora cuéntame eso que me estás intentando ocultar.

Cris me miró con cara de disculpa y se fue andando hacia su habitación. Sonreí ante la situación tan extraña que acababa de vivir. Al poco se levantó Anna y se unió a mí en la cocina. Le preparé un café y, estábamos hablando de los turnos que teníamos la semana siguiente, cuando Cristina entró en el salón.

—Jaime, lo siento... —empezó hablando en castellano, pero se calló cuando vio a Anna—. ¡Perdona! No sabía que estabas acompañado. —Se acercó a Anna y le tendió la mano al tiempo que se presentaba en inglés—. Soy Cristina, encantada.

—Anna —miró a Cristina de arriba abajo—, igualmente. Así que tú eres la nueva compañera de Jamie. —Hizo hincapié en mi nombre. Cristina asintió—. ¿Y te has instalado ya del todo?

—Sí, casi del todo. Me faltan algunas cosas, pero todo lo imprescindible lo tengo ya organizado. ¿Habéis desayunado? He preparado un bizcocho. Me he despertado muy temprano,



me aburría, así que me he puesto a cocinar.

—Vaya... gracias —le dije, y me dirigí a la encimera donde estaba el bizcocho. Corté un trocito y se lo ofrecí a Anna, quien lo olisqueó antes de darle un mordisco. Luego partí un trozo más grande para mí.

—¡Mmm, está muy bueno! —le dijo Anna apreciativamente.

Yo tenía la boca llena y no podía hablar, así que me limité a mover la cabeza arriba y abajo, dándole la razón.

—¡Me alegro de que os guste! —Se la notaba feliz ante nuestras reacciones—. Oye, Jaime, lo dicho, siento mucho lo de antes, Javi a veces no tiene vergüenza, espero que no te haya molestado.

—Tranquila, es lógico que tenga curiosidad por saber con quién compartes piso —contesté tranquilizador.

—¿Qué ha pasado, Jamie? Si se puede saber —inquirió Anna bastante seca y otra vez poniendo énfasis en la pronunciación de mi nombre.

Miré a Anna sin entender por qué lo hacía.

—Jaime ha tenido que ponerse al teléfono y hablar con Javi, mi «maridito», porque quería conocer al hombre con quien estoy viviendo ahora —contestó Cristina. Al oírla hacer énfasis también en la pronunciación de mi nombre en español, entendí que Anna había estado intentando corregir a Cristina creyendo que lo pronunciaba mal—. A veces es peor que mi padre —continuó hablando con gesto resignado.

—Jamie —insistió Anna, esta vez solo con la intención de corregirla.

Cristina dejó de sonreír y su expresión se tornó tensa. La conversación pasó de ser ligera y amena a embarazosa en cuestión de segundos.

—En realidad mi nombre es Jaime, un nombre español. Cuando llegué a Estados Unidos nadie era capaz de pronunciar mi nombre correctamente, así que alguien empezó a llamarme Jamie y así me he quedado —expliqué dirigiéndome a Anna, que se quedó estupefacta.

—No me lo habías contado nunca —me recriminó suavemente.

Observé que Cristina estaba incómoda.

—Es porque ya tengo integrado Jamie como mi nombre —intenté relajar el ambiente.

—Bueno, os dejo desayunar tranquilos, me voy a preparar, que he quedado con Sarah para comer —dijo Cristina, y se fue a su habitación con una sonrisa tensa.

Miré a Anna, que tenía una expresión extraña en la cara. No sabía qué estaría pensando después de la situación que, de repente, se había generado. Había sido un poco borde con Cristina sin venir a cuento, y no me gustó esa actitud. Supongo que ella debió notarlo porque luego estuvo más cariñosa de lo normal.

Nos acabamos el desayuno sin hablar casi y luego le pregunté si quería que la llevase a casa. Me dijo que prefería que lo hiciera después de ducharnos juntos. No me apetecía, estaba molesto con ella por lo sucedido, pero me dejé convencer, lo que fue un error porque, aunque el sexo no estuvo mal, yo estaba más frío y distante; quería que se fuera.

Cuando salimos de mi habitación, Cristina ya se había ido y yo tenía una sensación extraña que no sabía cómo definir. Mejor no darle vueltas. Cuando dejé a Anna en su casa sentí como si me quitase un peso de encima.

Escribí en el grupo de los chicos para ver si les hacía salir a tomarnos unas cervezas por la tarde.

**Jaime**

¿Os hacen unas cervezas esta tarde?

**Jack**

¡Claro!

**Neil**

Sí. ¿A qué hora?

**Jack**

Podéis venir a casa.

**Neil**

Yo propongo casa de Jamie.

**Jaime**

No tienes derecho ninguno a proponer mi casa. No es tu casa. Es MI casa.

**Neil**

¿Por qué no quieres que vayamos a tu casa? ¿Qué escondes?

**Jack**

Es verdad, Jamie, tú siempre pones tu casa sin problemas.

**Jack**

¿Qué es lo que pasa?

**Jaime**

Nada.

**Neil**

Jamie no quiere que conozcamos a Cristina.

**Jack**

¿A qué hora vamos a casa de Jamie?

**Neil**

Después de comer. Yo llevo cervezas.

**Jaime**

Eooo... es mi casa y no os he invitado.

Llegaron después de comer con un surtido importante de cervezas.

Jack estuvo preguntándome para ponerse al día. La última vez que habíamos hablado fue cuando Kim se había ido de casa, no sabía nada de lo que había pasado después, no habíamos coincidido mucho en el hospital y, a veces, cuando nos veíamos, había más gente y no hablábamos de temas personales. Así que empecé contándole lo de las entrevistas, que Cris vino vestida de monja y que me había equivocado, y acabé contándoles lo que había pasado con Anna esa misma mañana.

—Ha sido una situación bastante tensa. Cada vez que Cristina decía mi nombre español,

Anna le corregía la pronunciación a mi nombre en inglés, y Cristina no se daba por aludida y seguía llamándome Jaime. Ha llegado un momento en el que Anna ha sido incluso borde, y al final he tenido que intervenir y explicarle que ella lo estaba pronunciando bien. Parece una tontería, pero ha sido muy incómodo.

—Así que Cristina no se ha dejado comer terreno, ¿no? —dijo Neil divertido—. Me gusta esa chica.

—Eso ya lo has dicho más veces, ¿cómo de en serio me tengo que tomar esa afirmación? —pregunté prudente.

El semblante de Neil se tornó solemne, lo que no era normal en él.

—No voy a intentar nada con ella, ya lo sabes. —Sí que lo sabía—. Lo poco que la conozco me cae muy bien, me parece inteligente y divertida, como amiga. Si en algún momento le tiro los trastos, es solo un juego; lo hago con todas y estoy seguro de que ella es lo suficientemente inteligente para entenderlo así. Lo que deberías plantearte es por qué te molesta tanto que lo pueda hacer con ella. Siempre he actuado así con Kim y jamás te habías preocupado.

Tenía razón, como siempre. Me quedé pensativo. Me había hecho una idea de Cristina que me hacía estar en zona segura, pero después de nuestro primer encuentro, esa idea fue cambiando y desarrollándose de manera diferente a como había esperado. Ella era inteligente, divertida, sincera y con un carácter fuerte. Quizás lo más atrayente de ella era el halo de alegría que desprendía.

—Si te lías con ella solo para un polvo y luego pasas de ella (como haces siempre), yo me encontraría en una situación incómoda entre los dos. No sé, será también que tengo más instinto de protección porque es española y acaba de llegar.

Neil me miró alzando una ceja, su mirada me decía que eso no me lo creía ni yo. Jack se rio por lo bajo, tampoco se lo creía.

—Sí, claro, y ahora me dirás que te la has imaginado desnuda en tu cama porque ahí está más protegida —dijo Neil con sarcasmo.

Nos callamos al oír la puerta abrirse. Cristina hizo una inspección de la habitación, creo que temía encontrarse en casa con Anna otra vez. Sonrió al ver a Neil.

# 11 Integrándome

«*Me gusta mucho Neil, me gusta mucho Neil, me gusta mucho Neil (retintín modo on).*»

*Jaime*

*Cristina*

Cuando me fui de casa después de mi encuentro con Anna para ir a comer con Sarah, iba bastante mosqueada. No me había gustado nada cómo esa tía me había hecho sentir. Cuando nos presentamos y me hizo un barrido de arriba abajo sin ningún ápice de vergüenza, me sentí incómoda, pero cuando acabó y sonrió con prepotencia me sentó como el culo.

«Sí, vale, ella es más alta, más guapa, tiene unas tetas más grandes... ¡Vamos, que está mucho más buena que yo! Pero eso no le da derecho a hacerme sentir poca cosa. Pero ¿qué se habrá creído!? Encima, para rematar la faena, no hacía más que corregir mi pronunciación de “Jaime”. ¡Ah! pero por ahí no iba a pasar. Todo el rato “Jamie, Jamie” con retintín, como si fuese tonta».

Si no me hubiese hecho el barrido, me lo habría tomado de otra manera, como si quisiera ayudarme a pronunciar mejor, pero después de mirarme de arriba abajo con superioridad tenía claro que lo que quería era quedar por encima. Pfff.

Era capaz de entender que reaccionaba así porque se sentía amenazada. Supongo que, en su situación, yo me sentiría igual pero, aun así, yo la había tratado bien, ¿no? Me había hecho sentir muy incómoda en mi propia casa, y eso no lo iba a permitir.

Decidí que le daría un voto de confianza, pero que si, con el tiempo, la cosa seguía igual, tendría que hablar con Jamie. O ponerla en su sitio, eso se me daba de miedo. ¡Sí, pondría en su sitio a esa creída de los cojones!

Llevé una botella de vino del bueno a casa de Sarah. Copita a copita, nos bebimos la botella mientras preparábamos la comida y le contaba lo que había pasado esa mañana. Cuando llegó la hora de comer, íbamos las dos bastante tocadas por el alcohol. Hasta nos pusimos a

brindar a la salud de Anna.

Después de comer, estuvimos charlando de todo un poco, haciendo hincapié en que al día siguiente era mi primer día en el trabajo. Yo estaba un poco nerviosa, no por el trabajo en sí, que llevaba ejerciéndolo años, sino por conocer a la nueva gente y adaptarme a las particularidades locales.

Sarah me tranquilizó y me contó un poco por encima cómo funcionaba todo y, además, me confirmó que ella ese día iría a la oficina en lugar de quedarse en casa, por si la necesitaba. ¡Si no fuera por ella!

Era media tarde cuando llegué a casa, el efecto del vino se me había pasado casi del todo, pero solo casi. Oí voces nada más abrir la puerta. Imaginando que era Anna la que estaba con Jaime, compuse una sonrisa falsa.

«¡Vamos, sonrío y al lío!».

Cuando abrí la puerta del salón me llevé una sorpresa: Jaime no estaba con Anna sino con Neil y otro chico al que no conocía. Los tres se callaron cuando me oyeron abrir la puerta. En cuanto vi a Neil, mi sonrisa se volvió sincera.

—Hola, chicos —saludé al entrar—. Neil, qué pronto nos volvemos a ver. ¿Qué tal? — Me acerqué a darle dos besos.

—Me encanta esta costumbre española de los besos.

Y entonces caí en la cuenta de que dar dos besos no es lo normal fuera de España.

—¡Ay! Perdona, no quería incomodarte. No me doy cuenta, lo llevo integrado de serie — me disculpé.

—En serio, no tienes que disculparme, puedes besarme siempre que quieras. —Me guiñó un ojo y yo me reí a carcajadas. Vaya *crack* de hombre.

—Neil... —lo llamó al orden Jaime—. Cristina, te presento a Jack. Es también un compañero del hospital.

—Encantada de conocerte, Jack. Yo soy Cristina, podéis llamarme Cris, todo el mundo me llama así.

—Un placer —me dijo Jack.

—Estamos tomando unas cervezas y luego pediremos unas pizzas, ¿te apuntas? —me preguntó Jaime.

—Cerveza no, gracias. Sarah y yo nos hemos bebido una botella de vino entre las dos y todavía voy tocada. No voy a tentar a la suerte, que mañana empiezo a trabajar y no quiero ir con resaca el primer día, pero contad conmigo para las pizzas.

—Ven, siéntate a mi lado —me dijo Neil con cara de niño pequeño haciendo una trastada.

Jaime puso los ojos en blanco y Jack rio por lo bajo.

—Estábamos hablando de mujeres —continuó Neil después de sentarme a su lado en el sofá.

—Entonces no estoy muy segura de querer quedarme a la conversación —contesté, y se rieron. Yo miraba a Neil con una ceja alzada, me esperaba cualquier cosa, estaba tramando algo.

—Vale, pues entonces cambiamos de tema. Cuéntanos de ti —me dijo.

—¿Qué quieres saber? —pregunté—. Si me pongo a contaros mi vida, acabo pasado mañana.

—Pues lo normal, para empezar qué te ha traído a Nueva York. —Neil me miraba con cara traviesa.

—Cristina, ignora a Neil, si le das coba no te va a dejar en paz nunca —me dijo Jaime.

—No le hagas ni caso —sentenció Jack.

—No me importa. Pues es complicado de explicar. Supongo que el resumen es que estaba estancada y necesitaba un cambio.

—¿Estancada en una relación? ¿Te viniste huyendo de un hombre? —preguntó Neil, directo.

—¡No! Nada que ver. No tiene nada que ver con ningún novio, ni relación maltrecha, ni nada por el estilo. Estaba estancada en mi vida, en general. Todo estaba bien, tenía un buen trabajo, amigos a los que adoro, una familia estupenda, todo bien. ¿Cómo explicarlo? Me faltaba

algo, necesitaba alicientes, y tenía una espina clavada desde hacía mucho tiempo de irme fuera de España. Así que pedí un traslado en el trabajo, y aquí estoy. Y ahora te pregunto yo a ti: ¿cómo se llamaba?

—¿Quién? —me preguntó Neil.

—La chica por la que viniste huyendo a Nueva York —le sonreí de lado. Yo también sabía jugar.

Neil se quedó callado por la sorpresa. Jack y Jaime nos miraban divertidos.

—¿Y por qué crees que vine huyendo de una mujer? —me preguntó después.

—Tú has dado por sentado que yo había venido por esa razón, en realidad estabas proyectando en mí el motivo que te movió a ti a mudarte —contesté.

—*Touché*, Susan —contestó. Y añadió—: Tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

—Totalmente de acuerdo.

Seguimos hablando entre todos. Sobre todo, Neil iba haciéndome preguntas y yo contestaba y les hacía hablar sobre ellos también. La conversación fue muy fluida y me sentí muy cómoda. Se notaba que entre los tres había una gran amistad, y me hacían partícipe de ella.

Yo les conté que tenía veintisiete años, que no tenía novio, ni intención de buscar uno. Les hablé de cómo acabé trabajando en un laboratorio farmacéutico. Les expliqué que había tenido dos relaciones serias y que, después de acabar la segunda, me había ido a vivir con mi mejor amigo.

Neil —menudo cotilla— me preguntó en detalle por mis relaciones anteriores. Así que les hable de mi primer amor, Sergio, en la universidad, una relación poco equitativa donde había dado más de lo que había recibido. Y luego les hablé Álvaro.

—Después conocí a Álvaro, estuvimos juntos un año. Él es... ¿Cómo decirlo? Es un hombre increíble, una de las personas imprescindibles de mi vida. Cuando nos conocimos, los dos tuvimos claro que había algo muy fuerte entre nosotros, pero había una parte de la relación que no funcionaba. Siempre estábamos juntos, así que a los seis meses me mudé a su piso. Creímos erróneamente que, viviendo juntos, solucionaríamos eso que fallaba. No fue así: no solo no lo arregló, sino que lo empeoró. Lo bueno es que fuimos capaces de frenar a tiempo de



estropear la fuerte amistad que nos unía. Yo me fui de su casa a vivir con Javi, mi mejor amigo. La mejor decisión que he tomado en toda mi vida. Vivir con Javi ha sido divertidísimo. —Sonreí con cariño al recordarle—. Y con Álvaro..., ahora nos seguimos queriendo muchísimo y nos llevamos genial, mejor que cuando estábamos juntos.

—Por lo que dijo cuando hablaba conmigo esta mañana pensé que Javi era tu novio —dijo Jaime.

—No, ¿por? ¿Qué dijo, maridito o algo así? —pregunté imaginando lo que había pasado. Jaime asintió—. Eso es porque nos llevamos fenomenal y estamos siempre juntos, somos como siameses. Nos conocemos desde el colegio, incluso fuimos a la universidad juntos. Tenemos la teoría de que nos separaron al nacer. Hacemos casi todo juntos. Así que la gente siempre se piensa que somos pareja, y eso nos hace gracia. De broma decimos que él es mi maridito de palo y yo su mujercita.

—¿Nunca ha pasado nada entre vosotros? —preguntó Jack curioso.

—Nunca. —Arrugué la nariz—. Es como mi hermano. Sería incesto. De todos modos, cualquiera de vosotros tiene más posibilidades de tener algo con él que yo. —Los tres asintieron, entendiendo.

Neil explicó que era de Miami, que había tenido solamente una relación larga con la tal Susan y que esa relación había acabado muy mal, sin dar más detalles, y que por eso decidió irse de Miami. Que él no estaba hecho para tener relaciones y que por eso se dedicaba a repartir amor allí donde le dejaran. ¡Vamos, que era un picaflor! Me encantaba el tono travieso que usaba para contarle. El día que se enamorara, me iba a reír de él pero bien.

Jack contó que era enfermero en el hospital donde trabajaban los tres. Era de un pequeño pueblo de Texas, su hermano había ido a Nueva York por trabajo y él le había seguido hasta allí porque no tenía más familia. Habían vivido juntos hasta que conoció a Jill, el amor de su vida. Se notaba a la legua que estaba enamorado hasta las trancas, era el más dulce de los tres.

Siendo sincera, cuando más atención ponía era cuando hablaba Jaime; en aquel momento me dije que era porque era mi compi de piso y me venía bien saber cuanto más mejor.

Jaime contó que vino a hacer la residencia a Nueva York por perfeccionar el inglés y por tener la experiencia de vivir en otro país, con otra cultura, y que cuando acabó la residencia estuvo mirando para volver a España, pero que las condiciones que le ofrecían eran muy malas y

por eso no lo hizo. Había tenido una novia en el instituto con la que estuvo unos pocos meses, y novia formal en la universidad con la que estuvo dos años. Ella se fue de Erasmus a Bélgica y, cuando volvió, se dieron cuenta de que no quedaba nada entre los dos. Cuando estábamos hablando de la situación sentimental actual de cada uno, Jaime no dijo nada y yo no podía preguntar, era incómodo, pero Neil no tuvo ningún reparo en hacerlo.

—Vale, resumiendo: yo jamás tendré novia, Jack y Jill son la personificación del amor, y Cristina no quiere ver a un hombre ni en pintura. ¿Y tú, Jamie? ¿Qué pasa con tu vida amorosa? —preguntó Neil, directo.

—¿Qué pasa de qué? —intentó esquivar la pregunta.

—Venga, Jamie, habla —instó Jack.

—Sí, habla. No vamos a hablar de nuestra vida sentimental todos menos tú. Aparte de Anna, ¿hay alguien más o picas de flor en flor como Neil? —pregunté.

—¿Conoces a Anna? —me preguntó Neil.

—Sí, nos hemos cruzado un momento esta mañana.

—¿Y qué te ha parecido?

«Pues que es una borde de cojones con aires de superioridad».

—Que está muy buena, si yo fuera un tío también querría follármela.

Jack y Neil se rieron, Jaime estaba más bien serio y yo, aunque había hecho una broma, estaba muy incómoda. Nos miramos a los ojos y fui capaz de leer en ellos que él era consciente de que el incidente de esa mañana no me había sentado bien.

—No tengo nada nuevo que contar. Anna y yo no tenemos nada. Cuando nos apetece, quedamos y listo, sin complicaciones.

—Jamie... —Jack estaba dudoso, era como si se estuviera pensando cómo decir lo que tenía que decir—, ¿tú estás seguro de que ella lo ve de la misma manera?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Verás, es que últimamente, de un tiempo a esta parte —empezó Jack a explicarse—,

siempre está cambiando los turnos, nos está volviendo un poco locos a todos, y bueno, creo que es para coincidir contigo. —La cara de Jaime fue un poema—. No sé, a lo mejor me estoy equivocando.

—Pues no tiene motivos para pensar que haya nada más. Siempre se lo he dejado muy claro y ella jamás me ha dicho nada de cambiar los términos de nuestro acuerdo.

—Pues yo creo que quiere más de lo que te deja ver, tío. Parece que siempre está revoloteando cerca de ti, como si quisiera dar a entender a las otras enfermeras que estás ocupado —añadió Neil.

Jaime escuchaba estupefacto, atento a lo que le decían sus amigos. Yo me mantuve al margen, en modo cotilla, para ver cómo seguía la conversación, parecía un culebrón.

—¿Hay algo más que no me hayáis contado? —les preguntó Jaime. Ambos negaron con la cabeza—. Quizás tenga que volver a hablar con ella. No quiero malentendidos de ningún tipo, y menos ahora.

Me gustó que Jaime no dudara de la palabra de sus amigos ni por un segundo.

—No me extraña, después de lo de Kim —dijo Jack.

Neil tosió, creo que intentando ocultar un acceso de risa, y Jaime puso los ojos en blanco.

—Vamos a dejar ese tema, ¿de acuerdo? No es el momento —les dijo, y fui capaz de leer una amenaza velada.

¿Quién sería esa Kim? ¿Otra follamiga? ¡Joder con el colega!

Cambiamos de tema y ya no volvimos a tocarlo en toda la noche. Conversamos sobre distintos asuntos mientras cenábamos las pizzas que habíamos pedido. Había sido una tarde fantástica y me lo había pasado muy bien con los amigos de Jaime. Me gustaba mucho Neil, era muy divertido, inteligente, tenía un punto pícaro que me encantaba. Y Jack era genial, más dulce y tranquilo, pero también con un humor muy divertido. De hecho, había habido tan buen ambiente que me invitaron a salir con ellos un fin de semana que también saliera Jill, estaban seguros de que nos íbamos a llevar muy bien.

—Jill es un terremoto, así que vais a congeniar a la primera. —Palabras textuales de Jack.

—¡Que Dios nos pille confesados! —contestó Neil con cara de fingida resignación.

—Que tiemble Nueva York —bromeó Jaime.

¡Estaba deseando conocer a Jill!

Cuando ya me iba a ir a dormir, Jaime me paró y me dijo, incómodo, que sentía la situación de esa mañana con Anna, que no se repetiría. Yo no sabía muy bien a qué se refería exactamente, pero algo era algo.

Le dije que no se preocupase, que entendía su actitud porque era una situación rara para ella. Que, seguramente, ella se sentía insegura, que me veía como una rival. Que yo no se lo tendría en cuenta, así que no tenía por qué preocuparse.

Para darle énfasis a mis palabras le toqué el brazo intentando tranquilizarle. Fue un error. Mi mano ardió por el contacto, levanté los ojos y lo miré conmocionada, queriendo comprobar si era yo la única que lo había notado, ¡pero no! Jaime me miraba con igual intensidad. Estuvimos así unos segundos. Al final reaccioné y aparte la mano, bajé la mirada y hui a mi habitación diciendo que tenía que organizar las cosas para ir a trabajar al día siguiente.

# 12 Prohibida

«*Las prohibiciones están para pasárselas por el forro de los...*»

*Cristina*

*Jaime*

A Jack y Neil, Cristina les había caído muy bien. Había sabido manejarse muy bien con ellos y fue una tarde muy divertida. De hecho, se fueron de casa invitándola a salir un fin de semana con nosotros y con Jill. Cris era aceptada oficialmente como parte del grupo.

Repasé la tarde que habíamos pasado y como me había sentido cuando nos contó lo que había pasado con su último ex, Álvaro, del que habló con tal cariño que noté una punzada de celos. No, celos no, envidia, pero envidia de la que te produce ver cómo alguien habla con cariño de su ex. Nada más. Nada. Más.

Cuando esa tarde Neil sacó el tema de Anna delante de Cris, casi cometo un asesinato. Les había contado hacía un rato lo que había sucedido entre ellas por la mañana y no me podía creer que, sabiéndolo, lo mencionase tan alegremente. A veces tiene un sentido del humor de lo más crápula. Lo miré con cara de que me las pagaría más tarde.

No contento con mi reacción, interrogó directamente a Cris sobre qué le había parecido Anna: «Que está muy buena, si yo fuera un tío también querría follármela», había bromeado sin contestar realmente, solo refiriéndose al físico y obviando dar una valoración personal. Había esquivado muy bien la pregunta, pero estaba incómoda, y yo la entendía. Al fin y al cabo, Anna era mi «follamiga» y compañera de trabajo de Neil y Jack, no podía decir nada negativo de ella por mucho que lo pensara.

Nos miramos a los ojos, y fruncí los labios a modo de disculpa. Me sentía, de alguna manera, responsable de lo que había pasado. Tendría que hablar con ella más tarde.

Lo que me contaron Neil y Jack sobre Anna y lo que yo mismo había presenciado por la mañana en mi cocina me dejó pensativo sobre cómo manejar a Anna. Tendría que hablar también

con ella sobre el tema.

Después de que los chicos se fueran, nos quedamos Cris y yo a recoger y estuvimos recordando los momentos más divertidos. Le pregunté si se sentía nerviosa por empezar a trabajar al día siguiente.

—¿Nerviosa? Sí, pero para bien. Tengo ganas de ir a la oficina, conocer a la gente, que me asignen un proyecto y sentirme útil. La semana que llevo en Nueva York ha sido de adaptación, muy intensa, la verdad, parece un mes. Pero ya toca iniciar la rutina laboral. Me apetece mucho. No llevo muy bien la inactividad.

—No hace falta que lo jures —dije, divertido.

—¿Por qué dices eso?

—No se te ve, lo que se dice, una persona tranquila.

—Espero que no me estés llamando histérica —bromeó.

—Bueno, eso lo has dicho tú —le seguí la broma.

Me dio un codazo.

—Tú, guaperas, no te pases ni un poquito.

—Aparte de histérica... macarra. ¡Qué peligro tienes!

—Si tú supieras...

Seguimos bromeando. Estábamos muy cómodos, pero tenía un asunto pendiente: disculparme con ella por lo de Anna. No sabía cómo hacerlo sutilmente, así que fui directo y a la yugular.

—Cris, oye, perdona si esta mañana la situación con Anna ha sido difícil. Hablaré con ella para que no se repita —le dije.

Me sonrió agradecida y empezó a hablar para quitarle hierro al asunto diciendo que no importaba, que no lo tendría en cuenta, bla bla bla.

Todo normal hasta que me puso la mano en el brazo y mi cuerpo reaccionó de un modo brutal a ese simple roce. Me quedé paralizado, mirándola a los ojos y conteniendo la respiración.

Vi en sus ojos que ella había sentido lo mismo que yo.

Si no se hubiera separado y corrido a su habitación, no sé qué habría sido capaz de hacer. Bueno, sí, una idea de lo que habría hecho sí que tenía, e incluía tenerla desnuda y en distintas posiciones, recrearme en ese cuerpo jodidamente perfecto. Empezaba a ser realmente consciente de que mantener las distancias con ella iba a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

En la soledad de mi habitación, medité sobre los últimos meses de mi vida. Demasiados problemas con mujeres. Me había acostado una noche de pedo con Kim y había perdido una amiga y una compañera de piso.

Si repasaba la situación con Anna, hasta ahora yo pensaba que estaba todo bajo control, una relación de sexo sin compromiso. Lo cierto era que, si hacía caso de lo que me habían dicho los chicos, y teniendo en cuenta el marcaje de territorio que había hecho con Cristina, estaba claro que iba a tener el mismo problema que había tenido con Kim. No quería darle demasiadas vueltas a ese tema porque me gustaba la relación que tenía con ella. Sexo del bueno. Buen rollo fuera de la cama y nada de explicaciones. Solo disfrute. Confirmar las sospechas de Neil y Jack era algo que no me apetecía y, sin embargo, no podía ignorarlo.

Y Cristina... No sabía ni por dónde empezar a analizar todo lo que había pasado en el poco tiempo que la conocía. ¿Cómo era posible que, en apenas cuatro míseros días, el cuento hubiese cambiado tanto? Había pasado de ser la Mojigata antilibido a rozarme el brazo y hacer que estuviese a punto tirarme como un buitro sobre ella. Eso no podía volver a pasar.

El hecho de que le gustase a mis amigos complicaba en cierto modo la situación, pues sabiendo cómo eran, sobre todo al cafre de Neil, estaba seguro de que la incluirían en algunos de nuestros planes.

Para empezar, ya querían presentarle a Jill y, conociendo a ambas, estaba seguro de que se iban a llevar muy bien. Jill siempre protestaba porque era la única chica del grupo, estaba deseando que Neil o yo encontráramos novia.

Con otra mujer, seguro que habría más planes todos juntos, y eso era peligroso. La tentación en mayúsculas.

No estaba dispuesto a repetir con Cristina la misma historia que con Kim, por mucho que me pusiera. Ya la cagué lo suficiente entonces, y había aprendido la lección. O eso esperaba por mi salud mental. Necesitaba tener un poco de paz.

Cristina estaba prohibida. Prohibida.



## 13 Como escarpas

«¿Así que un “va por ti”?»

*Jaime*

*Cristina*

Jaime deslizaba su lengua por mis muslos mientras me sujetaba las caderas con las dos manos. Yo jadeaba y alargaba mis manos para guiar su boca hasta mi clítoris. Justo en ese momento me desperté sudando, tenía la respiración acelerada y mi mano estaba situada estratégicamente sobre los pantalones del pijama.

Estaba muy excitada, inspiré hondo intentando controlarme, ciertas partes de mi cuerpo pedían guerra. Miré el reloj, las seis de la mañana. ¡Bien! Tenía tiempo para todo. Había puesto el despertador a las seis y media, era mi primer día en el trabajo y no quería llegar tarde.

Me bajé de la cama y busqué la cajita de los juguetitos. Sonreí cogiendo a Manolo, mi succionador de clítoris.

«Voy a empezar el trabajo la mar de contenta».

Preparé la ropa que me iba a poner y me fui a la ducha con mi juguete.

Abrí el agua caliente mientras me quitaba el pijama, entré a la ducha y dejé que el agua resbalase sobre mí. Suspiré de placer y dejé que mis manos acariciasen mi cuerpo lentamente; al llegar a la vulva, gemí. Todavía estaba excitada por el sueño erótico que había tenido y empecé a recrearlo en mi cabeza: Jaime con la boca acercándose a mi vulva mientras lamía mis muslos. Yo le agarraba la cabeza y suavemente le acercaba la boca y alzaba mis caderas para facilitarle el acceso, su lengua empezaba a jugar haciéndome gemir.

Encendí a Manolo y lo coloqué sobre mi clítoris mientras con la otra mano me acariciaba los senos. Se me escapó otro gemido. Estaba tan cachonda que no iba a tardar mucho en correrme. Volví a gemir, más fuerte esta vez.

Empecé a notar la tensión que precede al orgasmo e hice un poco más de presión con el juguetito mientras lo movía en un pequeño círculo para estimularme la zona un poco más, y no se hizo esperar. El orgasmo llegó y yo grité, intenté controlar el volumen mordiéndome el labio, aun así, no pude contener un grito ahogado y los jadeos de después.

Cuando recuperé el aliento, acabé de ducharme, me arreglé el pelo y me fui a mi habitación para vestirme. Con una sonrisa en la cara me dirigí a la cocina y me preparé un café y poco de bizcocho para desayunar. Apareció Jaime recién duchado justo cuando estaba a punto de acabarme el desayuno. Tenía cara rara. ¿Le pasaría como a mí, que hasta que no se tomaba el café no era persona? ¿Habría dormido mal?

Hablamos un poco de cómo se nos planteaba la jornada. Después del «va por ti» que me había marcado en la ducha, me sentía un poco incómoda con él y quería irme al trabajo cuanto antes, así que engullí lo que quedaba de bizcocho, me acabé la bebida de un trago y me levanté dispuesta a irme de allí a la velocidad de la luz. Me deseó suerte en mi primer día, cogí el bolso, me despedí y me fui. ¡Iba a ser un gran día!

\*\*\*

«¡Vaya mierda de día!».

Podría intentar suavizarlo un poco, pero mentiría. Me presenté en la oficina a las ocho. La persona de Recursos Humanos no había llegado y tuve que esperar más de una hora sentada en un sillón de la recepción. La recepcionista, de vez en cuando, me miraba con cara de pena. Cuando por fin llegó, se disculpó diciendo que lo sentía mucho, que no se acordaba de que me incorporaba ese día y que no tenía preparado los papeles, que por favor esperase un rato hasta que se los mandasen de la gestoría.

«¿¡En serio!?».

Llevaba casi dos horas allí cuando me hizo entrar a su despacho. Revisé el contrato y algunos de mis datos estaban mal. A volver a llamar a la gestoría para corregirlo. Otra media hora esperando.

Yo estaba ya de los nervios. Había llegado a las ocho, eran las diez y media y todavía no había ni firmado el contrato. Me explicaron dónde podía encontrar algunos documentos en la intranet, pero todavía no tenía mi ordenador, así que la explicación me sirvió de muy poco.

Cuando acabé en Recursos Humanos, me llevaron al despacho de mi nuevo jefe. La charla

fue cortita porque él tenía otra reunión, me dijo que me esperaba antes y le expliqué que en Recursos Humanos había habido algún problema con mi contrato, sin entrar en detalles. Apenas le dio tiempo a contarme cuál era el proyecto al que me había asignado y me dijo que hablábamos más tranquilos al día siguiente.

«¡¿Y qué hago yo hasta entonces?!».

Me llevaron a mi despacho para que dejase mis cosas y me enseñaron las oficinas. Había una pequeña cocina donde te podías preparar café y calentar los *tuppers*, pasamos por un gran espacio abierto con muchas personas trabajando, que me miraron con curiosidad, y acabé en el departamento de Informática para recoger mi nuevo portátil.

Los de Recursos Humanos no habían avisado a los de Informática de mi llegada y ellos tampoco tenían mi portátil preparado. Se pusieron a instalar todo en el ordenador después de la hora de la comida. Y yo allí, sin poder hacer nada.

Me llegó un mensaje de Jaime mientras esperaba. «Míster Engreído». Me reí por lo bajo al ver el apodo con el que lo había grabado en el móvil.

«Tendré que cambiar el nombre del contacto. ¡Ay como lo vea!».

**Míster Engreído**

¿Qué tal? ¿Cómo va tu primer día?

**Cris**

Igual me meten en la cárcel como esto no mejore.

**Míster Engreído**

¿Qué ha pasado?

**Cris**

Mejor pregúntame qué NO ha pasado.

**Míster Engreído**

No cometas un asesinato, que las leyes aquí son jodidas.

**Cris**

Lo intentaré, no prometo nada. Ya te cuento en casa.

Cambié el nombre del contacto de «Míster Engreído» a «Jaime».

Llamé a Sarah para salir a comer, eso fue lo único bueno del día, que nos echamos unas risas en la comida, aunque ella sí que tenía mucho trabajo y no nos extendimos demasiado. Me presentó a unos cuantos compañeros con los que estuvimos hablando un rato, y eso también estuvo bien. Fueron majos y se ofrecieron a ayudarme en lo que necesitase hasta que me hiciese a la nueva oficina.

Me dieron el ordenador de empresa justo un rato antes de salir, solo me dio tiempo a comprobar que me funcionaban las claves de acceso y que mi usuario estaba operativo.

Me llevé el portátil conmigo y, cuando llegué a casa, revisé mi correo del trabajo. Había estado dos semanas sin conectarme y tenía bastantes emails, pero casi todos eran de mi puesto en España; en principio no tenía que hacer nada, solo reenviárselos a la persona que me había sustituido por si acaso no los había recibido.

Tenía también algún correo personal de mis excompañeros y un par de correos de mi nuevo jefe con algo de documentación del proyecto que me había asignado.

«¡Perfecto! ¡Ya tengo algo que hacer!».

Me puse a leer los documentos en el despacho mientras me comía un triste sándwich para cenar. Al poco tiempo me entró sueño y me metí en la cama. Ese día no volví a ver a Jaime, ni tampoco los dos días siguientes, lo cual me dio cierto cuartel para relajarme en su presencia.

\*\*\*

En el trabajo, los dos días siguientes fueron más normales, casi todo me funcionaba con normalidad, además, el segundo día de trabajo, me reuní con mi jefe un par de horas para dejar todo organizado. Él tenía claro que no necesitaba formarme porque llevaba tres años en la empresa en el mismo puesto, así que fue directo a las áreas que más podían cambiar por las diferencias culturales.

Me gustó cómo hizo las cosas y cómo me explicaba todo, nos entendimos rápidamente. Me pidió el favor de ocuparme de un par de reuniones que tenía planeadas para la semana siguiente puesto que la chica que debía encargarse de ellas había dejado la empresa sin avisar y a él no le había dado tiempo de asignárselas a nadie. Me alegré de volver al trabajo de lleno, a buscar

vuelos y hoteles, conocer gente y sitios nuevos.

No estaba preparada para lo que me encontré al día siguiente cuando entré en el piso y oí una guitarra que sonaba. Me pareció extraño porque no había nadie en el salón. Pensé que Jaime se habría olvidado de apagar la música al irse de casa, así que dejé mis cosas en la isla y seguí la música.

Me asomé a la puerta del despacho, y allí estaba Jaime, sentado en una silla casi de espaldas a mí, con la guitarra apoyada en una pierna, rasgando las cuerdas, totalmente perdido en sus pensamientos.

Me centré en la música, estaba segura de que conocía los acordes, pero no caía en qué canción era hasta que empezó a cantar. Vale. Era «Tears in Heaven», de Eric Clapton. Se me erizó la piel, me quedé en la puerta muda, solo podía escuchar cómo cantaba, con voz profunda y grave, la desgarradora letra de la canción.

Acabó «Tears in Heaven», pero él seguía absorto en sí mismo tocando acordes que no parecían pertenecer a ninguna canción, o por lo menos a ninguna que yo reconociera.

—Hola —saludé.

—Hola, no te he oído llegar —contestó mirándome a los ojos. Tenía un halo triste en la mirada.

—Ya me he dado cuenta. —Se hizo el silencio—. Tengo los pelos como escarpas —solté con sinceridad. Levantó las cejas—. La canción, tu voz. Como escarpas —no me estaba explicando muy bien, lo sé, estaba muy impresionada.

—Es una canción muy emotiva. A mí también me pone los pelos como escarpas.

—No sabía que tocabas, ni que cantabas así de bien. Me has dejado alucinada, la verdad.

Sonrió.

—Gracias, pero no soy bueno. Solo toco... a veces.

—Y hoy ha pasado algo por lo que necesitabas hacerlo —afirmé más que pregunté—. ¿Estás bien?, ¿quieres hablar?

Se le notaba afectado por algo, pero no quería presionarle.

—Se ha muerto uno de mis pacientes —dijo después de unos segundos. Yo seguí callada, esperando a que continuase—. Era bastante joven y tenía una actitud de lucha por la vida que me tenía fascinado, a mí y a todo el equipo. No nos lo esperábamos.

—Nunca llegas a acostumbrarte, ¿verdad?

Jaime dejó la guitarra encima de la mesa y se acercó a mí, que seguía en el marco de la puerta. Le dejé pasar y lo seguí al salón.

—No. Nunca. Te haces más frío y lo interiorizas como parte de tu trabajo, pero no eres inmune, no creo que jamás pueda serlo. En el fondo, todas las muertes de tus pacientes te afectan, en lo profesional y en lo personal.

—¿En lo profesional?

—Sí. Es como un fracaso profesional. Y luego está la implicación personal con cada paciente. Es distinta de unos a otros. Normalmente, intentamos mantener cierta distancia emocional, sobre todo en oncología, cuya incidencia de mortalidad es tan alta. Pero es inevitable acortar esas distancias con algunos pacientes. ¿Quieres una cerveza? —dijo abriendo la nevera.

—Si no hay ron con limón entonces sí, me conformaré con una cerveza —bromeé. Me pasó una lata y cogió otra para él. Dimos un trago y dejamos las cervezas en la isla—. Y a este paciente le habías cogido mucho cariño, ¿no?

—Sí, tenía veintiún años, era demasiado joven —dijo cansado.

Lo vi tan vulnerable, abriéndose a mí y compartiendo sus emociones que ni me lo pensé: lo abracé.

## 14 El abrazo

*«Me gustó mucho abrazarte.»*

*Cristina*

*Jaime*

Me abrazó.

De repente sus brazos me rodeaban y ella me apretaba contra su cuerpo para darme consuelo. Fue algo totalmente inesperado. En ese momento necesitaba ese abrazo más que nada en el mundo. Algo cálido se instaló dentro de mí.

Y me quedé quieto, muy quieto, como si tuviese miedo de que, al moverme, se rompiera el abrazo o ella desapareciera, no sé.

Y la abracé. Y solté el aire que había estado reteniendo. Y cerré los ojos, aspiré el aroma de su pelo y disfruté de su cercanía. No hubo nada sexual, fue algo que iba mucho más allá. Susurré un «gracias», aunque no estoy seguro de que me oyese.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, abrazándonos en silencio. Fue Cris la que finalmente rompió el abrazo, se separó de mí un poco y empezó a hablarme mirándome intensamente a los ojos.

—La vida es muy jodida, Jaime. No puedes cargar sobre tus hombros algo que no te corresponde. Trataste a ese paciente lo mejor que pudiste y supiste, habéis hecho todo lo que estaba en vuestra mano, lo acompañaste durante la enfermedad y estoy segura de que agradeció esa compañía. Yo no soy capaz de ponerme en tu lugar, pero puedo entender que es muy duro dejarte los cuernos para salvar la vida de alguien y no conseguirlo, con el agravante de que era joven, lo que siempre es más difícil de aceptar. Quédate con todo lo bueno que has hecho por él y por todos tus pacientes. Es digno de admirar.

—Gracias —volví a susurrar.

Parecía un niño que no sabe ni qué decir ni cómo comportarse. Todo en mí era una vorágine de emociones. Perdíamos a pacientes a diario en el hospital, entre nosotros nos apoyábamos en este tipo de situaciones, pero muchas veces intentábamos naturalizar la pérdida; supongo que es un método de supervivencia cuando convives con la muerte, como es nuestro caso.

Cuando necesitaba descargar, simplemente tocaba la guitarra o llamaba a mi hermana, ella me entendía muy bien y a veces no hacían falta las palabras. Pero Cristina me había dejado totalmente anonadado: sin conocerme casi de nada, me había ofrecido apoyo y consuelo.

Me había gustado tenerla contra mi cuerpo, con sus brazos alrededor mío, sentir su respiración contra mi pecho. Me había gustado mucho. Demasiado.

—¡Venga! —Se levantó y me agarró de las manos, tirando de mí para que me levantara yo también—. Nos vamos a cenar por ahí. Te invito, que ha sido mi primera semana en el trabajo y no me han echado, eso hay que celebrarlo —dijo divertida—. Pero tú eliges el sitio, que yo soy nueva en la ciudad.

Me dejé llevar. Me vendría bien salir a despejarme.

Cenamos en un italiano cerca de casa. Cristina me estuvo hablando sobre sus inicios en la oficina, lo enfadada que acabó el primer día cuando ella iba tan contenta a trabajar y se encontró con que nada estaba preparado para su llegada, sus nuevos compañeros que le había presentado Sarah, su nuevo jefe con el que se había entendido a la perfección y que ya tenía unos viajes preparados para la semana siguiente, por lo que no nos veríamos mucho por casa.

Me contó entusiasmada que le gustaba mucho el nuevo proyecto, era de lupus, y que había trabajado en enfermedades autoinmunes antes, pero no en esta, así que iba a aprender un montón.

Al principio solo hablaba ella, creo que lo hacía para distraerme, para no dejarme pensar, para darme espacio y dejar que me recuperase emocionalmente. Pero después de un rato, empecé a involucrarme activamente en la conversación, y yo me metí de lleno en ella. Estuvimos hablando de nuestras familias, le dije que tenía una hermana un par de años más pequeña que yo y que era enfermera. Le sorprendió saber que mis padres eran los dos abogados y tenían un bufete que funcionaba bastante bien.



—¿En serio tus padres son abogados los dos? ¿Y los dos habéis salido sanitarios? — asentí sonriendo—. ¿Sois adoptados?

—No, o al menos eso dicen mis padres. Les hemos preguntado muchas veces por la adopción, pero lo niegan siempre —contesté—. Desde que éramos muy pequeños, mi hermana y yo jugábamos juntos con el maletín de médico. Y, cuando nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, contestábamos que curar a las personas. Ser médico es algo he tenido claro desde siempre. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, yo elegí Medicina y mi hermana Enfermería. Lo teníamos ambos muy claro.

—Eso sí que es vocación y lo demás es tontería. A mí me parece admirable lo que hacéis. Para mí sois como héroes.

—¿Héroes? Nada más lejos de la realidad.

—Yo no podría trabajar en un hospital con pacientes. Lo primero, por la sangre, que no la soporto. Pero además es que me parece muy duro psicológicamente, yo creo que no sería capaz.

—Trabajar con gente enferma es una dura responsabilidad. Nos dedicamos a esto para curar al enfermo, o simplemente mejorar su calidad de vida. No siempre es posible. De todos modos, no somos héroes, ni muchísimo menos, somos personas normales, nada más.

—No te queda nada bien la modestia, Jaime. Pues todos los sanitarios son héroes... menos tú.

—¿Modestia?

—Vamos a dejarlo.

Seguimos hablando de todo un poco. Era divertida e inteligente y yo me sentía muy cómodo con ella. Me encontraba tan cómodo que no me costaba hablar de temas personales, y lo hacía con total sinceridad, como si supiera que no me iba a juzgar.

—Cambiando de tema, ¿desde cuándo tocas la guitarra? Me has dejado alucinada.

—Aprendí un poco en el instituto, pero nunca he tocado muy bien, y además no practico lo suficiente. Pero me gusta hacerlo de vez en cuando, me relaja.

—Pues a mí me pareció que sonaba fenomenal y tienes una voz increíble. Seguro que te ligaste a unas cuantas en el instituto con la guitarra haciéndote el interesante —comentó medio

riéndose.

Solté una carcajada.

—Algunas —confesé, sonriendo de medio lado—. Así que tú caíste en las redes de algún macarra con una guitarra que tocaba el «More than words» para ligar con chicas, ¿no?

—Sí —confirmó riendo—. Había un chico, Juan, estaba muy bueno... o a mí me lo parecía. Es que siempre me han gustado los macarrillas. Este tenía el pelo largo y vestía muy guarrete, mi tipo. Tocaba muy bien la guitarra y, cuando nos juntábamos en el parque y él tocaba, yo me idiotizaba por completo, era increíble. Lo llamábamos «Juan el Melenas, el terror de las nenas» —continúo con un tinte de diversión en la voz—. Un día me enrollé con él y yo no me lo podía creer, me sentía la chica más afortunada del planeta. Al día siguiente le vi enrollándose con otra. La guitarra le funcionaba la mar de bien.

Seguimos hablando y contando anécdotas de nuestros años de instituto. Cuando llegó el momento de pedir el postre, pensé que rechazaría la oferta. Pero, al contrario que otras chicas, me dijo que le encantaba el dulce y que no lo perdonaba nunca.

Ver cómo disfrutaba del brownie de chocolate fue absolutamente erótico. A veces, después de meterse una cucharada en la boca, mantenía la cucharilla dentro, cerraba los ojos y emitía un «mmm» y luego sacaba despacio la cuchara con un auténtico gesto de placer, yo era capaz de visualizar cómo lamía la cuchara con fuerza hasta dejarla limpia. Ella ni siquiera era consciente del efecto que tenían esos gestos y sonreía contenta. Yo estaba empalmado y solo podía imaginar que no era la cuchara lo que lamía con placer.

«Me voy a tener que dar una ducha fría cuando llegue».

Recordé la que me tuve que dar otro día en casa, cuando me desperté por la noche y fui al baño. Todavía no había amanecido, pero Cristina se había levantado ya y se estaba duchando. Su baño y el mío están uno al lado del otro y las paredes de la casa son de papel. Se oye todo.

Entré en el baño somnoliento y oí un gemido. La primera vez pensé que lo había soñado, pero al cabo de un poco volví a oír otro gemido. Y mi imaginación voló. Me empalmé. Cuando alcanzó el orgasmo y la oí gritar casi pierdo el control. Apoyé una mano en la pared y con la otra me agarré la polla y empecé a moverla arriba y abajo mientras me la imaginaba en la ducha enjabonándose el cuerpo despacio y después empezaba a masturbarse.

Me corrí ahogando un grito y luego me metí en la ducha. Cuando fui a prepararme el

desayuno todo estaba silencioso, así que pensé que ya se habría ido al trabajo, pero allí estaba, tomándose un café, totalmente ajena al hecho de que me acababa de masturbar pensando en ella.

Era bastante tarde cuando nos fuimos del restaurante y llegamos a casa, así que después de dejar las cosas nos dirigimos directos a las habitaciones. Cuando llegamos a la altura de su puerta, se paró, me miró a los ojos y me dijo que podía contar con ella siempre que lo necesitara, para escucharme o darme un abrazo, o simplemente distraerme con su cháchara.

Mirándola a los ojos, le di las gracias por todo lo que había hecho por mí ese día, le deseé buenas noches y me fui a mi habitación.

Me acordé de Valeria, siempre era ella la que me consolaba cuando la pérdida de algún paciente me afectaba. Le puse un mensaje.

**Jaime**

¡Hola, hermanita! ¿Cómo estás? ¿Andas por ahí?

**Valeria**

¡Hola! Estoy trabajando. ¿Qué pasa?

**Jaime**

Nada. Hoy se me ha muerto un paciente.

**Valeria**

¿Estás bien?

**Jaime**

No del todo. Ahora mejor. Cristina me ha consolado.

**Valeria**

Qué mona.

**Jaime**

Sí.

**Valeria**

¿Quieres contarme algo más? ¿Te llamo?

**Jaime**  
No.

**Valeria**

De acuerdo. Cuando lo necesites, aquí me tienes. Escucho muy bien.

**Valeria**

Puedes hablarme de lo mucho que te ha afectado esa muerte en particular... o de lo mucho que te ha afectado que ella te consuele.

«Las pillas al vuelo la cabrona».

**Jaime**

Lo tendré en cuenta. Me voy a dormir. Descansa. Ya hablaremos.

Tumbado tranquilo en mi cama, medité sobre lo que había pasado. Ese abrazo. Viéndolo ahora desde la distancia, si tuviera que decir cuál fue el momento en el que fui consciente de que ella era diferente a cualquier otra chica, sin duda fue ese día, cuando me abrazó.

## 15 Planes

*«¿Lo llevabas fatal?... No me ha quedado claro.»*

*Jaime*

### *Cristina*

El tiempo fue pasando tan rápidamente que cuando me quise dar cuenta ya llevaba más de un mes trabajando.

Después de la primera semana de trabajo —que fue de toma de contacto—, empecé a viajar con bastante asiduidad. Entre mis viajes y los turnos de Jaime pasamos muchos días sin coincidir en casa. A veces nos daba la sensación de que vivíamos solos.

Cuando nos veíamos, charlábamos y nos poníamos al día. Incluso alguna vez, si él tenía libre el fin de semana, me sacaba a conocer la ciudad, me enseñaba rincones no tan conocidos, más típicos de la gente autóctona, y me contaba pequeñas anécdotas. Íbamos creando un ambiente de confianza muy fuerte entre nosotros y eso me gustaba mucho. Demasiado.

Por desgracia para mí, algunas veces también estaba Anna por casa cuando yo llegaba. Ver su cara después de varias horas de viaje en avión era lo que menos me apetecía del mundo. Seguíamos sin caernos bien.

Yo siempre tenía la sensación de que ella pretendía marcar a Jaime, como que me intentaba decir que era suyo, que no me metiera.

Lo peor para mí era que estábamos los tres metidos en una conversación pacífica y muchas veces —prometo que no era imaginación mía— ella cambiaba de tema a uno que solo les competía a ellos, y al final yo era excluida de la conversación. Estoy segura de que lo hacía a propósito. Cuando esto sucedía, Jaime se esforzaba por encontrar un tema en el que pudiéramos participar los tres, pero incluso arreglándolo, yo ya me había sentido fuera de lugar y al final buscaba cualquier excusa para irme rápido a mi habitación; la de estar cansada del viaje o que al día siguiente volaba temprano eran las más socorridas.

Y lo que también llevaba mal era oírlos follar por la noche. Incluso me compré unos tapones. Lo llevaba mal. Muy mal. Fatal. ¿He dicho ya que lo llevaba fatal? Pero fatal... fatal.

En el trabajo, Sarah, otra compañera llamada Samantha y yo habíamos cogido la rutina de irnos a tomar una cerveza los viernes al salir del trabajo. Íbamos a un garito irlandés al que iba habitualmente la gente de la oficina.

Aquel viernes, cuando llegamos al *pub*, había más compañeros tomándose algo, así que nos sentamos con ellos. Supongo que como yo era todavía la novedad en la oficina a pesar de llevar ya más de un mes trabajando allí, todo el mundo me hacía preguntas.

Al principio no me sentí muy a gusto siendo el centro de atención, pero después de tres cervezas toda la vergüenza desapareció y les conté tonterías de mi vida a todos. Fueron muy amables, o eso creo, igual fue la cerveza la que hizo a todo el mundo más simpático.

La gente se fue yendo, pero Sarah, Sam y yo nos quedamos un rato más, pedimos algo para picar, nos tomamos otra cerveza —u otras, ya ni me acuerdo— y nos fuimos a casa. Con la tontería, eran las diez de la noche y yo iba medio borracha.

Cuando llegué me encontré con Jaime tumbado en el sofá viendo la tele.

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué estás viendo? —saludé.

—Hola, ¿vienes ahora de trabajar?

—Vengo de emborracharme. —Solté una risita. Jaime sonrió divertido—. Hemos salido unos cuantos a tomar una cerveza después del trabajo y, al final, han sido unas cuantas —dije con cara de circunstancia.

—Así que haciendo relaciones laborales.

—Me gusta tu manera de pensar. Voy a ponerme el pijama, ahora vuelvo.

Ponerme el pijama me costó más de lo que yo pensaba, y es que meter las piernas por esos agujeros tan estrechos con unas cervezas de más es mucho más complicado de lo que parece. Volví al salón y me senté en el sofá con él.

—Cada vez tolero menos el alcohol, es tomarme unas pocas cervezas y ya voy tocada.

—¿Cuántas te has tomado?

—No sé, no muchas, aunque parezca lo contrario.

—Tampoco pareces tan borracha. Solo un poco... contentilla.

—Soy peligrosa con unas pocas cervezas, no sé qué tonterías les habré contado a mis compañeros. ¿Qué estabas viendo? —pregunté señalando la televisión.

—Acabo de terminar un capítulo de *Breaking Bad*. Estaba pensando poner otro antes de irme a la cama.

—He visto algunos capítulos, pero no sé por qué, no acaba de engancharme. ¿Qué otras series sigues? —Fui a la nevera a coger una botella de agua.

—Muchas, Cris. ¿De qué tipo te gustan? Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Y así empezamos a hablar de las series que nos gustaban a cada uno. Había varias en las que coincidíamos. Se sorprendió cuando le dije que era muy fan de *Juego de Tronos*, que me había leído todos los libros publicados y que la espera hasta que llegaba la siguiente temporada era una tortura. Intenté explicarle por qué me gustaba *Juego de Tronos* pero no veía otras series con igual de carga de muerte y violencia, ni de terror; no veía nada de miedo porque era una acojonada y luego no podía dormir. Me retó a ver una película de terror un día con él.

—No. Tú quieres que me dé un infarto.

—Pero si es solo una película, no te va a pasar nada.

—En serio, que lo paso fatal. Una vez le hice un moratón en el brazo al chico que estaba a mi lado en el cine.

—Espero que fuera tu amigo y no un desconocido. —Me reí—. ¡Venga! Tú ves una película de terror que yo elija y a cambio yo veo la peli que tú elijas sin protestar.

—No me compensa pasar ese mal trago.

—No hay huevos —me picó.

¿Qué hice yo? Pues entrar al trapo. ¿Por qué? Supongo que fue la cerveza, aunque en mi fuero interno creo que la imagen de Jaime abrazándome en el sofá para tranquilizarme cuando estuviese hecha un ovillo, acojonada perdida, me gustaba mucho. En mi medio pedo esa imagen era fantástica y no veía nada de malo en provocar un acercamiento físico con Jaime, sino todo lo

contrario.

Hablamos un rato más sobre películas y series que nos gustaban. A pesar de todo, teníamos gustos parecidos y coincidíamos en muchas de ellas. Pusimos un capítulo de *The Big Bang Theory*, pero me empecé a acurrucar en el sofá, estaba más cansada de lo que pensaba, así que me despedí. Estuve a punto de ir a darle un beso de buenas noches, como hacía siempre con Javi cuando vivía con él, pero me di cuenta a tiempo y directamente me fui a mi habitación.

Ese día dormí como un bebé. ¡Me levanté sin resaca! Miré el reloj, las once, ¡increíble! Quería haber aprovechado el día para hacer un poco de turismo. Me despecé y me dirigí a la cocina a prepararme el primer café de la mañana. Esperaba encontrarme con Jaime por casa, pero o se había ido o no se había levantado todavía.

Llamé a Javi, me apetecía hablar con él.

—Hola, amor —saludé sonriendo con cariño.

—Buenos días por la mañana —dijo desperezándose.

—Estás hecho una pena. Ayer de fiesta... bien, ¿no?

—Mmm... sí, he llegado muy temprano a casa. Tengo resaca. Dame media hora y te llamo. Necesito tomarme algo para el dolor de cabeza y ducharme para ser persona. ¿Qué hora es? Hoy voy a comer con mis padres. Pfff.

—Pues vas mal de hora. Son las cinco de la tarde hora española. Si te das prisa, llegas a la cena.

—¡No jodas! Mi madre me mata. Te dejo, luego hablamos. Te quiero.

—Y yo. *Ciao*.

Al cabo de un rato, Javi me devolvió la videollamada.

—Hola

—Tienes mejor cara. La ducha te ha sentado bien.

—Sí. He llamado a mis padres y les he dicho que, obviamente, no voy a comer con ellos.

—Te van a desheredar... ¡y con razón!



En ese momento entró Jaime en casa, parecía que venía de hacer deporte, con una camiseta sudada y pantalones cortos. Le saludé con la mano.

«Hasta sudado está para echarle un polvo tras otro. ¿Cómo puede ser tan follable?».

—He cambiado el día, iré el lunes a cenar con ellos y listo. ¿Cómo estás?

—Bien, ayer salí con gente del trabajo y me lo pasé muy bien, me medio emborraché con unas cañas, cada día llevo peor el alcohol. Por lo menos yo no tengo una resaca brutal como otros.

—Vaya fiestón ayer. No te imaginas. Salí con estos y conocimos a un grupo que estaban más locos que nosotros. Nos bebimos todo lo bebible y acabamos en una fiesta privada en casa de un famosete, al que yo no conocía de nada, pero que parece ser que aparece en alguna serie de sobremesa. Nos tomamos el chocolate con churros con pelucas rosas. ¡No te digo más!

—Quiero fotos.

—Eso es material confidencial. No se pueden compartir. Cambiando de tema, ¿entonces ayer te nacionalizaste? —preguntó.

Javi tenía la coña de que cuando viajabas fuera de tu país te *nacionalizabas* si catabas la mercancía local. Así que, cuando nos íbamos de viaje fuera de España, decíamos que nos habíamos nacionalizado si nos acostábamos con un hombre del lugar.

—No. Cualquiera diría que tú tienes más ganas que yo.

—Es que me preocupo por tu salud, amor —me contestó serio.

—Tranquilo, que mi salud está en las mejores manos —le dije guiñándole el ojo y moviendo mis manos delante de la cámara. Se le escaparon unas carcajadas—. Cambiando de tema, todavía no me has contado lo que me ocultas. No me mientas.

—No te oculto nada mío, y no te puedo contar más. Hice una promesa. Lo siento. Lo que te oculto no tiene nada que ver conmigo. Hasta ahí puedo leer.

—Mierda. Vale —acepté al fin.

—Y en el trabajo ¿todo bien?, ¿con la gente, tu jefe?

—Sí, amor. El proyecto bien, mi jefe muy pragmático, no me va a molestar mucho. La gente de la ofi, pues apenas he tenido tiempo de conocerlos con tanto viaje, pero ayer salimos de cañas, y muy bien. Me quedé con Sarah y con otra chica, Sam, y con ellas me la pillé. Ya hemos hablado de quedar a salir a muerte un finde. Sinceramente, no me imagino a Sarah en plan desatada. Igual luego me llevo una sorpresa. Hoy pensaba llamarla para dar una vuelta por Central Park. A ver si le apetece, necesito aire libre.

—¿Y esta noche sales?

—No, no tengo planes. Veré una peli, supongo.

—Sí tienes planes —gritó Jaime desde la cocina—, los chicos quieren sacarte de fiesta y que conozcas a Jill.

—Deja de escuchar conversaciones ajenas —le contesté divertida, gritando yo también.

—Entonces deja de hablar tan alto, parece que quieres que te oiga todo el edificio —me contestó guiñándome un ojo.

—¿En serio estoy gritando? —pregunté a ninguno en particular.

—Sí —contestó Javi riéndose.

—Vale, bajaré el volumen —susurré muy bajito.

—Tampoco te pases —me regañó Javi—. Bueno, amor, te dejo. Ya me contarás si te nacionalizas. —Y empezó a alzar las cejas significativamente.

Le lancé un beso y colgamos.

—Así que hoy me sacáis de paseo —le dije a Jaime.

—Solo si te apetece. A los chicos les caíste muy bien y Jill necesita presencia femenina. Siempre que sale con nosotros se queja del nivel de testosterona.

—¿Qué tenéis pensado hacer?

—Neil y yo tenemos turno de tarde, así que hemos quedado con Jack en un restaurante cerca del hospital para cenar y luego iremos a tomar unas copas. ¿Contamos contigo?

—¡Claro!

Sarah, Sam y yo nos fuimos a dar una vuelta por Central Park, estuvimos comiendo allí y disfrutando del solecito. Estaba lleno de gente, parecía que todo Nueva York había tenido la misma idea. Me fui a casa dispuesta a darme una ducha y cambiarme para salir.

No tenía muy claro el plan que llevaban. Me puse unos vaqueros, una camisa informal sin mangas y una chaqueta finita, que por la noche refrescaba. Y me fui al restaurante donde me esperaban los chicos y la famosa Jill.

«A ver qué tal se nos da la noche».

## 16 Acuerdo tácito

«¡Ajá... Ajá... Ajá!»

*Cristina*

*Jaime*

Hacía mucho tiempo que no salíamos con Jill. Me apetecía verla, siempre era muy divertido estar con ella, aunque no supieras en qué lío te iba a meter. Neil y yo salíamos habitualmente juntos y a veces se unía Jack, Jill solo venía de vez en cuando. Aprovechaba que Jack salía con nosotros para salir con las amigas y liarla.

¡Jill era fantástica! Tanto Neil como yo la queríamos como si fuera una hermana. La conocimos en un *pub* un día que habíamos salido los tres. Jill se acercó a Jack al verlo solo, pues se había quedado un poco separado de nosotros mientras intentábamos ligar con unas chicas. No se han separado desde entonces, y han pasado más de dos años. Jack es feliz con ella y eso es lo que nos importa.

Al llegar al restaurante nos encontramos con Jack y Jill, Cristina todavía no había llegado. Jill se levantó para abrazarnos en cuanto nos vio.

—Jill, preciosa, cómo te haces de rogar. ¿Cuánto tiempo hacía que no te veíamos? —la saludé devolviéndole el abrazo.

—Es que cada vez que te veo, me replanteo mi relación con Jack, mejor no tentar a la suerte. —Me guiñó un ojo.

Neil negó con la cabeza y Jack y yo pusimos los ojos en blanco. Esta mujer no tenía remedio.

—Bueno, quien dice Jamie, dice Neil. Hacéis que mi relación se tambalee, chicos —sonreía ladina.

—Déjate de tonterías —le dijo Neil estrechándola entre sus brazos—. ¿Cómo estás?

—La verdad que muy bien, chicos. No me puedo quejar, pero estaría mejor si os viese más a menudo. Lo cierto es que Jack me va contando, y parece que habéis estado muy entretenidos últimamente, ¿no? Sobre todo tú, Jamie. —Esbozó un gesto angelical, pero su mirada era cualquier cosa menos inocente.

—Gracias, Jack —dije irónico.

Jack puso cara de disculpa. Nos sentamos en la mesa. El camarero se acercó y le pedimos unas copas de vino, le dijimos que estábamos esperando a alguien y que pediríamos más tarde.

—Jamie, ponme al día, anda. Cada vez que Jack empieza a contarme la historia le da un ataque de risa y apenas me entero de lo que me cuenta.

Yo no daba crédito. ¡Maldito Jack!

—¿Qué te parece tan divertido? —le pregunté directamente a él más con curiosidad que otra cosa.

—Venga, Jamie, lo de la Mojigata es muy entretenido.

—Te lo cuento yo, Jill, antes de que venga. Resumiendo: Jamie se acostó con Kim, quien no se tomó muy bien que no quisiera nada más con ella y, después de unas broncas monumentales, se fue de casa. Hasta ahí todo normal. Entonces Jamie empezó a buscar un nuevo compañero de piso y decidió elegir a una española con pinta de monja, alias «la Mojigata», porque así no tendría tentación de follársela, que «no era su tipo», palabras textuales. Lo que le hace tanta gracia a Jack es que la Mojigata no lleva siempre las vestiduras de monja y es... adivina...

—¿Mona, morena y delgadita? —apostó Jill.

—¡Sí! Justo el prototipo de chica a la que siempre entra —dijo Jack riéndose.

—¡Qué ganas tengo de conocerla! —apostilló Jill, divertida.

Los tres empezaron a reírse a mi costa. Y yo me uní a ellos, aunque me haría más gracia si no fuera yo el centro de la broma. Y así, nos encontró Cristina, que se disculpó por llegar tarde explicando que se había perdido por el camino y le había costado encontrar el restaurante.

Hicimos las presentaciones y pedimos la cena. A Cristina le habíamos dejado el sitio entre Jill y yo, así que Jill la acaparó para hacerle un interrogatorio. Era como una escopeta lanzando

preguntas sin parar y Cristina las contestaba sin pelos en la lengua. No parecía incómoda en absoluto. Y luego dieron la vuelta a las tornas, Cristina empezó a preguntar a Jill por su vida.

Cuando Jill se enteró que no tenía novio, se ofreció a presentarle a amigos suyos que eran estupendos.

—Gracias, pero no tengo interés en tener ningún tipo de relación mientras que esté en Nueva York —contestó Cristina.

—¿Por qué?

—La verdad es que, en este momento de mi vida, no me apetece, prefiero disfrutar de la soltería.

—Te los puedo presentar igualmente para echar un polvo y listo.

—Gracias, pero sé buscar a mis víctimas yo solita. —Le guiñó un ojo y Jill se rio.

—Por probar no pasa nada, tú piénsatelo, algunos están muy buenos. Vamos, yo porque me enamoré de Jack, si no... ¿Cómo te gustan?

—¿Físicamente? El de *Outlander*.

—¿En serio, te pone un tío con faldita? —preguntó Neil.

—Neil, de verdad, qué retrógrado. ¡Es supersexi un tío con falda! Yo me lo imagino sin ropa interior...

—¿En serio os parece sexi un tío con falda y sin calzoncillos? —preguntó Jack.

—La chica del vestido azul que está en la barra no lleva bragas —dijo Cristina. Todos miramos a la chica de la barra apreciativamente. Al cabo de unos segundos Cristina continuó hablando—. Ahora decidme que no os parece sexi pensar que esa chica no lleva ropa interior y no os habéis imaginado lo fácil que sería un «aquí te pillo, aquí te mato» con ella, solo porque no lleva ropa interior. —Cristina nos miraba divertida—. Pues lo mismo que nosotras.

Los chicos nos miramos dándole la razón.

—Me declaro fan tuya —le dijo Jill.

Todos sonreímos.

—Pero ese tío no parece muy listo —dijo Jack mirando a Jill con cara de circunstancia.

—Pero es que yo no necesito hablar con él sobre la aportación de Kant a la filosofía moderna. Me vale con que me diga guarradas al oído —le retó Jill.

—Eso no tiene mérito, sabe hacerlo cualquiera.

—Cualquiera no. Créeme —dijo Jill.

Todos nos reímos.

Las dos habían congeniado a la primera. Se miraron sonrientes como si hubieran hecho un pacto de fuego de la amistad o algo así. Seguimos la conversación entre todos, al principio todo normal, poniéndonos al día de nuestras vidas, y luego Jill, que era una cabrona, me preguntó si sabía algo de Kim con cara de inocencia. Neil y Jack apenas podían disimular la risa.

—Jill, te quiero muchísimo, pero un día te voy a matar. Y no, no sé nada de ella. El día que se fue se llevó sus cosas y no he vuelto a saber de ella. Después me he encontrado un par de cosas tuyas que tengo guardadas, le mandé un mensaje, pero no me contestó, así que ahí siguen.

—¿Tan mal acabasteis? —preguntó seria.

—Eso parece.

—Era maja, pero su reacción es un poco exagerada, ¿no? —preguntó Jill.

—Holaaa... estoy aquí y no me entero de nada —dijo Cris.

Gruñí, no pude evitarlo.

—Neil hace unos resúmenes muy buenos —dijo Jack divertido, recordando el resumen que le había hecho a Jill un rato antes.

—Te resumo —dijo Neil dirigiéndose a Cris—. El *inteligente* de Jamie se acostó con Kim, su excompañera de piso, una noche borrachos perdidos. —Cris abrió muy grandes los ojos sorprendida—. Resultó que ella quería más y Jamie no. Se creó mal ambiente, muchas discusiones, y al final Kim se fue de casa.

—¿En serio, Jaime? ¡Vaya cagada! —dijo Cris—. Así que por eso me dijiste eso... espera... ¿Cómo era? «entre tú y yo no va a pasar nada» o algo así.

—¿Te dijo eso? —preguntó Neil, descojonado.

Yo estaba bastante avergonzado.

—Sí, y me pareció raro (aparte de creído), la verdad, es algo que se sobreentiende. Está prohibido acostarse con tu compañero de piso, solo puede traer problemas. ¡Anda que no hay personas en el mundo con las que acostarse que no pueden joderte el día a día!

—Te dije eso porque, después de todas las broncas que había tenido con Kim, no quería malentendidos de ningún tipo. La situación con ella fue bastante desagradable. Mejor todo claro —traté de explicarme.

Cris me sonrió mirándome a los ojos. Agachó la cabeza a modo de asentimiento y yo hice lo mismo. No estaba seguro de qué significaba, pero intuí que estábamos firmando un acuerdo tácito de no acostarnos juntos. Y yo cada vez estaba menos seguro de poder mantener este tipo de acuerdo con ella.

—Y ahora que todos tenemos claro que Cris y Jamie no van a acostarse juntos, podemos ir a tomar unas copas y bailar un rato, ¿no? —preguntó Jill.

Nos fuimos del restaurante a un *pub* cercano. Nos acercamos a la barra y nos pedimos unas copas. Las chicas se pidieron unos mojitos y, al poco, se dejaron llevar por la música y empezaron a bailar tranquilas a nuestro alrededor.

Jill se emocionó con la música y se llevó a Cris a la pista de baile. Nosotros tres hablábamos de nuestras cosas hasta que, en un momento dado, vimos que Jack observaba atento hacia la pista, seguimos su mirada y vimos que las chicas estaban rodeadas de hombres que no les quitaban la vista de encima, parecían buitres. Las dos se estaban divirtiendo, bailando ajenas al efecto que habían producido.

—Saben cuidarse solas, Jack —le dije.

—Lo sé, confío en Jill más que en mí mismo y sé que puede quitárselos de encima sin problema, lo que pasa es que, muchas veces, este tipo de situaciones cortan el rollo, al final les molestan y nos joden la noche. Nos ha pasado muchas veces cuando salimos con sus amigas.

—Espera a ver qué pasa, si hace falta nos acercamos nosotros, y con eso seguro que se van —dijo Neil, protector.



Seguimos vigilando la pista. Un tío le puso a Cris la mano en la cintura, como para invitarla a bailar. Me puse en tensión. Ella se giró hacia el chico y le susurró algo al oído. Acto seguido el chico se fue y ella siguió bailando con Jill.

Al cabo de un rato las chicas volvieron a la barra y se pidieron otra copa. Íbamos todos un poco tocados entre el vino de la cena y las copas de después. Empezó a sonar música de pachanga y Jill agarró a Jack y empezaron a bailar juntos.

Neil le ofreció la mano a Cris, que aceptó con una sonrisa, y empezaron a bailar juntos, así que me quedé solo en la barra mirando cómo bailaban, veía cómo ella se reía de vez en cuando por cosas que Neil le contaba.

No podía apartar mi mirada de ellos, de cómo se reían y cómo se movían al son de la música. Neil bailaba muy bien, era de Miami y allí había mucha influencia de ritmos latinos, y Cristina también, juntos se compenetraban perfectamente. No podía evitar querer ser yo quien la agarrara de la cintura y la estrechara para bailar. Eso era lo más peligroso.

Al verme sin compañía, una chica se me acercó, pero no le hice caso y al final se fue.

Cuando nos fuimos a casa, todos nos despedimos con abrazos. Nos lo habíamos pasado muy bien, las chicas habían hecho buenas migas, así que prometimos quedar más a menudo.

## 17 ¡Voy a tener visita!

*«Lo que faltaba: el ex aquí.»*

*Jaime*

*Cristina*

Qué bien me había sentado el plan del día anterior. Me lo pasé genial. Conocer a Jill y estar con los tres en un ambiente relajado fue muy divertido, me apetecía salir de fiesta. Recordé la conversación sobre la excompañera de piso de Jaime. ¡Qué fuerte! Pues ya sabía quién era Kim y por qué Jaime había estado tan raro el día de la entrevista. Sería por eso por lo que se sorprendió al ver a una chica cuando llegue a su casa, él esperaba un chico: «Chris de Christian».

Por desgracia, también entendía por qué me había dicho que no pasaría nada entre nosotros, frase que yo me había tomado fatal, pero ahora, conociendo el contexto, tenía todo el sentido del mundo.

Jaime era muy atractivo, así que yo, directamente, había supuesto que lo decía porque era un creído, pero lo cierto es que, después de esa frase en particular, no había vuelto a pensar en él como un engreído: no había dicho ni hecho nada que me hiciera pensar así. Incluso la noche anterior le entró una chica y ni se inmutó, ni luego alardeó delante de nosotros, ni nada de nada, y cuando me habló de Anna, estaba incómodo.

«¡Pobre! Qué situación más incómoda con la tal Kim».

Seguí dándole vueltas, pero no conseguí entender por qué al final me eligió a mí; si yo hubiera sido él habría elegido a un chico sin dudarlo.

Continué pensando en Jaime. Llevábamos viviendo juntos muy poco tiempo y, aun así, había cambiado mi manera de verlo desde aquel primer encuentro de manera radical. Ya no solo estaba bueno y era muy follable, sino que además tenía sentimientos, inquietudes, sentido del humor, muchas cosas en común conmigo. Me sentía muy a gusto hablando con él y me encantaba cómo me había abrazado el día que me lo encontré tocando la guitarra.

Eso último era lo peor de todo, podría engañarme a mí misma y decirme que era un abrazo de amigo, pero no, me había gustado mucho más que un abrazo de amigo.

¡Hay que mantenerse lejos de la tentación! Necesitaba descargarme. Javi, necesitaba a Javi. Lo busqué en la agenda e hice clic en videollamada.

—Hola, amor —saludé.

—Buenos días, amor. ¿Qué tal? —me preguntó.

—Me acabo de levantar, ayer salí de fiesta y llegué un poco tarde.

—¿Al final saliste con Jaime y con sus amigos?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Muy bien, la verdad, estuvo genial. Sus amigos son muy majos, me sentí muy cómoda y nos echamos unas risas.

—Vale, ¿y por qué me llamas? No es que me moleste, me encanta hablar contigo, pero, amor, ¿estás bien?

—Sí. Bien.

—¿Seguro?

—Sí, estoy bien.

—¿Qué ha pasado?

—En realidad... nada.

—Pero...

—No ha pasado nada, pero tengo un problemilla.

—Que se llama Jaime.

—Me alucina cómo me conoces.

—Tengo ojos y ese hombre está tremendo.

—No es solo eso. Ese es el problema.

—Tíratelo.

—¡¡¡Javi!!! ¡Eso no arregla nada! Nunca lo hace. Eres impresionante.

—El problema va a seguir ahí te lo tires o no. Si te lo tiras, por lo menos, que te quiten lo bailado.

—Creo que te voy a colgar.

—Nooo. Venga, cuéntame. ¿Cuál es el problema?

—Es humano.

—¿En serio? Yo pensaba que era un dios del Olimpo —ironizó.

—No, en serio. Cuando lo conocí parecía simpático, pero un poco seco y muuuy creído. Como si fuera un regalo del cielo. Me dijo que entre nosotros no iba a pasar nada, ¿te lo puedes creer? Estaba indignada. Con el paso de los días, ya no es tan seco y ya no me parece tan creído. Ahora ya sé por qué me dijo eso y lo entiendo. Se acostó con la chica con la que vivía antes y tuvo una gran movida. Supongo que su reacción era normal a pesar de no ser la más correcta. Y, además, he visto su lado humano. Es más, nos llevamos genial y tenemos mucha confianza.

—Vale. Sigo sin ver el problema.

—Me atrae mucho, no solo físicamente, me siento a gusto con él.

—Tíratelo.

—Javi, por favor, esto es importante. Le abracé y me gustó mucho, quería quedarme ahí, no quería soltarle. Necesito sexo, ¿no?

—Definitivamente sí. Ahora en serio. A ver, liarte con tu compi de piso no es una buena idea nunca. Pero si encima te sientes atraída por él más allá de lo físico, es una pésima idea. Hay muchos hombres que están muy buenos, fóllate a alguno y déjate de tonterías. Seguro que luego ves las cosas de otra manera. ¿Cuánto tiempo llevas sin echar un polvo?

—Mucho mucho, ¡muchísimo! Después de lo que pasó con el tío del portal, creo que no

me he acostado con nadie. Y de eso hace ya unos cuantos meses. Pfff.

—Pues lo dicho: a echar un polvete.

—Supongo que tienes razón.

—Nada de supones. Tengo razón y punto. No sé qué más decirte, Cris, igual me equivoco y es recíproco y os estáis perdiendo algo bonito, pero incluso así, es muy arriesgado viviendo juntos. Yo creo que es mejor que te olvides de esto, por tu salud mental.

—¡Tienes razón, amor!

Seguimos hablando un poco más, poniéndonos al día. Después de colgar me fui a por el café. Jaime estaba desayunando. Estuvimos hablando de la noche anterior, recordando anécdotas. Hablamos de que Jill me cayó genial y de que habíamos congeniado muy bien. Justo sonó mi teléfono. Álvaro. ¡Qué raro! Me separé de Jaime para hablar con él.

—¡Pero cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —saludé alegre.

—¡Cris! Yo bien. Y tú, ¿cómo estás, enana?

—Muy bien, intentando americanizarme, pero llevo poco tiempo, así que no lo he conseguido, todavía soy muy española —bromeé.

—¿Cómo va la adaptación? ¿Todo bien?

—Sí, bien, bueno, ahora mejor, los primeros días fueron complicado. Pfff. Ya te conté, ¿no? Me perdieron las maletas y no las recuperé hasta casi una semana después. Estaba sin ropa, sin zapatos, no tenía nada mío. Viviendo en casa de una compañera americana que, muy amablemente, me acogió, y menos mal, porque me costó unos días encontrar piso. Pero ¡ya está! Encontré uno muy cerca de la oficina así que, si no llueve, voy andando. Muy contenta.

—¿Y qué tal el trabajo?

—¡Ah! Es lo mismo de siempre, igual, pero en Estados Unidos. Lo malo es que las distancias son más largas y me toca dormir fuera de casa mucho más que en España. ¿Y tú? ¿Ya has mandado a tu jefe a tomar por culo?

—No, de hecho, te llamo por trabajo.

—¿Perdón? —dije sin entender muy bien por dónde iban los tiros.

—Verás, mi jefe me manda a una reunión a mediados de julio a Nueva York. He pensado que podíamos vernos.

—¡Pues claro que sí! ¿Qué días? Incluso podrías venirte el finde y quedarte en casa a dormir. ¡Qué ilusión!

—Tranquila, no corras. Todavía no está confirmado y no sé las fechas. Ya te diré cuando sepa todo seguro. Si veo que puedo unirlo a un finde te aviso con tiempo y organizamos algo; si no, pues cuando salgamos del trabajo nos vemos. Me apetece verte, enana. Y tengo cosas que contarte, y antes de que me hagas el tercer grado te diré que prefiero contártelas en persona.

—A veces me caes mal, Álvaro. Prefiero que no me digas nada, que voy a estar dándole vueltas a la cabeza y luego será una tontería.

—Bueno... ya te enterarás a su debido tiempo. Lo siento, enana, pero lo prefiero así.

—¿No estarás con alguien y te da vergüenza decírmelo? ¡Sería lo último después de todo lo que te he contado! —Empecé a mosquearme solo de pensarlo.

Álvaro se rio.

—Ya vas siete pasos por delante de mí. Tranquila, y no, no estoy con nadie.

—¡Cómo me molestan estos misterios, Álvaro, la próxima vez te callas! —le dije, pero ya no insistí.

Seguimos hablando un poco más y nos despedimos con cariño. Yo me quedé pensativa en el sofá. Álvaro tenía una actitud rara, eso de querer decírmelo a la cara... Por teléfono me lo podía contar igual de bien y yo no me comía la cabeza, ¡con lo que yo era! Y si no era que estaba con alguien, entonces ¿para qué el misterio? No lo entendía.

Y luego siempre estaba el eterno problema de Álvaro. Los sentimientos encontrados de querer verlo y estar con él y no querer verlo porque al final siempre me hacía sentir insegura. Esa mierda de herida. ¿Curaría alguna vez? Había intentado superarla saliendo a muerte y tirándome a un montón de tíos después de dejarlo, sin embargo, ahí estaba otra vez, abierta, sangrante. Era saber que lo iba a ver y sentirme pequeña.

Jaime me debió ver con cara extraña y me preguntó si estaba bien. Lo miré con cara rara,

¿estaba bien? Pfff. Estaba descolocada. No estaba mal, pero bien tampoco.

—Sí y no —contesté—. Era mi ex.

Jaime me miraba como esperando a que continuase, pero yo no sabía cómo empezar.

—No tienes que contármelo si no quieres.

—Ya, lo sé, no es eso. —Le sonreí—. Es que a veces ni yo sé cómo empezar a explicarme. El tema de Álvaro en ocasiones me cuesta más de la cuenta.

«Y hablar de esto contigo es todavía más complicado.»

# 18 Confidencias

*«Lo que me costó hablar de eso contigo.»*

*Cristina*

*Jaime*

Cristina no arrancaba a hablar y yo me empezaba a sentir incómodo. Cuando mis amigos habían interrogado a Cris por sus novios ella habló de su ex como un amigo al que quería mucho y una persona importante para ella, pero esa idea no me cuadraba con la chica que estaba hecha un ovillo en el sofá con el entrecejo fruncido y que se mordía el labio, nerviosa.

Me senté en la esquina opuesta del sofá y la miré, no sabía qué hacer o qué decir. Intentaba darle a entender que estaba ahí si necesitaba hablar.

—Es posible que Álvaro venga en julio a Nueva York, nos veremos. Incluso le he dicho que se puede quedar aquí unos días si le cuadran las fechas.

Había escuchado la conversación así que no me pillaba desprevenido. Seguí callado, instándole a continuar.

—Aunque mi cara diga lo contrario, me gusta... mucho... la idea de que venga a verme. Pero siempre que nos vemos, vuelven determinadas emociones que no controlo.

—Lo que quieres decir es que sigues enamorada de él —tanteé.

Cris me miró como si estuviera loco.

«Mejor».

—No es eso. Nada que ver. Él es increíble, yo le adoro con locura, desde el cariño, no desde el amor. Sé que siempre está ahí para mí, de igual forma que yo lo estoy ahí para él. Cuando estuvimos juntos, nos llevábamos muy bien y lo seguimos haciendo. Pero, siempre hubo algo que fallaba entre nosotros, como pareja. —Se calló, como si necesitase espacio para



organizar los pensamientos o coger fuerza para soltar lo que venía después—. ¿Quieres una cerveza? Creo que necesito una.

—¿No es un poco pronto? —pregunté divertido.

—Son las doce. Ya se puede beber cerveza sin parecer alcohólico —contestó mientras iba a la nevera y sacaba dos cervezas del frigorífico. Se sentó en el sofá volviendo a la postura de ovillo y se sumió en sus pensamientos otra vez.

—Me estabas diciendo que algo fallaba entre vosotros como pareja —la animé a seguir.

—Sí. Joder, me da vergüenza hablar de esto. Es complicado.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo. De todos modos, yo no te voy a juzgar, sea lo que sea.

—Lo sé —afirmó mirándome intensamente a los ojos. Para mí era importante saber que confiaba en mí, aunque le costase hablar—. El sexo era nefasto —soltó a bocajarro de repente. Se acarició el puente de la nariz y luego pasó los dedos por el arco de las cejas, era un gesto que hacía cuando estaba concentrada. Eso no me lo esperaba. Me había imaginado muchas cosas, muchas, pero esa no. Alcé las cejas, sorprendido, sin saber qué decir—. Pfff. Al principio era «no demasiado bueno», pero pensábamos que no nos habíamos adaptado el uno al otro, que mejoraría con el tiempo, pero no lo hizo. No nos entendíamos, y al final era una puta pesadilla. Yo había tenido relaciones sexuales satisfactorias muchas veces y no entendía qué pasaba, cómo podía ser que con alguien a quien quería no pudiera echar un polvo en condiciones. Yo iniciaba los amagos de sexo la mayoría de las veces, que acababan en frustración o en una mala experiencia que los dos estábamos deseando que acabase. En fin, según pasaba el tiempo yo me sentía más frustrada, poco atractiva, insulsa e insignificante. Es algo que no conseguía, ni consigo, controlar. Siempre que lo veo, vuelven esas inseguridades. Pero, por otro lado, me gusta estar con él porque es una persona muy importante para mí.

Abrí los brazos y le hice un gesto para que se acercara, vino y se acurrucó contra mi pecho, y la rodeé con los brazos, ella se relajó al instante. Yo no.

No me podía creer que ella tuviera inseguridades con respecto a eso, cuando en lo único que yo pensaba de un tiempo a esa parte era en follar con ella todo el rato en todos los sitios posibles. Tenerla entre mis brazos no me ponía las cosas fáciles.

—Entiendo —le dije, aunque en realidad no entendía cómo podía no sentirse sexualmente

atractiva. Era preciosa, me costaba no tocarla y mantenerme a distancia. Había veces que, cuando llegaba a casa y me la encontraba bailando o poniéndose una clase de zumba en el salón, lo único que quería era abalanzarme sobre ella como un animal. Obviamente eso no podía decírselo.

«Eres médico, sabes manejar este tipo de conversaciones».

—No todas las parejas son compatibles en el sexo, por lo menos de primeras. Las incompatibilidades sexuales pueden ser de muchos tipos. Es importante la comunicación y estar abierto a otras posibilidades.

—Ya —sonrió—, nosotros hablábamos mucho de esto, no había un problema de comunicación. Barajamos muchas opciones, intentamos cosas nuevas, te digo que incluso llegamos a proponer meter a terceras personas, eso en la vida se me habría pasado por la cabeza. —Levanté una ceja—. Después de muchos intentos, decidimos darnos por vencidos. Al final, ambos estábamos frustrados y empezábamos a pelearnos por tonterías de manera recurrente. Decidimos poner punto final antes de acabar odiándonos, preferíamos seguir queriéndonos mucho, pero en otro tipo de relación. Y mucho mejor desde entonces.

—¿Y después de aquello has mantenido relaciones sexuales? —«¡Qué profesional me pongo a veces!». Asintió—. ¿Satisfactorias?

—Sí.

—Entonces eres consciente de que no tienes ninguna disfunción sexual. Y obviamente eres atractiva y los hombres se sienten atraídos por ti. Simplemente acuérdate de ayer, Jill y tú estabais rodeadas de hombres que querían llevaros a la cama —le dije.

—Aunque no lo creas, soy consciente de que el problema está en mi cabeza. A veces creo que es que, aún a día de hoy, no he sido capaz de entender por qué. Supongo que es porque yo necesito comprender las cosas para poder aceptarlas y, por más que le he dado vueltas, esto nunca lo he entendido. Así que, cuando estoy con Álvaro, no puedo evitarlo, vuelve esa inseguridad. —Hizo una pausa como para ordenar sus ideas—. Cuando lo dejamos, estuve una racha larga sin sexo. No quería ver tíos ni en pintura. Y de repente un día me cambió el chip, y fue todo lo contrario. Salía, y si me gustaba uno, pues allá que iba. Pero eran hombres que no me importaban en absoluto, solo sexo de una noche. Y, bueno, fue importante porque me demostré a mí misma que podía atraer a hombres y que podía disfrutar del sexo, aunque nunca tanto como antes de Álvaro.

—¿De qué te sientes insegura? ¿Qué es lo que te da miedo?

—Pfff. ¡Vaya preguntita! Creo que, si soy sincera, lo que me da miedo es que vuelva a ocurrir. ¿Tiene sentido?

—Claro que la tiene. Te pongo un ejemplo. Yo tuve una novia en la universidad, ella se fue de Erasmus y cuando volvió lo dejamos porque no quedaba nada. En realidad, ella me dejó diciéndome eso, y yo estuve de acuerdo en que habíamos perdido lo que había entre nosotros, la diferencia es que yo hubiera intentado recuperar lo que teníamos antes de que se fuera, pero ella no quiso. No me dejó por otro, quizás eso lo hubiera entendido mejor, me dejó sin más, sin intentarlo, como si yo no valiera la pena el esfuerzo. Lo cierto es que eso me creó ciertas inseguridades en su momento. Supongo que luego he entendido que, cuando hablamos de sentimientos, simplemente a veces no hay explicaciones racionales. Lo que te ha pasado con una persona, no tiene por qué volver a pasarte en el futuro.

—¿Pero no has vuelto a tener una relación después? —me preguntó.

—No, pero eso es porque nadie me ha interesado lo suficiente hasta ahora.

—Ya la encontrarás, eres un hombre fantástico. —Levantó la cara—. Gracias por escucharme —susurró bajito mirándome a los ojos.

Cris era vulnerable en ese momento, debería haberme contenido, pero no lo hice. Le acaricié la espalda. ¿Por qué? Porque mi cerebro decidió ponerse en huelga.

Reaccionó a mi caricia, retuvo el aliento y se puso en tensión, ella seguía mirándome a los ojos cada vez con más intensidad. Yo no podía apartar mi mano de su espalda, seguía acariciándola despacio.

Ninguno de los dos hizo el menor amago por separarse. Sin apartar la mirada de sus ojos, metí la mano por debajo de la camiseta para poder acariciarla mejor. Las yemas de mis dedos subían y bajaban suavemente.

Tembló ligeramente, entreabrió los labios ante el roce de mis dedos sobre su piel y soltó el aire despacito emitiendo un pequeño jadeo. Se incorporó levemente sobre su cuerpo dejándome más espacio para mover la mano al tiempo que ella introducía la suya por debajo de mi camiseta y comenzaba a acariciarme lentamente con las yemas de los dedos a su vez.

Seguíamos mirándonos a los ojos, nuestras respiraciones se hicieron más intensas. Subí

mi mano por su costado haciendo que mis dedos rozasen su pecho ligeramente. Cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás y emitiendo un suave gemido.

Yo seguía sin apartar la vista de su cara, quería ver cada una de sus reacciones. Cuando abrió los ojos y me miró, vi deseo y determinación en ellos. Y entonces... pasó.

## 19 En el aeropuerto

*«Hay detalles que prefiero no saber.»*

*Jaime*

*Cristina*

¡Ring, ring, ring, ring, ring, ring!

Cuando oí el teléfono de Jaime sonar, fue como un jarro de agua fría. De repente fui consciente de que había estado a punto de saltar sobre él cual animal hambriento y me separé un poco de su cuerpo, me costó la vida hacerlo porque estaba excitada y no me ayudaba saber que Jaime también. Había sido cosa de los dos.

El teléfono seguía sonando y nosotros nos mirábamos sin hacer nada, sin saber cómo comportarnos una vez que el momento íntimo hubo pasado. Así que tomé las riendas. Me separé del todo y me levanté del sofá.

—Lo siento. Yo estaba frustrada, tú intentabas consolarme, y se nos ha ido un poco de las manos, ha sido culpa mía. No debería haber pasado. Cógelo, puede ser importante —le dije señalando el teléfono, que seguía sonando. Me fui a mi habitación. Si me contestó, no le oí.

En la soledad de mi habitación me senté en la cama, nerviosa, con las manos sujetándome la cabeza. Necesitaba racionalizar lo que acababa de ocurrir.

«¿Qué ha pasado? Que Jaime te gusta. Todo. Te gusta todo de él y se te está escapando de las manos».

Siempre he sabido que era una mala idea y me intentaba mantener físicamente alejada, que me cuesta porque soy muy sobona, pero lo estaba haciendo más o menos bien. Miré mi agenda para ver cómo tenía la semana: muy liada. Tenía reuniones fuera de la ciudad casi todos los días, ¡genial! Me iba el lunes por la mañana y volvía el jueves. Eso me daría cuartelillo para enfriar un poco la situación.

Me duché para despejarme, me alegré de no encontrarme con Jaime, y luego volví a mi habitación a preparar la maleta para la semana, así me mantenía entretenida y no le daba vueltas a la cabeza.

«Estás huyendo», me dijo una vocecita en mi interior. Lo sabía, estaba huyendo de una situación que no sabía cómo manejar. Si ni siquiera sabía poner nombre a mis propias emociones, ¿cómo coño iba a gestionarlas correctamente?!

Empecé por intentar aclarar mis sentimientos por mi compañero de piso. Jaime era especial. Vale. Era diferente a todos los demás hombres. Vale. Era inteligente, divertido, respetuoso, sensible, asertivo, honorable, justo, íntegro y sabía escuchar y reírse de sí mismo. Vale. Estaba muy bueno... mmm. Me había ayudado con el tema de Álvaro con profesionalidad, aunque es verdad que luego se nos había ido de las manos, pero me había escuchado y apoyado en todo momento. Vale.

Pfff. Tenía que ser sincera conmigo misma. Me gustaba el hombre, poco a poco se había ido ganando un huequito en mi corazón, no como amigo sino como algo más. Y estaba jodida porque no podía pasar nada entre nosotros. ¿Y ahora qué? Joder. Joder. Joder.

**Cris**

Casi me lo follo.

**Elena**

¿Casi?

**Emma**

Estoy a punto de ganar la porra: me falta un casi.

**Emma**

Cuenta, perraca.

**Elena**

¿Estás bien?

**Cris**

Casi. Joder. No.

**Cris**

Cuando estaba a punto de comerle los morros ha sonado su puto teléfono.

**Emma**

Vamos... que llevas un calentón...

**Elena**

Jajaja ¡Cris tiene el chichi *on fire*!

**Cris**

No me estáis ayudando.

**Elena**

Venga, no te enfades. Mejor que no lo hayas hecho. Solo te va a traer problemas.

**Cris**

Chicas... Me gusta mucho.

**Emma**

¿Y crees que tú también a él? Piénsatelo mejor cuando te baje el calentón.

**Elena**

Si te gusta de verdad, es mejor que no hagas una locura. Puedes salir escaldada.

**Emma**

Lo de escaldada lo dices por lo de calentorra, ¿no?

**Emma**

Ahora en serio: puedes salir muy mal parada, sobre todo por un polvo. Por muy polvazo que sea.

**Cris**

Ya... Estoy jodida. En fin, voy a ver si soluciono lo del calentón yo sola. Un beso

\*\*\*

Esa semana, me llamó Álvaro un día cuando estaba en la sala VIP de un aeropuerto. Y me dijo que definitivamente tenía que venir a Nueva York. Tenía reuniones lunes y martes y luego se volvía a Madrid. Había mirado vuelos para llegar el sábado a mediodía hora local y así poder pasar el día juntos. Me mensajeé con Jaime, que me había dicho que iban a venir su hermana y

su novio a pasar una semana, pero no sabía en qué fechas. Confirmé que no había problema con que viniese ese finde semana a casa y Álvaro pilló los vuelos. Al rato me dio los detalles de las fechas y los horarios.

Hecho. Álvaro venía a Nueva York en dos semanas. Y otra vez los sentimientos encontrados. ¿Alguna vez cicatrizaría esa herida?, ¿cómo era posible que después de más de un año yo siguiera sintiéndome así?

Y sumida en mis pensamientos y organizando la visita de Álvaro, anunciaron que había un retraso de alrededor una hora en mi vuelo. Suspiré resignada y fui a coger un refresco.

—Si aderezas tu refresco con un poco de ron o whisky la espera se hará más divertida — dijo una profunda voz masculina a mi lado.

Era un hombre atractivo, con una sonrisa de medio lado que le daba un aire travieso. Era un *mojabragas* de libro, estaba acostumbrado a usar esa sonrisa para conseguir llevarse a las mujeres a su terreno.

Yo llevaba mucho tiempo sin sexo. El amago con Jaime me había dejado insatisfecha, me había masturbado, pero no había servido de nada, seguía sintiendo la necesidad de que fueran otras manos las que me tocaran, anhelaba que me besaran y besar. Necesitaba sexo y este hombre estaba de muy buen ver. Era una excelente elección para un polvo si el tío no la cagaba en la escasa conversación que íbamos a tener.

«¿Por qué no?», pensé.

—A mí se me ocurren maneras más divertidas de matar el tiempo —dije.

Levantó las cejas y rio. Estaba acostumbrado a llevar la iniciativa. No sabía con quién se había topado.

—¿Y alguna de esas maneras nos incluye a los dos y un cuarto oscuro? —preguntó directo.

—Nos incluyen a ambos, pero prefiero que el cuarto no sea oscuro.

—Creo que eso podemos arreglarlo —me contestó en tono seductor.

—Te sigo.



Yo no conocía bien los entresijos de los aeropuertos americanos, y cuando iba a la sala VIP antes de coger un vuelo era para sentarme en un sillón cómodo con una bebida. A veces sacaba el portátil para trabajar o me ponía a leer.

Seguí a ese hombre a una distancia prudencial, llegamos a un pasillo con distintas puertas, era la zona de duchas. Miró hacia atrás, se aseguró de que no había nadie detrás viéndonos, me agarró la mano y me metió en una de las duchas.

Él entró detrás de mí y cerró. Acto seguido se acercó a mí, puso su mano detrás de mi cabeza y acercó su boca a la mía mientras su otra mano se metía debajo de mi blusa y empezaba a subir para acariciar mis pechos. Su lengua lamió mis labios y luego los mordisqueó poco a poco. Abrí los labios e invadí su boca con mi lengua al tiempo que le desabrochaba la camisa.

Estaba musculado, empecé a jugar con mis manos en su torso acariciando esos músculos trabajados. Él me sacó la camisa por la cabeza, desabrocho el sujetador y empezó a lamerme los pechos, jadeé. Llevé mi mano a su erección y la acaricié en toda su longitud por fuera del pantalón, gimió ante mi caricia.

Seguimos besándonos mientras nos explorábamos con las manos. Le quité la camisa mientras le acariciaba los brazos y dejaba expuesto ese torso perfecto que comencé a lamer hasta detenerme en los pezones.

Me desabroché la falda y dejé que cayera al suelo. Metió una mano por debajo de mis bragas e insertó un dedo en mi húmeda vagina. Lancé un gemido ahogado. Sacó el dedo y esa vez introdujo dos y empezó a moverlos mientras masajeaba el monte de venus.

Le desabroché el pantalón y saqué su miembro del bóxer y lo agarré con fuerza mientras movía mi mano arriba y abajo. Él gimió y yo seguí jadeando por las sensaciones que producía su mano en mi coño. Empezaba a estar muy excitada. Moví la cadera buscando más presión de su mano. Sonrió con autosuficiencia y yo dejé de pensar cuando empezó a darme ligeros mordiscos en el cuello mientras aumentaba el ritmo de sus dedos. Notaba como iba incrementaba la presión en los músculos de mi vagina.

—¡Joder! ¡No pares!

—No paro, preciosa. Córrete para mí.

Lo besé intentando amortiguar mis jadeos. Pero él se retiró para mirarme la cara, estoy segura de que quería ver cómo me corría. Debía notar las pulsaciones de vagina en sus dedos,

que volvieron a cambiar de ritmo, y con el pulgar apretó mi clítoris, momento en el que noté que me precipitaba al orgasmo sin remedio. Encerré la cabeza en su pecho para ahogar el grito. Cuando me recuperé, levanté la vista y le miré a los ojos, que me devolvían la mirada, divertidos.

—Bien... preciosa, ¿seguimos?

Asentí.

Sacó un preservativo mientras yo le masajeara los huevos con una mano y deslizaba mi lengua por su torso, que estaba perlado de sudor. ¡Vaya músculos tenía el colega!, me costaba decidir si tocarlos o lamerlos.

Él jadeaba cada vez más fuerte, emitió un gruñido animal cuando le mordisqueé suavemente el pezón. Cuando se colocó el preservativo me quitó las bragas con prisa, me agarró de las nalgas y me levantó a pulso. Con esos músculos que se gastaba tenía fuerza para levantarme y mucho más.

Le rodeé la cintura con mis piernas y él me apretó suavemente contra la pared. «¡Toma ya!». Solo con pensar en lo que vendría ya me excitaba. De hecho, estaba más que preparada, húmeda y cachonda como una perra.

Colocó la punta de su miembro a la entrada de mi vagina, pero no la introdujo, sino que movía las caderas ligeramente y me daba un masaje que me estaba volviendo loca. Gemí muy alto, eso debía ser ilegal. Su reacción al oírme gemir de frustración no se hizo esperar y se deslizó dentro de mí sin resistencia.

—¿Estás bien?

—Sí.

Ante mi confirmación comenzó a moverse dentro de mí. Nuestros gemidos se entremezclaban con cada una de sus embestidas. Yo le clavaba las uñas en los hombros mientras jadeaba. Él devoraba mis labios con desesperación.

Noté, por la tensión en su cuerpo, que estaba a punto de correrse. Un gruñido de protesta emergió de mi garganta cuando se detuvo unos segundos para mantener el control. Le lamí el hueco de la garganta ascendiendo hasta el lóbulo de su oreja.

—Estoy a punto de correrme... —susurré en su oído.

Retomó sus embestidas, cuando se iba a correr introdujo una mano entre nuestros cuerpos y estimuló mi clítoris llevándome al clímax por segunda vez. Volví a gritar echando la cabeza hacia atrás cuando el orgasmo me alcanzó de lleno otra vez. Solo después de que yo me corriese él se dejó ir emitiendo un gruñido animal.

Ya montada en el avión de vuelta a casa, iba yo de lo más sonriente recordando el polvazo con el hombre de la sala VIP. ¡Hacía tanto tiempo que no tenía sexo con otra persona que ni me acordaba lo a gusto que te quedas cuando las cosas salen bien!

Le envié un mensaje a Javi.

**Cris**

Tengo ciertas inquietudes, amor. Si me tiro a un canadiense en un aeropuerto estadounidense, ¿me puedo considerar nacionalizada? Es más... ¿yanqui o canadiense? Ya sabemos que los aeropuertos son tierra de nadie.

Y a las locas.

**Cris**

Me he quitado las telarañas. Polvazo que he echado en el aeropuerto con un desconocido. A ver si así me controlo con lo que tengo en casa.

**Emma**

Toma polvazo... ¡porque tú lo vales!

**Elena**

Yujuuu. ¡Esa Zorropia!

Llegué a casa con una sonrisa postcoital que no podía quitar de la cara. Me llevé una sorpresa al encontrarme a Neil solo en el salón.

—¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás? —saludé acercándome a darle un beso.

—Yo bien, pero parece que tú mucho mejor. —Levanté las cejas con un gesto interrogante—. Tienes una cara de recién follada que ya quisiera yo para mí —me dijo sin ninguna vergüenza. Lo observé con cara de sorpresa mientras mis mejillas se tornaban de un

intenso color carmesí, miré a todos lados a ver si Jaime estaba por allí. Me incomodaba que él supiera que había echado un polvo después de lo que pasó entre nosotros unos días antes. Era irracional, yo era libre de hacer lo que quisiera y él se acostaba con Anna asiduamente, los escuchaba en la habitación de al lado. Yo también tenía derecho a tener mi vida sexual—. Jamie está en la habitación, tranquila.

—¿A qué venía eso? Decidí no preguntar a qué se refería.

—¿Y qué haces por aquí? ¿Vienen luego Jack y Jill? —cambié de tema.

—No, vamos a cenar aquí algo rápido Jamie y yo que luego nos vamos al hospital, tenemos turno de noche los dos. ¿Te unes? Pensábamos pedir comida china.

—¿Habéis pedido ya? —Negó con la cabeza—. Entonces sí, contad conmigo. Se me ha retrasado el vuelo y estoy cansada, no me apetece cocinar, genial lo de pedir. Si no te importa, te dejo solo, voy a dejar la maleta y a darme una ducha. Luego me cuentas, ¿vale?

—No te preocupes por mí, Jamie se estaba duchando, seguro que no tarda. Vete tranquila.

Era finales de junio y hacía muy buena temperatura. Me di una ducha rápida y me puse un pijama de verano. Salí al salón, y ahí estaban los dos hablando. Saludé a Jaime, intenté hacerlo con total normalidad, pero creo que no lo conseguí del todo. La última vez que nos habíamos visto casi me lanzo sobre él en el sofá. Jaime tampoco estaba del todo cómodo, se le notaba. Intercambiábamos miradas rápidas y no estuvimos muy habladores.

Neil debía estar flipando, menos mal que era genial guiando la conversación; estuvo hablando de lo que le había pasado cuando fue a comprar un regalo para su madre, que estaba mirando para irse de vacaciones en noviembre aprovechando un congreso de medicina, algunas cosas sobre los últimos días en el hospital...

Poco a poco nos fuimos relajando y participando más en la conversación, tanto Jaime como yo, aun así, no estábamos del todo normal y nos quedábamos enganchados en miradas significativas sin darnos cuenta. Neil no hizo ningún comentario con respecto a nuestro raro comportamiento y seguía con la conversación como si nada. Cuando llegó el repartidor con la comida china, los tres nos sentamos alrededor de la mesa.

—¿Al final entonces viene Álvaro en un par de semanas? —preguntó Jaime.

—Sí, ya tiene los vuelos comprados. Llega el sábado a mediodía, duerme aquí ese día y el

domingo le llevo a su hotel, que tiene la reunión el día siguiente a primera hora.

—¿Y estás bien? —me preguntó mirándome directamente a los ojos.

No pude evitarlo, recordé el otro día cuando le había contado toda la historia de Álvaro y él me había abrazado para consolarme y me faltó el canto de un duro para echarme encima de él. Solo fui capaz de mover la cabeza en un casi imperceptible gesto de afirmación, no me salían las palabras.

—Hablamos de que viene mi ex, Neil. Y se queda un día en casa. Nos llevamos muy bien, pero a veces verlo levanta ciertas ampollas. En cualquier caso, me hace ilusión que venga alguien a verme. Pero parece que vamos a tener varias visitas. ¿Cuándo viene tu hermana? Ya no me acuerdo, ¡vaya cabeza tengo!

—Justo el fin de semana siguiente al que viene tu ex.

—¿Viene Valeria? —preguntó Neil.

—Sí, me llamó el otro día para decirme que ya tenía todo organizado. Va a ser una visita corta. Viene unos días a Nueva York con su novio, pero se quedan en un hotel, le dije que no hacía falta, que yo les dejaba mi habitación y dormía en el sofá, pero no ha querido. Me pareció un poco raro. Luego se van a Boston y desde allí vuelven a Madrid directamente.

—¿Conoces al novio? —pregunté.

—No, me ha hablado un poco de él, pero no sé, hay algo raro. A mis padres no les cae bien. Y Valeria no me cuenta las cosas con respecto a él con la misma claridad con la que siempre ha hablado de todo. Tengo curiosidad por conocerle en persona.

—¿Llevan mucho tiempo juntos? —preguntó Neil, serio.

—No sé exactamente, pero alrededor de medio año, aunque parece que la relación va bastante bien, porque me comentó algo de irse a vivir juntos. A mí me parece que es precipitado, pero es su vida.

—Yo me fui a vivir con Álvaro cuando llevábamos seis meses, era algo abocado al fracaso, pero aun así lo intentamos —intervine—. Supongo que a veces tienes que equivocarte, en mayúsculas, y cuanto antes mejor. Quizás a tu hermana también le venga bien equivocarse rápido.

Seguimos hablando un poco más mientras nos acabábamos la comida, pero Jaime y Neil se tenían que ir al hospital. Estábamos recogiendo todo entre los tres cuando sonó mi teléfono. Era Javi. Me reí, sabía que cuando viese el mensaje me llamaría *ipso facto*, por muy tarde que fuera para él. Les dije que lo dejaran todo, que me encargaría yo de acabar de recogerlo más tarde. Me despedí y me fui a mi habitación a hablar con Javi.

—¡¡¡CANADIENSE!!! —gritó Javi en cuanto descolgué el teléfono.

Y yo me reí a carcajadas.

## 20 Algo pendiente

*«No era necesario acabar lo que teníamos pendiente. No. Era. Necesario.»*

*Cristina*

*Jaime*

Neil y yo salimos de casa, ambos callados. Estoy seguro de que Neil estaba esperando que yo comenzara a hablar, pero no sabía ni por dónde empezar. Me quedé como paralizado por la impresión al verla entrar en el salón con ese pijama corto, recién duchada, con el pelo húmedo. Estaba preciosa. No había sido capaz de comportarme de un modo normal durante el rato que estuvimos con ella.

Mis dedos todavía recordaban el tacto de su piel y sus gestos de placer a mi contacto. Sus manos acariciándome. Si el maldito teléfono no hubiera sonado, me habría abalanzado sobre ella; mi autocontrol se había roto por completo al oírla gemir. Me medio empalmé solo con recordarlo.

—¿Me vas a contar qué demonios ha pasado? —preguntó Neil, harto de esperar a que yo hablase por iniciativa propia.

—El otro día casi nos acostamos. —No hizo falta aclarar a quién me refería. Me miró alzando una ceja. No dijo nada, esperó a que yo siguiera—. Porque sonó mi teléfono, si no, habríamos acabado follando en el sofá.

—¿Y eso es bueno o malo? Por tu reacción todavía no tengo claro qué es lo que piensas al respecto.

—Esto está siendo muy difícil. Me cuesta mantener el control con ella. Cristina no es como otras chicas, pero compartimos piso. Es inteligente y divertida, tenemos muchas cosas en común, y cuando estamos juntos estamos a gusto, incluso en silencio. Hemos creado una relación de confianza mutua. El otro día, hablábamos de un tema personal suyo, ella estaba muy sensible

por la conversación y no fui capaz de controlarme, la estaba abrazando y empecé a acariciarla. Ya te digo que, si no hubiera sonado el teléfono, habríamos acabado en la cama. Sabía que no era el momento, ella era vulnerable y yo no debería haberlo hecho. Hoy es el primer día que nos vemos después de lo que pasó. Ha sido bastante incómodo. No sé cómo comportarme.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó. Levanté una ceja—. Y no me refiero a llevártela a la cama. Me refiero a qué quieres con ella. Es obvio a los ojos de todos que hay algo entre vosotros. No solo por tu parte, que a veces me miras como si quisieras matarme cuando tonteo con ella, también por la suya.

—No estoy seguro.

—Entonces aléjate de ella. Si no tienes las cosas claras, no cometas ese error, ya lo hiciste con Kim. Pero te voy a decir una cosa, piénsatelo rápido. Cris es una tía estupenda, y si tardas mucho puede que, tal vez, cuando te des cuenta de que lo que realmente quieres es estar con ella, sea demasiado tarde. No te va a esperar.

—Cris me gusta como mujer, como compañera. —Sonrió, pero no dijo nada—. Ya sé que no te pillas por sorpresa.

—Te conozco bien y nunca antes te había visto reaccionar de la misma manera con ninguna otra mujer.

—Pero vivimos juntos, no es tan sencillo.

—Nadie ha dicho que lo sea. Así que estás todo el día empalmado en casa, ¿no? —bromeó para aligerar el ambiente—. ¿Y qué pasa con Anna?

—¡Joder, tío! —Se rio. Negué con la cabeza, siempre sabía cómo tocar los cojones—. Anna, como siempre. Nos vemos de vez en cuando y listo.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Hablamos al poco de que me contarais Jack y tú lo que pensabais. Le dije que quería saber si ella seguía estando cómoda con el tipo de relación que teníamos. Me dijo que sí, que por ella estaba bien así. Y no hablamos más del tema. Aunque últimamente parece que me la encuentro en todas partes, no sé qué pensar.

—¿Y ha vuelto a coincidir con Cris en tu casa? —preguntó.



—Sí, se han encontrado algunas veces después de aquel día. Intento que vayamos a su casa, pero si Anna propone ir a la mía, no puedo decirle que no porque no sabría qué razón darle. ¿Qué le digo? ¿Que me incomoda follar con ella en mi casa cuando a quien quiero en mi cama es a mi compañera que está en la habitación de al lado? Intento que no se encuentren, ir a casa solo cuando Cris está de viaje, pero no siempre lo consigo. En serio, todo está siendo muy complicado. Y luego, además, no se llevan bien, se crea mucha tensión cuando están las dos.

—¿Y qué vas a hacer? Yo creo que Anna te dice que está bien con la relación que tenéis, pero en realidad quiere más. También he notado que te busca más que antes, últimamente apenas hago el descanso contigo porque ella te encuentra antes que yo. Si no quieres nada más con ella, ándate con ojo, es un consejo, mantén las distancias.

Habíamos llegado al hospital y nos estábamos cambiando en los vestuarios.

—Bueno, y ahora cuéntame eso de que vais a tener visitas en casa.

—Viene a verla su exnovio en un par de semanas.

—La cosa se pone interesante —dijo en tono travieso.

—Ella lo adora, como amigo (o eso es lo que dice), pero sigue teniendo heridas abiertas de esa relación.

—Eso es normal. Todas las relaciones dejan huella.

—¿Has vuelto a saber algo de Susan? —pregunté.

—No, desde hace unos meses no he tenido el honor —ironizó.

—Y que siga así mucho más tiempo.

—También viene tu hermana —cambió de tema, dejando ver que no estaba por la labor de hablar de Susan.

—Sí, viene dentro de un mes más o menos. Tengo ganas de verla. Desde Navidades no la he visto. Lo que no me hace tanta gracia es lo del novio. Hay algo que no me cuenta y no sé por qué.

—A tus padres no les cae bien —repuso Neil.

—No, pero solo me han dicho que es peculiar y que hay que tener paciencia con él —suspiré—, que seguro que con el tiempo le cogemos el punto.

—Valeria es una gran mujer, seguro que ha visto algo bueno en él que los demás no son capaces de ver o tardan más tiempo en hacerlo. Confía en ella —dijo con el entrecejo fruncido.

—Sí, pero siempre intenta hacerse cargo de las causas perdidas. A ver qué me encuentro cuando vengan.

—Valeria es fantástica. Ya verás que todo va a estar bien.

Subimos a la sala de descanso para saludar a nuestros compañeros de turno y organizarnos el trabajo. Allí estaba Anna.

—¡Qué sorpresa, Anna! —dijo Neil.

Lo miré, amenazador, sabía que lo había dicho con ironía, pero ella ni se inmutó.

—Hola, chicos. ¡Qué bien se os ve! —dijo acercándose a nosotros—. ¿Otra conquista, Neil?

—¿Qué? —preguntamos los dos a la vez.

—¿No acabas de mencionar a una tal Valeria que es fantástica? —preguntó Anna descolocada—. Pensaba que era un nuevo ligue.

—Valeria es fantástica y es mi hermana —dije yo, serio.

—¡Ah! Sí, claro, perdón —dijo incómoda.

—Va a venir a hacerme una visita —dije para relajar el ambiente.

—Seguro que tienes muchas ganas de verla.

—Sí, desde Navidades no he visto en persona a mi familia.

—Os dejo —dijo Neil mirándome serio—. Jamie, te veo luego en el descanso.

—Sí, tenemos que ver esos casos de los que me hablaste —dije recogiendo la cuerda que me había echado para escaquearme de Anna.

Neil se alejó. Anna se acercó a mí aprovechando la intimidad de la sala.

—Vaya, yo quería hacer el descanso contigo, se me había ocurrido...

—No puedo —la corté—. Tengo casos que discutir con Neil. Ya nos vemos otro día, tengo mucho trabajo pendiente.

Me fui a mi consulta. Seguro que allí no me molestaba. Necesitaba poner distancia con ella. Me daba cuenta de que, aunque el sexo seguía siendo bueno, ya quedaba con ella por inercia. De hecho, de un tiempo a esta parte solo me había acostado con ella. Siempre era Anna la que venía y proponía, y si lo analizaba con detenimiento, cada vez se acercaba más a menudo, no solo para quedar para follarse sino para hacer los descansos juntos.

Tenía que frenar el ritmo con Anna, por si acaso, me caía bien, pero no había nada más que buen sexo en la cama y una buena relación de colegas fuera de ella.

La conversación con Neil me había dejado pensativo. ¿Qué quería con Cris? Era una pregunta que había estado evitando desde hacía mucho tiempo, desde que me dio aquel abrazo para consolarme porque había perdido a un paciente.

Ese día ella lo cambió todo. Yo quería su calidez y su cariño, quería descargar en sus brazos, y quería consolarla cuando ella se derrumbase. Quería acariciarla y besarla como si no hubiera un mañana.

Quizás, si no compartiéramos piso, todo sería más sencillo. Ya habíamos estado a punto de traspasar la línea y acostarnos. ¡Maldita Anna! Si no me hubiera llamado... No podía quitarme de la cabeza el recuerdo de sus manos acariciándome, en el roce de mis manos en su espalda, mis dedos en su pecho, cómo cerró los ojos presa de las sensaciones del momento. Ese gemido. Otro puto tirón en la entrepierna solo con recordarlo. Quería oírle gemir a lo bestia. Muchas veces.

Era innegable que había mucha atracción entre los dos. No era solo física por mi parte, y Neil creía que tampoco para ella.

Luego estaba el tema de su ex y el sexo. Se sentía insegura en el plano sexual a raíz de su relación con Álvaro. Era una herida que estaba ahí y tendría que cerrarla. Su ex iba a venir en breve a verla, y parecía que todavía quedaba algo que tenían que arreglar.

Tomé una decisión: me mantendría alejado de ella. Sabía que iba a ser difícil, cada vez me costaba más mantener las manos apartadas de ella. Ya volvería a replantearme las cosas más

adelante. De momento me iba a comportar como un perfecto compañero de piso.

Teníamos una cita con una peli de terror pendiente, compraría palomitas y la veríamos cada uno en una punta del sofá. Yo me echaría unas risas cuando la oyera gritar y eso relajaría el ambiente entre los dos.

\*\*\*

Tenía veintinueve años, pero me sentía como un adolescente en su primera cita cuando va al cine a ver una peli con la chica que le gusta. La peli estaba lista para darle al *play*, las palomitas estaban en el microondas y había dejado un cojín grande en el sofá para que Cris lo agarrase si lo necesitaba. Por lo que me había dicho, no llegaría muy tarde de trabajar.

Estaba nervioso, así que me fui al despacho y cogí la guitarra. Empecé a tocar, al principio solo acordes, sin más, luego empecé a tocar «More than words» sin pensar. Es curioso cómo nos traiciona el subconsciente.

Cuando llegó a casa, vino al despacho y se quedó en la puerta, me saludó con la mano y le hice un gesto con la cabeza, yo seguía tocando. Se quedó escuchándome un poco y luego se puso a cantar conmigo desde la puerta.

—Cantas fatal —le dije divertido—, parece que estás estrangulando a un gallo.

—¡Oye! —exclamó indignada—. Lo sé, menos mal que tengo cerebro, no me habría ganado la vida por los senderos de la música. Pero no hace falta que seas tan claro, ¡eh! Ya conozco mis limitaciones. —Los dos sonreímos. Guardé la guitarra.

—Tengo una sorpresa para ti —le dije.

Frunció el entrecejo.

—¿Me va a gustar? —preguntó no muy convencida.

—No. —Me reí.

—Así vamos mal, Jaime. Podrías intentar vendérmelo mejor, ¿no? ¿Qué es?

—Tenemos una cosa pendiente tú y yo —empecé a decir, pero me di cuenta, por su cara desencajada, de que no me estaba expresando muy bien, seguro que pensaba en el amago de polvo, ¡joder!—. Hoy toca noche de cine. Tenemos una cita con una peli de terror —dije.

—No, por favor. En serio, lo paso fatal. Va a ser un espectáculo deplorable conmigo gritando, los vecinos quejándose y llamando a la Policía denunciando que están seguros de que se ha cometido un asesinato en esta casa por los gritos que van a oír. Porque voy a gritar. Mucho. Muchísimo. La Poli se presentará en casa, tirará la puerta abajo. Nos quedaremos sin puerta, Jaime, y nos robarán. Y te llevarán al calabozo. ¿De verdad quieres dormir en la cárcel?

Yo la miraba, anonadado.

—El argumento de la película que te acabas de montar es mejor que el de la peli que he elegido para la noche de terror. Vamos, que hay que hacer las palomitas.

—Jaime, de verdad, que no voy a poder dormir.

—Vamos. Te he dejado un cojín enorme para que lo abras si tienes miedo. Si lo pasas muy mal, paramos la película, tampoco quiero que te mueras de un infarto, solo que lo intentes, ¿de acuerdo?

—Pfff. Vale —aceptó al final.

Hicimos las palomitas, nos abrimos unas cervezas y nos sentamos en el sofá con una distancia de seguridad entre nosotros. Cogió un cojín y lo abrazó antes incluso de empezar la película. Cada cinco minutos saltaba del sofá ante la expectación de que pasase algo y estrujaba el cojín con fuerza. Cuando realmente había alguna escena de miedo, gritaba como una posesa y se escondía debajo del cojín y luego me preguntaba si la escena había acabado y podía salir ya.

A la media hora de haber empezado a verla, le dije que mejor la quitábamos, pero se puso cabezona y dijo que iba a aguantar hasta los créditos finales. ¡Por sus cojones! En varias ocasiones estuve tentado de ofrecerle mis brazos para que se tranquilizase, pero deseché la idea, el contacto físico entre nosotros estaba prohibido.

Aguantó lo más estoicamente que pudo hasta el final.

—Esta me la pagas —me dijo mirándome muy seriamente cuando se acabó—. Voy a buscar concienzudamente una peli mala. Pero mala de verdad. Mala, mala. No. Peor. Te vas a tragar el bodrio más bodrio de todos los bodrios del mundo de los bodrios.

Cris, esa noche, dejó la puerta de su habitación abierta y la luz del pasillo encendida.

## 21 Rocky

«Ayudarte a conseguirlo fue fantástico.»

*Jaime*

*Cristina*

—¿Qué haces el sábado? —le pregunté a Jaime un día que estaba hasta las narices de estar trabajando enfrente del ordenador, mientras me acercaba a la cocina donde él preparaba una tortilla para la cena.

—Trabajo.

—¿Qué turno?

—Mañana.

—¡Mierda!

—¿Por qué?

—¿Y el domingo?

—Libre.

—¿Tienes planes?

—Depende.

—¿Depende? ¿Qué tipo de respuesta es esa? ¿Tienes o no tienes planes para el sábado?  
—le pregunté con el entrecejo fruncido.

—Me das miedo.

—Venga, ¿tienes planes? Si no vienes tú conmigo se lo pido a otro.

Alzó la ceja.

—¿Qué quieres hacer?

Me lo tomé como un sí y sonreí como una niña pequeña.

—Nos vamos a pasar el día a la playa —le informé.

—Quieres ir a los Hamptons, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? ¿Tan simple soy?

—Sí, lo eres...

Le saqué la lengua mientras entrecerraba los ojos con cara de mala leche. Se rio.

—No sabes con quién te estás metiendo... —le amenacé, manteniendo todavía mi cara de ogra.

—¿Con alguien muy predecible? —preguntó divertido.

Cogí el bote de la sal sin que me viera, me acerqué a él por detrás y le vacié el contenido en la cabeza. Resopló al tiempo que se daba la vuelta y me agarraba por la cintura para que no me escapara. Intenté soltarme. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero era como luchar contra un gigante. Yo era Don Quijote, y él un molino. Me entró la risa nerviosa.

—¡Perdón! ¡Me rindo! ¡Jaime, por favor!

—Pedir clemencia ahora no te va a servir de nada.

—No me hagas nada. ¡Ha sido un impulso! En realidad, yo no quería... ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

Cogió un huevo de la encimera y me lo estampó en la cabeza. Se reía a carcajadas mientras los chorretones de huevo resbalaban por mi pelo y caían en mi ropa.

«¡Esto es la guerra!».

Resoplé y forcejeé para intentar soltar una mano y pringarle a él también, pero era imposible soltarse.

«¡Qué fuerza tiene, joder!».

Así que me agaché poniendo mi cogote en su pecho y manchando su camiseta con el huevo que él me había roto en la cabezota. Le sonreí, traviesa, y él se rio. Y ahí nos quedamos sonriéndonos, divertidos, mientras él todavía me sujetaba por la cintura y yo ya no hacía ningún esfuerzo por liberarme.

Y pasaban los segundos y ninguno de los dos hacia el más mínimo movimiento para alejarse del otro. Y otra vez empecé a sentir toda la tensión de la atracción que sentía por Jaime. Me separé un poco. No me lo impidió.

—¿Tregua? —pregunté.

—Tregua. Anda, ve a ducharte, que tienes el pelo bastante asqueroso. Acabo de hacer la cena y luego me ducho yo.

Aquel día cenamos cada uno en una esquina del sofá. No íbamos a tentar más a la suerte. Mi capacidad de contención con este hombre cada vez era más escasa. Jaime retomó el tema de los Hamptons mientras cenábamos.

—No podemos ir a los Hamptons un domingo.

—¿Por qué? ¿Los cierran o qué? —le pregunté con ironía poniendo cara de «no entiendo».

—Porque se peta. Todo el mundo tiene la misma idea que tú los fines de semana de verano y está lleno, hasta arriba. No encuentras sitio donde comer, hay demasiada gente. Hay que ir entre semana.

—Pero yo entre semana trabajo.

—Pues cógete un día.

—Mmm... no puedo. Pues nos vamos a Filadelfia.

—¿Qué?

—A Filadelfia. La F con la I «FI», la L con la A «LA»...

—Pero ¿cuántos años tienes? ¿Seis?



—Veintisiete —contesté alegre sin entrar al trapo.

—Mentales, seis.

—Ya tengo un año mental más que tú. Tengo veintisiete, melón.

—Parece que tienes menos. Ahora en serio, te eché veinticinco cuando te vi por primera vez.

—¡Qué mono eres a veces! Gracias.

—Y ahora parece que tienes seis.

—Tenías que estropearlo.... —dije con fingida exasperación. Le di un suave codazo. Y volvimos a quedarnos parados mirándonos a los ojos, sin más, uno frente al otro—. Bueno, me voy a dormir, estoy cansada. ¡Buenas noches! —Y hui del salón, de Jaime y de las, cada vez más intensas, ganas de no frenarme, de dejarme llevar por la inmensa atracción que él ejercía sobre mí.

\*\*\*

—¡Buenos días! ¿Preparado para irnos de excursión? —le saludé mientras entraba a la cocina con cara somnolienta.

—No. Necesito café. ¿Has hecho café?

—Pareces un zombi, te falta levantar las manos y andar sin doblar las rodillas.

Y eso hizo el muy idiota.

—Café. Daaame cafééé —decía con voz impostada mientras venía hacia mí.

—Mira que eres payaso a veces —le dije entre risas—. Déjate de tonterías. Dúchate, date prisa. Te preparo uno doble mientras. Que nos tenemos que ir.

Cuando estuvimos preparados nos montamos en su coche y pusimos marcha a Filadelfia. No se tardaba mucho y habíamos salido temprano. Durante el trayecto estuvimos hablando de los sitios que queríamos ver. En realidad, de los sitios que yo quería ver, porque él ya había estado mil veces antes en la ciudad.

—Déjame que adivine —empezó Jaime la conversación—, quieres ver la Campana de la

Libertad, subir las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia mientras tarareas la canción de *Rocky* y quieres que nos comamos un Philly cheesesteak mientras damos una vuelta por la parte vieja de la ciudad.

«¡Joder, sí que soy predecible!».

Tenía la boca abierta, no atinaba a contestarle. Él iba conduciendo sin mirarme, con una sonrisa de autosuficiencia que me habría gustado borrarle de su cara de sabelotodo. Le saqué la lengua, él no me vio, pero yo me sentí mejor.

—Te has dejado algo.

—¿El qué? Y no me saques la lengua.

—¿Cómo sabes que te he sacado la lengua? ¡No me estabas mirando! —exclamé con una mezcla de indignación y admiración.

—Eres predecible, pequeña. Y ahora me vas a volver a sacar la lengua —dijo sin mirarme mientras, efectivamente, yo le sacaba la lengua otra vez.

—Quiero ir al Library Hall, allí se encuentra una copia de la Declaración de Independencia y la primera edición de *El origen de las especies* de Darwin. Quiero verlos.

—De acuerdo. A mí uno de los sitios que más me gustan es el Reading Terminal Market, es un mercado, tiene mucha vida y hay varios puestos de Amish. Es muy interesante, te va a gustar.

—Pues ahora quiero verlo. ¿Nos dará tiempo a todo?

—Lo intentaremos.

Lo conseguimos. Fue un día fantástico. Nos dio tiempo a verlo todo, a pasear tranquilamente por la parte vieja y a empaparnos de la esencia de la ciudad.

Recordaré como «el momento del día» cuando llegamos a la parte inferior de las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia, donde estaba la estatua de Rocky. En mi cabeza me había creado la idea de subir las escaleras corriendo y tararear la famosa canción. Soy muy peliculera, lo sé. Total, que miré hacia arriba: noventa y nueve escalones. Pfff.

Parecían infinitas desde abajo, yo no podía subir corriendo esas escaleras. Me giré hacia

Jaime, que me miraba divertido. Volví a mirar las escaleras y las odié. ¿No podrían haber hecho la mitad? ¿Qué necesidad de hacer noventa y nueve? Noventa y nueve es un número feo, pero feo feo.

—Bueno, ¿qué?, ¿subimos corriendo hasta arriba? —me preguntó con una sonrisa socarrona.

Me iba a hacer la sobrada y aceptar, pero me frené a tiempo. Seguro que echaba el higadillo si lo intentaba.

—Paso. Me muero en el intento. ¿Tú has subido corriendo las escaleras alguna vez?

—Sí. Hacemos una cosa: subimos la mitad andando y luego corriendo hasta llegar arriba, ¿te parece?

—Vale.

Empezamos a subir tranquilos. Sin hablar. Yo ya estaba cansada cuando llegamos a mitad de la escalinata y Jaime me cogió del codo y empezó a subir corriendo, arrastrándome con él.

Cuando quedaban unos diez escalones yo estaba ya que no podía con mi vida y entonces le escuché empezar a tararear la música de Rocky.

Era el empujón que me faltaba para no darme por vencida y conseguirlo. Lo miré, acepté el reto con un movimiento de cabeza y seguí subiendo. Cuando llegamos arriba del todo, Jaime, que todavía tenía fuerza —me cago en sus muelas—, se puso a saltar con los brazos en alto imitando la famosa escena de la película y yo me reí.

Y lo imité, aunque todavía no entiendo cómo me sostenían las piernas. Y ahí estábamos los dos, haciendo el idiota dando saltos. La gente nos miraba y sonreía al vernos. No éramos los primeros ni seríamos los últimos en hacerlo, debían estar muy acostumbrados a ver locos como nosotros. Cuando dejamos de hacer el tonto, nos abrazamos satisfechos.

—Ha sido duro —dijo.

—Sí. Pensé que no lo lograba. Pero cuando te he oído tararear ha sido como un chute de energía. Gracias, sin ti creo que no lo hubiera conseguido. ¡Ha sido fantástico!

Fui muy consciente en ese momento de la importancia de su gesto; de cómo, con una sencillez pasmosa, había conseguido que no me rindiera; de cómo había hecho que yo encontrara

las fuerzas necesarias para lograrlo. Y no pude evitar asustarme al equipararlo con las relaciones, con las buenas, con las que funcionan: esas en las que no dejas que el otro se de por vencido, en las que le proporcionas las herramientas para que el otro se sobreponga y lo consiga por sí mismo. Eso es lo que Jaime había hecho por mí ese día, y nunca le estaré lo suficientemente agradecida. Decidí que era mejor no seguir pensando en ello en ese momento; estaba acojonada.

Nos sentamos en las escaleras y contemplamos las vistas, que eran espectaculares. Sentados el uno junto al otro, hombro con hombro, mirando la ciudad, permanecimos callados disfrutando el momento.

Faltaba solo una cosa para que fuese perfecto. No pude resistirme. Recosté mi cabeza sobre su hombro y seguí mirando las vistas. Jaime pasó un brazo por mi espalda y me agarró de la cintura, y así estuvimos un rato. Sin hablar. No hacían falta palabras.

## 22 Honey

«Retira lo de “macarra de barrio”.»

*Cristina*

*Jaime*

Quería ir a los Hamptons, pero acabamos en Filadelfia. Mejor. La idea de estar con ella en bikini en la playa lo único que hacía era que nos imaginase follando en la arena sin parar. No era buena opción. Le puse la excusa de que se llena los fines de semana —que era verdad— y que es mejor ir otro día, y menos mal que coló.

Al final, nos fuimos de escapada dominguera a Filadelfia, que estaba muy cerca de Nueva York, se podía ir y volver en el día, y eso hicimos. Yo había estado muchas veces, es una ciudad que me gusta. De hecho, en un mes tenía que volver a un congreso de oncología con Neil y otros compañeros del hospital.

Hacía muy buen tiempo, así que había mucha gente por las calles, lo que confería a la ciudad una sensación de vida impresionante. Hicimos el recorrido básico para turistas. El momento Rocky Balboa fue fantástico.

Yo había subido las escaleras corriendo una de las primeras veces que visité la ciudad, era mucho más joven y mi estado físico era mejor que en ese momento, creo que podría haberlas subido de un tirón, pero me habría costado, empezaban a pesar los años. Así que me alegré cuando Cristina me dijo que ni de coña podía subir todas corriendo.

Cuando, sentados en las escaleras, se apoyó en mi hombro, me dio un vuelco el estómago. La abracé por la cintura y me contuve para no acercarla más a mi cuerpo. Siempre me había gustado Filadelfia, pero desde ese momento la ciudad tomó un cariz especial.

De vuelta a Nueva York, la dejé conducir mi coche. ¡Maldito error de principiante! Menuda macarra de barrio estaba hecha al volante.

No conducía mal, de hecho, conducía bastante bien, pero iba mucho más rápido de lo que debería. Iba tan rápido que a veces yo hacía el gesto de pisar el freno con fuerza involuntariamente en mi asiento del copiloto y apretaba la agarradera como si mi vida dependiera de ello, pero no dije ni una palabra al respecto.

Le propuse parar a comer algo en un bar de carretera y ella aceptó alegremente. Más alegre me puse yo al escuchar su característico «vale», sabiendo que en el próximo trayecto del viaje iba a conducir yo. No pensaba dejarla conducir nunca más.

Lo que pasó en ese bar de carretera no lo olvidaré en la vida.

Entramos y nos sentamos en los taburetes de la barra. Yo todavía estaba un poco tenso por el viaje en el coche con la macarra. Miramos la carta y, cuando ya habíamos elegido, Cris se fue al servicio.

La camarera, una mujer de unos cuarenta años con unos pechos enormes, se me acercó para tomar nota. Debí parecerle simpático porque se apoyó en la barra exponiéndome su generoso escote. Yo intentaba mirarla a la cara mientras le pedía la cena, pero lo cierto es que se me iban los ojos.

Entonces llegó Cristina del baño, se colocó entre mis piernas, me abrazó por la cintura y se pegó a mi cuerpo, metió su cabeza en mi cuello y me susurró al oído:

—Se te van a salir los ojos de las cuencas si sigues mirándole las tetas a la camarera de esa manera. No quiero tenerte que llevar al hospital. ¡Ah! Y que sepas que conduzco mucho más rápido si es una emergencia médica. Tú verás si quieres arriesgar tu vida por mirarle las tetas a esa tía por muy grandes que sean. —Se separó de mí para decir la última palabra lo suficientemente en alto para que lo oyera la camarera—. *Honey*.

Yo estaba mitad empalmado mitad anonadado. Sentirla pegada a mi cuerpo mientras me susurraba al oído, aunque no fuera nada obsceno sino todo lo contrario, había sido un latigazo directo a mi entrepierna. ¡Joder otra vez! Me moví hacia atrás en el taburete un poco para que no notara mi erección. La camarera se enderezó ante la actitud de Cristina y se fue.

—Le ha faltado agarrarte de la cabeza y acercarla a su pecho. ¡Joder! Que soy tu novia —decía indignada—. ¡Y tú, vaya tela! Un poco de respeto, ¿no?

Yo la miraba anonadado sin saber qué decir.

—Cris...

—A ver, que no soy tu novia de verdad. Ya lo sé. Pero a ojos de todos los que nos han visto llegar juntos, era más que obvio que soy tu novia, y ha aprovechado que he ido al baño para plantarte las tetas en la cara. ¡Muy fuerte! Eso no se hace entre mujeres. Deberíamos apoyarnos entre nosotras. Y tú no podías apartar la vista. ¡Vaya novio de pacotilla! —Como reina del drama no tenía precio. Y entonces se empezó a reír—. ¿He marcado bien el territorio?

—Muy bien.

—Te he jodido el rollito, ¿no?

—No había rollito que joder. —Cambié de tema—. ¿Y dices que conduces más rápido en emergencias? ¡Joder! Si casi me cago vivo en el camino.

—¿En serio? Tampoco iba tan rápido.

—Lo que tú digas, macarra, pero ahora conduzco yo de vuelta a casa.

—Como quieras, *honey* —me dijo con voz muy dulce.

Levanté la ceja, la camarera estaba enfrente de nosotros sirviendo la cena. Cris lucía una sonrisa inocente. Me reí, no pude evitarlo.

«¡Qué cabrona! ¡Los tiene cuadrados!».

\*\*\*

Después de nuestra escapada a Filadelfia, la semana se pasó rápido. Cris estuvo un par de días fuera y, cuando nos quisimos dar cuenta, era viernes por la tarde y estábamos organizando la cena para luego poder ver alguna serie o peli juntos.

—¿Qué tal estos días? ¿Mucho curro?

—Sí, bastante. Hemos tenido muchas hospitalizaciones, así que he estado entretenido. Ha pasado algo que me ha dejado anonadado. Ha venido una chica, la hija de una de mis pacientes, con una caja de chocolates para agradecerme los cuidados que le dimos mientras estuvo tratándose en el hospital. La mujer murió, pero aun así estaban agradecidos por lo que habíamos hecho por ella.

—¡Qué mona! Es un gesto precioso.

—No tienen por qué hacerlo, es nuestro trabajo.

—Ya, a mí nadie me regala nada por trabajar, es verdad. Pero lo cierto es que la gente enferma es más vulnerable. Y que te cuiden, que te traten con cariño, con humanidad, que te intenten salvar la vida y no seas solo un número, en esos momentos de vulnerabilidad, se agradece más que nunca. Tener un detalle es casi lo mínimo.

—¿No te regalan nada por trabajar? Seguro que tienes algún boli de propaganda por ahí...

—Igualito: bombones o un *cutreboli*. No tengo claro qué elegir —ironicé—. ¡Qué mal repartido está el mundo!

—Seguro que alguna vez te han reconocido tu trabajo de una manera especial.

—Mmm... sí, alguna vez. Uno de mis médicos (favoritos) me dijo que yo era la mejor con la que había trabajado, que había sido un placer trabajar conmigo. Me invitó a comer un día en un sitio muy «chic».

—Se quería acostar contigo.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no! ¡Que caiga un chaparrón! —bromeó—. Ahora en serio: estás equivocado. Me hizo ilusión. Y lo decía de verdad, en serio. Me lo había dicho más veces antes de invitarme y cuando trabajábamos juntos le ponía interés... al trabajo, digo.

—Se quería acostar contigo muchas veces.

—Oye, ¡que soy buena en lo que hago!

—No lo dudo, pero no invitas a nadie a un sitio «chic» si no quieres acabar en la cama. Puedes invitar a un sitio normal como agradecimiento y listo.



—Idiota.

—¿Y eso por qué?

—Me has quitado la ilusión. Acabas de convertir un bonito recuerdo profesional en un «te quería follar». ¡Joder, Jaime!

Me sacó la lengua.

—No era mi intención...

—Y si te digo que la chica de hoy te ha llevado los bombones para follarte solamente, ¿a que ya no es tan bonito el gesto?

La miré anonadado.

—Digamos que cambia mi percepción del asunto.

—Si encima te hago un favor —resopló.

—Lo cierto es que los bombones nos los ha llevado a todo el equipo médico y de enfermería. Estábamos todos muy emocionados con el gesto.

—Normal.

—Bueno, mañana es el gran día, ¿no?, ¿vas a buscar a Álvaro al aeropuerto?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí. Mucho. Nerviosa, pero muy bien. Tengo muchas ganas de verlo. Y además estoy intrigada. Tiene algo que contarme que no ha querido hacer por teléfono, y me tiene de los putos nervios.

—¿Qué crees que es?

—No tengo ni idea, en serio, y me parece raro porque no hay secretos entre nosotros. Quiero decir que, cuando hemos tenido algún rollo con otra persona, nos lo hemos contado. A ver... sin detalles. Lo que quiero decir es que tenemos confianza como para hablar de todo. No entiendo qué puede ser tan importante como para querer decírmelo solo cara a cara.

—Bueno, vas a salir de dudas dentro de nada.

—Sí —dijo emocionada.

Se notaba que estaba feliz por ver a su ex. A mí me gusta llamarlo envidia, otros lo llaman celos, cualquiera de esas palabras se puede usar para explicar lo que sentí en ese momento.

¿Qué querría? ¿Volver con ella? Joder, se notaba que ella lo quería, pero no, no podía ser eso. Ella me había contado lo del problema con el sexo. Imposible que fueran por ahí los tiros.

«A esperar y a ver qué tal con el famoso Álvaro».

## 23 El porqué

«*Nunca un ex me había caído tan bien.*»

*Jaime*

*Cristina*

—¡Perdón, llego tarde! —le grité a Jaime, al que casi arrollo mientras corría como una loca por el piso. Estaba abriendo la puerta de casa cuando me di cuenta de que no había cogido las llaves: otra vez a correr.

—Tranquila, seguro que llegas bien, vas con tiempo de sobra. —Me miraba divertido.

—Ya, pero voy en el coche de Sarah, no he conducido mucho por esta ciudad, voy a ir pisando huevos. Prefiero salir con tiempo, igual me pierdo por el camino y acabo en Boston. Por cierto, te esperamos a cenar hoy cuando salgas del hospital, ¿no?, ¿o has quedado?

—No he quedado, supongo que vendré a casa cuando acabe el turno. A menos que preferáis estar solos. Puedo quedar con los chicos.

—No digas tonterías, si quisiera intimidad no te lo propondría. Te esperamos a menos que me avises de que no vienes. Me voy. —Volví a correr a la puerta—. *Ciao*.

Me di tanta prisa que llegué pronto al aeropuerto. Estaba nerviosa, pero para bien. Tenía infinitas ganas de ver a Álvaro. Le recogería y nos iríamos a comer a algún restaurante, luego ya decidiríamos, dependiendo de lo cansado que estuviera.

Me tocó esperar una hora en la puerta de llegadas internacionales. Cuando salió por la puerta lancé un grito, salí corriendo, salté y me enganché a su cuello.

«¡Eso es discreción, pasando desapercibidos!».

Cualquiera que nos viera creería que éramos un par de enamorados que se reencontraban. Álvaro me abrazó con la misma intensidad que yo a él. Cuando me dejó en el suelo, no pude

evitarlo y me abracé a su cintura.

—Yo también te he echado de menos, enana —me dijo sonriente, mirándome a los ojos.

—No me puedo creer que estés en Nueva York. No era consciente de la nostalgia.

—Pero estás bien aquí, ¿no? —me preguntó preocupado.

—Sí, sí, tranquilo. Pero, aunque con las nuevas tecnologías estás más cerca de la gente a la que quieres, la verdad es que no es lo mismo verse por la pantalla del móvil que abrazarse. No hay nada que lo iguale. Lo echaba de menos. Vamos, tengo el coche en el aparcamiento.

Echamos a andar, yo no paraba de mirarlo, como si no me creyera que estuviese allí conmigo.

Cuando llegamos al coche, guardamos su equipaje en el maletero y le llevé a un restaurante cerca de casa que me gustaba mucho. Estuvimos charlando de todo un poco: de su familia, de la mía, de los amigos, de nuestros trabajos... Poniéndonos al día.

Acabamos de comer y nos fuimos a casa a dejar las maletas, allí nos relajamos un poco en el sofá, Álvaro estaba cansado del viaje y, además, ya había estado varias veces en Nueva York, así que lo de hacer turismo le daba un poco lo mismo. Nos hicimos un café, y entonces llegó la bomba.

—Enana, necesito contarte algo, es muy importante y necesito que me dejes hablar sin interrumpirme... que nos conocemos.

Me puse nerviosa.

—Lo intentaré, no prometo nada. Me estás asustando.

—Cris... em... conocí a alguien una noche de fiesta. —Me costó la vida, pero permanecí callada—. Y me llamó la atención, al principio no le di importancia, pensaba que era... em... por su personalidad, nos llevábamos muy bien. Empezamos a quedar... como amigos.

A estas alturas yo estaba que trinaba, ¡me había mentido! Sí que había otra chica, ¿o lo que me quería decir es que me puso los cuernos? ¿Y a qué mierda venía eso ahora?

—Quizás no te estás dando cuenta, Álvaro, de que no sé por dónde vas y me estoy cabreando. O me pusiste los cuernos, o me has mentido porque sí que hay alguien más, y

sinceramente no sé por qué ibas a mentirme, no tiene sentido.

—¡No! Perdona. No tiene nada que ver con nosotros cuando estábamos juntos. Jamás te puse los cuernos, enana, creo que eso a estas alturas ya deberías saberlo. Déjame que siga, por favor. Luego lo entenderás todo. Te decía que empezamos a quedar como amigos. Una noche que estábamos borrachos se nos acercó una chica muy mona y nos propuso hacer un trío. Aceptamos.

—Álvaro...

—Cris, por favor.

Resoplé y me callé dejándole continuar.

—Pues eso, aceptamos el trío y fuimos a la casa de la chica. Lo que pasó allí fue muy revelador para mí. Apenas toqué a la chica que propuso el trío. —Y se calló, y yo no me enteraba de nada—. Estaba más interesado en experimentar con mi colega.

Y entonces lo entendí y abrí muy grandes los ojos. Me quedé callada porque no sabía qué decir, y así permanecí unos minutos. Álvaro dejaba que procesase la información sin acercarse a mí. Estaba nervioso, andando de un lado para otro enfrente de mí.

—La persona que conociste, tu colega, es un chico, no una chica.

—Sí.

—Vale.

—Me estás diciendo que eres gay.

—Sí.

—Vale.

Expulsé el aire lentamente. Pasaron unos segundos —bastantes.

—¿Y te diste cuenta ese día?

—Sí.

—Vale.

Volví a expulsar el aire controladamente.

«Pfff».

—Nunca antes lo habías sospechado —pregunté, afirmando.

—No.

—Vale.

Yo seguía procesando.

—¿Y tú estás bien? —pregunté.

—Sí.

—Vale.

Me volví a callar. Álvaro me miraba nervioso. Y me puse a llorar. ¿Por qué? No sé, estaba hecha un lío. Álvaro me abrazó y escondí mi cabeza en su pecho, así estuvimos un rato hasta que me calmé.

—Gracias —empecé, los lagrimones me caían sin control—. Gracias por contármelo. Ahora entiendo por qué querías contármelo cara a cara. Sabes que no te juzgo y que tienes todo mi apoyo sin condición. Yo te quiero, y te voy a querer siempre. —No lo miré, no me hacía falta para saber que él tenía los ojos encharcados en lágrimas, lo abracé más fuerte—. Siento si mi reacción es un poco rara, pero ahora mismo no sé muy bien cómo me siento.

—Lo sé. Siento mucho todo lo que pasó entre nosotros, sé que te hice mucho daño. Te prometo que si pudiera borrar tus miedos, tus frustraciones, tu dolor, tu inseguridad... lo haría sin dudar. Si solo yo hubiera sido consciente, tú no habrías sufrido por mi culpa. No te imaginas lo mal que me siento. Eres la última persona en el mundo a la que le haría daño, tienes que creerme.

Levanté la mirada, mis ojos y los suyos todavía anegados en lágrimas.

—Lo sé. No sé qué decirte. Lo pasé mal, pensaba que había algo que estaba mal en mí. Intentaba arreglarlo cuando estábamos juntos, yo quería que saliera bien. Luego intentaba arreglarlo cuando no lo estábamos, acostándome con tíos que me daban igual. Me sentía insegura siempre de mi sexualidad. No conseguía quitarme la sensación de que había algo mal en mí;

aunque con esos tíos el sexo fuera mejor que contigo, nunca conseguía disfrutarlo del todo. Y lo único que pasaba es que me faltaba un pinganillo —bromeé. Álvaro me miró estupefacto y luego soltó una carcajada. Me abrazó con tanta fuerza que parecía un oso, y me besó en el pelo—. No estoy enfadada, es como si me hubieras quitado un peso de encima.

—Gracias, enana. Te quiero.

—Y yo a ti. Y ahora, cuéntamelo todo bien, con detalles, no escatimes, ya sabes que soy una cotilla.

Seguimos hablando toda la tarde. Me explicó lo difícil que había sido para él ser consciente de su homosexualidad. Tenía casi treinta años y nunca se había sentido atraído por hombres hasta después de dejarlo conmigo.

«¡Manda cojones la cosa!».

Tampoco es que se hubiera visto atraído por muchas mujeres en general, pero antes de ese momento, solo se había fijado en mujeres. Él suponía que era porque seguía las normas establecidas, pero tampoco le había dado mucha importancia a eso.

Se explayó más en cómo se había sentido, cómo le costaba integrarlo en su vida actual y en el proceso de autoaceptación, que estaba siendo complicado, muy complicado. Había experimentado sexualmente con hombres y me confesó que todo había ido mucho mejor que con las mujeres —esto lo dijo de pasada, con la boca pequeña, supongo que para no hacerme más daño—. Que todavía tenía mucho que explorar con respecto a su nueva sexualidad, y que había veces en las que se bloqueaba.

La primera sensación que tuve cuando me lo contó fue que me había timado, me sentía como traicionada, como si me hubiera obligado a perder el tiempo con él o como si el año que estuvimos juntos hubiera sido una mentira.

Después de esa maraña inicial de emociones encontradas empecé a pensar con raciocinio. Sabía que todo lo que había pasado con Álvaro era, por desgracia para mí, producto de la mala suerte. Él iba con ¿quince? años de retraso con respecto a aceptar su verdadera sexualidad y yo solo había estado en el sitio preciso en el momento más inadecuado de su vida. Y, sin embargo, no me arrepentía, era extraño, pero tener a Álvaro en mi vida era más importante.

De hecho, con su confesión, por fin, conseguía entender por qué no había funcionado, saber que no tenía por qué tener miedo a mi sexualidad. No iba a ir bien con todos los tíos que

me acostara, pero si tenía una mala experiencia, por lo menos yo no me echaría la culpa. Fue liberador.

Y así, hablando de nuestras cosas, se nos pasó el tiempo volando. Jaime llegó a casa cuando Álvaro estaba encima de mí en el sofá haciéndome cosquillas para que le enseñara el tatuaje que me había hecho antes de venirme a Nueva York. Yo no quería enseñárselo porque era muy friki. Me revolvió debajo de él, pero era luchar contra un gigante. Yo reía sin parar de las cosquillas y casi podía hablar.

—Pa-para, por-por favor —intentaba decir entrecortadamente.

—Perdón. Siento interrumpir —dijo Jaime cortado cuando nos vio en semejante escena.

Álvaro dejó de hacerme cosquillas inmediatamente, cosa que agradecí. Me liberó y pude salir de debajo de su cuerpo.

—No, tranquilo, no interrumpes nada. Bueno sí, y no sabes lo que te lo agradezco, casi me da un patatús de la risa —le dije todavía sonriente por las cosquillas—. Jaime, te presento a Álvaro. Álvaro, este es Jaime.

—Encantado. Gracias por dejar que me quede aquí —dijo Álvaro cortésmente dándole la mano.

—No es nada. Espero que estés cómodo. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, gracias. Un poco de retraso en el vuelo, pero todo bien. Lo he pasado peor con Cris al volante viniendo desde el aeropuerto, sigue conduciendo como una macarra.

—¡Cabrón! —le dije mirándolo mal, se rieron los dos.

—Voy a dejar las cosas en mi habitación. ¿Habéis pedido cena o queréis salir?

—Había pensado pedir pizzas, ya sabéis: todo muy americano. Pero si queréis salir... —les pregunté a los dos.

—Yo estoy hecho polvo, prefiero quedarme aquí, si no os importa, no creo que aguante despierto mucho más tiempo.

—Vale, las pido ahora mismo.



Jaime se fue a su habitación. Encargué las pizzas, tardarían una media hora.

—Me da vergüenza enseñártelo —le dije a Álvaro.

—No te puede dar vergüenza —me contestó.

Jaime entraba al salón en ese momento.

—Es que es muy friki, y te vas a reír de mí.

—¿Qué te has hecho esta vez?

—No quiero ni un comentario jocoso, de ninguno de los dos, ¿entendido? —Los amenacé a los dos con el dedo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Jaime, que no se enteraba de nada.

—Me hice un tatuaje justo antes de venir aquí.

Me levanté la camiseta por el costado para dejar ver la frase «*The lone wolf dies but the pack survives*».

—No me lo puedo creer. «El lobo solitario muere, pero la manada sobrevive». ¿Te has tatuado una frase de Juego de Tronos? —preguntó Jaime.

—Sí —confirmé divertida—, es muy friki, lo sé, pero me parece fantástica. Me recuerda a diario lo importante que es la gente a la que quieres, la familia, los amigos; no quiero convertirme en el lobo solitario.

—¿Tienes más tatuajes? —me preguntó Jaime.

—Tres. Uno en el pie, este del costado y el otro en zona no visible.

—¿Y los otros son tan frikis como este?

Álvaro rio ante la pregunta de Jaime. Gruñí.

—Menos —mentí descaradamente.

Álvaro se descojonó y yo me sonrojé.

—¡Menos dice! —susurró Álvaro con guasa.

—En el del pie pone «*Live like tomorrow doesn't exist*» —contesté—. Me encantó: «Vive como si el mañana no existiera». Cuando oí la frase de la canción de Sia decidí hacerme el tatuaje.

—Yo tengo uno parecido —nos sorprendió Jaime—. «*Live as if you were to die tomorrow. Learn as if you were to live forever*».

—«Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir siempre». Gandhi —susurré, y lo miré intensamente—. Es una frase fantástica. —Álvaro me miró con la ceja alzada—. ¿Tienes más?

—Sí, ya te los enseñaré. Y el tercero... ¿se puede saber? —me preguntó Jaime.

—No. Fue el primero que me hice y es el más personal. —Noté un ligero rubor apoderándose de mis mejillas. Miré a Álvaro y le dije—: Ahora ese tatuaje cobra incluso más sentido literal.

—Sí, y no te mereces menos, enana.

Llegaron las pizzas y nos sentamos a cenar. Fue un rato agradable, los tres hablando de todo un poco. Ambos parecían llevarse bien y yo intentaba sacar temas de conversación en los que todos pudiésemos participar. Cuando acabamos de cenar, Álvaro estaba bastante cansado, se despidió de Jaime para irse a dormir y yo le acompañé a mi habitación.

## 24 Álvaro

«A Álvaro también le caíste muy bien.»

*Cristina*

### *Jaime*

Me quedé mirando la puerta por donde se habían ido. ¿Se habrían reconciliado? Cuando entré en casa y me encontré a un hombre moreno y grande sentado encima de Cris haciéndole cosquillas en una postura tan íntima, fue como una patada en el estómago. Y ahora se iban a dormir juntos a la habitación de Cristina. Me puse de mal humor de solo pensarlo. Y entonces ella entró en el salón.

—Hola —dijo.

—¿Cómo estás?, ¿todo bien? —le pregunté.

—Mejor que bien —contestó con una sonrisa, y yo me puse de peor humor, si es que eso era posible.

—Se te ve, me alegro —conseguí decir.

—Sí. ¿Sabes?, la visita de Álvaro ha sido... curativa.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté. Obviamente no me apetecía oír ni una puta palabra, pero no podía hacer otra cosa.

Nos sentamos en los taburetes de la isla con una cerveza. Fue ella la que empezó a hablar.

—No te puedes ni imaginar lo que necesitaba esta visita. Álvaro se ha llevado de un plumazo todas mis inseguridades. —Me los imaginé follando, la cosa iba de mal en peor—. Yo siempre pensé que tenía una tara a raíz de aquello. Que tenía que arreglar algo en mí para poder tener sexo satisfactorio, para arreglar nuestras incompatibilidades. Y resulta que era verdad. —Me acerqué a ella para consolarla, no iba a dejar que pensase tonterías, sin embargo, sonrió

divertida—. Yo no era, ni seré jamás, su tipo. —Me miró—. Aunque a veces soy un poco masculina, no soy un hombre.

—¿Qué?! —exclamé sin poder evitarlo.

—Pues ya ves... Me faltan huevos. —Se rio de su propia broma.

—Cris, estoy flipando. ¿Me estás diciendo que es gay?

—¿Te lo puedes creer?

—¿Y se ha dado cuenta ahora? —Asintió—. ¿Y tú estás bien?

—Estoy genial, la verdad. Yo necesitaba entenderlo y ahora soy capaz de hacerlo. He de reconocer que, al principio, ha sido un poco impactante de más. Me he tirado más de un año pensando que había algo mal en mí, es mucho decir. Pero él lo ha pasado peor, imagínate ser consciente ahora de que tu sexualidad no es la que tú creías y tener que recolocar todos los esquemas de tu vida.

—No tiene que ser fácil. Ni creo que mucha gente de su alrededor se lo tome bien, a estas alturas es más difícil de entender.

—Esas personas demostrarán que no merecen la pena. Él es fuerte y lo soportará. Y para mí ha sido como quitarme una losa de encima.

—Me alegro por ti.

—Gracias. —Se la veía feliz. Es increíble lo liberador que son algunas confesiones—. ¿Tú qué tal?

Nos quedamos un rato hablando solos los dos, como siempre hacíamos. Me hizo sentir bien saber que, aun estando su ex en casa, ella tenía guardado un rato solo para nosotros. La semana siguiente venían mi hermana y su novio, así que le estuve contando cosas sobre Valeria. Al cabo de un rato, me dio un beso en la mejilla y se despidió para ir a dormir.

—Muchas gracias por escucharme. Buenas noches.

\*\*\*

Me desperté bastante temprano al día siguiente. En la cocina estaba Álvaro tomándose un

café. Nos dimos los buenos días. Busqué a Cristina, pero no la veía por ningún sitio.

—Sigue en la cama —me dijo.

—¿Tú has madrugado mucho? —le pregunté.

—Sí, hace ya un rato que me he levantado. Espero no haberte despertado.

—No, tranquilo. Ayer tampoco me acosté muy tarde. Ya es hora de empezar el día. Así aprovecho y hago algo útil. ¿Qué tenéis planeado para hoy?

—Pues quiere ir a Central Park. Supongo que nos daremos una vuelta por la mañana, y luego no sé.

—¡Cómo le gusta ir a Central Park!

Sonreí. Álvaro me miró de manera intensa.

—¿Te ha engañado muchas veces para que la acompañes? Siempre le han gustado los espacios abiertos, le hace sentirse libre.

—Sí, me ha engañado algunas mañanas para ir con ella. Pero en mi defensa diré que a mí también me gusta ir de vez en cuando.

—A veces es imposible decirle que no, ¿eh? A mí me pasaba lo mismo.

No me gustaba el rumbo de la conversación.

—Es admirable que os llevéis tan bien —le dije.

—Sí, ha sido mucho trabajo por parte de los dos. Ambos hemos perseverado en conseguirlo, nos merecía la pena. Cuando le duele algo mucho se encierra en sí misma, y cuando lo hace hay que insistir o ella cierra la puerta, así que siempre le daba a entender que no me iba a ir. Cuando uno de los dos necesitaba distancia, el otro se apartaba, pero siempre haciendo saber que seguía ahí, y así, poco a poco, hemos ido construyendo algo inquebrantable. Nuestras futuras parejas tendrán que entenderlo así —dejó caer mirándome fijamente.

—Estoy seguro de que jamás elegiría a alguien que no respetara su libertad de decidir —contesté, y Álvaro me dirigió una mirada enigmática de ¿aprobación?

—Yo también. Ella es una mujer fantástica y se merece ser feliz —dijo.

Luego cambió de tema y me preguntó sobre mi trabajo, y hablábamos del suyo cuando Cristina apareció con pelos de loca, cara de sueño y los ojos casi cerrados.

—Café, por favor. —Era un ruego—. He dormido fatal. Álvaro, casi me tiras de la cama dos veces.

—Tu cama es muy pequeña —se defendió Álvaro.

—Y tú, un mamut enorme. He dormido en el sofá un rato porque no me dejabas espacio. Anda, prepárame un cafetito mientras me doy una ducha rapidísima.

Con un café en la mano, y ya un poco más despierta, Cris me preguntó que si yo había dormido bien y qué planes tenía para ese día. Le conté que iba a correr y que luego había quedado con Neil para ir a casa de Jack y Jill.

—Dales un beso de mi parte. A ver si los veo pronto.

—El próximo fin de semana viene mi hermana, y había pensado organizar una cena todos juntos y luego salir a tomar unas copas.

—Cuenta conmigo.

Seguimos charlando un poco más entre los tres y casi me atraganto cuando Álvaro le preguntó a Cristina que si había dejado de follarse a todo lo que se meneaba.

—¡Tú siempre tan sutil! Y sí, pero ya hace mucho —contestó sin casi inmutarse—. Tuve un susto y decidí volver al modo monja.

Álvaro se puso serio.

—¿Qué pasó?

—Nada, un sustillo que se arregló rápidamente.

—Cris...

—Pfff. —Suspiró—. Un día me encontré, por casualidad, en el portal con un tío al que me había llevado una noche a casa. —Se restregó las cejas como poniendo en orden sus recuerdos—. Nos saludamos, todo normal. Al cabo de los días, me lo volví a encontrar otra vez. ¡Qué casualidad, ¿no?! Pero no le di importancia tampoco. A ver: vivimos en el mismo barrio, así que

tampoco me pareció tan raro. Al cabo de unos días, volvía a casa en coche del trabajo y no encontraba aparcamiento, el caso es que iba mirando a ver si encontraba un hueco y me pareció verlo a la altura de mi portal. Yo seguí dando vueltas con el coche y por fin conseguí aparcar. Cuando llegué al portal diez minutos más tarde, estaba ahí. Seguía ahí. Y se comportó como si nos encontrásemos por casualidad otra vez. —Mi cara debía decir todo lo que sentía en ese momento; miré a Álvaro: su boca era un rictus y su gesto hablaba por sí mismo—. Total, que le dije que si le volvía a ver merodear por mi casa le iba a denunciar por acoso.

—¡Joder, Cris! —dijo Álvaro en un tono bastante alto—. ¡Y no me dijiste nada!

—¡Pues no! No volví a verlo después. Tuve un problemilla y lo solucioné yo solita. Fin. —Se había colocado con los brazos en jarras, dispuesta a entrar en pelea.

—Tengo ganas de estrangularte —le dijo.

En ese momento yo no podía intervenir, era un mero espectador de una pelea no verbal entre ellos, pero entendía perfectamente a Álvaro.

—Tampoco quería preocuparte, y estaba Javi. Me asusté, ¿vale? Mucho. Después de eso, solo salía de noche con Javi y no volvía a casa sin él. O volvía en taxi y me dejaba en la puerta y subía corriendo. Con el tiempo me relajé, no me lo volví a encontrar. Decidí que nunca más llevaría a ningún tío a casa, y así he estado en modo monja casi del todo —acabó diciendo, intentando relajar el ambiente.

Álvaro siguió con expresión seria. Yo seguía callado, pero estaba tan tenso como él, solo me imaginaba partiéndole la cara al acosador. Después de unos segundos de incómodo silencio, decidió bromear él también.

—Así que no te has nacionalizado.

Cris se dio la vuelta veloz como un rayo para mirar a Álvaro con cara inquisitiva.

—Repíteme eso —le dijo.

—Pareces la niña del exorcista —le dije sorprendido al ver la rapidez con la que se había girado.

—¿Que no te has nacionalizado? —preguntó Álvaro descolocado.

—¿Cuándo has visto a Javi? —le preguntó a Álvaro, quien se rio—. Y tú —dijo

apuntándome con el dedo—, no me recuerdes esa mierda de película que me obligaste a ver. Te vas a enterar de lo que es un bodrio, ya tengo la peli decidida. Vas a sufrir.

—No te enfades con él, ¿de acuerdo? Yo le pedí que no te lo dijera, quería hacerlo yo. Nos encontramos una noche de fiesta y casi le da un infarto, tenías que haberlo visto. —Se rio al recordarlo—. No confiaba en que no te lo contase, pero me alegro de que no lo hiciera. —Se giró hacia mí y me preguntó sorprendido—: ¿Has conseguido que vea *La niña del exorcista*?

—Sí, pero parece que me va a salir caro. ¿Qué peli es? —le pregunté a Cris.

—Va a ser una sorpresa, Jaime. Te va a encantar —me contestó con ironía.

Se arreglaron y se fueron a Central Park, y yo me fui a correr.

\*\*\*

Por la tarde quedé con los chicos y Jill, que me hicieron un interrogatorio sobre el ex de Cris. ¿Qué les conté? La verdad, que me había caído muy bien, que parecía un tipo inteligente y divertido, y que mantenían una relación increíblemente buena. Todos me miraban expectantes, esperando a que siguiera hablando, pero no pensaba darles más coba.

Neil estaba bastante taciturno, lo cual no era muy normal en él, apenas habló y no me interrogó sobre Cris, era obvio que le pasaba algo. Cuando nos fuimos de casa de Jack, le pregunté directamente.

—Me ha llamado Susan —dijo cansado.

—Supongo que quería lo de siempre. ¿Cómo estás?

—Agotado. Se que debería cortar todo contacto con ella, ha pasado mucho tiempo y nunca llegamos a nada, pero no puedo evitar tener la esperanza de que un día ella quiera recibir mi ayuda.

—Te entiendo, pero realmente ¿estás seguro de que te dejará hacerlo? No ha habido ningún cambio en su actitud desde que te conozco. Nunca ha dado jamás la impresión de que realmente quiera dar ese paso. Cada vez que te llama te veo más hundido.

—No, en realidad no me hace daño a mí; es frustración, cansancio acumulado. Supongo que, en el fondo, me siento responsable, y por eso no puedo cortar por lo sano.



—Tú no eres responsable de sus decisiones. Entiendo que puedas caer en el error de pensar que si te hubieras dado cuenta antes igual podrías haber evitado el problema, pero no es verdad. No fueron tus decisiones las que la llevaron a ese punto y, desde luego, no es tu responsabilidad. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —pregunté aun sabiendo que no se podía hacer nada.

—Sabes que no, aunque puedes contarme lo que te has callado de Cris en casa de Jack. Así me distraigo —dijo, recuperando la sonrisa ladina que le caracterizaba.

Neil era incorregible. Le expliqué como lo primero que me había encontrado al entrar en casa fue a Cris tumbada en el sofá, con un tío más grande que yo encima de ella haciéndole cosquillas de una manera muy íntima. Cuando acabé de narrarle lo que había pasado, Neil me miró y me dijo:

—No me gustaría estar en tu pellejo, tío. Estás totalmente pillado. Estás jodido. El karma te está pagando lo que pasó con Kim.

No me molesté en negarlo. ¿Tan obvio era?

—¿Nos tomamos la última? —le pregunté, ambos lo necesitábamos.

Más tarde, en la soledad de mi habitación, un poco tocado por las cervezas que me había tomado con Neil, pensé en Cris y en cómo Neil había dado en el clavo, por mucho que me jodiera reconocerlo.

Todo lo que sentía con ella, las ganas de abrazarla, de acariciarla, de besarla, de lamerla entera, de ver su sonrisa, de oír su risa, de querer ser yo con el que compartiera sus confidencias, sus sueños y sus fracasos, todo. Con ella lo quería todo.

## 25 Despechada

*«Solo tenías que mirar el rictus de mi cara.»*

*Jaime*

*Cristina*

Álvaro era fantástico y habían sido dos días que no podría olvidar. Habíamos compartido confidencias. Todavía me costaba creer que fuera homosexual. Yo le había hablado de Jaime muy por encima, intentando evitar el tema. Pero, por su puesto, él me caló por completo. Cuando estábamos en Central Park me preguntó sin reparos, como hacía siempre.

—¿Y cuándo me vas a contar que estás pillada por Jaime?

Me quedé anonadada. «¡Joder con Álvaro, no se le escapa ni una!».

—Si puedo evitarlo...

—Vamos, con lo que yo te he confesado...

—Creo que no estoy preparada para hablar del tema en profundidad.

—¿Qué te da miedo?

—Que si lo digo en alto será más real, y no estoy lista para aceptar esa realidad.

—Déjate de gilipolleces. Cuéntame.

—Nada que no sepas. Me gusta. Mucho. Es mi compañero de piso y por eso está prohibido.

—Pues no sé qué decirte, pero por cómo os miráis, la prohibición os la vais a pasar por el arco del triunfo no tardando mucho.

—Un día estuvimos a punto de acostarnos.

Levantó una ceja.

—¿Qué pasó?

—Sonó su teléfono y nos dimos cuenta de que era un error y fin. Desde entonces intentamos poner distancia física entre nosotros. De todos modos, si fuera solo físico, yo creo que conseguiría mantenerlo a raya. Pero Jaime me gusta como hombre. Es inteligente y me gusta su sentido del humor, es racional y más contenido que yo, me da serenidad y me hace ver las cosas de manera diferente. Me escucha sin reparos, puedo ser del todo sincera con él y siempre me apoya. Las pocas veces que nos hemos permitido el contacto físico... no quieres oír los detalles.

—Lo miras como me mirabas a mí, Cris. Tienes que decidir muy bien qué quieres hacer. Es normal que tengas reparos puesto que vivís juntos, pero me da la impresión de que es mutuo, y él parece merecer la pena. Me gusta para ti.

\*\*\*

Se fue Álvaro y yo me quedé un poco vacía, era como si me hubieran quitado un pequeño puente a mi vida anterior.

El trabajo me absorbió por completo la semana después de irse Álvaro, lo que agradecía mientras estaba trabajando, pero la soledad volvía por las noches cuando tenía que dormir en un hotel. Me sentía sola, echaba mucho de menos a Jaime. Mucho.

Habíamos creado una pequeña rutina en la que nos sentíamos muy cómodos, preparábamos la cena juntos si estábamos los dos en casa, si no, el que primero llegara: yo si él tenía turno de tarde, o él si mi vuelo se retrasaba. Cenábamos, nos contábamos qué tal el día y luego veíamos una serie, ¡nada de películas de miedo nunca más!

Algunos días nos íbamos a cenar por ahí. A veces, simplemente estábamos callados, pero era un silencio cómodo. Lo que sí que hacíamos siempre era mantener las distancias. Cada uno en una esquina del sofá, o si estábamos en la cocina preparando algo, intentábamos no rozarnos.

Esas noches en las que estaba perdida en algún hotel, era consciente de lo mucho que echaba de menos a Jaime, me imaginaba que dejábamos de ponernos límites y nos dejábamos llevar. En mi imaginación todo empezaba como el día que sonó su teléfono, en mi imaginación ese teléfono no existía y nos besábamos, y nos explorábamos y dábamos rienda suelta a esa tensión sexual contenida que estaba acabando conmigo.

Y perdida en la soledad de la habitación de algún hotel, de alguna ciudad de la que ni recuerdo el nombre, mis manos me acariciaban como si fueran las suyas en un intento vano de saciar la necesidad que tenía de Jaime.

Quizás, me dije a mi misma, en lugar de soñar usando mis manos, era hora de dejarme de tonterías y poner manos a la obra.

\*\*\*

Cuando llegué a casa estaba de bastante buen humor. Jaime debía haber ido a por su hermana al aeropuerto para llevarlos al hotel, supuse que se quedarían a cenar por ahí. Me puse un pijama de verano y me tumbé en el sofá para ver la película de *Orgullo y Prejuicio*.

Siempre que tenía problemas sentimentales tiraba de Jane Austen. Normalmente veía la serie, que me gustaba más, pero como era muy larga y estaba cansada decidí ponerme la película; me acaricié inconscientemente el tatuaje del pubis.

Subida de pie en el sofá y gritando a la tele «¡Oh... venga ya, Darcy, no seas capullo!» conocí a Valeria y a su novio, Borja.

—Espero que no sea esta la peli que me vas a hacer ver contigo —dijo Jaime divertido.

—¡Ni se te ocurra meterte con *Orgullo y Prejuicio*! Estas jugándote la vida. ¡Qué lo sepas! Y, además, tendrías mucha suerte de que fuese esta la película que he elegido. Vas a querer hacerte el harakiri, te voy avisando.

—Y esta es mi compañera de piso, Cristina. Cris, mi hermana, Valeria, y él es Borja —hizo las presentaciones Jaime.

—Encantada, vaya imagen que os estoy dando —les dije divertida, bajándome de un salto del sofá y dándoles dos besos. Miré a Jaime un poco roja, como disculpándome por el espectáculo, me devolvió una sonrisa cariñosa.

—No te preocupes, yo también me cago en Darcy cuando se declara la primera vez. Pero ¡¡¿cómo se le ocurre decirle esas cosas?!!! —dijo Valeria.

Me cayó bien al instante.

—Menos mal que luego lo arregla —dije—. Darcy es *el hombre*.

Valeria asintió con vehemencia.

—Mujeres —susurró Borja.

—Los hombres tenéis que aprender mucho de Darcy, os iría mejor —dijo Valeria.

—¿Cenáis aquí? —pregunté extrañada—. No lo sabía, pensé que cenaríais fuera.

—Como mañana sí que vamos a cenar fuera, hemos pensado que mejor algo más íntimo hoy. Hace mucho tiempo que no veo a mi hermana. —La abrazó con fuerza.

Me emocioné al ver ese gesto de ternura.

—Me parece una idea estupenda, no sé si hay comida en la nevera, cuando llegué ayer no hice compra. Hoy me he ido de cañas y tampoco.

—No te preocupes, nos apañamos con lo que sea —dijo Valeria.

Acabamos pidiendo comida china y sentándonos en el suelo alrededor de la mesa baja del salón para cenar, todos excepto Borja, que se sentó en el sofá. Durante la cena, Jaime y Valeria llevaron el peso de la conversación. Ambos nos incluían a Borja y a mí, pero cuando hablaban de su familia, no participábamos, aunque yo no me sentía incómoda en absoluto.

Me gustaba ver cómo Jaime se relacionaba con su hermana, se notaba que se adoraban. Borja, sin embargo, parecía fuera de lugar desde el primer momento, ¿sería timidez?

El sábado Jaime se pasó el día con su hermana y su novio y no los vi, pero por la noche quedamos a cenar en un restaurante con Neil, Jack y Jill. Valeria ya conocía a Neil y a Jack de otros años que había venido a visitar a su hermano, estaba segura de que iba a ser una cena agradable.

Me senté entre Jaime y Neil, así que debía ser la mujer más envidiada de todo el restaurante. La charla empezó siendo tranquila, sobre lo que habían visitado durante el día y las impresiones que tenían de la ciudad.

Con las copas de vino la conversación se fue haciendo más personal, Valeria les preguntó a Jack y a Jill cómo se habían conocido, nos reímos todos con la historia. Bromearon sobre lo picaflor que era Neil, quien contó que no había nadie especial en ese preciso momento y que por eso no veía ningún problema en disfrutar aquí y allá hasta que la chica de su vida decidiera entrar en ella para quedarse definitivamente. Después de eso, me tocó el turno.

—Cristina, así que no has encontrado a tu príncipe azul todavía —dijo Borja, bromeando.

—No, ni lo quiero encontrar —contesté.

—Así que eres una de esas —dijo.

«¿Perdona?». Me puse rígida. Neil lo notó y me puso la mano en la rodilla, lo miré y le sonreí forzosamente. Su mirada decía «tranquila, tigresa». Jaime me observaba esperando mi reacción. Jack y Jill abrieron mucho los ojos, pero no dijeron nada.

—¿De esas? —pregunté tensa.

Valeria estaba sonrojada con toda su atención puesta en su plato. Clavé mis ojos fijamente a Borja pidiendo una aclaración.

—Me refiero a esas mujeres que no necesitan a los hombres para ser felices.

Respiré hondo. Neil seguía apretándome la rodilla, le agarré la mano, solté el aire e intenté transmitirle con una sonrisa lo mucho que agradecía su intento por calmarme y por tratar de evitar la sarta de barbaridades que pugnaban por salir de mi boca. Me controlé y luego hablé.

—Verás, yo no necesito a nadie para ser feliz, ni hombre, ni mujer. A nadie. Yo soy la única responsable de mi felicidad. La diferencia está en el concepto que tengo de pareja. Para mí es un compañero de vida, nada que ver con la idea de príncipe azul. Yo no soy una princesita en apuros y no necesito a un príncipe azul que me resuelva los problemas, eso ya lo hago yo solita estupendamente bien, con o sin pareja. —Sonreí para aligerar el ambiente—. Con esto no quiero decir que no crea en el amor. Lo hago. Y si un día aparece una persona especial con la que quiera tener una relación sentimental y compartir mi vida, pues me tiraré a la piscina de cabeza. No lo voy a echar a patadas.

Se hizo el silencio. Neil me apretó la mano. Al final me rompía algo.

—Sí, claro, me refería a eso, a compartir la vida con alguien —dijo Borja incómodo—. Y tú, Jaime, ¿hay alguien en tu punto de mira?

—Jamie será otro picaflor hasta que encuentre a su abeja reina —bromeó Jill, y el ambiente se relajó.

Nos fuimos a tomar unas copas a un *pub* cercano. El primer mojito me duró muy poco,

iba ya contentilla. Neil, que también iba tocado, me sacó a bailar una canción y lo dimos todo en la pista. Bromeando, le recriminé que casi me había dejado un moratón en la rodilla durante la cena. Jaime había sacado a Valeria a bailar, lo hacían muy bien.

Cuando acabó la música, me fui a la barra a pedir el segundo mojito y se me acercó Valeria y empezamos a hablar de lo bien que estaba el garito y el buen ambiente que había, y luego me medio insinuó que se me veía muy a gusto con Neil. Parecía querer hacer de casamentera entre Neil y yo.

«Si tú supieras».

Le dije que no había nada entre nosotros, que solo nos llevábamos muy bien. Seguimos hablando y bebiendo y, al cabo de un rato, se nos unió Jaime.

—Ven —dijo extendiendo el brazo hacia mí—. ¿Te apetece bailar? —me preguntó.

Lo más cuerdo habría sido poner una excusa y evitar el contacto físico, pero yo llevaba dos mojitos y empezaba a sonar «Vivir mi vida». Me animé.

*Voy a reír, voy a bailar*

*Vivir mi vida, la la la la*

*Voy a reír, voy a gozar*

*Vivir mi vida, la la la la*

—¡Claro, guapo! —le contesté guiñándole el ojo mientras le cogía la mano que me tendía y empezaba a mover las caderas a ritmo de Marc Anthony.

Me agarró de la cintura acercándose hacia él y empezó a moverse al ritmo de la música. Al principio, ninguno de los dos decía nada.

*A veces llega la lluvia*

*Para limpiar las heridas*

*A veces solo una gota*

*Puede vencer la sequía*

Yo solo disfrutaba del contacto con la cabeza gacha, pero Jaime empezó a hablarme:

—Gracias por controlarte con Borja. Te he visto con ganas de saltarle a la yugular —me dijo, y en sus ojos había un deje de diversión y ¿orgullo?

—No sabes lo que me ha costado mantener la compostura, lo siento por tu hermana, ha debido de ser incómodo para ella, bueno, y por ti, es tu cuñado, pero no podía callarme.

—Tranquila, lo has explicado muy bien. Ahora entiendo mejor cuando mis padres me decían que era peculiar.

Seguíamos bailando, nuestros cuerpos cada vez más pegados, su mano en mi espalda me quemaba.

*Voy a reír, voy a bailar*

*Vivir mi vida, la la la la*

*Voy a reír, voy a gozar*

*Vivir mi vida, la la la la*

*¡Eso!*

—Igual hay que darle varias oportunidades, con una no basta —le dije—. Por cierto, bailas muy bien. Me tienes sorprendida.

—¿Y eso por qué?

—Tocas la guitarra, cantas y bailas bien. Eres una caja de sorpresas.

—Hay más cosas que se me dan bien —me dijo con una sonrisa bribona que casi me



derrite.

—¿Ah sí?! Ilumíname. —Tonteeé, no pude evitarlo.

Agachando la cabeza hasta colocar su boca a la altura de mi oreja me susurró al oído:

—Hago un pollo en salsa para chuparse los dedos.

Me reí ante su contestación al mismo tiempo que se me ponían los pelos como escarpas de tener a Jaime susurrándome al oído. Le miré a los ojos, tenía una mirada traviesa e intensa, pero según pasaban los segundos se intensificaba más. Yo no podía apartar la vista de su mirada azul, cada vez era más consciente de su mano en mi espalda, mi cuerpo rozando el suyo. Me dio un vuelco el estómago.

*Voy a vivir el momento*

*Para entender el destino*

*Voy a escuchar en silencio*

*Para encontrar el camino*

Bajé la mirada de sus ojos a los labios sin poder evitarlo, él hizo lo mismo. Me mordí el labio, estaba nerviosa y excitada. Susurré su nombre, aunque más bien sonaba a súplica. No sé si era una súplica de «aléjate de mí que la vamos a liar» o de «bésame». Jaime me acercó más a su cuerpo metiendo su pierna entre las mías. Se me escapó un pequeño jadeo ante el roce de su pierna en mi coño.

*Empieza a soñar, a reír*

*Voy a reír, voy a bailar*

*Siente y baila y goza*

*Que la vida es una sola*

¡A la mierda! Me acerqué más a él intentando trepar por su pierna. «Cris», susurró en mi oído mientras una corriente eléctrica subía por mi espina dorsal.

Y entonces empezó el declive de mi noche. «JAMIEEEEEEEEEEE» escuché como de fondo. Mi cerebro todavía no respondía con normalidad. Pero el de Jaime sí, que levantó la cabeza mirando hacia el lugar de donde provenía el grito.

—¿Anna? —dijo en un susurro como preguntándose a sí mismo y separándose de mí.

—¿Qué? —Mi cerebro licuado todavía no procesaba la información, pero notaba que ya no estaba apoyada en su cuerpo.

Y entonces la vi: Anna. Parpadeé, no me lo podía creer. Jaime tenía un rictus serio en la cara. Se disculpó y se fue a hablar con ella. Anna parecía haber venido con otras tres chicas, que se apartaron cuando Jaime las alcanzó. Entonces vi a Neil dirigirse a las tres chicas que habían venido con Anna y se puso a hablar con ellas tan normal.

Yo estaba totalmente descolocada. Me dirigí a la barra, necesitaba más alcohol, y Valeria me preguntó quién era la rubia pechugona que hablaba con su hermano. No sabía cómo contestarle sin quebrantar la confianza de Jaime ni que me salieran sapos por la boca. Así que capeé el temporal diciéndole que Anna era una enfermera del hospital.

—Una lagarta —susurró Valeria.

En serio, esa chica cada vez me caía mejor. Me reí. Luego le di varios tragos a mi mojito. El alcohol iba a ser mi mejor amigo esa noche.

Jack y Jill se acercaron a nosotras y se pusieron a criticar a Anna delante de Valeria, dándole toda la información que yo no le había dado.

—De verdad que no sé qué hace aquí —dijo Jack.

—¿No lo sabes? Marcar el territorio e intentar conocer a la que quiere que sea su futura familia —dijo Jill.

—Hasta donde yo sé, Jamie no le ha invitado, y me parece raro que haya venido a este *pub* si no viene nunca.

Jaime y Anna estuvieron hablando un rato mientras yo me seguía emborrachando con mi mojito. Al principio se les veía tensos, pero luego parece que se relajaron. Seguro que a Anna no le había hecho ni una pizca de gracia entrar en el *pub* y vernos a Jaime y a mi restregándonos y le había montado un pollo.

Neil se acercó a mí y me abrazó, protector. Yo le abracé por la cintura. Estoy segura de que sabía cómo me sentía y que por eso venía a darme apoyo moral sin palabras. ¡Era un tío fantástico! Me daba igual que Neil se lo oliese, en realidad en ese momento me daba igual todo.

Me había tomado ¿tres? ¿cuatro? mojitos y necesitaba ir al baño urgentemente. Cuando volví del baño el panorama que me encontré fue que Jack y Jill estaban bailando acaramelados, Valeria y Borja hablaban entre ellos al oído, Neil estaba con las tres amigas de Anna. Y Jaime estaba bailando con Anna.

Sentí que estaba fuera de lugar, ¿qué hacía yo allí? Solo era la compañera de piso de un tío que bailaba con la mujer con la que se acostaba habitualmente. Era absurdo pensar que había algo más que una simple atracción; en cuanto había llegado Anna, Jaime se había ido con ella.

Me sentía ridícula y despechada. Necesitaba irme de allí, pero no me iría sola, no esa noche.

Me acerqué a Neil para decirle que me iba. Se puso serio al verme la cara, y me preguntó qué pasaba. No le contesté, no hizo falta, miró de reojo a Jaime, que seguía bailando con Anna.

—Me voy. Solo quiero que lo sepas para que no os preocupéis por mí —le di un beso en la mejilla y me fui directa a la barra.

## 26 Las cartas sobre la mesa

«Hay errores que bien vale la pena cometer.»

*Cristina*

*Jaime*

«JAMIEEEEEEEEEEE». Reconocí la voz al instante. «Anna». Un cabreo inmenso se adueñó de mí. Me fui a hablar con ella.

—Hola, Anna, ¿se puede saber qué haces aquí? —pregunté sin demasiado tacto.

—Hola, Jamie, yo también me alegro de verte —dijo, pero yo no estaba para bromas y mi cara lo decía todo—. Bueno, bueno, tranquilo. Estaba con las chicas en un *pub* cerca de aquí, pero estaba muy lleno, casi no podíamos ni bailar, y hemos decidido cambiar de sitio.

—¿Y?

—Me acordé de que me habías dicho que hoy estarías con Jack y Neil por aquí y nos hemos acercado. Espero que no os moleste. Mira, Neil parece muy cómodo con las chicas.

—Te había dicho que este fin de semana venía mi hermana de visita. Prefiero no mezclar las cosas, que luego se confunden.

—Si lo dices por cómo presentarme a tu hermana, solo tienes que decirle que soy una amiga del trabajo. No hace falta darle más explicaciones.

—Las explicaciones que decida darle a mi hermana son asunto mío. Pero el hecho de que estés aquí sin haberte invitado hace que tenga que dárselas, situación que quería evitar.

—Vamos, que no hay que darle tantas vueltas. No le digas nada y punto. Y si ella intuye que hay algo entre nosotros, tampoco creo que pase nada. Ya eres mayorcito para hacer lo que quieras. —Intentó quitarle hierro al asunto. Se apoyó contra mi cuerpo—. No te enfades, ¿vale? No es para tanto. Vamos a bailar.

—No me apetece.

—Venga, anda, así te relajas un poquito.

Yo no quería bailar con ella, quería que se fuera. Quería que se fuera a tomar por culo. Y retomar lo que había empezado con Cris, pero no paraba de bailar contra mi cuerpo y no podía quitármela de encima sin ser grosero.

Busqué a Cris con la mirada, estaba hablando con Neil, de pronto le dio un beso en la mejilla y se dirigió a la barra. Neil estaba serio y la perseguía con la mirada. En ese momento, Neil me miró, al ver que yo le estaba observando negó con la cabeza.

Algo pasaba, volví a mirar a Cris, que había llegado a la barra, pero no le pidió nada al camarero, sino que se acercó a un hombre que estaba sentado bebiendo una copa y le susurró algo al oído sin tocarle, se separó de él, se dio la vuelta y echó a andar. El hombre dejó su copa en la barra y salió detrás de ella.

Era incapaz de separar la vista de la puerta del *pub* por donde se había ido con ese tío. Neil se acercó a nosotros, saludó a Anna y me cogió del codo para apartarme y hablar a solas.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—No. —No quería hablar de nada. Estaba enfadado conmigo mismo, por gilipollas.

—¿Una copa?

—La necesito.

Nos unimos a Jack y Jill, los tres me miraban con cara de circunstancia, pero ninguno decía nada. Me pedí una copa y me la bebí sin siquiera ser consciente. Me pedí otra.

Anna se acercó a nosotros, alegre, dándonos conversación, pero no me apetecía tenerla cerca así que me fui a hablar con Valeria, lo que fue peor porque me preguntó por Anna, así que le tuve que explicar quién era y que no tenía intención de presentársela porque no significaba nada.

—No sé por qué ha venido —le dije.

Valeria enarcó una ceja.

—¿No lo sabes? —preguntó mi hermana con sarcasmo—. Si quieres te hago un croquis. A veces pareces idiota, Jaime.

La miré incitándole a seguir hablando.

—Ha venido a marcar el territorio, y lo ha hecho muy bien porque ha conseguido que Cristina se vaya.

—No me apetece hablar de esto ahora, Valeria.

Mi hermana me abrazó y yo la abracé a su vez. Era mi hermana pequeña, pero a veces me daba vueltas en madurez. Anna se nos acercó.

—Hola. Soy Anna, tú debes ser la hermana de Jamie.

Le tendió su mano a mi hermana, quien se presentó y le dijo que era un placer, pero que estaba cansada y que se iban a ir al hotel ya. Cogió a Borja, que estaba sentado con Jack y Jill pero que no parecía intervenir en la conversación, se despidieron de todos y se fueron.

Al principio intentaba que Anna no se me acercara, pero era imposible, no paraba de pegarse a mí.

—Vete a casa —me dijo Neil en un momento en el que nos quedamos solos.

—¿Qué?

—Que te vayas a casa. Si te quedas y acabas con Anna esta noche te vas a arrepentir. Ella va a entender que tiene vía libre para hacer lo que quiera contigo, que es lo que ha hecho hoy al presentarse aquí. Por no hablar de que perderías las pocas posibilidades que tienes con Cristina si te llevas a Anna a tu casa después de lo que ha pasado esta noche.

Apreté las mandíbulas, incluso en mi borrachera era capaz de entender que tenía toda la razón. Asentí, no hacían falta palabras entre nosotros. Me fui a casa andando porque necesitaba despejarme un poco.

\*\*\*

La luz de la televisión iluminaba el salón.

«¿Nos hemos dejado la tele encendida? ¡Qué raro!».

Di la luz para buscar el mando a distancia y vi que Cristina estaba dormida en el sofá hecha un ovillo. Había una copa por la mitad encima de la mesa.

—Cris, te has quedado dormida en el sofá —le susurré intentando despertarla para que se fuera a la cama.

—Ggggrrrr...

—Tienes que irte a la cama, aquí no estás bien.

—No quiero —me dijo medio dormida.

—Mañana te vas a levantar con una contractura en el cuello, vamos, levanta, a la cama.

—Me da igual. Déjame, estoy borracha.

—Ya veo. Cógete a mí, yo te llevo.

—Déjame y ocúpate de tus asuntos, no creo que a Anna le haga gracia que me lleves a la cama —me dijo. Yo alucinaba.

—Anna no se va a enterar porque no está aquí. Además, me da igual si le gusta o no.

—¿Por qué no está aquí? —Tenía la cara enterrada en un cojín, apenas se la entendía.

—Porque no quería acabar la noche con ella, vamos, te llevo a la cama.

—Tampoco creo que quieras acabar la noche llevándome a la cama para que duerma la borrachera. Déjame, Jaime. Ya soy mayorcita.

—No era así como esperaba acabar la noche, eso es verdad.

No me costó nada cogerla en brazos, a pesar de que yo también iba tocado. Cristina era peso pluma. No se resistió. La dejé en su cama y la tapé con la sábana.

—Yo tampoco esperaba acabar así la noche —dijo en un susurro—. Gracias. Buenas noches.

\*\*\*

Cris estaba con el ordenador en el despacho cuando me levanté, miró hacia el marco de la

puerta cuando me oyó.

—¿Resaca? —pregunté.

—Bastante, sí. ¿Tú?

—También. ¿Tu cuello?

—Bien, gracias a ti. Anoche estaba bastante perjudicada, gracias por todo.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros.

—¿Café? Necesito cafeína para arrancar.

—Sí, por favor —dijo con una sonrisa. El momento tenso había pasado.

Al rato llegó Neil, luego lo hicieron Valeria y Borja, y el ambiente mejoró considerablemente. Y cuando ya no esperábamos a más gente, sonó el telefonillo: era Sarah, que venía de visita exprés a ver a Cristina. Se sorprendió al ver a tanta gente y se disculpó por presentarse sin ser invitada.

—Sabes que siempre eres bienvenida —dijo Cris—. Qué habría hecho yo sin ti al principio. —Había mucho cariño en su mirada—. Neil, ¿te acuerdas de Sarah?

—¿Cómo olvidarse? ¿Qué tal Sarah, preciosa? Un placer volver a verte —dijo divertido.

—Sarah, te presento a mi hermana Valeria y a Borja, su novio —hice yo las presentaciones.

—Siento molestar, de verdad, se me había olvidado de que teníais visita —se volvió a disculpar—. ¿Y qué tal por Nueva York? ¿Habéis hecho mucho turismo? —les preguntó a Valeria y a Borja.

—Muy bien, tenía ganas de ver a mi hermano, hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Llegamos el viernes. Algo de turismo sí hemos hecho, pero ya conocíamos la ciudad, así que esa no es nuestra prioridad.

—Lo importante es que disfrutéis de vuestro tiempo aquí. Por cierto, Cris, se me olvidaba, Sam me ha llamado, que... bueno... eh... ayer tuvo una noche... ¿cómo decirlo?... intensa y, bueno, se ha levantado más tarde y no le da tiempo a encargarse del vino, por eso he salido



pensando en comprarlo en la tienda de aquí al lado.

Cristina estaba descojonada.

—Vale, espera. —Buscó en el armario de la cocina y sacó dos botellas de vino—. ¡Listo! Así que ayer acabo de maratón, ¿no? No se lo monta mal.

—Bueno, tú tampoco te lo montaste ayer mal —dijo divertido Borja, que no se dio cuenta del cambio de semblante en la cara de casi todos los presentes.

—¿Ah, sí?! —le preguntó Sarah inocentemente.

—Más o menos —dijo Cristina con la cara tensa—. Sarah, ¿te importa esperarme mientras me ducho, y nos vamos juntas? La maleta ya la tengo preparada. De tu casa me voy directamente al aeropuerto. —Sus ojos empezaron a ponerse vidriosos y se fue hacia su habitación.

—Perdonad —dije, y fui tras ella.

La alcancé en su habitación, se frotaba las sienes.

—Jaime, vete.

—No.

—Por favor.

—¿Qué pasa? Vamos, cuéntamelo. Sabes que puedes confiar en mí.

—Por favor, vete, no quiero hablar contigo de esto. Vete.

Apreté las mandíbulas. No me iba a ir de allí sin saber qué le pasaba.

—¿Ese tío te trató mal? —Cris bufó.

—No. Ese tío no tuvo la oportunidad de tratarme ni bien ni mal. Cambié de opinión, me vine a casa a seguir emborrachándome, yo sola.

No sabía qué decir. Me alegré, no pude evitarlo: imaginármela con otro me escocía.

—Entonces ¿qué es lo que te pasa?

—Que anoche estuve otra vez a punto de traicionarme a mí misma, yéndome a la cama con un fulano por inseguridad, por despecho. Jaime, no quiero seguir hablando de esto. Vete.

—¿Despecho? —Estaba perdido.

—Despecho, sí, Jaime: despecho. —Me dijo levantando la voz—. Sé que no tengo ningún derecho, pero me sentí despechada y fuera de lugar. —Respiró y bajó el tono. Se repasó el arco de las cejas con los dedos—. Mira, sé que es lo mejor que pudo pasar, estuvimos a punto de volver a traspasar la línea y acabar en la cama, y si no llega a ser porque llegó *tu amiguita*, habríamos cometido ese error. Y es un error, lo sé... pero, aun así, en ese momento me sentí despechada. Y ahora, por favor, vete y déjame en paz.

Me miraba con la cara tensa y me indicaba la puerta con la mano. Se pensaba que había preferido a Anna. Viéndolo desde fuera y recordando cómo había sucedido todo, entendía que lo hubiera interpretado así. Respiré hondo, era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Cris, no sabes lo mucho que me arrepiento de hacer que te sintieras así, pero te aseguro que nada más lejos de la verdad. Si me alejé de ti cuando ella llegó fue porque estaba enfadado, porque se había presentado sin ser invitada, porque nos interrumpió. Estaba tan enfadado que fui a discutir con ella. —Cris me fue a interrumpir—. No, déjame acabar. Yo hubiera borrado del mapa a Anna ayer, no la quería allí, pero tampoco quería ser borde con ella. Supongo que no debí dejar que tomase las riendas de la situación. —Me mesé el pelo—. Y será un error, pero cometería ese error contigo ayer, hoy y siempre.

Me quedé callado esperando su reacción. Su cara pasó de estar en tensión a la sorpresa más absoluta. Se mordió el labio inferior mientras se acercaba a la puerta de la habitación y la cerraba despacito.

Me agarró de la camiseta para acercarme a ella, saltó sobre mí aferrándose a mi cuello y enganchándose a mis caderas con las piernas. No me lo esperaba, casi nos caemos, no sé cómo coño logré mantener el equilibrio. No le di opción a cambiar de opinión, la sujeté de las caderas al mismo tiempo que acercaba sus labios a los míos.

Me había imaginado muchas veces cómo sería besarla, bueno, besarla, lamerla, saborearla de arriba abajo. De todo. Me había imaginado de todo en muchas posiciones distintas.

Quería ir despacio, porque llevaba tanto tiempo conteniéndome que no quería asustarla, pero ella parecía tener la misma pasión contenida que yo porque, en cuanto nuestros labios se

tocaron, nuestras lenguas se buscaron desesperadas, haciendo que una corriente eléctrica se apoderara de nosotros. Los dos gemimos.

La llevé a la cama y la deposité con cuidado sin separarme de sus labios, seguí besándola sin descanso, le mordisqueé los labios y ella jadeó y me clavó los dedos en los hombros. Bajé mi boca hacia su cuello dejando un reguero de besos, gimió y levantó las caderas, restregándose contra mi erección.

Me quitó la camiseta y empezó a acariciarme el torso, se me escapó un sonido gutural. Le quité la camiseta del pijama liberando unos pechos pequeños, redondos y perfectos coronados por unos pezones ya endurecidos.

—Eres perfecta —susurré medio jadeando.

—¡Joder, Jaime... no pares!

No necesité más aliciente. Me lancé a lamer uno de sus pequeños y erectos pezones. Cris echó la cabeza hacia atrás, jadeando. Me agarró del pelo tirando suavemente de mí hacia arriba hasta conseguir que quedase a su altura para besarme con pasión. Susurró mi nombre, creo que nunca he oído un sonido más perfecto.

—Chicos, ¿todo bien? Estamos preocupados. —Oímos que gritaba mi hermana.

—¡Mierda! —dijo.

—¡Mierda! —repetí.

Los dos respirábamos entrecortadamente. Cris resopló.

—Dime que no es cierto. —La más absoluta frustración se desprendía en cada una de sus palabras.

—Estamos bien. Ahora voy —grité para que me oyeran—. Pero antes voy a hacer que te corras —dije solo para ella mientras apoyaba mi frente en la suya.

—No deberíamos...

Pasé mi lengua por sus labios entreabiertos mientras con una mano buscaba su vulva por debajo de sus bragas y apretaba ligeramente hasta arrancarle un gemido. Echó la cabeza hacia atrás dejándose llevar y aproveché para lamerle el cuello y volver a apropiarme de sus labios.

Gemí al notar lo húmeda que estaba. Estaba muy húmeda y muy caliente.

Mirándola a los ojos, introduje dos dedos ligeramente mientras con el pulgar hacía círculos en su monte de venus. Cris jadeaba intensamente mientras yo jugaba con mis dedos en su clítoris. Ver cómo agarraba las sábanas, cerraba los ojos y se arqueaba en los momentos previos al orgasmo es una imagen que no borraré nunca de mi mente.

Cuando noté que su vagina apretaba mis dedos como si intentase meterlos aún más adentro, masajee su clítoris con el pulgar mientras mi otra mano acariciaba un pezón. La besé intentando ahogar su grito cuando llegó al clímax. Me dolían los huevos del calentón que llevaba, pero verla correrse había sido la hostia.

—Eres preciosa.

Cris me acarició la mejilla y me besó tiernamente agarrándome la polla con la mano. Gemí.

—Hay que parar. Si me quedo aquí un minuto más corres el peligro de que no te deje salir de la habitación en todo el día. —En realidad eso era lo que quería, echarlos de casa, que se fueran todos a tomar por culo y quedarme con ella a solas—. Nos están esperando, tú te tienes que ir con Sarah y yo tengo a mi hermana fuera, que se va en unos días.

—¿Y si les decimos que se vayan? —medio bromeó.

—Aunque eso es lo que quiero, no podemos hacerlo. —Suspiré.

—Lo sé —dijo con frustración—. Tú te has quedado a medias, Jaime, déjame...

—Para, fierecilla, o no me hago responsable de secuestrarte y atarte a la cama.

—Mmm... —insinuó levantando las cejas repetidamente, gesto que me arrancó una carcajada.

Era curioso, pero estaba empalmado y frustrado y, aun así, ella era capaz de hacerme reír. La besé.

—Vete a la ducha, y prepárate para irte con Sarah. Yo saldré, les diré que estás bien y que no tardarás mucho. ¿Cuándo vuelves a casa?

—El miércoles.

—Bien, descansa estos días porque el miércoles no vas a dormir. —La volví a besar con pasión, no me cansaba de hacerlo, y me fui de su habitación antes de que se me fuera otra vez de las manos mientras me ponía la camiseta.

Antes de entrar en el salón, me coloqué la polla intentando disimular la erección. «Que llegue el puto miércoles ya o me voy a morir de dolor de huevos».

Cuatro pares de ojos me miraban interrogantes con distintos grados de diversión en ellos. Les dije que Cris estaba bien y que se estaba preparando para irse con Sarah. Neil y Valeria tenían una sonrisa pícaro en la cara, pero tuvieron el tino de no decir nada. Borja tenía una expresión neutra; estoy seguro de que no se enteraba de nada, y Sarah estaba un poco sonrojada.

Les dije que me daba una ducha rápida y nos íbamos. Cuando salía por la puerta del salón para dirigirme a mi habitación oí decir a Neil en castellano «Necesita una ducha... pero de agua muy fría» seguido de las carcajadas de mi hermana.

## 27 Miércoles, miercolete...

*«Yo también estaba nervioso, no sabía si te arrepentirías.»*

*Jaime*

*Cristina*

«¿Qué acaba de pasar?» pensé mientras dejaba que el agua de la ducha me relajara. Todavía era capaz de sentir las manos y la boca de Jaime por mi cuerpo, me volví a excitar. No me lo podía creer.

Todo había pasado tan rápido que no me había dado tiempo a procesarlo. De estar la noche anterior jodida por ver cómo me dejaba tirada por Anna, a estar follando en mi cama con cuatro personas esperándonos en el salón. ¡Mierda! Sarah me estaba esperando, y yo perdiendo el tiempo divagando. Salí de la ducha rápidamente y me vestí. Menos mal que tenía la maleta y la mochila del portátil preparadas.

Cuando entré en el salón, todos me miraban sonrientes. Me puse roja como un tomate, esperaba que no nos hubiesen oído y que solo imaginasen lo que había pasado.

—¿Te ayudo con la maleta? —se ofreció Sarah.

—No hace falta, ¡gracias! Lo tengo todo controlado. Bueno, pues nos vamos ya, ¿no? Al final va a llegar Sam antes que nosotras. Siento haberte hecho esperar.

—Valeria, Borja, ¿cuándo os vais? No estoy segura de volver a veros.

—Nos vamos el miércoles por la mañana a Boston, ya no volvemos a pasar por Nueva York.

—Entonces no nos vemos, yo vuelvo el miércoles, pero llegaré tarde. Así que, bueno, esto es la despedida. Pasadlo bien estos días y disfrutad de Boston. Ha sido un placer conoceros. Supongo que ya nos veremos.

—Ha sido un placer, Cristina, estoy segura de que volveremos a vernos —me dijo Valeria dándome un abrazo.

Se lo devolví muy fuerte, me había caído genial la hermana de Jaime.

«Pfff. ¡Su hermana! No lo pienses».

—Igualmente —dijo Borja dándome dos besos.

Me despedí de Neil, que me dio un abrazo de oso mientras yo le daba un beso. Sarah se despidió de los tres y nos fuimos de casa sin volver a ver a Jaime.

\*\*\*

Fue un interrogatorio integral el que me hicieron Sam y Sarah mientras bebíamos vino y preparábamos la comida. A la mayoría de las preguntas ni siquiera fui capaz de darles una respuesta porque ni yo sabía qué era lo que pasaba.

Decidí contarles todo, desde que conocí a Jaime cuando fui a ver el piso hasta la última noche cuando se presentó Anna. Las chicas escuchaban ensimismadas, eran unas románticas. Yo todavía no tenía claro cómo sentirme al respecto. Que Jaime me gustaba era innegable, y mucho, además.

Cada vez que recordaba cómo se había despedido de mí me daba un vuelco el estómago. «El miércoles no vas a dormir». Era recordar sus palabras y excitarme. Pero seguíamos teniendo un problema: vivíamos juntos e iba a ser muy raro volver a casa después de lo que había pasado, ¿qué íbamos a hacer?, ¿la cena como si nada?, ¿o sería abrir la puerta y ponernos a follar como locos? ¿Cómo comportarme? Me empezaba a agobiar, decidí parar de pensar, no iba a llevarme a ningún sitio.

**Cris**  
Chicas...

**Emma**  
¿He ganado la apuesta ya?

**Elena**  
Resiste, Cris. Por lo menos 4 meses... tengo que ganarla yo.

**Cris**

Si somos estrictas, Emma todavía no la ha ganado. Pero tiene que acabarse el mundo para que no la gane.

**Elena**

¡Mierda!

**Emma**

Oeoeoeoe oe oe oeoeoeoe oe oe

**Elena**

¿Y por qué no te noto contenta?

**Cris**

Ha sido un poco un coito interruptus. ¡Joder!

**Elena**

¿En serio? Jajajaa

**Emma**

Jajajaja, otro calentón. Como sigas así vas a ser uno de los pocos casos que se conocen de combustión espontánea.

**Elena**

¿Combustión espontanea? Jajaja qué perraca eres, Emma.

**Elena**

Cris, ¿estás bien?

**Cris**

Por lo menos esta vez yo ya había tenido mi premio jijiji

**Emma**

Siiiiiiiiii oeoeoeoe oe oe oeoeoeoe oe oe ¡Bravo!

**Elena**

¡Esa es mi Zorrupia!

\*\*\*



A pesar de todo, los días pasaron más rápido de lo que pensé. El trabajo me absorbía y me dejaba poco tiempo para darle vueltas a las cosas, excepto en los vuelos cuando no podía dormir, entonces le daba vueltas a todo.

Un día tuve que llamar a Javi, que se descojonaba de mí porque decía que me estaba comportando como una adolescente estúpida. Es verdad que razón no le faltaba pero, aun así, yo necesitaba oír que todo iba a salir bien y esas cosas, no que se riera de mí.

—Amor, estoy hecha un lío.

—Te dije que no te lo tirarás, pero nunca me haces caso.

—Tú te lo habrías tirado igual que yo, así que déjate de tonterías. Y, además, no me lo he tirado del todo... todavía.

—¿Qué te ronda por esa cabecita?

—De todo, y nada bueno, todos los «y si» del mundo. ¿Y si se arrepiente? ¿Y si me arrepiento? ¿Y si sale mal? ¿Y si no sale? ¿Y si no queremos lo mismo? Pfff...

—Paraaa, Drama Queen, vas demasiado lejos. No te comas la cabeza por lo que pasará en el futuro. Todos esos «y si» se solucionan hablando. Sé sincera. Habla con él sobre cómo te sientes y qué esperas de esto que tenéis. Nadie te puede garantizar si saldrá bien o mal pero, por lo menos, ambos sabréis a qué ateneros. No creo que para Jaime sea más fácil. Él ya tuvo un lío con una compañera y, si no recuerdo mal, le salió rana, estará acojonado también.

—Con la otra chica, fue Jaime el que no quiso más que un polvo. Supongo que me da miedo que esta vez sea igual, pero conmigo. Él me gusta mucho, amor.

—Lo sé, por eso es mejor que seas sincera ¡y que te comportes como una adulta!

—Vale. Y como soy una adulta te perdono no haberme contado lo de Álvaro —le increpé.

—No habrías tardado tanto en perdonarme si me hubieras visto la cara cuando me lo encontré en aquel *pub* con un hombre. Casi me tienen que llevar al hospital del incipiente infarto.

—Ya me imagino. Bueno, amor, te quiero. Ya te contaré. *Ciao*.

\*\*\*

Cuando me quise dar cuenta, ya era miércoles y estaba cogiendo un avión de vuelta a Nueva York. Jaime y yo casi no habíamos hablado en esos días: entre sus turnos raros, mi trabajo y los largos vuelos con el móvil apagado, la comunicación había sido casi todo por mensajes y bastante básica.

Respiré hondo delante de la puerta de casa antes de abrir. Estaba nerviosa.

«¿Estaría en casa o habrá emigrado a África?».

—Hola —dije tímidamente.

Jaime estaba en la cocina preparando algo. Dejé todos los bártulos en un rincón del salón.

—Hola.

Creo que ninguno de los dos sabía cómo comportarse.

—Huele muy bien. ¿Qué es?

—Pollo en salsa —esbozó una sonrisa ladina, supongo que recordando nuestra conversación en el *pub*.

—Así que era cierto que haces un pollo en salsa para chuparse los dedos. Pensé que me tomabas el pelo.

—No, es cierto. Espero que te guste. ¿Tienes hambre?

Me acerqué a la cocina donde estaba Jaime. Nos miramos a los ojos, ambos tanteando el terreno. ¿Estaría tan nervioso como yo? Le agarré de la cintura del pantalón y me acerqué a él hasta quedar justo enfrente mirándole a los ojos, mientras Jaime me rodeaba la cintura con los brazos.

—No —contesté con una sonrisa picarona.

—¿Y has descansado estos días como te dije?

Me excité.

—Sí. Yo siempre hago caso de las recomendaciones de los médicos.

—Bien.

Jaime apagó el fuego, se agachó ligeramente, me cogió por las rodillas y me echó al hombro, empezando a andar hacia la habitación. Grité del susto, no me lo esperaba, y luego me empecé a reír. Iba a decirle que me bajara, que podía andar yo sola, pero me encantaba que me llevara como un saco de patatas, así que me callé y disfruté.

Me llevó a su habitación. A pesar de parecer un troglodita conmigo al hombro, me depositó sobre la cama con mucho cuidado, quedando su cara justo enfrente de la mía.

—¿Seguro que no quieres cenar antes? —me preguntó.

Levanté la cabeza para atrapar su labio inferior, lo lamí y succioné unos segundos, luego lo solté y mi boca descendió mordisqueando la hendidura de su cuello hasta oírle gemir. Volví a apoyar la cabeza en la cama.

—Bueno, quizás tengas razón. Mejor cenamos, que tengo mucha hambre, me echo una siesta, me ducho, vemos un rato la tele y luego, ya si eso, vemos lo que hacemos —le dije traviesa.

—¿Ah, sí? —preguntó apoderándose de mi boca y acariciando mi pecho con una mano. Gemí—. Pues, venga, vamos a cenar —dijo haciendo el amago de levantarse de encima de mí, siguiéndome el juego.

Lo retuve agarrándolo de la camiseta.

—Quizás no tenga tanta hambre... —susurré con la respiración un poco más pesada de lo normal.

—Mejor, porque no aguanto más.

Estaba nerviosa. Lo sé, es ridículo que, con veintisiete años y con el vasto historial de tíos con los que me había acostado, yo estuviera nerviosa, pero así era. Supongo que porque era Jaime. Había estado tanto tiempo deseándole que hacerlo realidad me daba un poco de vértigo.

Le agarré la cara por las mejillas y busqué sus labios. En cuanto se tocaron, nuestras lenguas se unieron en un baile desesperado. Jaime separó lentamente su boca de la mía tirando suavemente de mi labio inferior. Gemí de frustración, no quería que se separara. Me miró a los ojos mientras intentábamos controlar nuestras respiraciones. En sus ojos había deseo y algo más que yo no sabía definir.

Sin dejar de mirarme a los ojos, me desabrochó los botones de la camisa lentamente, sus dedos acariciaban mi piel en el proceso y millones de sensaciones placenteras recorrían mi cuerpo ante el suave contacto. Volvió a adueñarse de mis labios mientras sus manos subían lentamente por mi costado y sus pulgares acariciaban mis pezones. Me estremecí de placer.

—¿Estás bien? —me preguntó con ¿preocupación?

«¿Bien? Estoy en el puto paraíso», pensé, pero solo asentí con la cabeza.

Bajó los tirantes del sujetador hasta liberar mis pechos. Con dedicación besó, lamió y succionó mis pezones arrancándome gemidos. Notaba las palpitations en mi vagina, cada vez más excitada, más húmeda.

Me impacienté. Agarré su camiseta con torpeza y se la saqué por la cabeza y lo empujé para rodar por la cama y quedar sentada a horcajadas sobre él. Me quité el sujetador y lo lancé hacia un lado, me molestaba toda la ropa.

Dejé que mis manos dibujaran los músculos de su torso desnudo. Agaché la cabeza para lamer su pecho, fui bajando por su estómago hasta llegar al pantalón, metí los dedos por debajo del calzoncillo rozando su glande. Gimió, su respiración se hizo más densa. Con cuidado le bajé los pantalones y los bóxer, todo junto, dejándole completamente desnudo ante mí.

«No voy a dejar un puto milímetro de su cuerpo sin recorrer».

Me bajé de la cama quedando frente a Jaime, que se quedó apoyado en el borde mirándome, sin perder detalle de mis movimientos.

Me desabroché los pantalones y los empujé hacia abajo lentamente con las manos sin apartar la mirada de sus ojos azules que ardían en deseo. Salí de la maraña de ropa que se había formado a mis pies dando un paso adelante y poniéndome delante de Jaime, que alargó sus manos hasta mi trasero para atraerme hacia él.

Nos enredamos en un beso apasionado mientras nos tumbábamos en la cama y nuestras manos y bocas iban descubriendo poco a poco todos los recovecos de nuestros cuerpos. Ambos jadeábamos. Las palpitations de mi coño eran cada vez más intensas, necesitaba liberarme. Atrapé una de sus piernas entre las mías y comencé a frotarme contra ella sin controlar los gemidos que emergían de mi garganta.

—No estamos en igualdad de condiciones —me dijo.

—¿Mmm? —Mi cerebro no estaba para adivinanzas de ningún tipo.

Agarró una de las tiras de mis bragas y tiró de ellas hacia arriba. La pequeña presión que ejerció el roce de la tela en mi clítoris casi hizo que me corriera de gusto. Empecé a retorcerme, mis caderas seguían buscando la liberación que tanto necesitaba. Pero parecía que Jaime quería seguir jugando porque empezó a bajar mis bragas con sus manos muy lentamente. Era una tortura. De repente paró a medio camino. Lo miré descolocada.

«¿Por qué se para?».

Jaime me miraba el pubis con los ojos como platos. Caí. Me sonrojé.

«El tatuaje».

Me miró a los ojos y supe que el juego había acabado.

«¡Bien!».

—Cris... dime que estás limpia —pidió en un susurro ahogado.

—Como la patena, solo me he acostado con uno después de mi último análisis y fue con protección.

Me quitó las bragas con una mano y cuando acabó se colocó entre mis piernas, acarició el tatuaje con la yema de los dedos y luego lo lamió, fue bajando con la boca hasta las zonas alrededor del clítoris. Yo seguía retorciéndome mientras él jugaba con su lengua en mis labios mayores y yo gemía como una loca.

Jaime acariciaba, lamía y succionaba sin descanso. Me tensé, estaba al borde. Me dejé llevar. El orgasmo llegó cuando sus dedos se introdujeron juguetones en mi vagina, mientras seguía estimulando el clítoris con su lengua. Olas de placer inundaron mi cuerpo. Grité echando la cabeza hacia atrás e insertando mis manos en su pelo.

—Jaime —jadeé intentando recuperar el control de mi respiración. Todavía me temblaba todo el cuerpo a causa del arrollador orgasmo que había tenido—. Dime que estás limpio.

—Lo estoy.

—¿Dónde tienes los preservativos? —Yo seguía jadeando y Jaime seguía lamiendo mi cuerpo sin descanso.

Alargó una mano y sacó un preservativo de la mesilla. Se lo quité de la mano, me senté y le obligué a tumbarse sobre la cama. Me tocaba a mí tomar las riendas.

Me senté sobre su erección suavemente moviendo en círculos mis caderas, gimió. Me abalancé sobre su boca y nos besamos profundamente. Mis manos acariciaron su cuerpo con ansia, mi boca empezó a lamer y mordisquear su torso camino de su estómago. Jaime jadeaba cada vez más fuerte. Verle jadear me estaba poniendo muy cachonda otra vez.

Me acerqué con la boca a la base de su pene sin rozarlo, jugando. Sujeté su polla con suavidad mientras me lamía los labios mirándole a los ojos con una sonrisa traviesa. Jaime sabía lo que venía y gimió de anticipación.

Seguí jugando con mi lengua un poco más alrededor de su polla sin tocarla, solo sujetándola con la mano cada vez más fuerte. Rodeé su glande con la lengua, lubricándolo con mi saliva, a la vez que iba realizando movimientos circulares sobre él; cuando estaba bien mojado me lo introduje en la boca y empecé a subir y a bajar ejerciendo presión y arrancándole gemidos cada vez más altos.

Yo no dejaba de mirarle a los ojos, que él mantenía cerrados en un vano intento de mantener el control, su respiración le delataba, Jaime estaba muy excitado y emitía unos gemidos profundos que iban directos a hacerme temblar de deseo.

—Para o esto va a ser vergonzoso, estoy a punto de correrme —me dijo.

—¿Qué te apetece? —pregunté.

—Fóllame. Soy todo tuyo.

Cogí el preservativo, rasgué la envoltura y se lo coloqué rápidamente. Le mordisqueé los labios mientras me introducía su polla lentamente. Gemí de placer cuando lo tuve completamente dentro de mí. Empecé a moverme sobre él, al principio despacio, pero estaba tan excitada que rápido aceleré el ritmo. Jaime me agarraba de las caderas con fuerza.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás concentrando toda mi atención en las sensaciones que invadían mi cuerpo, cada vez más intensas. Un poco más y me iba a correr otra vez. Oía los jadeos de Jaime debajo de mí. De pronto noté como se incorporaba un poco y me lamía un pezón. Toda la tensión de mi cuerpo estaba concentrada en un mismo sitio al borde del orgasmo.

—Jaime —susurré entre jadeos.

Quería decirle que estaba a punto de correrme, pero no conseguía juntar las palabras. Gemidos y jadeos eran lo único que salía de mi garganta. Tampoco hizo falta más. Jaime entendió mi súplica velada y metió la mano para masajearme el clítoris a la par que él aumentaba las embestidas empujando hacia arriba; no tuvo que esperar mucho tiempo.

Toda la tensión de mi cuerpo se rompió en mil pedazos llevándome, otra vez, al puto paraíso. Me corrí, grité, y apreté su polla con mi vagina con fuerza. Jaime se corrió inmediatamente emitiendo un grito ahogado mientras yo bebía de su imagen en el momento del orgasmo.

Todavía jadeando me quedé sobre él mirándolo, como queriendo grabar en mi memoria su imagen sobre la cama, saciado debajo de mi cuerpo.

Se incorporó ligeramente y me atrajo hacia él para besarme con suavidad, con ¿ternura? Pfff. Yo tenía los sentimientos a flor de piel. Me separé de él para retirar el preservativo y nos tumbamos en la cama sin decir nada. Yo era incapaz de buscar palabras para formar una frase. Metí mi cabeza debajo del hueco de su cuello y enredé mis piernas con las suyas.

Me dio un beso en el pelo y fui feliz. Supe, en ese momento, que tenía un problema serio: estaba enamorada hasta las trancas.

## 28 El tatuaje

*«En serio... no entiendo por qué os pone tanto.»*

*Cristina*

*Jaime*

La besé en el pelo y la atraje más hacia mi cuerpo, si es que eso era posible. No era capaz de articular palabra, describir lo que había sentido era imposible. Sus manos, sus labios, sus gemidos, sus orgasmos, su tatuaje. Todo había sido increíble.

El tatuaje. «Most ardently». Apenas había podido controlarme al ver el tatuaje en el pubis, casi me comporto como un puto animal. Le acaricié la espalda, suspiró. Seguíamos sin hablar. Me empecé a preocupar. Cristina no es precisamente una chica callada.

—¿Estás bien? —Noté como asentía contra mi pecho.

—¿Y tú? —preguntó bajito, seguía sin levantar la mirada.

Le puse el dedo en la barbilla y la obligué a mirarme.

—Muy bien. ¿Qué te pasa?

Intentó agachar la cabeza, pero no se lo permití, quería que me lo contara mirándome a los ojos. Necesitaba saber que estaba bien, que no se arrepentía, que lo había disfrutado tanto como yo.

—Yo... no sé, es raro, no sé cómo comportarme. Normalmente ahora me vestiría y me iría huyendo a mi casa, pero esta es mi casa y tú... eres tú.

—De acuerdo, ¿he hecho o dicho algo que haga que quieras salir corriendo?, ¿no has disfrutado? —pregunté intentando que no se notara la inquietud que sentía.

Me miró y me acarició la mejilla. Me relajé un poco ante su contacto, pero necesitaba



oírsele decir.

—Ha sido fantástico. —Acercó sus labios a los míos, pero no me besó—. Creo que no hace falta que te diga lo mucho que he disfrutado, deben de saberlo todos los vecinos del edificio —bromeó, y me dio un beso rápido. Y entonces sí que pude relajarme completamente.

—Ha sido increíble. —La besé tiernamente—. ¿Qué te parece si cenamos mientras me cuentas la historia de ese tatuaje que casi hace que me convierta en un troglodita?

—Hecho —contestó con resignación—, pero no es lo que piensas.

Un rato después estábamos en el salón, vestidos con camisetas viejas, y nos sentábamos en la mesa a cenar.

—Mmm... Esto está de muerte, Jaime. Me voy a chupar los dedos de verdad.

—Me alegro de que te guste —le contesté satisfecho—. Si te veo chuparte los dedos, igual no acabas de cenar hoy.

—Mmm...

Seguimos hablando, mientras cenábamos, de cómo nos había ido los días en los que ella había estado fuera de casa, todo muy normal, parte de la rutina que poco a poco habíamos creado. Me moría de curiosidad por saber qué la había llevado a tatuarse el pubis con esas palabras «*most ardently*».

—¿Qué significa «*most ardently*»? —pregunté.

—«Más ardientemente». Deberías saberlo, llevas muchos años viviendo en Estados Unidos como para poder traducirlo.

—¡Qué graciosilla!

—Vale, pero no te rías. Sé que cuando alguien ve el tatuaje piensa que estoy salda, que tiene un significado puramente sexual, y no es verdad. Me hice el tatuaje cuando tenía dieciséis años, ni siquiera me había acostado con un hombre por aquel entonces.

—¿En serio?

—Sí —contestó con sorna—. Me estrené un poco tarde. Bueno, sigo. Pues eso, me lo hice

con dieciséis después de ver la película de *Orgullo y Prejuicio* que me pillaste viendo el otro día. La película no es exactamente una fiel adaptación del libro. En el libro, en el momento en que Darcy se declara la primera vez a Elisabeth le dice «Permítame que le diga cuán ardientemente la admiro y la amo». En la película él le dice «La amo. Ardientemente», «*I love you. Most ardently*». Cuando vi la peli, me encantó: «*Most ardently*». Para mí se refiere al amor, no al sexo, es la manera en la que Darcy ama a Elisabeth, la manera en la que yo quiero que me quieran.

—¿Y entonces por qué te lo hiciste precisamente ahí? —pregunté con curiosidad.

—Pues porque estaba hormonada en plena adolescencia. Me pareció gracioso en su momento. Bueno también porque no quería que mis padres se enteraran que me había hecho un tatuaje, así que me lo hice en zona no visible. —Tenía una sonrisa irónica y estaba sumida en sus recuerdos.

—¿Qué pasó cuando te pillaron? —le pregunté intuyendo lo que había pasado.

—Eso es lo peor de la historia. Verás, en mi casa no hemos sido muy pudorosos nunca, salimos desnudos de la ducha, dejamos la puerta abierta del baño... Pues a raíz de hacerme el tatuaje siempre, siempre, siempre me encerraba en el baño y en mi habitación para que no me vieran. Estuve más de un año sin que me pillaran, pero un día mis padres no estaban en casa y me dejé la puerta del baño abierta mientras me duchaba. Error. Mis padres volvieron a casa y mi madre entró en el baño cuando yo salía de la ducha, intenté taparme, pero obviamente me vio el tatuaje. Yo, con la cara desencajada porque me había pillado, intentando taparlo, y entonces se empezó a reír.

—¿Se rio?

—Sí. Yo te juro que no entendía nada, me esperaba una bronca monumental. Cuando pudo parar de reírse me preguntó si por eso me había estado encerrando en el baño, y yo le dije avergonzada que sí, que no quería que se enteraran. Total, que me contó que creía que me encerraba para masturbarme, se pensaba que estaba todo el día haciendo trabajos manuales. — Nos reímos los dos. Cris tenía los ojos vidriosos.

—¡Joder con tu madre!

—Sí, pero sigo... no contenta con avergonzarme de esa manera, que yo no sabía dónde meterme, va y me dice «por fin habíamos acabado con la era pajillera de tus hermanos y pensé que habíamos empezado con la tuya». Te juro que casi me da algo. ¡Qué asco! Yo no necesitaba

imaginarme a mis hermanos pajeándose. Creo que ha sido la conversación más bochornosa de mi vida.

Cuando nos serenamos le hablé de la conversación más vergonzosa que yo había tenido, había sido con mi hermana cuando éramos adolescentes.

—Valeria estaba totalmente intrigada sobre el sexo, tenía un novio y quería tirárselo, pero no tenía experiencia, quería saber cómo... ya sabes... qué cosas les gustaban a los hombres, y pensó que yo era el más adecuado para explicarle los pormenores del sexo. Tuve a mi hermana persiguiéndome durante una semana haciéndome preguntas. Era (y es) muy pesada cuando algo se le mete en la cabeza.

—¿No le contaste nada? —me preguntó.

—¡No! Era mi hermanita pequeña. Lo último que quería era hablar con ella de sexo. ¿Sabes lo que hizo? Como yo no respondía a sus preguntas, un día pilló a mi mejor amigo en el recreo y le preguntó a él. Mi amigo se pensaba que se le estaba insinuando.

—¡No! —exclamó medio riéndose.

—Sí, así que, este chico vino avergonzadísimo a contarme que mi hermana pequeña (a la que él también veía como una hermana) se le había insinuado. Te puedes imaginar la que se armó. Al final, le tuve que explicar a Valeria algunas cosas; si no, me la imaginaba preguntando a cualquiera que se cruzase por la calle.

—¡Joder con tu hermanita! La verdad es que me cayó muy bien.

—Tú a ella también.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Qué hace una chica como ella con Borja? En serio, no parece mal chico, quizás un poco neandertal, pero en el fondo se nota que es buena persona, pero no sé cómo explicarlo... no me pegan.

—No sé qué decirte. Mi hermana es muy particular, ella es una mujer fantástica: inteligente, valiente, generosa, amable, empática, tiene muchas cualidades, pero a veces creo que no se valora a sí misma con el mismo rasero que valora a los demás. Siempre ha tenido una

tendencia especial a cuidar de la gente, creo que eso la ha llevado a estar rodeada de determinadas personas por creer que la necesitaban, le van los casos perdidos. Creo que Borja es uno de esos casos, lo ve más indefenso, necesitado, y lo cuida. Y también supongo que es una manera de protegerse, alguien así no le hará daño.

—Pero no será feliz hasta que esté con alguien que no la necesite para nada, que solo la quiera por sí misma y punto.

—Eso tendrá que verlo ella sola.

—Si le hablaste de cómo hacer feliz a un hombre, quizás también puedas hablarle de esto.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, Borja no es el primero parecido, aunque esta vez me da la impresión de que va más en serio y se irán a vivir juntos en breve. Supongo que, por la edad, aceleras un poco más las cosas.

—O lo tienen muy claro y se quieren infinito.

Negué con la cabeza.

—No creo.

Después de cenar, yo recogía las cosas y ella iba fregando los platos. Cuando acabamos, me coloqué justo detrás de ella y empecé a besarle el cuello. Se echó hacia atrás apoyándose sobre mí, suspiró y movió la cabeza al otro lado dejando más espacio para que la besara en esa zona, mientras dejaba lo que estaba haciendo y cerraba el grifo.

Acaricé con las yemas de los dedos su cintura, su estómago, subiendo hacia sus pechos. Oí un pequeño jadeo, bajé una mano hacia su sexo acariciando la vulva y empezó a jadear más fuerte. Noté la humedad y me adentré con un dedo lentamente en su vagina. Gimíó.

Acerqué su cuerpo al mío para que pudiera notar mi erección mientras seguía mordisqueándole el cuello. Tenía la polla como una piedra, y, a pesar de todo, en ese momento me valía con solo verla correrse.

Con mi pulgar estimulé el clítoris mientras con la otra mano seguía acariciándole el pecho. Oíla jadear y gemir era como una puta droga. Cuando noté que su cuerpo se tensaba la abracé por la cintura para sujetarla. Se corrió apoyada contra mi pecho, con su cabeza en el hueco de mi cuello y los ojos cerrados, sujetándose a la encimera. Era de las situaciones más

sensuales que había vivido.

«Más» me pidió al tiempo que se daba la vuelta y me besaba con intensidad. Cogí un preservativo de mis pantalones, antes de quitarnos la poca ropa que llevábamos de un modo desesperados, lo abrí y me lo coloqué rápidamente. La alcé a pulso dejando que se sujetara con las piernas en mis caderas. Cris me devoraba la boca en un beso profundo.

Lamía y mordisqueaba mis labios con sus manos enredadas en mi pelo. Cuando se cansó de mi boca empezó a jugar con el lóbulo de mi oreja, gemí al notar un suave mordisco. Necesitaba enterrarme en ella. La deposité en el sofá colocándome entre sus piernas.

Me dediqué a explorar su cuerpo con mi boca subiendo desde los pies hacia su sexo, el que lamí con devoción arrancándole gemidos de placer. Bendito sonido. Cris me agarró del pelo y tiró de mí hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura y, mirándome a los ojos, agarró mi polla y la condujo hasta la entrada del paraíso. Gemí. Y volví a gemir cuando levantó las caderas para introducirla dentro. Jadeó de placer debajo de mí. Tenía los labios hinchados y la mirada vidriosa. Estaba preciosa y yo me sentía el puto rey del mundo en ese momento.

Esa vez fui yo quien llevó las riendas, iba probando distintos ritmos e intensidades, quería saber cómo le gustaba más. Me iba haciendo saber con gestos y gemidos sus gustos, al tiempo que ella también iba descubriendo los míos. Fue como una clase magistral de sexo, donde ambos éramos profesores y alumnos a la vez.

Yo embestía y ella alzaba las caderas a mi encuentro. Nos tocamos, nos lamimos, nos acariciamos, nos besamos, jadeamos, gemimos y susurramos nuestros nombres y nos quedamos exhaustos enredados en el sofá cuando ambos alcanzamos el clímax.

Un rato después, Cristina estaba apoyada sobre mí y jugaba inconscientemente con sus dedos en mi pecho, mientras yo le acariciaba la espalda. Ninguno de los dos se atrevía a decir una palabra. Supongo que me daba miedo romper el momento que estábamos viviendo, sin complicaciones, solo disfrutando el uno del otro. Pero había que hablar, y eso lo sabíamos los dos, aunque no tuviésemos huevos a decirlo en voz alta.

Recuerdo que una de las cosas que más me preocupaba era saber que ella se sentía bien consigo misma, arrastraba mucha inseguridad a raíz de su relación con Álvaro, empeorado el día que Anna se presentó sin avisar. situación que yo había

—Pequeña, ¿estás bien? —Asintió con la cabeza. Yo no sabía cómo sacar el tema—. ¿Te

ha gustado? —Volvió a mover la cabeza afirmativamente—. ¿Te encuentras bien?

Levantó la cara para mirarme a los ojos con el entrecejo fruncido.

—Estoy muy bien, Jaime, ¿qué pasa?, ¿tú no?, ¿no te lo has pasado bien? —preguntó preocupada.

—No es eso. Me lo he pasado muy bien, ha sido fantástico, Cris, en serio. Solo se me hace raro que no hables, y me preocupa que sea porque te sientes insegura o insatisfecha.

«Ya lo he dicho».

—¿Es porque no hablo después del sexo?

—Sí.

—Nada que ver. Estoy muy a gusto y no quiero estropearlo, por eso no hablo.

Me relajé ante su respuesta.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que nos vayamos a la cama? Podemos descansar un rato.

—¿Solo un rato? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Solo un rato. Te dije que no te iba a dejar dormir.

—No soy amable cuando me despiertan, te aviso, soy como un ogro.

—Eso dependerá de cómo te despierten, ¿no?

Esa noche le demostré que había maneras muy agradables de que te despertaran. Luego fue ella quien me despertó muy amablemente. Le había dicho que esa noche no la dejaría dormir, y lo cierto es que no dormimos mucho, dormitábamos abrazados entre polvo y polvo. Al día siguiente, ambos estábamos agotados, pero con cara de satisfacción.

## 29 La venganza

*«Menos mal que tengo mis recursos.»*

*Jaime*

*Cristina*

Me dolía todo y estaba cansada, pero la cara de felicidad que tenía era innegable. Debía irme a trabajar, pero antes debía aceptar las consecuencias de mis actos: puse un mensaje en el chat de las locas.

**Cris**

Emma ganadora.

**Emma**

Si ya sabía yo que podía confiar en la Zorrupia. ¿Y qué he ganado?

**Elena**

Restregármelo eternamente. Con lo pesada que eres... menudo suplicio.

**Emma**

Envidiosa.

**Elena**

Envidiosa, sí, pero de Cris, que ya me gustaría a mí haber echado un polvo... unos cuantos. Estoy de sequía total.

**Emma**

¿Ha sido polvazo? Dime que sí, que es el hombre perfecto, necesito volver a creer en los hombres.

**Cris**

Muchos polvos, muchos orgasmos y mucho sueño que tengo ahora.

**Cris**

Emma, ¿tienes que contarnos algo? ¿Por qué has dicho eso de creer en los hombres? ¿Todo bien con Ken?

**Emma**

Pfff... otro día.

**Elena**

Emma, sabes que puedes contar con nosotras. ¿Qué pasa? Joder, pues si tú no crees en los hombres, entonces ¿qué hago yo?, ¿me tiro por un puente?

**Cris**

Os echo de menos. Ahora estaríamos tomándonos un café y hablando de todo esto, destripando a los hombres y lo que hiciera falta.

**Elena**

Ohhhh ¡Y nosotras a ti! ¡Mucho!

**Emma**

Sí, ¡joder!

**Cris**

Os quiero.

En el trabajo me tuve que tomar varios cafés porque no me daba la cabeza. Me distraía recordando los detalles de la noche anterior con Jaime. Sam y Sarah me gastaron muchas bromas al respecto.

Ese día no vi a Jaime porque doblaba turno en el hospital, lo que me dio cierto margen para organizar mi cabeza. No había que ser muy lista para saber que estaba acojonada. Tenía claro que lo que me daba miedo era que, para él, fuese solo un polvo... o unos cuantos. Jaime y yo teníamos una conversación pendiente.

Como todos los viernes, después de salir del trabajo, Sarah, Sam y yo nos fuimos a tomar unas cervezas. Sarah nos contó que había conocido a un hombre por una web de citas que le



gustaba mucho y que iba a quedar con él ese fin de semana. Sam y yo alucinamos y, por supuesto, le pedimos que nos lo contase todo con pelos y señales después. La verdad es que me costaba imaginarme a Sarah haciendo ese tipo de cosas, era un encanto, simpática e inteligente, pero era tímida y parecía muy cómoda con la vida un poco recluida que llevaba en su casa, así que fue toda una sorpresa.

Sam nos contó que ese fin de semana no hacía nada especial, pero que el siguiente se iba con su novio de viaje romántico, habían alquilado una casita al lado de la playa y según ella «se iban a tirar los dos días follando sin parar, literalmente. Todo muy romántico».

Yo les dije que también tenía intención de tener un fin de semana romántico con Jaime, teniendo en cuenta que mi idea del romanticismo era la misma que la de Sam. Nos reímos bastante, lo cual me vino fenomenal.

Era el momento de la venganza, y esta se sirve fría. Así que, cuando volvía a casa, me paré a comprar palomitas y una botella de tequila. Le había preparado una sorpresita a Jaime, le debía una y no se la iba a perdonar. Se iba a tragar el mayor bodrio de la historia de las pelis malas. Estaba segura de que el tequila iba a ayudar a verla.

Le mandé un mensaje.

**Cris**

Tengo una sorpresa para esta noche.

**Jaime**

¿Me va a gustar?

**Cris**

Bueno... eso tendrás que averiguarlo por ti mismo.

**Jaime**

Dame una pista.

**Cris**

Intenta adivinarlo.

**Jaime**

¿Lencería sexi?

«¡Que básico!» pensé meneando la cabeza.

**Cris**

Mmm... puede que haya algo de eso.

**Jaime**

Llevo una botella de vino.

«Mejor trae tres, las vamos a necesitar».

**Cris**

Eso suena bien, yo me encargo del picoteo. Avísame cuando salgas del hospital para ir preparándolo todo.

**Jaime**

OK

Quando Jaime entró por la puerta esa noche, me encontró sentada en el suelo con un bol de palomitas, con el dedo preparado para poner la peor película que he visto en mi vida.

—¿Dispuesto a ver mucha lencería sexi? —le pregunté con expresión traviesa.

—Yo me refería a la tuya. Me da que no va a ser tan divertido como imaginaba.

—No para ti, pero yo me lo voy a pasar genial viéndote sufrir. Te la debía por la peli de terror.

Llenó las dos copas de vino y se sentó conmigo en el suelo, acercándose a su cuerpo.

—Se me ocurren cosas más divertidas que hacer que ver una peli mala...

—A mí no —contesté. Si se pensaba que me iba a comprar con sexo... lo llevaba claro. Le di al *play*—. ¡Booodrio va!

A los diez minutos de peli estábamos desesperados de lo mala que era. A la media hora nos queríamos cortar las venas y ya nos habíamos bebido la botella de vino entera, íbamos contentillos, sobre todo yo. Jaime intentaba distraerme con artimañas sexuales, pero no tenía ninguna intención de claudicar. No se iba a librar de ver la peli por nada del mundo. Fui a por el tequila y, cuando volví, se había quitado la camiseta.

«¡Qué cabrón! Eso es jugar sucio, pero yo también sé hacerlo».

Serví dos chupitos, me senté muy lejos de él y me bebí uno.

—No llevo ropa interior —dejé caer como quien no quiere la cosa. Se levantó para venir hacia mí con los ojos oscurecidos por el deseo. Negué con la cabeza—. ¡Quieto ahí! Quédate donde estás. No te puedes acercar.

Después de tomar otro chupito se había acercado lo suficiente como para hacerme cambiar de idea; no hace falta decir que no vimos el final de la película.

\*\*\*

Me desperté desorientada, tumbada boca abajo y babeando la almohada. «¡Qué sexi!», pensé con sorna. Empezaba a estirarme cuando fui consciente de que no estaba sola en la cama, un brazo se apoyaba en mi espalda y podía notar una respiración tranquila y rítmica en mi nuca. Giré la cabeza para confirmar mis sospechas. Los recuerdos empezaron a llegar desordenados a mi embotada mente.

«Jaime».

Necesitaba un poco de espacio. Intenté salir de la cama sin despertarlo, lo cual era bastante complicado porque su brazo estaba como un ancla sobre mí. Me fui deslizado sobre las sábanas hacia fuera, poco a poco, hasta llegar al borde de la cama, y con mucho cuidado salí dejando que su mano resbalara sobre mi espalda para acabar rebotando en el colchón dando un pequeño golpe.

Dejé de respirar mientras miraba atenta a Jaime para comprobar que el golpecito no lo había despertado. No lo hizo, siguió durmiendo plácidamente como un bebé, así que me di el gustazo de estudiarlo detenidamente.

Observé sus tatuajes. Aparte del que ya sabía que tenía con la frase de Gandhi, tenía dos más, uno en el hombro y otro en la espalda. Basta decir que me encantaba ese punto macarra que tenía y que no era tan obvio en él a simple vista.

Seguí espíándolo. Jaime era de esa clase de tíos perfectos en la suma de sus imperfecciones. Excepto sus ojos de un azul intenso, que eran la perfección en sí misma, el resto de sus rasgos eran normales, no tenía una nariz perfecta, ni los labios perfectos; no tenía hoyuelos; estaba fibroso, pero no cuadrado; se notaba que hacía ejercicio, pero no se mataba en el gimnasio y, sin embargo, el conjunto total te dejaba sin aliento. Era de esos tíos tan atractivos que persigues con la mirada cuando te lo cruzas por la calle.

Sabía que lo estaba contemplando absolutamente hipnotizada, como si fuese lela, pero no podía apartar la vista de él. Me sentía como una adolescente inexperta mirando embobada al chico que le gusta. Si se despertase en ese momento y me pillase mirándolo como lo estaba haciendo, saldría corriendo seguro, ¡y con razón!

Salí de la habitación como si fuera una espía consumada, me sentí tan orgullosa de mí misma por no hacer ni un solo ruido que no pude evitar hacer el signo de la victoria cuando estaba ya fuera de la habitación. Mi época de zorrupia en la que salía a hurtadillas de las habitaciones de los tíos con los que me acostaba había tenido su recompensa después de todo.

Necesitaba una ducha. Seguro que estar un ratito bajo el agua me ayudaba a poner en orden mis pensamientos y emociones, que estaban entremezclados formando un absoluto caos en mi cabeza. Después, seguro que sería capaz de manejar la situación con Jaime, podría hablar con él tranquilamente, como una persona adulta y no la adolescente descerebrada que me sentía en ese momento.

Fui a mi baño y abrí el grifo de la ducha dejando el agua correr mientras ponía música de fondo en el móvil. Comprobé que el agua estaba a una temperatura agradable antes de meterme debajo del chorro; ya había salido escaldada una vez y no tenía intención de repetir la experiencia.

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, dejando que el agua resbalara sobre mi cara intentando no pensar en nada. Imposible. Estaba acojonada, estaba enamorada de mi compañero de piso y me había pasado la noche de maratón sexual con él. Era totalmente absurdo intentar relajarme.

Cuando decidí compartir piso con él, una de las normas básicas que mi cerebro impuso

fue nada de sexo con él. Todo el mundo sabe que no puedes follar con tu compañero de piso, que es una cagada de las gordas porque, al final, tienes que verle la cara todos los días, y, o bien ambas partes tienen muy claro qué es lo que habrá después del sexo, o al final empiezan los malos rollos, y tu casa, en lugar de ser un remanso de paz, se convierte en un campo de batalla.

Desde que empezamos a vivir juntos, la relación con Jaime había ido evolucionando lentamente, pasó de ser «Míster Engreído» a convertirse una de las personas imprescindibles en mi vida.

Jaime era fantástico. Por mucho que me asustase, yo ya había asumido que no solo lo quería como amigo, sino como compañero. Me había resultado difícil mantener el deseo a raya todo ese tiempo. Mil veces me había masturbado con él en mi cabeza y mil veces había tenido sueños eróticos con él como protagonista.

No éramos tontos, ninguno de los dos; éramos plenamente conscientes de que estábamos traspasando la línea de la amistad desde el momento en el que casi nos acostamos en mi habitación el día después de la cena con Valeria.

Él ya había cometido con Kimberly el error de cruzar esa línea sin querer nada más que sexo con ella y lo había pagado con creces. Era un tío listo y no cometería el mismo error dos veces, ¿verdad?

Con esos pensamientos empecé a relajarme y a disfrutar de la ducha. Mi cuerpo comenzó a bailotear al ritmo de la música mientras cogía el champú y empezaba a hacer espuma en mi pelo.

## 30 Exclusividad

*«Sigo pensando lo mismo, no quiero compartirte con nadie.»*

*Cristina*

*Jaime*

Cuando me desperté, eché la mano hacia el otro lado de la cama para atraer a Cris hacia mí, pero estaba vacía.

*«Es sábado, no tiene que ir a trabajar, ¿dónde está?».*

Intenté relajarme, recordé cómo yo mismo me agobié cuando me acosté con Kim y que casi me dio un puto infarto cuando al despertarme vi quién era la mujer que dormía a mi lado.

Salí de la cama y oí el agua de la ducha corriendo en su baño. Entré sin llamar, Cris no me oyó y siguió bailando en la ducha a ritmo de «Cake by the ocean» mientras canturreaba —gallos incluidos—.

*Talk to me, baby*

*I'm going blind from this sweet, sweet craving*

*Let's lose our minds and go fucking crazy*

*Let's lose our minds and go crazy crazy*

*Ah ya ya ya ya I keep on hoping we'll eat cake by the ocean*

—No me has despertado —le dije para hacerme notar.

—Estabas durmiendo plácidamente, me daba cosa hacerlo.

—¿Solo por eso?

—Bueno, necesitaba un poco de espacio —dijo bajito.

—¿Necesitas más espacio? ¿Quieres que me vaya?

—No, creo que hay mucho espacio en esta ducha para los dos.

Entré en la ducha y la agarré de la cintura.

—¿Quieres hablar de eso que te preocupa? —le pregunté mirándola a los ojos.

—Necesitaba organizar las cosas en mi cabeza. Vivimos juntos y nos hemos acostado. Supongo que tenemos que hablar sobre lo que está pasando y dejar las cosas claras.

—Sí, tienes razón. Yo prefiero no poner nombre a esto, dejar que las cosas pasen y ver dónde nos lleva. ¿Te parece?

—Sí. —Se mordió el labio con el entrecejo fruncido—. Una condición... bueno, dos.

—Dime.

—Sinceridad. Las cosas claras entre nosotros.

—De acuerdo.

—Y no quiero compartirte con nadie —dijo retándome con los ojos.

Sé que estaba pensando en Anna cuando lo dijo. Ni se me había pasado por la cabeza acostarme con nadie más, y eso que Anna me había estado buscando esos días.

—Ni yo a ti. —Todavía recordaba el día que la vi saliendo del bar con un hombre, me había sentado como una patada en los huevos.

Salimos saciados de la ducha y decidimos ir a dar una vuelta por Manhattan. Nos pusimos a andar sin rumbo fijo, hablando de todo un poco, disfrutando solo de la conversación y la compañía.

Cristina se entusiasmaba con cada recoveco de la ciudad que no había visto antes. Era un

día soleado, a veces levantaba la mirada hacia el cielo cerrando los ojos y suspiraba sonriendo, como si el solo hecho de que el sol le acariciase la piel fuese suficiente para hacerla feliz.

Me gustaba ver cómo se fijaba en cada pequeño detalle y saboreaba el ambiente que desprendía la ciudad. A veces nuestras manos se encontraban y se acariciaban. A veces nos parábamos en mitad de la calle solo para besarnos. Llevaba en Nueva York muchos años y nunca la había vivido tan intensamente como ese día con ella.

Comimos algo en un puesto callejero y volvimos a casa pronto para aprovechar la tarde juntos. Yo trabajaba de noche y ya no nos íbamos a ver hasta muchos días después, porque ella se iba de viaje por trabajo al día siguiente y estaría fuera durante toda la semana, volvía el viernes siguiente, nunca habíamos estado tantos días seguidos sin vernos.

En el hospital coincidí con Neil y Jack en el turno de noche. Tuve que aguantar las bromas de ambos sobre mi nivel de cansancio físico durante un rato.

—Te tenías que haber quedado hoy en casa, no estás en condiciones de trabajar —dijo Jack divertido.

—No creo que acepten en Recursos Humanos «llevo varios días follando sin parar» como motivo para no poder venir a trabajar —contestó Neil.

—¿Vais a seguir mucho rato así? —les pregunté.

—Sí —contestaron a la vez.

Cuando se cansaron de reírse de mí, me empezaron a preguntar ya más en serio sobre Cris.

—Venga, cuéntenos qué tal con ella. Que estáis todo el día follando no hace falta que nos lo digas, es obvio —dijo Neil.

No tuvimos mucha oportunidad de hablar tranquilos porque aparecieron varias enfermeras en la sala de descanso, entre ellas Anna.

Desde el día que se presentó en el bar para conocer a mi hermana, me buscaba todos los días con cualquier excusa, pero yo seguía enfadado y no me apetecía hablar con ella. Lo cierto es que tenía que hacerlo, habíamos tenido una relación muy buena el tiempo que había durado, pero había llegado a su fin. No sabía si llegaría a algo con Cris, pero tenía claro que quería intentarlo.



Fue una noche tranquila de trabajo, incluso me dio tiempo a dormir un rato. Acabó el turno y me fui a casa. Ella todavía no se había levantado cuando llegué, me fui a mi habitación y me puse una camiseta vieja para dormir. Cuando me fui a meter en la cama, fui consciente de que no quería dormir solo, quería dormir con ella enredada en mi cuerpo.

Dudé, pero al final entré en su habitación. Dormía a pierna suelta, me metí despacio en su cama, moviéndola suavemente para que me dejase hueco, la abracé por la cintura y le di un leve beso de buenas noches. A pesar del cuidado que puse en no molestarla, abrió los ojos un poco y me dio los buenos días medio dormida, se acercó a darme un beso y se colocó encima de mí.

—No quería despertarte —le dije.

—¿Estás muy cansado?

—Depende de para qué.

—Se me ocurre que, ya que has osado despertar al ogro... podemos aprovechar el tiempo —dijo mientras me quitaba la ropa, luego siguió con la suya.

—Ven aquí, pequeña.

Me incorporé en la cama apoyándome en el cabecero y se colocó en mi regazo, nos abrazamos con las piernas quedando muy cerca el uno del otro. Nuestras manos empezaron a recorrer el cuerpo del otro despacio, explorando, acariciando.

No paramos de besarnos, eran besos lentos y profundos, suaves, esta vez no había desesperación en ellos. Sacó un preservativo y, después de colocármelo, se colocó encima de mí introduciendo mi polla hasta el fondo suavemente. Los dos gemimos ante aquel íntimo contacto.

Me cogió la cara con las manos y, mirándome a los ojos, empezó a moverse sobre mí con movimientos sutiles. Los dos íbamos haciendo todo despacio, midiendo milimétricamente la reacción del otro ante cada caricia, roce o beso. Con ritmo lento y pausado, íbamos acariciándonos, besándonos, susurrando nuestros nombres y mirándonos a los ojos con intensidad, como intentando hacer que nuestras miradas dijeran las palabras que ninguno de los dos era capaz de pronunciar.

Y con la misma intensidad alcanzamos el orgasmo prácticamente a la vez, y nos besamos después sin querer separarnos el uno del otro. Aquella vez juntos, no fue sexo: fue otra cosa, sin nombre.

Ese domingo me desperté en su cama un poco desorientado, ella ya se había ido cuando yo me levanté, porque tenía el vuelo a mediodía. Una sensación de vacío me embargó.

Me gustaría poder contaros que el resto de la semana pasó rápido y que cuando volvió todo fue maravilloso, pero nada más lejos de la realidad. Cada día de la semana que pasaba era peor que el anterior. La sensación de vacío era cada vez más intensa. La recordaba cada segundo en cada rincón de la casa por cualquier anécdota, risa, conversación o polvo.

Me sentía inquieto. ¿Cómo era posible que, en tan poco tiempo, ella fuese tan importante para mí que yo no era capaz de estar a gusto en mi casa, donde había vivido más tiempo sin ella que con ella?

Uno de los pensamientos más recurrentes en mi mente de esos días era por qué había ido a su cama el domingo por la mañana después de llegar del hospital, tendría que haberme metido en mi habitación y punto.

Nunca había sentido la necesidad de pasar la noche con nadie. Anna y yo sí que dormíamos juntos habitualmente, sobre todo por la costumbre y la comodidad de no tener que irnos de la casa del otro a altas horas, pero no tenía la necesidad, no me gustaba especialmente, tampoco me disgustaba. La diferencia es que quería dormir con Cris, me gustaba tenerla pegada a mi cuerpo, me había molestado que se fuera de la cama el día anterior.

Sabía que con ella había empezado algo, que era una relación diferente porque me gustaba, pero todo estaba yendo tan rápido que no era capaz de asimilar mis emociones de manera racional, no tenía ningún control sobre ellas.

Cada día cogía la guitarra intentando poner orden, pero tampoco era de ayuda, me recordaba directamente al día en que ella me abrazó para consolarme, el día en que me di cuenta por primera vez de que ella era especial.

Cris me había pedido exclusividad y yo estaba totalmente de acuerdo. Regresaba el viernes de viaje y yo quería solucionar el tema de Anna antes de su vuelta. Era hora mantener una conversación con ella, tenía que ponerle punto final a esa historia cuanto antes, no tenía sentido demorarlo más.

La oportunidad llegó el jueves cuando salíamos los dos del turno de tarde. Le dije que me gustaría hablar con ella, le propuse ir a cenar —como amigos— al salir del trabajo. Aceptó inmediatamente y parecía bastante contenta. Creo que se había hecho una idea totalmente

equivocada; cuanto antes dejásemos las cosas claras, mucho mejor. Cuando salimos del hospital nos dirigimos a casa de manera mecánica.

## 31 El peor día de mi vida

«Lo sé, y lo siento.»

*Jaime*

*Cristina*

No me esperaba que Jaime se metiera en mi cama el domingo al salir del hospital, pensaba que no lo vería hasta muchos días después, fue una grata sorpresa despertarme y que estuviese allí conmigo.

No recordaba haber echado un polvo tan intenso en mi vida. Mis emociones estaban desbordadas. En cada caricia, en cada beso, en cada mirada y en cada susurro le decía «te quiero» sin palabras, y había sentido lo mismo por su parte, ¿no? ¿O me lo estaría inventado porque es lo que quería? No, estaba segura de que Jaime también lo había sentido, que no era solo sexo, que había algo más detrás.

Ese beso dulce e intenso que nos dimos cuando acabamos hablaba de sentimientos, por lo menos yo había puesto ahí todos los míos.

Solo cuando comprobé que estaba profundamente dormido me fui al salón. El día anterior, cuando Jaime se fue al hospital, me quedé preparando la maleta con todo lo que tenía que llevar, me iba casi una semana a trabajar fuera de la ciudad, así que eran muchas cosas las que debía meter y preferí dejarlo todo organizado.

¡Cómo explicar lo mal que fue mi semana! Y no por no estar con Jaime, que quede claro.

Tuve retraso en el vuelo del lunes.

El martes, cuando llegué al hotel que había reservado, no encontraban mi reserva y tuve que pelearme con ellos hasta que me dieron una habitación; eso pasó después de que, en la reunión que tenía ese día, uno de los hombres, al que no conocía de nada, me llamase «baby» y le tuviera que decir que, cuando se dirigiese a mí, lo hiciera por «Miss Fernández», con una

sonrisa tensa en la cara.

El miércoles volví a tener retraso en el vuelo.

Y llegó el jueves. Cuando estaba teniendo una discusión monumental de trabajo, me llamaron para cancelar la reunión del viernes. Llamé a la agencia de viajes para cancelar el hotel y cambiar los vuelos y poder volver a casa ese mismo día. Me costó tres llamadas con una incompetente de la agencia de viajes y quedarme sin batería en el móvil hasta que conseguí poder volar a Nueva York para poder dormir en casa, bastante tarde, por cierto, porque no quedaban huecos en los vuelos directos desde donde estaba.

Cuando salí de trabajar ese día, mientras esperaba un taxi que me llevara al aeropuerto, una listilla se me coló en la fila. Había tenido un mal día y eso fue lo que colmó el vaso. La insulté primero en inglés y luego en castellano, los insultos en castellano me sabían mejor, hacían que me apaciguase más.

Obviamente no sirvió de nada, ella me quitó el taxi y se fue y yo tuve que esperar otro rato hasta que llegó el siguiente, pero echar sapos y culebras por la boca tiene a veces efecto relajante, y yo me quedé agustísimo.

En el aeropuerto comí algo y me tomé una cerveza para ver si me deshacía de esa sensación de quemazón que me había envuelto esa semana. Intenté cargar el móvil, pero el cargador estaba en el fondo de la maleta y lo último que me apetecía era abrirla en mitad del aeropuerto y que todo el mundo viese mis cosas.

Sin poder usar el teléfono, me aburría como una ostra y no quería sacar el portátil y ponerme a hacer informes porque no estaba de humor, era capaz de poner cualquier barbaridad en ese estado. En ese momento todavía no sabía que lo peor de mi día estaba por llegar.

\*\*\*

No lloré.

Noté como mi corazón se resquebrajaba, pero no lloré. Solo me quedé paralizada cuando en el salón de mi casa me encontré con Anna medio en pelotas tumbada en una postura de lo más sexi en mi sofá. En cuanto me vio se levantó corriendo y empezó a vestirse.

—Sí, creo que es mejor que te vistas —dije con la cara seria y el tono más seco del mundo.

—Pensábamos que volvías mañana a casa —me dijo a modo de ¿disculpa?

—Eso es obvio.

En ese momento Jaime entró en el salón y se le desencajó la cara. La mía, sin embargo, seguía estando esculpida en piedra.

—Habíamos pensado en cenar aquí unas pizzas, pero creo que es mejor que salgamos a cenar fuera —siguió diciendo Anna incómoda.

Jaime seguía sin hablar.

—Sin duda es mejor que os vayáis —dije mirando directamente a Jaime a los ojos.

—Cris, no es lo que parece —dijo Jaime en castellano para que solo yo le entendiera.

—Creo que te has olvidado de nuestro acuerdo —le dije en inglés. Jaime estaba blanco—. Pero yo te lo recuerdo: respetar las zonas comunes. —Con ese comentario solo buscaba hacerle daño, rebajarle a la categoría de compañero de piso.

—Tienes que escucharme, por favor.

Me dirigí hacia el pasillo para ir a mi habitación, al pasar al lado de Jaime intentó retenerme, pero me separé de él.

—Ni se te ocurra tocarme —siseé taladrándole con los ojos.

Me dirigí todo lo dignamente que pude a mi cuarto, Jaime seguía intentando darme explicaciones, pero yo ni siquiera le escuchaba, oía que hablaba, pero en mi cabeza había un ruido sordo que me envolvía.

—No me debes ninguna explicación. No te la he pedido. No la quiero. —Entré en mi habitación, Jaime se quedó en el marco de la puerta ¿esperando a que le invitara a entrar? ¡Lo llevaba claro el hijo de puta este!

—Cris, por favor, escúchame. Se que parece otra cosa, pero no es lo que piensas. Yo no...

Estaba a punto de ponerme a llorar, pero no pensaba dejar que viese ni una sola de mis lágrimas.

«Jamieeee» oímos gritar a Anna. Ese grito me dio las fuerzas necesarias para contener las

lágrimas y escupir veneno.

—Te están esperando. Adiós. —Me giré y cerré la puerta en su puta cara.

Los recuerdos que tengo después de aquel momento son difusos, estaba en *shock*, no tengo consciencia de reaccionar, solo estar ahí, de pie, intentando protegerme antes de que llegase el dolor.

Cuando oí la puerta de la calle cerrarse, me imaginé a Jaime saliendo por ella con Anna agarrada de la cintura, me entraron ganas de vomitar ante esa imagen, me fui al baño corriendo.

Creo que a esas alturas ya había empezado a llorar. Vomité. No sé cuánto tiempo estuve en el baño hasta que me tranquilicé un poco.

Me sentía traicionada y estúpida. Muy estúpida. Me había dejado llevar en una «relación» que sabía que era un error desde el primer minuto, y ahora me tocaba sufrir. Por imbécil. Había confiado en Jaime ciegamente, habíamos hablado de exclusividad, le había creído y ¿qué había hecho él? Llevarse a su follamiga a casa cuando yo estaba fuera a la primera de cambio.

«¿Quién sabe? Igual llevan toda la semana follando, y yo, como una estúpida enamorada, echándolo de menos. ¿Se puede ser más gilipollas?».

Volví a mi habitación y, como un robot, deshice la maleta, puse el móvil a cargar, eché la ropa sucia en la cesta de la colada. Una vez que el móvil tuvo algo de batería vi que tenía seis llamadas perdidas de mi hermano David.

Me preocupé al instante, seis era un número muy alto, me empecé a poner nerviosa, algo malo había pasado, si no, mi hermano no insistiría tanto, así que le devolví la llamada, aunque eran las dos de la mañana en España. Me temblaba todo mientras oía los tonos de llamada.

—Cris... —contestó mi hermano somnoliento.

—¿Qué pasa?

—Espera, dame un segundo. —Esperé impaciente—. ¿Estás ahí?

—¡Vamos! ¿Qué pasa?

—Te tengo que contar una cosa.

—David...

—Le detectaron a mamá un bulto en el pecho y le han hecho una biopsia esta semana. Hoy le han dado los resultados. Hay que operarla. La semana que viene tiene cita con el oncólogo para que nos expliquen todo el proceso.

—David, ¿qué coño de biopsia? ¿De qué me estás hablando? ¿Por qué me entero ahora? —empecé a gritarle. ¿Cómo podían haberme ocultado que a mi madre le habían notado un bulto en el pecho?

—No te habíamos dicho nada porque sabemos cómo eres y podía quedarse en un susto. Le hicieron una biopsia el lunes y hoy nos llamaron para darnos los resultados. Como puedes ver, todo está yendo muy rápido y la semana que viene ya va a oncología.

—¿Cómo está?

—Está bien, ella tiene un humor increíble, ya sabes cómo es, y hoy en día el cáncer de mama tiene buen pronóstico.

—David... —No podía articular frases coherentes.

—Tú tranquila, no te agobies, estamos todos con ella. Estamos bien, solo un poco sorprendidos, pero los ánimos están muy altos.

—¿Te estás oyendo? ¿Cómo no me voy a agobiar? ¡Joder! Quiero los resultados, mándame los putos resultados de la biopsia. ¿Cuándo tiene la cita en oncología?

—No vengas. No hace falta que vengas. Te prometo que te vamos a ir contando todo sin dejarnos nada en el tintero.

—Mándame eso. Ya hablaremos de esto en persona, os vais a cagar por ocultarme algo así. ¿Cómo se os ocurre? ¡No necesito que me protegáis! Ya soy mayorcita, hace mucho que tomo mis propias decisiones. ¡Joder, David! —Estaba gritando y llorando. Estaba enfadada, pero sobre todo estaba preocupada, muy preocupada. ¡Mi madre!

—Lo sé, lo siento. Te mando eso ahora, te lo prometo. No hagas nada, por favor. Después de hablar con el oncólogo decides lo que sea, pero ahora no tiene sentido, no sabemos nada.

—Necesito abrazarla, lo entiendes, ¿no?



—Sí.

Colgué.

Me faltaba el aire. Sentía que no podía respirar, me senté en el suelo, metí la cabeza entre las piernas e intenté controlar la respiración. Me costó, pero al rato ya estaba mejor.

No sé muy bien cómo llegó el autocontrol, pero llegó, y fui capaz de convertirme en un puto témpano de hielo y encontrar un vuelo que salía directo a Madrid en unas horas. Le mandé un mensaje a mi jefe diciéndole que, por motivos personales, tenía que volver a España y que le llamaría al día siguiente.

Empecé a hacer la maleta, era verano y la ropa no ocupaba mucho, no tardé mucho en terminarla, y si me dejaba algo me daba lo mismo, se compraba y punto.

En un momento dado oí que Jaime entraba en casa y llamaba una y otra vez a la puerta de mi habitación pidiéndome que le escuchase, que no era lo que yo pensaba, que por favor dejase que se explicara. Lo ignoré, no tenía el coño para ruidos. Al final desistió.

Cuando acabé de hacer la maleta y dejar mi habitación recogida, me fui de casa rumbo al aeropuerto sin saber cuándo volvería.

## 32 Lo siento

*«Y da gracias a que soy una “macarra” pero no agresiva, porque te merecías dos hostias con la mano abierta.»*

*Cristina*

*Jaime*

La perdí.

Lo supe en cuanto entré el salón y la imagen que me encontré parecía salida de una película dramática de sobremesa. Anna estaba en ropa interior intentando ponerse la camiseta mientras le decía a Cristina que no la esperamos.

No sé ni cómo describir la cara de Cris, creo que nunca le había visto esa expresión, era dura, contenida, fría, todo lo contrario a lo que es ella en esencia. Cada palabra que pronunciaba era puro hielo. Al principio ni me miró, ni me dirigió la palabra. Yo no sabía qué decir, no entendía qué había pasado.

¿Por qué coño estaba Anna en ropa interior?!

—Sin duda, es mejor que os vayáis —me dijo mirándome directamente a los ojos, su mirada era fría y estaba llena de desprecio.

—Cris, no es lo que parece —atiné a decir en castellano.

—Creo que te has olvidado de nuestro acuerdo —me contestó en inglés. «Exclusividad» pensé—. Pero yo te lo recuerdo: respetar las zonas comunes.

«¿Qué?! ¿De qué habla? ¿De las normas del piso? ¿En serio!? ¿Eso es lo único que me va a reprochar: que me la folle en el salón?»

—Tienes que escucharme, por favor.

La seguí por el pasillo, tenía que explicarle que todo era un maldito error.

—Ni se te ocurra tocarme —me dijo cuando intenté detenerla.

—Cris, en serio, no sé qué ha pasado, pero no es lo que piensas. No me he acostado con ella, no sé por qué estaba vistiéndose. No es lo que parece. Solo hemos venido a casa porque quería hablar con ella para decirle que lo nuestro se había acabado. Tienes que creerme.

—No me debes ninguna explicación. No te la he pedido. No la quiero —escupió.

—Cris, por favor, escúchame. Sé que parece otra cosa, pero no es lo que piensas. Yo no...

«Jamieeee» gritó Anna.

«¡Mierda! ¿¡No se puede estar callada!?».

—Te están esperando. Adiós.

Me cerró la puerta en las narices. En las putas narices. Me quedé ahí de pie, esperando a que la puerta se abriera y me dejara explicarle las cosas, pero la puerta no se abrió y, en mi fuero interno, sabía que no se iba a abrir. Cuando se tranquilizara un poco seguro que podríamos hablar y me escucharía. Me tenía que escuchar. Esto no podía acabar así.

Me fui hacia el salón, allí estaba Anna con cara de ¿culpable?

—Te llevo a tu casa. Tenemos que hablar —le dije.

Me miró con recelo, pero no dijo nada, creo que en el fondo se olía lo que venía.

La llevé en mi coche, no hablamos en todo el trayecto. Ella estaba incómoda y yo necesitaba estructurar lo que había pasado en mi cabeza. Cuando llegamos a su portal, no nos bajamos del coche.

—Se acabó —le dije.

—Jamie, siento mucho lo que ha pasado. De verdad que no era mi intención que tuvieras problemas con tu compañera. Me dijiste que ella no volvía hasta mañana y me desnudé para darte una sorpresa.

—Anna, no quiero seguir con esto, ha sido divertido, pero se ha acabado. Seguiremos viéndonos en el hospital, pero como compañeros, nada más. Espero que seas feliz.

—En serio, no lo entiendo, tú y yo nos entendemos muy bien en la cama y nos llevamos bien fuera de ella. De verdad, creo que estás exagerando. Ha sido una situación embarazosa que tu compañera nos pillase en el salón, pero dentro de un tiempo lo recordaremos y nos reiremos.

—No es por lo que ha pasado hoy. Te había invitado hoy a cenar porque quería hablar contigo. Estoy conociendo a alguien y no quiero seguir con lo nuestro.

Noté por su reacción que eso no se lo esperaba.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Quién es ella? —me preguntó.

—Eso no es de tu incumbencia —repliqué cortante.

Me miró intensamente unos segundos y luego bajó la mirada.

—Solo puedo decirte que hubiera querido ser yo con quien te dieras una oportunidad. Espero que seas feliz. —Se bajó del coche y se fue a su edificio.

Cuando volví a casa, Cris seguía despierta, lo sabía porque vi luz por debajo de su puerta. Llamé varias veces, necesitaba hablar con ella y explicarle que, aunque pareciese mentira, lo cierto es que era un malentendido de los grandes. Solo le pedía que me escuchase, que me dejara explicárselo. No me abrió, ni siquiera me contestó. Empecé a mosquearme. ¡Joder! Lo mínimo era hablar, ¿no?

El viernes, cuando me levanté, no estaba en casa, no la vi en todo el día. La llamé varias veces por teléfono, pero no me lo cogió. Tampoco contestaba mis mensajes. Estaba desesperado.

Lo mismo pasó los días que siguieron. No apareció por casa, fue como si se hubiera esfumado. Yo seguía intentando contactar con ella, pero nunca me cogía el teléfono, ni me devolvía las llamadas ni los mensajes.

Creo que fue el lunes cuando me puso un escueto mensaje.

## **Cris**

Estoy de viaje. Ya hablaremos cuando vuelva.

Seguí intentando que me cogiera el teléfono sin éxito. El miércoles me mandó un mensaje un poco más largo.

**Cris**

Vuelvo el sábado. Por favor, déjame tranquila. Ya hablaremos en persona.

**Jaime**

Cris, por favor, cógeme el teléfono. Hablamos cuando vuelvas largo y tendido, pero por lo menos déjame que te explique la situación.

Ignoró mi mensaje y apostilló:

**Cris**

Mi vuelo no admite cambios, así que puedes disponer de toda la casa a tus anchas hasta entonces. Nadie te va a interrumpir.

Me cabreé. Estaba siendo injusta conmigo, me pedía que la dejara en paz, pues eso hice, no volví a insistir.

Cuando estaba solo en casa, mis emociones iban de la frustración al cabreo pasando por la desesperación. Todos esos días iba al hospital con cara de pocos amigos, cada día que pasaba mi humor era más y más negro.

Jack y Neil intentaban quitarle hierro al asunto y distraerme contándome tonterías, pero estaba tan preocupado al principio y tan cabreado al final que no consiguieron su objetivo. Lo único bueno es que solo vi a Anna un día de lejos y no se acercó a mí. Jack me contó que se la veía un poco triste y todos en el departamento pensaban que los dos lo estábamos pasando mal por haberlo dejado.

\*\*\*

Estaba durmiendo hecha un ovillo en el sofá. Cuando la vi, casi se me esfumó el cabreo por completo. Lo único que quería era abrazarla, explicarle y que toda esa pesadilla se acabase.

Desde que había pillado a Anna en casa y se había ido, todo había sido un putito infierno.

—Cris, despierta —le dije rozándola suavemente.

—Hola —me dijo somnolienta.

—Hola.

Se incorporó en el sofá y se desperezó.

—Intentaba esperarte despierta, pero no lo he conseguido. ¿Cómo estás?

—He estado mejor. ¿Podemos hablar o vas a seguir dándome largas?

—Sé que no he sido muy accesible estos días atrás. Necesito que me dejes explicártelo todo sin interrumpirme. Es complicado. ¿Vale? Ten paciencia. Si no, no voy a ser capaz de decir todo lo que tengo que decirte.

Se levantó y empezó a andar nerviosamente por el salón.

—Lo intentaré.

—Vale. Lo que quiero que sepas es que soy consciente de que no me debes ninguna explicación de lo que pasó el otro día y, si te soy sincera, prefiero que no me las des, no va a cambiar absolutamente nada. Sé que habíamos hablado de exclusividad, pero lo cierto es que llevábamos «juntos», ¿cuánto? ¿tres días?, ¿cuatro? No tenía sentido que te lo pidiera y te estaba obligando a algo que, obviamente, tú no querías. —Hizo una pausa, yo iba a hablar, pero levantó la mano para que la dejara seguir—. La verdad es que el día que vi a Anna medio en pelotas en el sofá esperándote se me rompió el corazón, Jaime. Sé que no tiene sentido a estas alturas de la película, pero yo... bueno... para mí tú no eres uno más. Darme cuenta de que lo que siento por ti no es recíproco... bueno... es algo muy difícil de aceptar —intentó sonreír, pero su gesto era tenso.

—Cris...

—No, para, déjame acabar. Ahora necesito tiempo y espacio para curar mis heridas. Y, ¿sabes?, la vida a veces es muy puta y esta vez se está cebando conmigo. Ese día me fui de viaje a casa. A Madrid.

—¿Has estado en Madrid estos días? —pregunté extrañado, pensaba que estaría con Sarah

o con Sam.

—Sí. A mi madre le detectaron un bulto en el pecho y le hicieron una biopsia. Le dieron los resultados el día... ese día. Me enteré después de que os fuerais de casa. Esta semana hemos estado con el oncólogo. Le hacen una mastectomía en dos semanas, luego empieza con radioterapia. Hay que estar donde hay que estar, así que me vuelvo a casa, a estar con mi familia en este proceso. Así será más fácil para los dos, sobre todo para mí, necesito estar alejada de ti. El mes está pagado entero, no creo que te cueste encontrar a una nueva compañera de piso para el mes que viene, pero si llega el día y no has encontrado a nadie, me lo dices y te pago mi parte.

Me tapé la cara con las manos y me mesé el pelo. No podía digerir todo lo que me estaba diciendo.

—No sé por dónde empezar. Ahora me toca hablar a mí, y me vas a escuchar. Me lo debes.

Cris se mordía los labios nerviosa, sé que no quería escucharme, pero al final aceptó y se sentó con impaciencia en el sofá para mirarme a los ojos instándome a hablar.

—Lo que pasó el otro día con Anna en casa es un jodido malentendido. Si me hubieras dado la posibilidad de hablar contigo, que lo he intentado por activa y por pasiva, no estaría pensando tonterías. —Sabía que lo estaba pasando muy mal, pero estaba muy enfadado con ella. Había estado casi diez días sin decirme lo de su madre y sin darme la oportunidad de hablar con ella para explicarle esa gilipollez. Respiré hondo intentando tranquilizarme—. Ese día, le dije a Anna que teníamos que hablar, yo quería decirle que lo nuestro se había acabado, que había conocido a alguien y que quería intentarlo: ¡tú! Te lo aclaro para que no tengas dudas. La invité a cenar a casa para decírselo. Anna y yo nos llevamos bien y me parecía que hacerlo en un sitio sin gente era más apropiado, por deferencia a la amistad que nos unía. Ella malinterpretó el hecho de venir a casa y pensó que quería acostarme con ella y se desnudó. Y entonces llegaste tú, yo no tenía ni idea de qué había pasado. No me acosté con ella, no quería acostarme con ella, no la llevé a casa con intención de hacerlo. Te dije que solo contigo, y lo he mantenido. Tienes que creerme, ¡joder! —La miré, necesitaba saber que me creía. Pareció pensárselo mientras me miraba.

—Vale. Sigue.

«Bien».

—Lo siento. No debería haber pasado así —susurré mirándole a los ojos. Asintió como aceptando mis disculpas—. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de tres días. Mañana recogeré mis cosas. El lunes voy a la oficina y el martes tengo el vuelo.

«Solo tres días».

—Tu madre... ¿tienes el informe, los resultados de anatomía patológica? Quiero verlos.

—Luego te doy una copia.

—¿Cómo no me lo dijiste? Soy oncólogo, Cris, ¡joder!

No quería reprocharle nada, pero no podía evitarlo. En el fondo entendía toda la situación, el cáncer es mi especialidad, si alguien sabe cómo es esta enfermedad para el paciente y los familiares soy yo; y por eso debería haber sido yo la primera persona a la que se lo contara. Debería saber que siempre la voy a ayudar.

—No pensaba mantenerte al margen con esto, Jaime. Solo necesitaba espacio. Necesito espacio. Te prometo que te mantendré al tanto y te enviaré los informes que me vayan dando.

—El cáncer de mama tiene un pronóstico muy bueno si se coge a tiempo, ¿en qué estadio está?, ¿tiene receptores hormonales?, ¿afectación linfática?, ¿te acuerdas?

—Sí lo sé, estadio II, y sí, es positiva a receptores de estrógenos. Llevo leyendo información al respecto toda la semana. No necesito que me des la charla de médico, necesito al amigo, Jaime. —La miré, tenía la mirada triste y asustada. La abracé y empezó a llorar en mis brazos—. Tengo miedo.

—Es normal, pequeña, pero seguro que sale de esta. Habéis tenido suerte de pillarlo pronto. Cirugía y radio suele ser suficiente en estos casos, luego terapia hormonal sustitutiva. Yo voy a estar ahí. Lo sabes... ¿verdad?

—En la distancia. Lo sé.

«En la distancia».

—Yo no quiero estar en la distancia, quiero estar a tu lado.



No me contestó. Me estaba apartando de su vida. El momento se hizo muy tenso.

—¿Volverás? —Quería agarrarme a algo como un clavo ardiendo.

—No. Sea lo que sea lo que pase, me quedo en casa.

Nos quedamos callados, ambos conscientes de que se había acabado antes siquiera de empezar. Sonrió con tristeza.

—Llevo todos estos días dándole vueltas a lo que pasó con Anna ese día. Vi tu cara desencajada cuando la viste medio desnuda, en ese momento no lo entendí, pero ahora sí. Sé que lo que me has explicado es verdad. Pero quiero que entiendas por qué no tengo motivos para volver. —Hizo una pausa—. Te voy a hacer una pregunta. Tú eres racional y comedido, y aun así llevaste a Anna a nuestra casa. Si no te querías acostar con ella, ¿por qué la trajiste?

La miré incrédulo.

—No lo pensé.

—Yo soy menos racional que tú y jamás se me ocurriría llevarme a un tío con el que me he acostado un montón de veces al lugar donde me lo he estado follando, si quiero cortar esa relación. Hay miles de sitios, sin camas y sin recuerdos, donde puedes cortar una relación con educación. Tú, precisamente tú, siempre piensas las cosas. No entiendo cómo no pensaste que era una mala idea. ¿Qué te pasaba?

—No lo sé —le contesté con sinceridad—. Llevaba días echándote de menos y recordándote en cada puto lugar del piso. Sentía que había perdido el control. Me sentí abrumado con lo que pasaba entre nosotros. Estaba tan metido en darle vueltas a «nosotros» que simplemente no pensé más allá, no me planteé si traer a Anna aquí estaba bien o mal, o si tendría consecuencias. No lo pensé, sin más.

—Te asustaste. No estás preparado.

—Es posible que necesitara espacio para asimilar lo que sucedía entre nosotros. —Reconocerlo fue un trago amargo—. Pero, aun así, quiero que sepas que no tengo dudas, que quiero intentarlo contigo. No quiero que esto se acabe aquí, así.

—Me alegra saber que no me lo había imaginado, que tú también empezabas a sentir algo. —Hablaba en pasado. Pasado. Ni siquiera se planteó intentarlo. Me había desechado por

completo. Jodido, muy jodido: así es como me sentía. Sonrió con tristeza—. En cualquier caso, Jaime, yo me voy y tú te quedas. Ya no tienes que darle más vueltas. Con el tiempo seremos capaces de ser solo amigos.

Me hizo un gesto con la mano a modo de despedida y se fue a su habitación. Y yo me quedé solo en el salón con la sensación de vacío más grande que había sentido nunca. Esta vez la perdía de verdad.

Como bien me había dicho, ella se iba y yo me quedaba. Antes había tenido la esperanza de que volvería y lo arreglaríamos, que tendríamos una oportunidad, pero esa oportunidad había desaparecido de un plumazo.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando volvió a entrar en el salón, llevaba unos papeles en la mano. Me los tendió: eran los informes de su madre.

—Ahora les echo un ojo, te digo algo mañana. Descansa. —Hice el amago de levantarme a darle un beso de buenas noches, pero se apartó y se volvió a ir. Fue como un puñetazo en el estómago. La entendía, pero aun así me dolía.

Me había dicho, a su manera, que estaba enamorada de mí, que no era uno más, y yo me había quedado de piedra ante tal confesión. Guardaría ese recuerdo en mi mente para siempre. No me lo merecía. Tenía algo de razón: me había asustado de lo que sentía, estaba tan desbordado que no me paré a reflexionar detenidamente sobre las circunstancias y las consecuencias. No me iba a acostar con Anna, eso lo tenía claro, pero debí haber pensado mejor las cosas.

Jamás se me habría ocurrido pedirle que se quedara conmigo, por mucho que quisiera que no se fuera y se quedase a mi lado, sería egoísta por mi parte, ella tenía que estar con los suyos en estos momentos. Yo, mejor que nadie, sabía lo importante que era estar con la familia en el proceso de enfermedad. Se iba, y no había modo de arreglarlo.

## 33 Adiós

*«“Adiós” no es una palabra válida entre tú y yo.»*

*Jaime*

*Cristina*

Volver a ver a Jaime me dejó una sensación muy agridulce. Tenerlo delante y no poder acariciarlo, besarlo, acurrucarme en sus brazos era doloroso. Me había gustado que me explicase lo de Anna, había dejado de tener la sensación de traición. También me gustó que me explicase que se había agobiado con lo nuestro. Al menos no me había inventado sentimientos donde no los había.

Nuestra corta relación no había durado mucho y yo debía volver a casa, donde tenía a mi familia, que me necesitaba más que nunca, y a mis amigos, que sabía que podía contar con ellos para todo, así me sería más fácil superarlo y recuperarme, ¿verdad?

Esos tres días que estuve en Nueva York fueron una vorágine en la que casi no me enteraba de nada. Intenté aprovechar el domingo para guardar las cosas en la maleta y no olvidarme de nada. Jaime les había dicho a Jack y Neil que me volvía a España, así que se presentaron en casa con Jill y con cervezas para hacer una especie de despedida. Me emocioné muchísimo.

No había coincidido muchas veces con ellos, pero sí las suficientes para cogerles cariño. Eran unas personas estupendas y me hicieron llorar. En especial Neil, me encantaba con su humor ácido y ese tonteo eterno que se traía con todas las mujeres, le adoraba.

En un momento dado, Neil me abrazó con fuerza y me dijo en castellano con acento americano que iba a echarme de menos y que estaba seguro de que volveríamos a vernos.

—Tienes un acento muy sexi hablando castellano —le dije sorprendida.

—Todas las españolas me decís lo mismo.

—¡Porque es cierto! Hablas muy bien. ¿Y eso por qué?

—Soy de Miami, allí todos hablamos español.

—Háblame más con ese acento —le dije guiñándole un ojo.

Sonrió y se acercó a mi oído como para contarme un secreto.

—No es una buena idea, caerías rendida a mis pies —me dijo, y luego miró a Jaime.

Me reí negando con la cabeza. Cambiamos de tema y de idioma y seguimos hablando entre todos. Cuando se fueron, nos quedamos Jaime y yo solos y el ambiente se puso tenso. Ninguno de los dos era capaz de sacar un tema inocente para hablar, al final todo nos llevaba a que yo me iba y nos dejaba con una sensación mezcla de incomodidad y tristeza.

—Me voy a dormir —dije para acabar con la tensión.

—Vamos, Cris, podemos hacer algo juntos, ver una serie o hablar de cualquier cosa, lo hemos hecho mil veces antes.

—No puedo, no me siento cómoda contigo, lo siento.

Le cambió la cara, estaba dolido, pero no me recriminó nada y no insistió en que me quedara.

No había nada en este mundo que me apeteciera más que aprovechar el tiempo con él y hacer como si no pasase nada, pero a la larga supondría más dolor para mí; cuantos menos recuerdos bonitos, mejor para la recuperación.

El lunes pasó igual de rápido que el domingo. Fui a la oficina a dejar todas las cosas y a firmar los papeles. Me despedí de mi jefe, lo echaría de menos, nos llevábamos bien. Cuando salimos del trabajo invité a unas cervezas en el bar de al lado de la oficina a la gente que estaba por allí.

Al principio se unieron muchas personas, pero poco a poco se fue todo el mundo y nos quedamos Sarah, Sam y yo, que acabamos de emborracharnos con una botella de vino. Nos despedimos llorando como magdalenas y les prometí que volvería a hacerles una visita con el tiempo.

Me desearon que todo saliera bien, que las mantuviera informadas y, por supuesto,

prometimos que seguiríamos en contacto; lo normal en estos casos. Las echaría de menos un montón, se habían ganado un huequito en mi corazón.

Jaime estaba esperándome en el salón cuando llegué.

—¿Ha sido duro despedirse de la gente del trabajo? —me preguntó.

—Un poco, sobre todo de mi jefe y de Sarah y Sam. Al resto de la gente la conocía, pero no mucho, como viajamos tanto no coincidimos mucho en la oficina.

—Ya.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué más decir.

—¿Quieres cenar? —me preguntó—. He hecho gazpacho y tortilla de patata y también hay jamón serrano.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, era la misma cena que yo había preparado el día que me mudé al piso. Estaba paralizada, solo podía mirarlo con las lágrimas amenazando con caer.

—Claro. ¿Cómo decirle que no a semejantes manjares? —intenté sonreír, pero no creo que lo consiguiese.

Ambos intentamos que la cena fuera divertida, hicimos esfuerzos titánicos por sacar temas de conversación sin peligro, pero es difícil aparentar que estás feliz de la vida cuando lo cierto es que hay veces que no sabes cómo enfrentarte a ella.

—No voy a estar mañana para despedirme de ti —me dijo cuando acabamos de recoger.

Inspiré hondo para matar la sensación de que me quedaba sin aire cuando pronunció esas palabras. Me mordí el labio, no quería que me temblase.

—No sé cómo despedirme de ti. No quiero hacerlo. —Me abracé a él. No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, abrazados fuertemente el uno al otro sin decir nada.

Me acerqué a su mejilla para darle un beso, al mismo tiempo que él giraba la cabeza para darme a mí. Nuestros labios se rozaron ligeramente en las comisuras. Otra vez estábamos envueltos en un halo de deseo y necesidad imposible de ignorar. Me mordí el labio y Jaime cerró los ojos con pesar.

—Vete a dormir. Si te quedas aquí un segundo más, no te voy a poder quitar las manos de encima, y no creo que sea una buena idea —me dijo.

Seguí parada frente a él, sin reaccionar, sopesando lo que me había dicho. Mi respuesta tardó un poco en llegar:

—Tienes razón. Que descanses. —Me costaba hablar, era como si una mano invisible me apretara la garganta hasta dejarme sin voz. Inspiré hondo para coger la fuerza necesaria para poder despedirme definitivamente de él—: Adiós.

Salí corriendo a mi habitación y me tiré llorando en la cama.

Decir adiós a Jaime era lo más duro de todo, incluso sabiendo que él no me quería de la manera que yo necesitaba. Se había agobiado, no estaba preparado, tenía que aceptar que yo no era la persona por la que él se iba a tirar a la piscina, por mucho que doliera.

Me acaricié el tatuaje del pubis inconscientemente. Había conseguido superar lo de Álvaro y ser amiga suya; con Jaime lo lograría también, era una persona que merecía la pena mantener en tu vida. Lo conseguiría... aunque en el fondo de mi corazón era consciente de que me iba a costar más, porque con Jaime todo había sido más.

Llorando me quedé dormida. Me desperté al rato con sensación de angustia.

«Jaime».

Me levanté y fui a su habitación, estaba sentado en la cama, leyendo, me miró sorprendido cuando entré.

—Jaime... —susurré.

Antes de que me diera cuenta, él me había cogido en brazos y depositado en la cama mientras nos besábamos con desesperación. No había dulzura ni suavidad. Había necesidad, la necesidad de obtener del otro lo máximo posible, de acabar con la sensación de pérdida que nos embargaba, de saciarnos el uno del otro. Pero esa sensación de pérdida no cesó, ni tampoco nos saciamos.

Una de las veces que me quedé medio dormida, soñé que estábamos en una playa de aguas cristalinas y Jaime me decía que me quería. Así de cabrón es el subconsciente a veces.

Cuando me desperté y recordé el sueño fui consciente de lo mucho que necesitaba

protegerme de mis sentimientos por Jaime. Me incorporé y lo observé con el corazón en un puño. Era hora de irse.

    Mi beso lo despertó, puse en ese beso todo lo que sentía por él.

—Adiós, Jaime.

—Hasta pronto, pequeña —dijo acariciando mis mejillas mojadas y besándome por última vez.

## 34 Hasta pronto

*«¡Qué cabezón! Era un “adiós”.»*

*Cristina*

*Jaime*

Tres días, solo tres días iba a estar en Nueva York, y el último día ni siquiera iba a poder estar con ella porque Neil y yo íbamos a asistir a un congreso de oncología que se celebraba en Filadelfia y no podía saltármelo. Nos habíamos inscrito hacía meses. Era importante para nosotros porque acudían oncólogos de todas partes del mundo y se hablaba de las últimas novedades en tratamientos, y siempre era interesante estar al tanto de los últimos estudios realizados.

Al día siguiente de la charla en la que Cris me contó que se volvía a Madrid, me fui a trabajar con el peor humor del mundo. Neil y Jack me estaban esperando porque sabían que Cris había vuelto, me interceptaron según llegué al hospital y nos fuimos a la consulta de Neil para que nadie nos molestase.

—¿Qué ha pasado? ¿No has podido arreglar las cosas con ella? —preguntó Jack al verme con la cara hasta los pies.

—Más o menos, me dejó explicarle lo que pasó con Anna.

—¿Y entonces? —indagó Neil.

—Me preguntó por qué la había llevado a casa si no quería nada con ella, y no supe muy bien qué contestarle porque, en realidad, no había pensado mucho sobre el tema, pero lo cierto es que me había agobiado.

—Porque te diste cuenta de que estabas enamorado de ella —afirmó Jack.

—Es posible.



—¿Y ella lo sabe? —Neil me miraba con las cejas alzadas.

—¿Para qué? Ella se va a España... ¿Sabes dónde está España? A más de seis mil kilómetros de aquí —le dije agriamente. Suspiré, no se merecían mis borderías—. Perdona, Neil, estoy quemado.

—¿Se vuelve a casa? —Jack no salía de su asombro.

—Sí. A su madre le han detectado cáncer de mama.

Neil abrió grandes los ojos por la sorpresa.

—¿Y cómo está?

—Asustada. Mastectomía en dos semanas y radio. Está preocupada y vuelve para estar con su familia. Se va dentro de dos días. Se va. ¡Joder!

—¿Y cómo estás? —Se veía que Neil estaba preocupado. Él era el que mejor me conocía.

—Jodido. No va a volver.

—¿Por eso no le has dicho lo que sientes por ella? —preguntó Jack.

Asentí.

—No va a cambiar nada. Se va a ir de todos modos, y encima le va a hacer más daño.

—Es mejor que piense que te agobiaste y que por eso casi te tiras a otra, a que sepa que te agobiaste porque estás enamorado de ella, algo que no te había pasado en la vida antes. ¡Sin duda! —ironizó Neil.

—No es tan sencillo. Ahora mismo ella no está en condiciones de nada. Ni siquiera ha planteado ninguna posibilidad de mantener algo conmigo, no me ha dado opción. Está asustada por la situación de su madre. No necesita más quebraderos de cabeza. ¿Qué hago? ¿Le pido que se quede aquí conmigo sabiendo que lo que tiene que hacer es estar con los suyos?

—No, pero si le dices lo que sientes a lo mejor vuelve —dijo Neil.

—Si le digo lo que siento la obligo a parar su vida por mí, y tampoco me parece justo para ella.

—¿Cómo estáis ahora? —inquirió Jack.

—Todo es muy tenso.

—Bueno, habrá que hacer una despedida. ¿Hacéis algo esta tarde? —preguntó Neil sonriente.

Y así organizaron unas cañas en casa para despedirse de Cristina. Jill se apuntó. Todos le tenían cariño y querían desearle buena suerte y despedirse.

\*\*\*

Y llegó nuestro último día juntos. No la vi hasta por la noche. Le había preparado una cena española, la misma que ella me había preparado a mí el primer día juntos, algo simbólico, para cerrar un ciclo.

Después de cenar, nos fundimos en un abrazo de despedida al que casi sucumbimos cuando nuestros labios se rozaron por casualidad. Me costó todo mi autocontrol no echármela al hombro, llevarla a mi habitación y encerrarla para que no se fuera.

No era una buena idea, ambos teníamos sentimientos muy fuertes por el otro y hubiera sido alargar la agonía. Estaba convencido de que no tocarla esa noche era lo mejor. Tendría que conformarme con guardar en mi cabeza cada uno los recuerdos que habíamos creado.

Estaba leyendo en la cama cuando la oí entrar en mi habitación y susurrar mi nombre. ¡A la mierda el autocontrol! Salté de la cama y me abalancé sobre ella sin pensarlo.

Los dos estábamos ansiosos, nos besábamos con la desesperación propia de la separación. Estuvimos toda la noche intentando obtener con nuestros cuerpos la tranquilidad que nos pedían nuestras mentes, pero no lo conseguimos. No éramos capaces de saciar la necesidad que teníamos el uno del otro.

Después del último polvo, Cris se quedó dormida sobre mi pecho. Yo no podía dormir, la angustia de perderla se apoderó de mí. Recordé con ironía como me había agobiado de tener unos sentimientos por ella tan fuertes que sentí que había perdido el control de la situación; en ese momento ni siquiera era capaz de imaginar que esa sensación era ínfima comparada con el dolor de perderla de verdad, de tener que dejarla ir.

Recordé esa canción: «Let her go», de Passenger, y me pareció de lo más apropiada para

ese momento.

*Staring at the ceiling in the dark*

*Same old empty feeling in your heart*

*'Cause love comes slow, and it goes so fast*

*Well, you see her when you fall asleep*

*But never to touch and never to keep*

*'Cause you loved her too much, and you dived too deep*

*Well, you only need the light when it's burning low*

*Only miss the sun when it starts to snow*

*Only know you love her when you let her go*

*Only know you've been high when you're feeling low*

*Only hate the road when you're missing home*

*Only know you love her when you let her go*

*And you let her go*

Cris había tenido la valentía de decirme que estaba enamorada de mí. Yo no. ¿Por qué? Supongo que es difícil reconocer en voz alta algo que te hace vulnerable, pero también lo había omitido por no añadir más dolor a la, ya de por sí, jodida situación.

Ella se iba a ir, tenía que estar con su familia, y saber que el sentimiento era recíproco

solo habría añadido más dolor a la separación, ¿verdad?

—Te quiero —le susurre dándole un beso en el pelo. Ella no se enteró, pero yo necesitaba decírselo.

Me despertó con un beso. Estaba llorando. Noté como la garganta se me secaba. Había llegado el momento de la despedida.

—Adiós, Jaime.

Y en ese instante lo vi claro.

—Hasta pronto, pequeña —le dije mientras acariciaba sus mejillas para limpiarle las lágrimas. La besé una vez más.

Dolía verla salir por la puerta, despacio, sin el aura de alegría que la caracterizaba. Cris era risueña, todo lo hacía con entusiasmo y sentido del humor. Era la primera en hacer una broma y reírse de sí misma, era capaz de aligerar el ambiente en situaciones tensas casi sin ningún esfuerzo. Era, simplemente, perfecta.

La mujer que salía de mi habitación estaba alicaída, derrotada. Se me encogió el corazón.

Le esperaba una época muy dura en la que yo no iba poder estar con ella en la manera en la que me gustaría, pero le haría saber que estaría allí para lo que necesitara. Había tomado una decisión, sabía perfectamente qué tenía que hacer. ¿Cómo no lo había visto antes?

«Ahora solo falta llevarla a cabo».

Sonreí irónico. ¡Como si fuera fácil! Llevaría su tiempo, de eso estaba seguro, pero había que hacer las cosas bien.

## 35 Encapsulada

*«Era imposible entrar. Impotente: así me sentía.»*

*Jaime*

*Cristina*

Contar cómo fue mi vida después de despedirme de él y volver a casa es complicado.

Recuerdo el momento de llegar al aeropuerto y correr hacia mi hermano David, que me esperaba justo en la puerta de llegadas, medio riendo de alegría por verlo, medio llorando por la tristeza de haber dejado a Jaime atrás.

La gente a mi alrededor debía pensar que estaba para encerrarme en el psiquiátrico. Mi hermano David era el mediano y con el que mejor me llevaba por la escasa diferencia de edad entre nosotros. Le había contado toda la historia de Jaime, así que sabía que estaba hecha polvo.

Las semanas que siguieron a mi vuelta fueron un poco caóticas, de no saber por dónde me andaba.

Cuando volví la primera vez para acompañar a mi madre al oncólogo, hablé con mis antiguos jefes, les expliqué lo que pasaba y que quería volver a España, pero en otro departamento donde no hubiera que viajar tanto. Lo entendieron a la perfección y me lo facilitaron rápidamente. Se portaron genial. Así que, cuando volví para quedarme definitivamente, ese tema estaba totalmente solucionado.

Al principio me instalé en casa de mis padres, en mi antigua habitación con mi cama y mis cosas, pero sabía que tenía que buscar un piso para mí. Adoraba a mis padres y, en ese momento más que ningún otro, necesitaba estar con ellos, pero no en su casa.

Me había independizado hacía años y no me apetecía volver a tener que dar explicaciones de determinadas cosas. Busqué piso en el barrio, no me pillaba muy bien del trabajo pero, como podía teletrabajar desde casa siempre que quisiera, me daba un poco igual tardar una hora en

llegar en transporte público los días que fuera a la oficina; aprovecharía para leer.

Me planteé compartir piso, pero lo descarté rápidamente, esta vez iba a vivir yo sola. Encontré una vivienda muy bien de precio cerca de casa de mis padres, tenía dos habitaciones y una pequeña terraza. La cocina era pequeña y el salón mediano, pero para mí sola era más que suficiente. Una de las habitaciones me serviría de despacho. ¡Era genial!

La verdad es que vivir sola era toda una novedad y una experiencia que no estaba mal. Seguro que, después de todo lo que había pasado, me venía bien para poner las cosas en orden, pero echaba de menos la compañía, sobre todo, por la noche.

A veces me sentía sola y lloraba y no había nadie que me consolara. No hace falta que cuente que lo que más echaba de menos era a Jaime, a él, echaba de menos todo de él. Me lo imaginaba siguiendo con su vida en el hospital, acostándose con Anna y olvidándose de mí. Efectivamente, estaba autoflagelándome. Y entonces lloraba y lloraba, sin que hubiera alguien que me consolara.

Era ridículo pensar que, en el poco tiempo que estuvimos juntos, me hubiera convertido en algo importante para él más allá de una anécdota en su vida; me había cogido cariño y le gustaba como para intentar algo, pero no lo suficiente.

Le creí, de verdad que le creí cuando me confesó que no había pensado las consecuencias de llevarse a Anna a casa, pero en el fondo de mi corazón tenía la certeza de que lo había hecho de un modo inconsciente, para estropear lo nuestro porque no estaba preparado.

Para mí, él se había convertido en imprescindible, y seguir con mi vida sentimental me iba a costar más de lo que había pensado. Atesoraba los momentos que habíamos compartido y los acariciaba en mi mente cuando estaba sola. Tenía que recomponerme y seguir adelante, eso lo tenía claro, pero no me resultaba fácil, toda mi energía positiva estaba dedicada a afrontar la enfermedad de mi madre.

En esas primeras semanas, Jaime y yo hablamos alguna vez por teléfono pero, sobre todo, nos comunicábamos por mensajes. Al principio yo necesitaba mucho espacio y no tenerlo presente en mi vida, no estaba muy por la labor de hablar con él a menudo.

Limitaba el tema de conversación a la enfermedad de mi madre y de cómo lo estábamos llevando. Frenaba todo el rato sus intentos de avance en cualquier otro aspecto de mi vida, yo nunca le preguntaba por la suya fuera de lo estrictamente cordial: le preguntaba por su trabajo,

también por Neil, Jack y Jill.

Él, a veces, me contaba cosas por iniciativa propia, y así me enteré de que había alquilado mi habitación a un chico, no le hice ningún comentario al respecto, pero obviamente me alegré, de una manera egoísta, de que no fuera una chica.

Estar cerca de mi madre en esos momentos me daba tranquilidad, mi madre no iba a pasar por eso sola, todos estábamos con ella como la piña que éramos. ¿Qué sentía? Miedo, mucho miedo, e incertidumbre, lo peor era no saber qué iba a pasar.

En mi fuero interno yo era optimista, y lo cierto es que el pronóstico era bueno, el oncólogo nos había dicho que ni siquiera pensaba que necesitara quimioterapia, que en la mayoría de los casos como los de mi madre, con radioterapia después de la cirugía era suficiente, y luego terapia hormonal sustitutiva. Jaime me lo había dicho también, así que yo estaba convencida de que sería así.

Las semanas pasaban y mi madre iba al hospital siempre acompañada por mi padre y por mis hermanos o yo. No la dejábamos sola ni un segundo.

Mi madre es una persona fuerte y alegre, la actitud con la que se enfrentó a la enfermedad era digna de admirar, era como si para ella fuera una batalla que iba a ganar sí o sí. Y aun con esa actitud, las cosas no eran sencillas: según pasaba el tiempo se iba apagando un poco, y nosotros con ella.

Para que os hagáis una idea, perdí casi cinco kilos, se me marcaban las costillas. Fueron momentos difíciles que nos hicieron darnos cuenta de la importancia que tiene un abrazo, una caricia, unas palabras cariñosas, de no dejar para mañana el decir un «te quiero» porque nadie tiene la certeza de que mañana realmente tengas la oportunidad de hacerlo.

Aquellas primeras semanas mi vida se resumía en trabajar, ir al hospital y estar en casa de mis padres.

En el trabajo tenía a Emma, de mi grupo de locas, que me animaba los ratillos de descanso, me contaba sus cosas con Ken y así me distraía de pensar en mi madre y en Jaime.

A veces Álvaro me obligaba a quedar con él, no me daba la opción de decirle que no, y nos íbamos a cenar y me hacía saber que estaba ahí, como siempre había estado.

Con Javi pasaba lo mismo, no dejaba que lo apartase de mi vida. Se presentaba en casa sin

avisar para que lo invitara a cenar en casa. A veces se quedaba a dormir conmigo y me abrazaba, y eran de los pocos momentos en los que sentía que no cargaba el peso del mundo sobre mis hombros.

Las casualidades que tiene la vida: Valeria trabajaba en el hospital donde estaban tratando a mi madre. Jaime le había contado toda la historia de que me volvía a casa por su enfermedad y me llamaba de vez en cuando para ver qué tal iba todo.

Un día de los que fui yo al hospital con mi madre, hubo un rato en el que no podía estar con ella y llamé a Valeria para tomarnos un café y agradecerle en persona lo que se estaba preocupando por mí. Se portó fenomenal, en cuanto la llamé vino a buscarme y fuimos a la cafetería y estuvimos hablando un poco de la vida en general, de mi madre, de mi vuelta y de cómo te cambia la vida a veces.

Ella no mencionó a Jaime para nada, gesto que agradecí. Me contó un poco su trabajo en el hospital y que se había mudado al piso de Borja después de volver de su visita a Nueva York en verano. Me lo contaba con tono alegre, pero en el fondo podía ver que estaba forzándose a sí misma para parecer contenta, como si repitiéndoselo muchas veces fuera a hacerse realidad.

Yo la comprendía del todo, era exactamente lo mismo que hicimos Álvaro y yo cuando nos fuimos a vivir juntos: forzar la situación para que pasase lo que tenía que pasar cuanto antes.

Fue ese momento en el que me di cuenta de que yo no era el centro del mundo, que el resto de las personas que me rodeaba también tenía problemas y que había estado viviendo como un fantasma, centrada en mi preocupación por mi madre y nada más, pero había más gente, a parte de mi familia, que se merecían mi atención.

Mis amigos habían estado ahí para mí, pero la verdad es que yo no lo había estado para ellos. Darme cuenta de ello fue como una bofetada en la cara. Obviamente decidí cambiar de actitud. ¡Ya estaba bien de autocompadecerse!

Ese día, cuando salimos del hospital, mi madre me preguntó qué me había pasado porque notaba un cambio en mí.

—Creo que he estado muy metida en mí misma desde que volví.

—Es lo que tiene el mal de amores —contestó mirándome divertida.

Yo la miré estupefacta, no le había contado nada de mi historia con Jaime, pero ella me



conocía demasiado bien. La abracé, era la mejor madre del mundo.

—Bueno, no solo por mal de amores —decidí no mentirle—, también de preocupación por ti. No he prestado mucha atención a la gente a mi alrededor, no lo he hecho muy bien.

—Cielo, es normal que a veces no nos demos cuenta de que hacemos algo... regular. Lo importante es rectificar una vez eres consciente del error. Eres una chica lista (eres mi hija), así que sé que le pondrás remedio rápido.

—Te quiero, mamá.

—¿Quieres contarme lo del mal de amores? —preguntó como de pasada.

Asentí y le conté la historia de Jaime, en versión *light*, ¡claro!

## 36 La llamada

*«Habría entendido que me hubieras mandado a la mierda.»*

*Cristina*

*Jaime*

El mismo día que Cris volvió a España, yo me fui con Neil a Filadelfia a un congreso médico. Filadelfia. No podía ser otro lugar. Hacía muy poco había disfrutado de una escapada fantástica a esa ciudad con ella, y ahora estaba allí jodido porque se había ido.

Si no hubiera sido por Neil, la desesperación se habría apoderado de mí durante el congreso. Cuando le conté la decisión que había tomado no se sorprendió, todo lo contrario, se lo esperaba, y lo cierto es que fue por él, en esas charlas, por el que empecé a mover los hilos que esperaba me ayudaran a poner en orden mi vida lo antes posible.

Cuando volvimos del Filadelfia y entré en casa recibí una fuerte bofetada de realidad. El piso se había quedado sin vida con su ausencia.

Me tomé mi tiempo hasta que busqué nuevo compañero de piso. Al principio me resultaba un sacrilegio que alguien estuviera viviendo donde debía estar ella. El alquiler era alto, pero me lo podía permitir, así que estuve mes y medio solo en casa, amargado, echando de menos a ese pequeño huracán que había entrado en mi vida para ponerla patas arriba.

La echaba tanto de menos que a veces abría la puerta de su habitación y me tumbaba en su cama vacía. En esa cama había tenido la experiencia sexual más intensa de mi vida, el día que me di cuenta de que quería estar con ella, el día que entré en su habitación solo para dormir con ella; ese día no supe gestionar lo que sentía por ella.

Tumbado en su cama, recordaba los momentos que habíamos pasado juntos y era consciente de lo mucho que necesitaba resolver aquella situación cuanto antes.

Intentaba canalizar mis sentimientos con la guitarra y era casi peor: sin darme cuenta me

encontraba tocando «Ain't no sunshine», de Bill Withers. Así de jodido estaba.

*Ain't no sunshine when she's gone*

*It's not warm when she's away*

*Ain't no sunshine when she's gone*

*And she's always gone too long*

*Anytime she's goes away*

*Wonder this time where she's gone*

*Wonder if she's gone to stay*

*Ain't no sunshine when she's gone*

*And this house just ain't no home*

*Anytime she goes away*

Desgarraba las putas cuerdas de la guitarra con cada uno de los acordes y se me desgarraba la voz con cada una de las palabras de la canción porque no podían ser más acertadas.

*And I know, I know, I know...*

*...I know*

*Hey I oughta leave young thing alone*

*But ain't no sunshine when she's gone,*

*Ain't no sunshine when'she's gone*

*Only darkness every day'*

*Ain't no sunshine when'she's gone*

*And this house just'ain't no home*

*Anytime she goes away*

En el hospital todos se habían acostumbrado a verme serio y un poco asocial. Sabía por Jack que la gente pensaba que estaba así por haberlo dejado con Anna, lo cual en realidad me daba lo mismo, pero esa creencia generalizada al final tuvo sus consecuencias.

Anna se pensó que era verdad que yo estaba taciturno porque la echaba de menos a ella, así que se acercó un día a mí en la sala de descanso y me empezó a preguntar qué me pasaba y que si ella podía arreglarlo; que, si los dos estábamos hechos polvo, igual era mejor volver a intentarlo de un modo más serio. Yo no daba crédito a lo que me estaba diciendo.

—Anna, ¿qué te ha hecho pensar que quiero volver contigo? Creo que te dejé claro que había otra persona en mi vida.

—Es obvio que esa persona no te hace feliz. Todos podemos ver que tienes la cara hasta los pies.

La furia se adueñó de mí, me costó mucho mantener la compostura y no mandarla a tomar por culo directamente.

—Creo que es mejor que te vayas de mi vista. No vuelvas a acercarte a mí para nada que no sea de trabajo.

Después de aquel encuentro, Anna se cuidó de no cruzarse conmigo para nada. Apenas coincidíamos en los turnos y, cuando lo hacíamos, no se me acercaba ni siquiera por trabajo: mandaba a alguna compañera si necesitaba algo de mí.

Neil y Jack eran pilares en mi vida. Ninguno me dejaba en paz el tiempo suficiente para acabar hundiéndome. Ambos hacían planes constantemente para mantenerme distraído. Cuando no venían a casa con cervezas, organizaban una cena en casa de Jack o unas pizzas en casa de Neil.

Jill, por supuesto, siempre que podía se unía y hacía de madre, que no le pegaba mucho, pero se le daba muy bien. Me protegía como a un cachorro, y yo se lo agradecía muchísimo porque estaba lejos de mi familia y necesitaba ese cariño protector.

Al final puse el anuncio para buscar a un hombre con quien compartir el piso. Esta vez no me costó tanto encontrar a alguien que cuadrara. Matt se presentó como un tipo serio, un poco mayor que yo, limpio y ordenado que no se entrometería en mi vida para nada.

Cuando nos cruzábamos en casa el ambiente era cordial al principio, y con el tiempo se volvió amistoso. Lo cierto es que Matt era tímido, y por eso de primeras daba la sensación de ser serio, pero según iba pasando el tiempo te dabas cuenta de que era por timidez, en realidad era un tipo amable y gracioso cuando se encontraba cómodo.

Cuando Matt se vino al piso, todo mejoró en general. Ya no podía autocompadecerme en su habitación y tenía compañía que me distraía de mí mismo. Después de un par de veces que Jack y Neil vinieron a casa, se creó un buen ambiente entre los cuatro y Matt se unió a nuestro pequeño grupo y se apuntaba a las quedadas siempre que podía.

Y con Cris: una mierda. Estábamos a un océano de distancia, pero parecía haber miles de galaxias entre nosotros. Sabía que iba a ser difícil, pero lidiar con ella era un esfuerzo titánico. Casi nunca me cogía el teléfono, apenas me contestaba los mensajes. Nunca me dejaba preguntarle por nada que no fuera su madre. Sus respuestas eran con monosilábicos siempre, jamás me contaba nada personal y solo me preguntaba lo que el protocolo social estipulaba. Hablar con ella era como recibir el parte meteorológico.

Sabía que se iba encerrar en sí misma y que no me lo iba a poner fácil, pero el muro de protección que había erigido contra mí era impenetrable. Había días que me enfadaba con ella, no podía evitarlo.

De verdad que entendía que lo estaba pasando mal y que necesitaba espacio, y que parte de la culpa la tenía yo, pero era agotador estar pico y pala todos los días y no recibir ni el mínimo atisbo de mejora en nuestra relación. A veces pensaba en claudicar, por agotamiento, pero recargaba las pilas y volvía al ataque.

Y entonces un día cogí el teléfono, y era su nombre el que aparecía en la pantalla de mi móvil. Estaba alucinado, tan alucinado que, cuando vi que era ella, pensé que había pasado algo malo con su madre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en cuanto descolgué.

—Hola, sí, yo estoy bien, gracias —contestó con un deje de diversión en la voz.

—Hola, ¿todo bien? —le dije un poco más tranquilo.

—Sí, todo normal, sin cambios.

—De acuerdo.

—Y tú, ¿cómo estás?

—¿Es una pregunta trampa? —Quizás no era la pregunta más acertada, pero estaba tan atónito por el hecho de que ella me llamase sin que fuese una emergencia médica que no sabía qué decir.

—Supongo que me lo merezco. No, no es una pregunta trampa, es una pregunta sin más, de las de toda la vida, de las que esperan respuesta. Quiero saber cómo estás. Llevas mucho tiempo preocupándote por mí y ni una sola vez te he preguntado cómo estás tú, lo siento de verdad.

—Cris, yo estoy como siempre. —No iba a mentirle, no le iba a decir que estaba bien cuando no era cierto, pero tampoco le iba a decir que la echaba de menos o que me dolía la separación. Me había enfadado a veces con ella en mi cabeza por ignorarme, y ahora que se preocupaba por mí no sabía qué decirle.

—¿Estás bien?

«¡Mierda, no ha colado!».

—Estoy todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias.

—Eso no significa nada, Jaime. Pero está bien, te contaré yo algo: hoy he visto a tu hermana. Le he hecho una visita en el hospital, mientras mi madre estaba con el tratamiento me he ido a tomar un café con ella. ¡Es un encanto! Desde que volví me ha estado llamando de vez en cuando para saber qué tal iba la cosa, quería agradecerle en persona el interés. Ha sido muy agradable.

—Me alegro de que me llames, significa mucho para mí.

—Y para mí. Gracias por estar ahí todo el rato, por no claudicar, sé que no te lo he puesto fácil.

—A veces he estado tentado de dejarte ir del todo —le dije con sinceridad.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. ¿Estás bien?

—Regular. ¿Tú? —pregunté.

Cristina se tomó su tiempo para contestar.

—Bueno, voy lenta. Pero hoy, con tu hermana, me he dado cuenta de que no soy la única persona en el mundo con problemas. Jaime, tu hermana no está bien con Borja, que lo sepas. Te va a necesitar.

—No me ha contado nada. Siempre me da a entender que está bien.

—No es verdad. A mí me ha dicho lo mismo, pero te prometo que se estaba esforzando en intentar creérselo. Me recuerda a mí cuando me fui a vivir con Álvaro, encabronada con solucionar algo que era irreparable. Ella no está bien y cuando coja el valor suficiente le pondrá remedio a la situación. Tienes que estar atento. Yo lo estaré también.

—Gracias por el aviso. Luego la llamo, a ver qué me cuenta.

—Oye, quiero que sepas que estoy aquí para ti. ¿Vale?

—Vale. Voy a ir a casa unos días el mes que viene y me gustaría verte.

Se hizo el silencio.

—Lo pensaré, no te prometo nada.

—Con eso me conformaré por ahora.

Se rio por lo bajo.

—Bueno, te dejo, voy a seguir con la lista de llamadas de gente a la que le debo una disculpa.

Me la imaginé guiñándome un ojo. Sonreí al oírla con cierto toque de alegría.

Llamé a mi hermana según colgué.

—Hola, me acaba llamar Cris.

—Qué rápido vuelan las noticias. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo la has visto? —pregunté directo.

Suspiró.

—Pues, con sinceridad, muy desmejorada. Está en los huesos, se le ha chupado la cara y tiene las ojeras marcadas. Por lo demás, ha estado simpática y muy amable, pero se nota que está cansada.

—Joder. ¿Algo interesante que me puedas contar?

—No hemos hablado de ti. Me ha dicho que la próxima vez que vaya al hospital, me dará un toque, así que, bueno, ya te iré contando.

—¿Tú cómo estás? ¿Qué tal todo, Val?

—Yo estoy bien, ya sabes, sin novedades en el frente.

Y ahora que le ponía atención, noté cierto grado de tensión en su voz. Se esforzaba en parecer alegre. Decidí no forzar la situación.

—Me alegro. Ya tengo los billetes. Va a ser una visita exprés. Me quedaré en casa de papá y mamá esos días.

—Ya sabes que te puedes quedar en casa de Borja, hay una habitación que puedes usar —me dijo.

«Casa de Borja», no «nuestra casa» o «con nosotros». Definitivamente, Cristina tenía razón.

—Te lo agradezco, pero seguro que les gusta tenerme en casa con ellos, hace mucho que no nos vemos.

—Eso es verdad.

—Te dejo, hablamos otro día. Recuerdos a Borja.



—Adiós. Un beso.

## 37 Fiesta en casa

*«Qué peligro tenéis tus amigos y tú con alcohol de por medio.»*

*Jaime*

*Cristina*

El día que fui consciente de que me había encapsulado, llamé a la gente que había estado apoyándome sin condición durante esa temporada, necesitaba que supieran que estaba ahí yo también para ellos.

La llamada que más me costó hacer fue la de Jaime. Él era la persona a la que más había alejado de mí y, aunque en gran parte era para protegerme del dolor que me producía el amor no correspondido, he de reconocer que también había una parte de mí que quería castigarle por ese mismo motivo.

Cuando me confesó que había estado a punto de mandarme a tomar por culo —aunque él lo dijera más finamente, tan recto y comedido como es él—, me asusté muchísimo, yo no quería perderle y había estado a punto de hacerlo sin darme cuenta, por mantenerme en esa actitud.

Siendo sincera, también me dolió saber que él también lo estaba pasando mal. Era Jaime. Lo quería y quería que estuviera bien.

Jaime venía a Madrid unos días. Yo no estaba preparada para verlo. Seguía totalmente enamorada de ese hombre que estaba a miles de kilómetros de mí, no había avanzado nada en el proceso de olvidarle.

«¿Lo conseguiré algún día? Lo dudo».

Tampoco me había esforzado en ello, había estado tan sumida en la enfermedad de mi madre que no me había dedicado ni un poquito a seguir con mi vida; excepto las veces que Álvaro o Javi me obligaban a salir con ellos a cenar no había salido de casa. Mis amigas las locas me habían propuesto mil veces salir a tomar algo, pero nunca me animaba.

Mi actitud cambió y mi vida mejoró un poco. Tampoco es que fuese la panacea, pero es verdad que, darme cuenta de que me había sumido en un pozo negro de autocompasión, hizo que las cosas mejoraran. Empecé a salir de vez en cuando, poco, es cierto, pero algo, y a veces incluso era yo la que proponía algún plan.

También me bajaba con mi hermano David a tomar una cerveza a algún bar del barrio y así, poco a poco, empecé a recuperar mi vida social.

Mi madre seguía yendo religiosamente al hospital. Los días que era yo quien la acompañaba intentaba aprovechar y ver a Valeria. Si bien yo iba hacia arriba en cuanto a estado de ánimo se refería, ella iba hacia abajo. Un día me reconoció que las cosas no funcionaban con Borja todo lo bien que ella quería, que lo estaban intentado, pero no sabía qué iba a pasar.

—Este sábado voy a hacer una cena en casa con unos pocos amigos, vente, son muy majos todos, te van a encantar y te servirá para darte un respiro —propuse pensando que no aceptaría.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo —dijo al final.

Me sorprendió gratamente.

—Genial. Luego te mando la dirección. ¡Ah!, no te esperes una supercena, más bien algo informal, cutre, y luego unas copichuelas. —Le guiñé un ojo.

—Me parece un plan estupendo.

Había organizado la cena a modo de disculpas con mis amigos con la excusa de la inauguración de mi casa. Llevaba viviendo más de dos meses allí, pero bueno, nunca es tarde, ¿no? Había invitado a Javi, Álvaro y a las locas, se conocían entre todos, así que no había problema entre ellos. Eran gente muy integradora y estaba segura de que iban a cuidar de Valeria y a hacerla sentir a gusto.

Fue ella la primera en llegar a casa, traía una botella de vino, sonrió contenta cuando le abrí la puerta. Me ayudó en la cocina con la comida y a preparar las cosas mientras hablábamos.

—¿Quieres hablar de lo de Borja? —pregunté tanteando el terreno.

Me miró con tristeza.

—No me hace feliz. No soy más feliz con él que sin él. Lo quiero, no me malinterpretes, pero no *lo quiero* —dijo enfatizando las últimas dos palabras.

La miré anonadada.

—Y si lo tienes tan claro, ¿qué es lo que te frena?

—Borja es un buen tipo, un poco simple quizás, pero eso no lo veo como algo malo. Las personas más complejas lo único que hacen es complicarte la vida. Él es buena persona, se preocupa por mí y me quiere.

—Pero tú a él no. O no del modo correcto.

—¿Y cuál es el modo correcto? —preguntó, triste—. Las veces que me he enamorado hasta el tuétano he acabado sufriendo por diversos motivos, y no me han querido más o mejor de lo que lo hace Borja.

—Yo no soy la más adecuada para hablar de amor. En fin. He estado enamorada tres veces. La primera fue de adolescente, una relación intensa y desproporcionada con un tío con el que al final no tenía nada que ver. Después vino Álvaro... luego le conocerás. Con él, al contrario, teníamos todo en común, tanto es así que incluso a los dos nos gustan los hombres. Resultó ser gay. ¡Flipa!

—¿En serio? —preguntó con los ojos como platos. Asentí, divertida—. Y luego mi hermano.

—Sí. Así que, como puedes ver, siempre me ha ido mal. No soy una experta que se diga en temas del corazón. Pero creo que, aun así, merece la pena arriesgar.

—¿Vas a quedar con mi hermano cuando venga? —me preguntó directamente sin titubear.

«¡Joder con la hermanita!».

—No lo sé, Valeria. Aún no lo he decidido. Con sinceridad, no sé si estoy preparada para verlo todavía. —Me parecía una gilipollez mentirle o hacerme la sueca—. Por un lado, me apetece pasar tiempo con él, pero por el otro, creo que me va a hacer daño.

—Jaime te echa de menos.

—Y yo a él, muchísimo. Por desgracia eso no es suficiente, a veces echar de menos a alguien es solo eso: mirar con melancolía al pasado, pero nada más.

—No es el caso, él... —Se calló como pensando muy bien qué iba a decir—. Él no se va a conformar con irse sin verte. Viene muy pocos días, pero te puedo asegurar que tú eres su prioridad.

Cada una de sus palabras era como un dardo directo al corazón. Deseaba tanto que fueran ciertas, y al mismo tiempo daba tanto miedo que lo fueran...

—Ojalá fuera cierto —susurré, triste, aunque no creo que me oyera porque justo en ese momento llamaron a la puerta: era Álvaro.

Valeria lo miraba boquiabierto después de lo que le había contado.

—Hablábamos del amor —le puse al día—. Por cierto, Valeria es la hermana de Jaime.

Álvaro levantó las cejas sorprendido.

—Encantado. Toda una sorpresa —salió de su estupefacción—. ¿Y a quién destripabais?

—A ti —repliqué con una sonrisa ladina.

—Entonces es mejor que me vaya —siguió la broma.

Valeria nos miraba anonadada.

—Ahora ya en serio, hablamos de la mierda que es el amor y el daño que hace. Valeria está pasando por un mal momento. Pero yo no estoy para levantar el ánimo a nadie. De hecho, estoy por claudicar y no lanzarme a la piscina nunca más. Mis experiencias son bastante malas como para tener ganas de animar a nadie en ese aspecto. ¿Tú qué dices, Álvaro?

—Que tienes que dejar de decir gilipolleces. —Me reí por lo bajo—. Ahora no estás en plenas facultades como para dar charlas sobre el amor, enana. Pero tú sabes que te domina el tatuaje. —Boqueé como un pez—. Y tampoco han sido tan malas, ¿no?

—Nooo.... ¡Solo he vuelto gay a uno de mis ex!

A Álvaro se le escapó una carcajada. Valeria no atinaba a hablar.

Volvieron a llamar a la puerta. Javi que, sorprendentemente, no era el último en llegar.

—Hola, amor. Llegas justo a tiempo para hablar de tu tema favorito: el amor.

—¿Ya estás llorando por Jaime otra vez? Pues que sepas que está muy bueno y todo lo que tú quieras, pero tienes que olvidarle y follarte a otro —divagó sin mirar quién había en el salón.

—Javi, te presento a Valeria, la hermana de Jaime.

Javi abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, y así como cinco veces. Me encanta verle boquear de esa manera.

—Valeria, aparte de los miembros masculinos de mi familia, estos son los hombres más importantes de mi vida. Ellos te van a dar el puntito de optimismo con respecto al amor que yo no soy capaz. En el fondo, opino igual que ellos. Quien esté a mi lado tiene que hacerme feliz, si no, mejor sola.

—El amor no siempre dura eternamente, a veces solo un rato. Pero si te hizo feliz, mereció la pena, aunque solo fuera temporal —dijo Javi—. Yo de amores temporales sé mucho. —Sonrió travieso mientras levantaba las cejas significativamente.

—Hablamos de relaciones de más de una noche, Javi.

—¡Uff, qué pereza!

—Deja de decir tonterías, que tú quieres algo serio, estable y duradero tanto como el resto de los aquí presentes, sino el que más. ¡Que nos conocemos! Eres todo fachada, amor.

Al poco llegaron Elena y Emma. Mis locas. Hice las presentaciones y rápidamente Valeria estaba alegremente hablando con ellas, que le contaban no sé qué anécdota de un viaje que hicimos a Ibiza hace algún tiempo. ¡Qué peligro!

Después de la cena, con el alcohol corriendo por doquier, salió el tema estrella: Jaime, al que recondujimos hasta hablar del amor en general y, según iba corriendo el alcohol, rebautizamos la conversación como «la mierda del amor y sus nefastas consecuencias». No dejamos títere con cabeza. Allí todos contamos nuestras miserias y nos pusimos metas.

Yo prometí ante todos los presentes que, si quedaba con Jaime, iba a mantener las distancias en todo momento, y después de que se fuera me iba a dedicar a olvidarlo y lo iba a lograr a la velocidad de la luz. Se descojonaron.

Álvaro prometió trabajar duramente en su autoaceptación como homosexual recién descubierto para poder tener relaciones sanas y fructíferas en el futuro. Todos nos emocionamos y le apoyamos muchísimo. ¡A mí se me escapaban las lagrimillas y todo!

Javi, que hacía mucho que había superado sus problemas de aceptación de su sexualidad, se puso en plan protector con Álvaro —pobrecito mío— y le dijo que le haría de «padrino» en ese mundillo y le ayudaría en todo lo posible. Más lagrimillas.

Emma se puso seria a pesar de todo el alcohol que habíamos bebido, y prometió, sujetando un *gin-tonic* como si le fuera la vida en ello que, si en unos meses seguía teniendo dudas de si su chico era el hombre de su vida, entonces rompería con todo y se tomaría un año sabático para follarse a un tío en cada país. Más risas y aplausos.

Elena nos dijo que ya era hora de que los hombres dejaran de tomarle el pelo y, prometió solemnemente, chupito de tequila en mano, que dar oportunidades a mequetrefes se había acabado, la que se iba a reír de los hombres era ella. Aplausos y vítores.

Valeria, venida arriba por el buen acogimiento que había recibido en el grupo, prometió, también con un chupito de tequila, que nunca más se iba a conformar con menos de lo que había sentido con el *empapabragas*. Tuvo que aclarar que no solo se refería a lo que había sentido en la cama, pero que también. Más aplausos y gestos obscenos.

Corrieron los mojitos. Hubo un ambiente fantástico en casa ese día. Cómo lo echaba de menos. Fue muy importante para mí ver cómo la gente que me importaba más allá de mi familia estaba de fiesta en mi casa y nos echábamos unas risas.

De verdad que aquella noche fue increíble y, sin saberlo, marcó un punto de inflexión, un antes y un después para todos los allí presentes.

## 38 Contenido

«Cambiamos “Míster Engreído” por “Míster Contenido”, ¿vale?»

*Cristina*

*Jaime*

—Me voy a vivir con Cristina —me soltó Valeria nada más descolgar el teléfono.

—¿Qué dices?

—Me voy a vivir a su piso. He dejado a Borja y, como no tengo donde vivir, me ha ofrecido la habitación que le sobra en su casa para quedarme hasta que encuentre algo.

—Valeria, frena. Cuéntamelo bien. ¿Cómo que has dejado a Borja? ¿Te vas a vivir con mi Cristina?

—Sí, pero ahora es MI Cristina, hermanito.

—Déjate de tonterías y cuéntamelo.

—No soy feliz con Borja. Me he esforzado y lo he intentado, de verdad, pero no me hace feliz y, a la larga, no merece la pena. Ver cómo se lleva Cris con su ex me hizo cambiar mi manera de pensar. Si lo dejamos en este punto, Borja y yo podremos ser amigos; si no, al final nos acabaremos detestando, por lo menos yo a él.

—Val, ¿estás bien? ¿Cuándo has visto a Cris y a Álvaro?

—Estoy muy bien, en serio. Pensé que me ahogaría en lágrimas por otra relación rota, pero en realidad me siento bien. No íbamos a ningún sitio y yo lo sabía, siento que he tomado la decisión correcta. No me voy a conformar con alguien con el que no sea más feliz que estando sola.

—No sabes lo contento que estoy de oírte hablar así. Ya era hora. Llevo viendo cómo te



metes en relaciones abocadas al fracaso desde hace mucho tiempo y me alegro de que, por fin, te des cuenta. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, hermanito. Y contestando a tus preguntas no pronunciadas: ella está mejor. Hizo una fiesta en su casa y me invitó. Estuve con Álvaro, con Javi y sus amigas del trabajo, que están como putas cabras. Fue divertidísimo. Ver con el cariño con el que Álvaro y Cristina se trataban me hizo pensar en que era mejor dejarlo con Borja en este punto y poder ser amigos. Borja es un buen chaval, me gustaría mantenerlo en mi vida, pero no como pareja.

—Me dejas de piedra, Val. Me alegro mucho por ti.

—Yo no debería contarte esto, Jaime, pero ella te echa de menos, te quiere, pero no sé si querrá verte cuando vengas, no se siente preparada todavía, lo cual es bueno para ti, pero tienes que convencerla. Espero que seas capaz de resolver todo en este viaje. No me gusta veros tan hechos polvo a los dos por separado.

—Cada vez que hablo con ella por teléfono se lo digo, pero me da largas o no me contesta. No me dice que no, pero tampoco que sí. No me voy a volver a Nueva York sin haberla visto, eso lo tengo claro. Pero me gustaría que fuera porque ella también quiere verme.

—Ella quiere verte, pero cree que, si lo hace, a la larga le va a doler más.

Cambiamos de tema y luego colgamos. Me alegré de ver que mi hermana por fin ponía orden en su vida, y si era cierto que había tomado una decisión con respecto al tipo de relación que quería para ella, con lo cabezona que era, no iba a tardar mucho en hacer algo gordo. Sonreí ante ese pensamiento.

«¡A ver si es verdad! Ya va siendo hora».

Después de la llamada de Valeria, llamé a Cris, a ver si ella me contaba algo más sobre mi hermana y, para qué mentir, para ver si conseguía presionar un poco y quedar con ella.

—Hola, pequeña.

—Hola, neoyorquino. ¿Cómo está el doctor hoy?

—Cansado de oír cómo protestan los pacientes por los retrasos en las consultas. Prefiero oírte a ti. ¿Cómo estás?

—Me pillas en casa quitando mis cosas de la habitación que le voy a dejar a tu hermana.

Así que, imagínate: zafarrancho de combate. Había metido en esa habitación un montón de cosas que me había traído de casa de mis padres, de cuando vivía con ellos, para hacer limpieza, y ahí se había quedado todo. Que Valeria se venga a casa ha sido el empujón que necesitaba para tirar de todo.

—Ya me ha contado que se va a vivir contigo. La verdad, me ha sorprendido.

—¡No me extraña! Ha sido tan de repente... Un día tu hermana no sabía qué hacer con su vida, y al siguiente iba a buscar un piso porque dejaba a Borja. Así que, cuando me lo dijo, le ofrecí la habitación que uso de despacho, hay una cama. Puede usar la habitación todo el tiempo que quiera.

—Entonces supongo que nos veremos cuando vaya. Tendré que conocer el piso nuevo de mi hermana.

—No dejaría que te fueras sin habernos visto —confesó.

—No me iría sin verte.

El momento se hizo tenso.

—Lo sé.

—Bien. ¿Cuándo te viene bien que nos veamos? Había pensado en sacarte a comer, pero tendrás que elegir tú el sitio. Yo no conozco nada allí. A menos que te apetezca hacer algo distinto, soy todo tuyo.

—Vale, ya pensaré en algo.

—Tengo ganas de verte. —A saco. Estaba yendo a saco, lo sabía, igual me estaba excediendo, pero Cris, por fin, me estaba dejando entrar un poco en esa coraza de hormigón armado que había construido contra mí y yo no iba a desaprovechar la ocasión.

—Y yo —dijo bajito.

Se me aceleró el pulso.

—Pequeña...

—Te dejo, que tengo que seguir tirando cosas. Creo que tu hermana se muda este fin de

semana. Jaime... —Se calló.

—¿Sí? —la animé a seguir hablando, pero esta vez no tuve suerte. El momento de dejarme entrar se había acabado. Pero yo estaba contento, algo era algo.

—Nada. Ya hablaremos. Un beso. *Ciao*.

\*\*\*

Un día me sorprendí al ver que era ella la que, por iniciativa propia, sacaba el tema de vernos.

**Cris**

Hola, doctor Ferrer. ¿Qué día llegas? ¿Tienes a alguien que te recoja en el aeropuerto?

**Jaime**

Hola, pequeña. Viene Valeria a recogerme con mis padres.

**Cris**

Qué bonito. Tendrás millones de ganas de volver a ver a tus padres.

**Jaime**

Sí, hace casi un año que no nos vemos.

**Cris**

Qué llorera.

**Jaime**

????

**Cris**

Sí, que qué llorera, de verdad, después de tanto tiempo abrazar a tus padres: llorera.

**Jaime**

No voy a llorar.

**Cris**

Estás mal hecho, Jaime. Cualquiera lloraría después de estar casi un año sin verse en persona.

**Jaime**

Cualquier persona no. No voy a llorar, me alegraré mucho, los abrazaré y será fantástico, y seré muy feliz, pero sin lágrimas.

**Cris**

Lo dices como si llorar fuese malo, Jaime, no lo es. Las lágrimas son buenas, necesarias, imprescindibles. Las lágrimas depuran, relajan, son vías de escape. Son como las válvulas de presión de las ollas rápidas.

**Jaime**

Yo no he dicho que sean malas. He dicho que *yo* no voy a llorar.

**Cris**

Eres tan jodidamente contenido...

«¿Contenido? ¿A qué coño viene esto?».

**Jaime**

¿Contenido?, ¿estás bien?, ¿qué pasa?

Cris está escribiendo...

Cris está escribiendo...

Cris está escribiendo...

**Cris**

Nada.

**Jaime**

Ya me lo explicarás otro día.

\*\*\*

Cuando se acercaba la fecha de mi viaje a Madrid, empecé a intentar organizar el poco tiempo que iba a estar por allí. Le puse un mensaje para ver cuándo quería quedar.

**Jaime**

¿Qué día te viene mejor? Llego el jueves y me vuelvo el martes. Yo había pensado pasar contigo el sábado o el domingo, cuando te venga mejor.

**Cris**

Sábado. El domingo tenemos comida familiar y es inamovible. ¿Te cuadra?

**Jaime**

El sábado soy todo tuyo.

No habían pasado ni cinco minutos y recibí un mensaje de Valeria.

**Valeria**

Ya me ha dicho Cris que habéis quedado el sábado. Voy a buscarme un plan para no dormir en casa ese día. Me debes una.

**Jaime**

Eres la mejor hermana del mundo. Pero yo no tengo tanto optimismo como tú con esto.

**Valeria**

Porque tú no vives con ella.

**Jaime**

¿Qué significa eso?

**Valeria**

Pues que si la vieras tan nerviosa como yo la veo en casa por verte no tendrías tantas dudas.

**Jaime**

El otro día me dijo que era «jodidamente contenido».

**Valeria**

¿Y?

**Jaime**

Cómo que ¿Y?

**Valeria**

Eres comedido, Jaime, siempre lo has sido. Parece que siempre tienes el control de todo, nunca explotas.

**Jaime**

No lo entiendo, ¿eso es malo?

**Valeria**

No sé, en general no, pero cuando hablamos de sentimientos, de pareja, supongo que sí, que esperamos un amor de intensidad desmedida y no contenida. Estás muy verde en temas del corazón, hermanito.

**Jaime**

Y tú demasiado experimentada, hermanita.

**Valeria**



¿A que me quedo en casa el sábado todo el día?

**Jaime**

Nooooooooooooooooo

**Valeria**



**Valeria**

Por cierto, yo no te cuento nada de Cristina, jamás. Me mataría. Si me delatas te mataré muy lentamente. Hago esto porque os quiero a ambos y me jode veros sufrir por separado. Por eso te aviso de que Cris está empezando a conocer a alguien. No la cagues.

Jaime está escribiendo...

Jaime está escribiendo...

Jaime está escribiendo...

Jaime está escribiendo...

A la mierda los mensajes. La llamé.

—No te voy a contar nada más de eso. Solo te aviso —contestó sin decir ni hola.

—Tienes que contármelo. ¿Cómo de serio es? Me habías dicho que me quería y me echaba de menos. ¡Joder, Valeria!

—Eso tendrás que preguntárselo a ella. Yo ya he hablado demasiado. —Me colgó.

\*\*\*

Cuando salí por las puertas de llegadas del aeropuerto y vi a mi familia, me emocioné mucho. Muchísimo. Mi hermana y mis padres estaban allí, esperándome. Mi madre empezó a llorar y yo la abracé, muy fuerte. Valeria también estaba emocionada, pero ella controlaba las lágrimas. Mi padre estaba feliz, una sonrisa le ocupaba la cara. Lo abracé muy fuerte. Los abracé a todos muy fuerte.

—Por fin vuelves a casa —dijo mi madre con los ojos mojados.

«A casa».

Miré a mi familia y sentí que los necesitaba a mi lado, que es verdad que, en cierto modo, volvía a casa. Pero ese «casa» no tenía un significado completo, no era del todo verdad.

Durante un tiempo muy breve «volver a casa» significó llegar al piso que compartía con Cris, y organizar las tareas y hacer la cena, y contarnos todo sin tapujos. Hablar sobre cosas importantes y sobre chorradas también. Bromear.

Y durante un periodo mucho más corto significaba besarnos, acariciarnos y follar o hacer el amor —si es que hay alguna diferencia, que para mí con ella era lo mismo—. Y dormir juntos, enredando nuestras piernas, abrazándonos.

«Voy a conseguir que salga bien, sea como sea».

## 39 El reencuentro

«*Mataré a Valeria.*»

*Jaime*

*Cristina*

Los acontecimientos después de aquella cena fueron la hostia de rápido. Valeria tomó la decisión de dejar a Borja justo después de venir a la cena que celebré en casa. Estoy casi segura de que estar en esa fiesta fue como un detonante para ella.

Total, que hizo la mudanza a mi casa un fin de semana, y lo cierto es que nos adaptamos la una a la otra muy rápido en la convivencia. Como con su hermano. Manda huevos. Había cambiado a un hermano por otro. Lo mío no tenía nombre. ¡Ole yo, con dos cojones!

Al principio apenas tocábamos el tema de Jaime. Era terreno peligroso entre nosotras. Ella era su hermana y yo era... ¿yo qué coño era para Jaime? ¿Un rollo? ¿Una mujer que le asustó? Bueno, sí que sé lo que era, una mujer que se enamoró de él. Y punto.

Un viernes nos pedimos unas pizzas y después nos pusimos a beber chupitos de tequila. Nos apetecía evadirnos. Y ese día nos sinceramos la una a la otra.

Yo le conté la historia con Jaime. Mi historia. Ella me escuchó y a veces me contaba cosas, no muchas. Pero recalcaba que Jaime me quería, muy segura. ¿Sería verdad? Y entonces yo, borracha perdida, le preguntaba, en plan *Drama Queen* —el apodo me lo he ganado a pulso— por qué se llevó a Anna ese día a casa, sabiendo que yo no estaría. Que le creí cuando me explicó que no se la quería follar, que solo se había agobiado... «¿Por qué?», le preguntaba en mi pedo. Y le reconocí que lo que más me dolía era saber que él no estaba preparado, que lo que sentía por mí no era suficiente.

Y ese día Valera también se sinceró conmigo y me contó parte de su vida amorosa. Y flipé. Mucho. Muchísimo. Y nos hermanamos. Mucho. Muchísimo. Estas situaciones es lo que tienen, que unen mucho. Emborracharse y poner verdes a los hombres une mucho. Muchísimo.

Unos días después de habernos sincerado borrachas perdidas, Valeria me dijo que le había gastado una pequeña broma a su hermano, pero no me quiso contar en qué consistía. «Nada que



no se merezca, por idiota». Me lo dijo con cara traviesa. Miedo me daba, empezaba a conocerla bien y era una mujer de armas tomar. Al día siguiente recibí un extraño mensaje de Jaime.

**Jaime**

Y qué te cuentas, ¿alguna novedad que tenga que saber antes de vernos?

**Cris**

Mi vida es aburrida. Trabajo. Voy al hospital. Trabajo. Voy al hospital. Voy a casa de mis padres. ¡Ah! A veces salgo a tomar cañas. Mi vida no da para muchas novedades.

**Cris**

Lo más interesante que me ha pasado últimamente ya lo sabes: tengo una compañera de piso que, por cierto, no veas cómo le da al tequila. Me tumba.

**Jaime**

¿Solo eso?

**Cris**

Sí. ¿Tú tienes alguna cosa que contarme?

«¡Ay, madre! ¿Y si él sí que tiene novedades? ¿Y si me dice que está con una? Me da algo».

**Jaime**

No.

**Cris**

Vale.

«Pfff. ¡Menos mal!».

Cada día que pasaba yo estaba más nerviosa por ver a Jaime de nuevo. Hacía unos meses que había vuelto a Madrid, pero yo no había avanzado nada en mi misión de olvidarlo. Y tener a

Valeria en casa tampoco ayudaba. Se parecían tanto físicamente que era como tener la versión femenina de Jaime en casa, era un recordatorio constante.

Y así, el día de su llegada se iba acercando. Y yo me ponía más nerviosa. Y quería verlo y que todo saliera perfecto. ¿Perfecto? Pfff. Ni yo sabía qué coño significaba perfecto en ese contexto.

**Cris**

Hola, Doctor. ¿Quieres comer en casa o te saco de paseo a un restaurante? ¿Alguna preferencia?

**Jaime**

Gazpacho, tortilla de patata y jamón serrano.

«¡Joder, nuestra cena! Puto. Jaime.».

**Jaime**

Pero jamón del bueno. A kilos. No seas rata.

**Cris**

Yo no soy rata. En NY comíamos jamón porque lo compraba yo, igual el rata eres tú. Piénsalo.

**Jaime**

Yo no soy rata, pero no soy tan caprichoso como tú, que te ibas a tomar por culo solo para comprar jamón.

**Cris**

Te has quedado sin jamón. No vas a catar ni una pizca.

**Jaime**

¡NOOOOOO! ¡PERDÓN, PERDÓN, PERDÓN!

**Cris**



Castigado sin jamón.

**Jaime**

Venga, el jamón lo llevo yo.

**Cris**

Era broma. Habrá kilos de jamón del bueno, lo prometo.

**Jaime**

Yo llevo el vino, también del bueno.

**Cris**

Vale, pero no traigas litros. Con una botella es suficiente. Que me emborracho muy fácilmente.  
Sobre todo, últimamente. Val me tumba, sin pestañear.

**Jaime**

Valeria es una profesional. Cris, no te metas con profesionales.

**Jaime**

Tengo muchas ganas de verte, pequeña.

**Cris**

Jaime **Jaime**

Cris **Jaime**

¿Ves? Yo también sé tu nombre.

**Cris** Mira que eres idiota a veces.

**Cris** No sé qué vi en ti.

«¡Mierda!». Eliminar mensaje. Eliminar mensaje. Eliminar mensaje. Mensaje eliminado.

**Jaime**

No has sido tan rápida como te gustaría. Lo he leído. ¿Quieres que te conteste?

**Cris**

Lo dicho, *Jamie*, no sé qué vi en ti.



Y llegó el día. Y yo estaba histérica. Histérica con mayúsculas. Estaba de los putos nervios. Jaime ya estaba en territorio español. Me llamó por teléfono en cuanto llegó a casa de sus padres, a los que, por cierto, yo había conocido cuando Val hizo la mudanza de casa de Borja a la mía. Eran muy majos, se portaron de una manera muy cariñosa conmigo. No me atreví a preguntarle a Valeria si sabían quién era yo, que Jaime y yo habíamos tenido «una historia». Me daba no sé qué, casi prefería no saberlo o me pondría a tartamudear la próxima vez vinieran a ver a su hija a casa.

Ese viernes no di ni palo en el trabajo. Estaba tan nerviosa que no me concentraba. No hacía más que molestar a Emma, que me sacó a comer fuera para que me descargara, ¡es una *perraca*, pero con corazón de oro! Y después de comer, alargamos la sobremesa con unas cañas. Siempre se puede contar con ella para todo.

Yo hubiera alargado el día porque estaba muy nerviosa, pero Emma ya tenían planes para salir con unos amigos de su chico y no se podía escaquear, aunque me confesó que no le apetecía ni un poco, y que le hacía un favor si la acompañaba, pero no me iba para nada la idea de acoplarme con gente que no conocía. Le mandé un mensaje a Javi.

**Cris**

Necesito que me saques de casa, estoy de los putos nervios.

**Javi**

Te recojo en el portal de tu casa a las 8.

**Cris**

Te amo con locura.

**Javi**

Lo sé.

Cuando llegué a casa era media tarde. Me encontré con una situación estrambótica: David estaba en casa, hablando con Valeria y Jaime.

Jaime estaba en mi casa.

## 40 Media hora

*«Treinta minutos, mil ochocientos segundos muy bien aprovechados.»*

*Cristina*

*Jaime*

Había llegado a Madrid, tenía *jet lag* y un montón de cosas importantes que hacer en solo cuatro días. Era ir a contrarreloj.

Había concertado dos entrevistas el viernes y una el lunes. Todas con buena pinta, sobre todo una de ellas, la que más me interesaba. La que había medio organizado gracias a Neil durante el congreso de Filadelfia al que fuimos juntos con el doctor Menéndez, Luis, que era el jefe de servicio de oncología de un hospital público de Madrid y que, a su vez, trabajaba algunos días en un hospital privado.

Cuando Neil me lo presentó en el congreso, le conté que me quería volver a España, pero que la situación era complicada y que, si sabía de cualquier cosa que, por favor, me lo dijera. Habíamos congeniado mucho, era un hombre agradable y, a pesar de tener una reputación envidiable, era un hombre de maneras sencillas.

Fue tan amable que me puso en contacto con varios colegas suyos para que ampliara mis contactos y así tener más posibilidades. Yo apenas conocía oncólogos en España, ya que hice la residencia directamente en Estados Unidos y, después de tantos años, tenía poco contacto con mis compañeros de universidad, de los cuales ninguno había se había especializado en esa rama, así que tampoco me valía de nada tirar de ese hilo.

Después de aquel congreso, Luis y yo habíamos estado en contacto de vez en cuando, y un día, ese contacto dio sus frutos. Me habló de que uno de sus adjuntos se tomaba un año sabático y quedaba un puesto libre a finales de año. Que, si me interesaba, le mandase todos los papeles, mi curriculum vitae, referencias, publicaciones, *etc.* Para empezar a mover el asunto.

Y ahí estaba yo, dispuesto a todo para que ese puesto fuera mío. Además, había acordado hacer las otras dos entrevistas en centros más pequeños por si acaso, eran medias jornadas, pero en un momento dado también me valdría.

Salí muy satisfecho de las dos entrevistas del viernes y con la sensación de que tenía algo entre las manos. La del lunes era con Luis, la más importante, así que estas me habían servido, además, para practicar.

Mi hermana me recogió cuando salí de la última y nos fuimos a casa de mis padres a comer. ¡Cómo los echaba de menos! Mis padres me miraban con adoración. Me sentía el hijo pródigo que vuelve a casa. En realidad, esa era la intención: volver a casa.

Llevaba mucho tiempo fuera, y si bien era cierto que era Cris la que había precipitado todo, también era verdad que yo ya había empezado a sentir la necesidad de volver. Miré a Valeria, era increíble ver a mi hermana tan contenta y tranquila cuando hacía tan poco tiempo que lo había dejado con Borja. Me alegré mucho por ella.

Después de comer, mis padres empezaron a interrogarme. Es lo que tienen los abogados, que empiezan a hacer preguntas y parecen agentes secretos. Cuando estaba agotado psicológicamente y ya no sabía ni qué decía, me preguntaron que cuándo les iba a presentar a la mujer por la que su hijo volvía a casa. Me quedé anonadado. Mi hermana se reía en el sofá.

—Creo que ya la conocéis —contesté.

Miré a Valeria y le pedí que me enseñara su casa. Y salimos escopetados antes de que mis padres tuvieran tiempo de reaccionar y encender el foco apuntando a mis ojos para seguir con el interrogatorio.

En el coche intenté sacarle información sobre Cris: quién era ese tipo, si era un polvo o algo más, dónde lo había conocido, *etc.* Mil preguntas le hice y no saqué una mierda de información. Val estaba cerrada en banda y no soltaba prenda. Dejó zanjada la conversación con un «no es asunto mío, pregúntale a ella». Entendía a Valeria, estaba en medio, pero joder, un poco de ayuda, es mi hermana, ¿no?

Estábamos los dos sentados en el salón de casa de mi hermana y Cris cuando llamaron al telefonillo. Valeria abrió y por la puerta entró un chico rubio con ojos azules al que mi hermana me presentó como David.

—¿Qué tal, David? ¿Cómo estás? ¿Has venido a ver a Cris? —preguntó Valeria.

Me tensé.

—Sí, se dejó una sudadera en casa de mis padres el otro día.

«¿En casa de sus padres? ¡Joder, que va en serio!». Me cambió la cara. Lo sé. El tal David me miraba mucho, y yo lo único que hacía era cagarme en sus muelas.

—Así que tú eres el hermano de Valeria.

—Sí.

—¿Te quedas a esperarla? No creo que tarde mucho en llegar —preguntó Valeria a David.

—Sí. No me perdería esto por nada del mundo.

Seguía sonriendo el tío y yo seguía con cara de pocos amigos. Valeria también tenía una sonrisa rara en la cara.

Valeria y David seguían hablando, pero yo no los escuchaba, y mucho menos participaba. Al rato, se abrió la puerta y la vi. Contuve la respiración. Después de tanto tiempo, allí estaba ella, envuelta en un abrigo enorme. Mirándonos a todos con cara de sorpresa. Se la notaba incómoda. Ni en sus peores pesadillas se habría imaginado encontrarme a mí y a su nuevo «lo que sea». Prefería no pensarlo. Me consumía la envidia. Yo no podía apartar mi mirada de ella. Me dolían los dedos de querer tocarla.

—Y yo que pensaba que no habría nadie... Si llamamos a alguien más podemos considerarlo una fiesta en toda regla —dijo.

Se acercó al tal David y le dio un beso en la mejilla. Fruncí el ceño. Lo sé, lo estaba llevando fatal.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó directa.

—Te dejaste esto el otro día.

Miró dentro de la bolsa que le tendió a ver qué era.

—Podía haber pasado yo a recogerlo —le dijo.

Con qué familiaridad hablaba de ir a casa de los padres del tío ese, ¿no? ¡Joder!

Me miró a los ojos. Yo seguía serio, intentando controlarme. Me estaba costando un huevo mantener la compostura. Se acercó a mí para saludarme.

—Jaime. —Me abrazó.

Le devolví el abrazo durante un segundo.

—Pensé que estaríais con vuestros padres —nos dijo a los dos para romper el frío hielo que se había instalado en la instancia.

—Valeria me quería enseñar su nuevo hogar —contesté yo rápidamente antes de que mi hermana se fuera de la boca.

—¿Y os quedáis aquí a cenar? —preguntó Cris.

—No, tenemos cena familiar con mis tíos y primos —dijo Valeria.

—Seguro que estás deseando verlos —me dijo, mirándome a mí directamente. Asentí.

—¿Has quedado? —le preguntó David.

—Sí.

—Yo he quedado para tomar una cerveza con estos en Los Arcos. Si te quieres pasar luego, allí estaremos.

Mi cara debía ser un poema.

—¡Ah!, ya me parecía raro que tú me trajeses esto. Te lo ha endosado mamá para que me lo trajeras porque te pillaba de paso, ¿no?

David asintió lentamente y en ese momento caí. ¡Mierda! Es su hermano. David. ¡Joder! ¿Cómo no he caído antes? Su hermano David. Miré a Valeria con cara de «esta me la pagas, cabrona». Estaba seguro de que lo había hecho aposta. Lo fácil que habría sido presentármelo como David, el hermano de Cristina... ¡pero no, solo David! Esta me la iba a pagar, pero bien. Y es que no se parecían en nada. David era rubio con ojos azules, y Cris morena, de pelo oscuro y ojos marrones, tampoco los rasgos eran similares. Joder.

—David, ¿me invitas a una cerveza? —le preguntó Valeria, mirándome con cara de



inocente.

—No estoy seguro de querer irme todavía de aquí —dijo el hermano de Cris en tono socarrón.

Este también tenía un sentido del humor un poco cabrón.

Valeria le agarró de la mano y lo arrastró con ella, le tendió su abrigo, se puso el suyo y salieron por la puerta mientras Valeria decía en voz alta:

—Tenéis media hora.

Me acerqué a ella. No pensaba desperdiciar ni un puto segundo.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me alegro de verte, Jaime. Se te ve bien. —Me dedicó una sonrisa insegura, pero a mí me pareció deslumbrante. Joder, cómo la había echado de menos.

—Valeria me ha dicho que estás conociendo a alguien.

—¿Valeria te ha dicho que estoy conociendo a alguien?

Asentí. La miraba fijamente, necesitaba saber qué es lo que había entre ellos. Cris parecía dudar. Se tomó unos segundos —que a mí se me hicieron eternos— en contestar:

—No hay nadie.

—Te he echado de menos —le dije acortando la distancia que nos separaba y besándola sin contención ninguna.

«¡Para que luego diga! ¡Contenido yo! ¡Toma contención!».

Gimió y me devolvió el beso con ansia. Nuestras lenguas se buscaban, bailaban juntas, nos mordisqueamos los labios, nos lamimos. Gemimos. Los dos. Mucho. Se colgó de mi cuello, me abrazó con sus piernas y se restregó contra mi polla.

La apoyé con suavidad contra la pared, donde no cabía ni una pizca de aire entre nuestros cuerpos. Se restregaba contra mi erección desesperada y jadeaba. Si esto seguía un segundo más me iba a correr en los calzoncillos como un puto adolescente. Se bajó de mi cuerpo y me agarró del jersey arrastrándome detrás de ella.

—Deberíamos hablar primero y follar después, ¿no? —me preguntó en un momento de lucidez mientras me llevaba hacia su habitación.

—Tenemos media hora. El orden de los factores SÍ altera el producto.

—Vale. Follar primero, hablar después... o solo follar sin hablar... ya lo decidimos luego.

¡Joder! Cómo me gustaban esos momentos íntimos con ella, en los que no solo había deseo, sino que además había diversión. Con Cris siempre todo era mejor.

# 41 Con nadie

«*Con nadie nunca más.*»

*Jaime*

*Cristina*

Me iba quitando la ropa de camino a mi habitación. No quería perder ni un minuto. Media hora no es suficiente con Jaime. Ni toda una vida es suficiente con Jaime.

«¡Mierda, no pienses en eso ahora! Solo follar. Solo follar. Se va a ir y te vas a quedar hecha mierda. Solo follar».

Miré a Jaime, que también se iba desnudando por el pasillo. Bien. Los dos íbamos con la misma idea.

Cuando entramos en la habitación, acabamos de desvestirnos rápidamente. Nos teníamos muchas ganas. Le obligué a tumbarse en mi cama y me coloqué encima de él sintiendo su polla en la entrada de mi vagina. Estaba tan excitada que un par de restregones iban a ser suficientes para correrme.

Le devoré la boca, el cuello y bajé por su torso con mis manos y mi lengua. Gemía y yo me ponía cada vez más cachonda. Jaime me dio la vuelta y se tumbó encima de mí, no podía quitarme las manos de encima, estaban en todos lados, como su boca y su lengua, estaban por todo mi cuerpo y yo no paraba de gemir.

Usó su lengua para llevarme al orgasmo, no tardó nada en conseguirlo, dos lametazos bien dados y listo. ¡Soy de un agradecido!

—Jaime —suspiré después.

—Cris, ¿dónde tienes los preservativos?

Abrí muy grandes los ojos. ¿Condomes? ¡Mierda! Yo no tenía condones ¿Para qué, para que caducasen?

—No tengo, ¿tú no tienes?

Negó con la cabeza. Resoplé.

—Yo no... eh... no me he acostado con nadie y tomo la píldora. ¿Estás limpio?

Me dio un beso muy tierno que no comprendí.

—Yo tampoco me he acostado con nadie, pequeña. —Esta vez fui yo la que le di un beso tierno y entendí el suyo. Le acaricié la mejilla—. ¿Estás segura?

Asentí. Y se introdujo en mí gimiendo de placer. Sentir a Jaime en cada milímetro de mi piel fue increíble. Apoyó su frente en la mía con los ojos cerrados, concentrado, intentado mantener el control. Sentirle dentro, sin barreras era una sensación indescriptible. Dos cuerpos unidos en uno. Juntos éramos un todo.

Y aun con las infinitas ganas que nos teníamos después de tanto tiempo, lo que debería haber sido un polvo de reencuentro, uno rapidito, un aquí te pillo aquí te mato, se convirtió en otra experiencia sin igual. Con Jaime siempre era más. Puto Jaime.

Ninguno de los dos se atrevió a hablar de la situación en la que estábamos. Había sido tan bonito que hablar lo habría estropeado todo. Ninguno de los dos tenía huevos en ese momento de abrir la caja de pandora. Ya nos enfrentaríamos al día siguiente, que teníamos todo el día para nosotros.

Tenía miedo. Sí, mucho miedo. Yo estaba enamorada de Jaime, y él de mí no. Debería haber puesto espacio entre los dos. ¿Y qué había hecho? Pues follar con él sin condón. ¡Con dos cojones! ¿Se puede hacer algo más íntimo y a la vez más estúpido? En fin, lo sé, lo mío no tiene nombre. Definitivamente Jaime es mi perdición: me veía con ochenta años llorando por las esquinas por él. Pfff.

Dadas las circunstancias, lo único que podía hacer era aprovechar y estar con él esos días hasta que se fuera y luego... pues entonces sí que tendría que ponerme manos a la obra para olvidarle y pasar página.

Recogimos el estropicio de ropa que habíamos dejado por el suelo y nos metimos en la

ducha. Al poco, volvió Val, que muy maja ella nos dio más de media hora, pero aun así no fue suficiente. Lo habría secuestrado en mi casa sin dudarlo.

—Por favor, vestíos rápidamente si estáis en pelotas o tapaos, no quiero veros desnudos, ¿vale? —gritó Valeria mientras cerraba la puerta de casa.

Cabrona.

—Tranquila, que no vas a ver nada que no hayas visto antes —contestó Jaime.

—Pero Javi igual se lleva un susto.

—¿Javi? ¡AMOR! —gritó Cris al chico rubio que entraba por la puerta y nos miraba con cara de guasa.

—¿Ya me estás poniendo los cuernos, mujercita? Así vamos mal —dijo Javi según entraba detrás de Valeria—. Por cierto, con esa cara me jodes el rollo esta noche.

—¿Qué? —preguntó Cris extrañada.

—En cuanto te vean entrar en algún sitio conmigo se van a pensar que he sido yo el que te ha puesto esa cara de recién follada y solo van a entrarme tías —dijo Javi sin cortarse un cacho. Valeria estaba descojonada y yo me puse un poco roja—. Soy Javi, encantado.

—Igualmente —dijo Jaime en tono divertido. Le había caído bien.

—¿Qué planes tenemos, amor? —pregunté.

—Nos vamos a cenar al sitio ese que te gusta tanto y luego nos tomamos una copa... o mil, las que hagan falta.

—¿Qué sitio?

—El de la copa esa enorme con *nosequé* de avellana por encima.

—Te quiero. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Millones, eres muy pesada. —Me guiñó el ojo y continuó hablando, dirigiéndose a Jaime—. Por cierto, cuando te dije que me cuidarás a la niña, no me refería a...

—Javi... —le amenacé.

—Te voy a perdonar por la cara que lleva, seguro que ha visitado Cuenca, y Teruel también.

Yo resoplé con resignación. Valeria y Jaime se rieron divertidos.

—Nos vamos. Si nos quedamos más tiempo aquí seguro que cometo un asesinato y no quiero testigos —les dije a Valeria y a Jaime.

Me puse el abrigo y me fui a despedir. Arrugué la frente. Estaba indecisa. No sabía cómo despedirme de Jaime. ¿Le daba un beso en la mejilla?, ¿le comía los morros?, ¿o solo un abrazo? Jaime decidió por mí. Me besó apasionadamente delante de los otros dos y yo me agarré a él como si me fuera la vida en ello. «Mañana», me susurró al oído y a mí se me pusieron los pelos como escarpas.

«Mañana». Mi chichi estaba dando palmas con las orejas. Pfff.

Si os pensáis que me tiré toda la noche con la mirada perdida suspirando con Jaime estáis muy equivocados. Un poco si lo hice. Vale, un poco no, mucho, durante la cena con Javi. Ahí sí que me dejé llevar por las emociones y le conté lo poco que había pasado y cómo me sentía. Lo cierto es que nada que ver con lo que había planeado, es decir, mantener la distancia con Jaime porque me hacía daño. Menuda distancia había mantenido. A la primera de cambio estaba follando con él a pelo.

—Javi... no ha follado con nadie. Con NADIE. Eso significa algo, ¿no?

—A ver, amor, con lo bueno que está si no se ha follado a nadie es porque no ha querido, no porque no haya podido. Obviamente SÍ significa algo. Y también la manera de mirarte. Si hasta yo me he enamorado un poco de él. —Me guiñó un ojo.

—Eso no cuenta, amor. Te gustan todos. —Le sonreí con cariño—. ¿Cómo estás tú? A parte de Jaime, ¿hay alguien más de quien te hayas enamorado últimamente?

Se puso serio. No le pegaba nada. Me puse seria inmediatamente.

—La verdad es que me alegro de que me llamas hoy para quedar. Necesito hablar contigo. Quizás no sea el mejor de los días para hablar hoy que has vuelto a ver a Jaime, pero bueno.

—Escupe.

—Hay un hombre que me gusta. Y no, no me he liado con él, nunca.

—¿Cuál es el problema?

—Que me gusta.

—Repito: ¿cuál es el problema?

—Que me gusta mucho y está prohibido.

—Prohibido porque...

—Porque sí. Es el ex de un amigo.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Vale, ¿y crees que tu amigo se enfadaría si pasase algo entre vosotros?

—Enfadarse, no. ¿Tomárselo bien? No lo sé, no creo. Y eso es lo que me da miedo.

—Vale, entiendo.

—Pues eso. Me gusta y está prohibido. Muy prohibido.

—¿Tiene pareja?

—No, o al menos que yo sepa.

—Vale. ¿Y crees que él puede sentir lo mismo?

—No lo sé. Es opaco para mí.

—Si quieres que sea totalmente sincera contigo, y te diga lo que pienso sin tapujos y te aconseje correctamente, entiende que tienes que darme los detalles.

—Lo sé, solo necesito descargarme.

—Me voy a arriesgar a darte un consejo con los ojos vendados, así que puede ser el peor consejo que te dé en mi vida, pero ahí va. Si no lo intentas, jamás sabrás «qué habría pasado si...» y te reconcomerá por dentro. Lo único que puedes perder en el intento es la vergüenza, y tú de eso no gastas mucho. Házselo saber, pero házselo saber BIEN. No como haces tú, de dejar caer que quieres echar un polvo y punto. Hazle saber que te gusta como hombre, como pareja,

como algo más que un polvo de una noche. No caigas en el error de dejar que no te tome en serio. Es una fachada que has construido y tienes muy pulida, y con ella te proteges, yo eso lo entiendo, pero al final consigues que tu fachada de «sexo sin compromiso» se convierta en tu vida real y no es eso lo que quieres. O por lo menos no con él. Lánzate, Javi. Eres increíble, amor. Muéstraselo. Te mereces ser feliz.

—Te quiero, Cris.

—Y yo a ti. ¡Ah! Y la prohibición, igual es mejor que seas sincero con tu amigo sobre el tema, seguramente te lleves una sorpresa. Dicho esto... Quiero una copa de mascarpone con sirope de avellana para mí sola, no te pienso dar ni un poquito. Que te quiero mucho, pero sin pasarse. —Le guiñé un ojo. Nos abrazamos.

Después de cenar nos fuimos de fiesta al *pub* donde iba a estar mi hermano con sus amigos. Y allí nos tomamos unas copas mientras Javi y David se reían de la situación con Jaime y lo bien que se lo había pasado mi hermano cuando se dio cuenta de que Jaime no lo había reconocido, que se debía haber imaginado que era algún lío mío. Me reí con ellos. Visto así, me cuadraban las reacciones frías de Jaime al reencontrarnos.

Y no se había acostado con nadie. Con nadie. Como yo. ¿Y si había una posibilidad para nosotros? No. No la había. Solo disfrutar de esos días. Luego él se iría y yo me quedaría. Mejor no pensarlo.

Y con mi hermano, sus amigos y Javi pasé una noche fantástica. Bailamos, hicimos el payaso, nos tomamos unas copas y, cuando estuvimos cansados, Javi se vino a dormir a casa, yo no quería que cogiera el coche después de haber bebido. Así que esa noche nos dormimos Javi y yo abrazados en mi cama.



## 42 Volver

«*“Volver” es mi nueva palabra favorita, antes era “albahaca”. Suena guay: “al-ba-ha-ca”.*»

**Cristina**

### *Jaime*

Me desperté muy temprano, y eso que me acosté tarde. ¡Maldito *jet lag*! Mi hermana y yo nos fuimos a cenar con mis padres, mis tíos y mis primos para celebrar que había venido de visita. Fue una cena fantástica. Mis padres y mis tíos tienen una relación muy estrecha y hemos pasado mucho tiempo juntos.

Mis primos son un poco más pequeños que yo: Roberto, el más mayor, es de la edad de Valeria, y David, un par de años más pequeño. Cuando éramos niños le llamábamos «Bebé» y se enfadaba muchísimo. Los echaba de menos, siempre nos habíamos llevado muy bien.

Cada vez que venía a España me costaba mucho irme. Tenía la sensación de estar perdiéndome muchos momentos familiares y relaciones personales importantes.

Era cierto que me gustaba mi vida en Nueva York. Había hecho una «familia» allí con Neil, que es mi hermano, y con Jack y Jill, e incluso el recién llegado Matt. Se habían hecho muy importantes para mí pero, aun así, echaba de menos a mi verdadera familia.

Había quedado con Cris en acercarme a su casa sobre la hora de comer. Eran las nueve de la mañana y llevaba horas despierto. Recordé lo que había pasado con ella el día anterior y sonreí para mis adentros.

Me esperaba una Cris distante y marcando las distancias y me encontré con que tenía tanta necesidad de mí como yo de ella. Y el polvo. Buff. Sin nada. Fue increíble, otro nivel. Me empalmé. Me duché. Desayuné. Vi la tele. Las diez. ¡A la mierda! Me voy para allá y la despierto.

Cris me abrió la puerta con los ojos somnolientos y haciéndose una coleta.

—¿Qué hora es? —me preguntó entrecerrando los ojos.

—Temprano.

Se hizo a un lado para dejarme pasar.

—¿No podías dormir?

—Ya sabes, el *jet lag*. Me he despertado antes de amanecer y no he conseguido volver a dormir. Y aquí estoy, yo creo que si me meto contigo en la cama conseguiré dormir. —Me acerqué a abrazarla.

—No podemos ir a mi cama, hay un maromo en ella.

Se me borró la sonrisa de la cara, pero Cris se mordía los labios en un gesto travieso, y entonces entendí quién estaba en su cama.

—¿No podemos echar a Javi? —le pregunté.

—No, no podemos. Pero podemos hacer algo productivo. Me ducho superrápido y bajamos a comprar algo de desayuno para cuando se levanten Javi y Valeria. ¿Te parece? Hay una churrería aquí cerca.

—Si no hay más remedio...

\*\*\*

El olor del café recién hecho despertó a Javi y a Valeria. Desayunamos los cuatro en el salón, contándonos lo que habíamos hecho la noche anterior. Luego se ducharon y se fueron, dejándonos solos a Cris y a mí. ¡Por fin!

Cuando se cerró la puerta nos miramos y nos sonreímos. Me acerqué a besarla, ella apoyó la cabeza en mi pecho.

—Tenemos que hablar, Jaime. Ayer, bueno, ayer nos teníamos muchas ganas, pero lo cierto es que debemos tener una conversación. Hoy primero hablar, luego follar. ¿Te parece? —preguntó divertida—. Empiezo yo.

—No, para. Es mejor que hable yo. Tengo muchas cosas que contarte. Muchas.

Escúchame, por favor. Necesito que me dejes contarte todo desde el principio, y que no me interrumpas, pequeña. —Cogí aire. Vi cómo se ponía tensa y se apartaba un poco de mí—. ¿Recuerdas cuando viniste a ver el piso? Yo esperaba a un chico. Confundí tu nombre con el de un chico. Chris de Christian. Yo buscaba un compañero por el lío que había tenido con Kim, eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que me valía una chica si no era de mi tipo, para evitar tentaciones. —Os podéis imaginar la cara de Cris en este punto, pero tenía que ser sincero del todo. No estaba ahí para contar la historia a medias o medias verdades—. Y llegaste tú con ropa que te había dejado Sarah, parecías una monja de clausura, te apodé «la Mojigata». Me pareciste perfecta, porque las monjas de clausura nunca han sido mi tipo, y encima eras española y simpática.

—¿En serio? —preguntó con cara inexpresiva.

Estábamos sentados en el sofá, uno enfrente del otro. Intenté cogerle de la mano, no me dejó. No insistí.

—Sí. Sigo. Después de aquello, todo empeoró para mí.

—Te estás luciendo.

—No frunzas el entrecejo y escúchame, ¿de acuerdo? El primer día juntos en casa ya no llevabas las vestiduras y casi me dio un puto infarto porque estabas, estás, tremenda. Me pareciste preciosa y supe que tenía un problema porque SÍ eras mi tipo y me sentía muy atraído por ti.

—Vale.

—Empeoró, porque empezaste a abrirte paso en mis sentimientos, poco a poco. Me gustaba estar contigo, bromear, contarte mi vida y escuchar tus cosas. Eras inteligente y divertida. Sabías escuchar y empatizar. El día que me encontraste con la guitarra, yo estaba hecho polvo y tú me recomfortaste. Y el muro más alto que había erigido contra ti se fue a la mierda. Me costaba mantener las distancias contigo, cada cosa que hacíamos juntos me acercaba más a ti pero, para mí, tú estabas prohibida porque eras mi compañera de piso, y era la peor de las ideas. No quería repetir la situación con Kim. Ni te imaginas lo que me costaba controlarme. Hasta que no lo hice. El día que me explicaste tus problemas con Álvaro. Me parecía increíble lo que me contabas porque yo, lo único que podía pensar contigo delante, era en tumbarte en el sofá y follar contigo como un loco.

—Joder. Vale. ¿Hay más?

—Mucho más. Escucha. Ese día casi nos acostamos, pero sonó el teléfono, ¿te acuerdas?

—Como para olvidarlo, habría estampado el móvil contra la pared sin dudarlo. Por cierto, ¿quién llamó?

—Eso da igual —contesté, deseando que no indagara más en el tema. No coló.

—¿Quién llamó?

—Anna —contesté, bajando la mirada, un poco avergonzado. Mencionar a Anna no ayudaba en esta situación.

—No podía ser otra —bufó.

—Sigo. Decidí que me portaría como el perfecto compañero de piso y no me acercaría más. No pude cumplirlo. No podía mantenerme lejos. Todo en ti me gustaba y todo en ti me atraía constantemente, y cedí. Cedí el día que estábamos en el *pub* con Valeria. Ese día lo único que quería era estar contigo y solo contigo. Y la cagué cuando vino Anna sin ser invitada. Creo que esto ya te lo he contado. —Hice una pausa, llegaba a la parte más difícil y necesitaba un tiempo.

—Mejor no entremos en eso otra vez.

—Sigo. Y cedí, cedimos ambos a lo que sentíamos. Y esos pocos días contigo fueron increíbles, el sexo contigo fue, es, sublime, es otro nivel. Todo contigo era especial y eso me gustaba. Mucho. Demasiado. Y entonces un día volví a casa por la mañana y tú dormías, yo solo quería dormir contigo. No quería acostarme contigo (que también). Pero en realidad, lo que yo quería era estar abrazado a ti. Y por eso necesité meterme en tu cama. Te necesitaba. Solo quería dormir a tu lado. Era mucho más que sexo y fui consciente, y me gustó y me asustó a partes iguales. No sé si me estoy explicando.

—Si, creo que sí. Sigue.

—Y entonces te fuiste de viaje y yo me quedé solo, con un vacío inmenso que no entendía. Un vacío que llenaba la casa. Sin ti, esa casa era solo un lugar donde comer y dormir; pero contigo, era hacer vida. Te echaba de menos, te echaba mucho de menos y me sentía inquieto. Puede ser que en ese estado de no entender qué estaba pasando en mi vida, de no

controlar la situación, tomara, inconscientemente, la decisión errónea de llevar a Anna a casa. No lo pensé.

—Ya te dije que te creía, no hace falta que repitas lo de Anna otra vez.

—Cris, por favor, escucha.

—No. Es algo que, por mucho que entienda, todavía me hace daño. Porque para mí no es que Anna estuviera allí, que obviamente no me gustaba la idea, llámame celosa si quieres, me da igual. Para mí, en el fondo, creo que la llevaste para estropearlo todo conmigo porque no estabas preparado. Porque yo no era, no soy, suficiente para ti.

—Estás equivocada.

—¡Y una mierda equivocada! Te asustaste e intentabas boicotearlo. ¿Crees que yo no tenía miedo de todo lo que estaba pasando? ¿Crees que no tuve momentos en los que me sentía pequeña por la magnitud de lo que sentía por ti? ¡Pues claro que los tuve, joder! Pero, incluso sintiéndome pequeña, me compensaba, sabía que merecía la pena vivir algo tan grande. Pero entiendo y acepto que tú no.

—No has dado ni una. Lo que pasaba es que no comprendí en ese momento que estaba enamorado de ti. Me costó entenderlo y asimilarlo. —La miré a los ojos, quería que viera que le estaba diciendo la verdad.

Se hizo el silencio entre nosotros. Yo estaba nervioso, no estaba seguro de cómo iba a reaccionar.

—Repíte eso —me pidió seria.

—Me costó entenderlo y asimilarlo —repetí, solícito.

—Eso no, lo otro.

—¿No has dado ni una? —bromeé.

—Idiota —me dijo—, dímelo.

—Estoy enamorado de...

No pude acabar la frase porque Cris me estaba besando mientras se sentaba a horcajadas

sobre mí y me quitaba la ropa al mismo tiempo. El resto de la conversación tendría que esperar... un par de veces.

\*\*\*

Le estaba acariciando la espalda mientras ella estaba apoyada en mi pecho. Ninguno de los dos hacía el mínimo amago por moverse de allí. Si por mí fuera, me quedaría un mes con ella sin salir de casa.

—Tengo que seguir contándote cosas, pequeña.

—¿Tan feas como lo de Mojigata? —me reí.

—Mojigata no es tan feo.

Me miró con cara de asesina y yo me reí más fuerte.

—Te recuerdo que ibas por la parte bonita: esa donde decías que estabas enamorado de mí. Aunque no me ha quedado claro, ¿estabas qué?

Me volví a reír. La besé en el pelo. Me dio un beso en el pecho y levantó los ojos para hacerme continuar con la historia.

—¿Por dónde iba? No me di cuenta de que estaba enamorado de la Mojigata. Y entonces te viniste a Madrid y yo estaba desesperado porque no podía hablar contigo, necesitaba que me escucharas, que me creyeras. Cuando me contaste lo de tu madre, que te volvías a casa, sentí que todo se rompía. No me diste opción a nada, Cris, no me dejaste estar a tu lado, ni siquiera en la distancia. Lo acepté porque creí que no estabas preparada para nada que no fuera estar con tu familia, pero yo también estaba jodido y sentía que tenía las manos atadas, tú habías decidido apartarme. Cuando viniste esa última noche a estar conmigo, a modo de despedida, lo supe: supe que no era una despedida, no era un «adiós», era un «hasta pronto».

—Yo no te aparté. Tú lo hiciste cuando llevaste a Anna a casa.

—No. Yo la cagué llevándome a Anna a casa porque no racionalicé lo que estaba haciendo ni las consecuencias. Pero no había ninguna intención de nada, y lo sabes. Tú me apartaste de ti sin darme ninguna opción. No te lo estoy echando en cara, que conste, pero fuiste tú quien decidió que tú te venías y yo me quedaba allí y no había más que hablar. Yo no te habría dejado nunca. Nunca. Solo necesitaba un poco de espacio para poder asimilarlo, nada más.

Me miró asombrada, como si no hubiera pensado que, aun creyéndome, no me había dado ninguna oportunidad. Estuvimos callados unos minutos. Yo le daba tiempo para procesar lo que le estaba diciendo. Se incorporó en la cama.

—Creí que no te importaba, Jaime. Que estabas a gusto conmigo, pero que no significaba nada para ti, o nada lo suficientemente importante. Yo lo tenía muy claro, pero tú no. No voy a negar que, quizás, yo también me asusté del daño que me podías hacer si volvías a dudar. Supongo que, inconscientemente, te aparté por si acaso, para que no me hicieras daño. Quizás sabía que la cantidad de dolor que soy capaz de soportar estaba al límite con el tema de mi madre. No me podía permitir más sufrimiento. Lo siento. No... no lo pensé.

—No quiero tus disculpas, solo que me entiendas. Ese día, el día que te fuiste, decidí volver a España, pequeña. Y todo este tiempo he estado...

—¿Vuelves? —Tenía los ojos muy abiertos, respiraba rápido, estaba muy nerviosa.

—Si todo sale como quiero, estaré de vuelta en unos meses.

—¿De qué depende?

—Tengo una entrevista el lunes para un puesto de adjunto durante un año, a empezar en diciembre o enero, me lo tienen que decir cuando vaya. También hice dos entrevistas ayer por la mañana, esas me interesan menos, pero son opciones a tener en cuenta.

—¿Te vienes por mí?

—No, me vengo por mí. Porque yo quiero estar contigo. Porque para mí volver no es solo volver a España, es volver a ti. No concibo la vida si no es a tu lado. Porque te quiero y por eso te necesito, necesito estar contigo, sea donde sea.

Se mordió el labio para contener su temblor. Creo que todavía no había decidido si matarme o abrazarme.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes?

—Tú no estabas preparada para oírlo.

—¡Y una mierda que no estaba preparada! Era lo único que quería, Jaime, era lo que necesitaba. ¿Por qué no me pediste que me quedara?

—Porque te quiero. Tú tenías que estar con tu madre, no conmigo allí.

—Vale, eso lo entiendo, pero ¿por qué no me dijiste que estabas enamorado de mí?

—Habría sido injusto para ti, habrías parado tu vida por mí, pero yo ni siquiera sabía qué iba a pasar, si podría venirme o no, o cuándo. No sabía nada.

—¿Injusto? ¿Me estás diciendo en serio que no me dijiste que me querías porque no habría sido justo para mí? —Inspiró y se pasó los dedos por los arcos de las cejas intentando soltar el aire retenido lentamente—. Me vine con el corazón destrozado pensando que no me querías, Jaime, que no era suficiente para que te tiraras a la piscina por mí, ¿y me estás diciendo que sabías que estabas enamorado de mí y no me dijiste ni una puta palabra? —me reclamó bastante alto. Estaba muy enfadada. Intenté acercarme a ella, pero no me lo permitió—. He estado llorando por las esquinas como una plañidera por ti desde que me vine, no he levantado cabeza. Lo único que me habría salvado del estado de mierda en el que me encontraba hubiera sido saber que al menos tú, aun estando a miles de kilómetros, sentías lo mismo que yo. Y no fuiste capaz de decir dos putas palabras. «Te quiero». Repite conmigo «te-quie-ro».

—Eso no es así. Tú me apartaste en el momento en el que viste a Anna, no me diste ninguna oportunidad, te cerraste en banda —le dije más dolido de lo que pensaba que estaba—. Quizás no te dije «te quiero» con esas palabras, pero te dije que quería estar a tu lado y no quisiste, ni siquiera valoraste la posibilidad. «Tú te quedas y yo me voy», todavía resuenan tus palabras como eco en mi cabeza. Yo me quedé, me quedé con el corazón destrozado porque no me dejabas estar contigo, ni siquiera en la distancia. No estabas preparada. Quizás yo tampoco lo estaba en ese momento, no lo sé. Pero te puedo asegurar que yo sí estoy preparado para todo contigo. Y ahora te pregunto: ¿lo estás tú? —Puse todo lo que tenía dentro en esa sencilla pregunta.

Nos miramos a los ojos, los dos estábamos nerviosos, con los sentimientos a flor de piel. Ambos nos habíamos asustado y habíamos cometido errores. Yo el primero, pero ella también. Era el momento de aceptarlo, perdonarnos y seguir adelante.

—Solo si no me llamas Mojigata nunca más. —Y sonrió. Y me di cuenta de lo tenso que había estado todo ese tiempo.

—Te quiero, pequeña. —Le di un beso en el pelo y ella me acarició la mejilla—. *Most ardently.*



Cris entrelazó sus dedos con los míos guiando la mano hasta su pubis, donde tenía esas dos palabras grabadas en su piel, y asintió con la cabeza.

—Y yo a ti, Mister Engreído. Te quiero.

—¿Qué me has llamado?

—Mister Engreído. —Se rio—. Creo que yo también tengo que contarte mi versión de la historia. ¿Qué te parece si tú me cuentas tu versión desde que buscabas compañera de piso y yo te cuento la mía, desde que me subí al avión que me llevaba a Nueva York, hasta el día de hoy? Pero como si se lo contásemos a otros: con pelos y señales, sin omitir detalles.

—Pfff. ¡Qué peligro!

—Ya te digo.

# Epílogo 1

*Un mes después*

*Cristina*

Os hago un resumen rápido. Después del viaje relámpago que hizo, donde aclaramos todo entre nosotros y nos dejamos claro que íbamos a luchar por esta relación, Jaime regresó a Nueva York sabiendo que el puesto de adjunto que quería era suyo, y se volvería a Madrid en cuanto su jefe encontrara un reemplazo en el hospital de Nueva York, no les quería dejar tirados. Así que, cuando encontraron a alguien, empezamos a organizar todo para su vuelta.

Habíamos decidido que no viviríamos juntos. Él alquilaría un apartamento cerca del hospital donde iba a trabajar y yo seguiría compartiendo mi piso con Valeria.

Más adelante, si todo iba bien, nos mudaríamos juntos. Parecía una tontería puesto que nosotros ya habíamos estado compartiendo piso, pero lo cierto es que no queríamos estropearlo, no queríamos agobiarnos, ninguno de los dos; hacer las cosas despacio parecía la mejor de las opciones.

Valeria se fue unos días a Nueva York con él para organizar toda la vuelta. Jaime llevaba muchos años allí y había acumulado infinidad de cosas. Ella lo ayudaría con la mudanza. Yo no me iba a mover de Madrid: aunque mi madre estaba bien, no me la jugaba.

Había ido al aeropuerto a esperarles. Os podéis imaginar el espectáculo que di cuando se abrieron las puertas y vi a Jaime y a Valeria, que salían arrastrando unos maletones gigantes.

Corrí como una puta loca hasta colgarme de su cuello como un koala a un árbol. Nos abrazamos muy fuerte y nos besamos desesperados. Se me escaparon las lagrimillas, no pude evitarlo. Había sido poco más de un mes sin vernos, pero eso es demasiado.

Después de haber aclarado todo entre nosotros, estar separados había sido una pesadilla. Habíamos hablado casi a diario, si no en persona —por sus turnos raros— por lo menos por

mensaje. No es suficiente.

Dejamos a Valeria en mi casa y Jaime y yo nos fuimos al piso que habíamos alquilado para él.

—Bienvenido a tu casa —le dije en plan de coña cuando entramos, haciendo una reverencia—. ¿Quiere usted ver su hogar, señor doctor?

—Un segundo, antes quiero comprobar si la puerta de entrada es de seguridad.

Debía estar realmente interesado en el tema porque me apretó contra ella hasta oír el «clic» cuando se cerró definitivamente. Empezó a besarme intensamente y yo no pude evitar jadear. Le tenía tantas ganas...

Lo separé de mi cuerpo con las manos. Jaime me miraba extrañado. Empecé a bajar la cremallera del abrigo y lo dejé caer, dejando al descubierto mi cuerpo completamente desnudo.

—¡Joder, Cris!

—¡Sorpresa! —atiné a decir entrecortadamente, porque Jaime me estaba lamiendo un pezón y mi cerebro ya no respondía como debería.

Le desabroché los pantalones y liberé su erección. No tardamos en comprobar que la puerta de entrada era muy resistente. Espero que también estuviera insonorizada porque, si no, les habíamos dado a los vecinos un estupendo concierto de presentación en el edificio.

Así que, aquí estamos, tumbados los dos en su cama después de una maratón de sexo de «bienvenido a casa». Le cojo la cara con las manos y lo beso suavemente y lo miro a los ojos, esos ojos que siempre me atrapan y en los que me podría perder para siempre. Todavía no me puedo creer que esté aquí, en Madrid, conmigo.

Le susurro un «te quiero» y me pego más a él. Me abraza con fuerza y me da un beso en el pelo. Me quedo dormida en sus brazos. Feliz.

Me despierta el sonido de una guitarra. Abro los ojos un poquito, una rendija, y me parece ver a Jaime sentado en la cama con la guitarra. Me preocupo. Me siento en la cama y le pregunto, ya del todo despierta: —¿Qué pasa? ¿estás bien?

—Sshhh.

Sigue tocando. No reconozco los acordes al principio. Y entonces, mirándome a los ojos, empieza a cantar «La quiero a morir».

*Y yo que hasta ayer solo fui un holgazán*

*Y hoy soy el guardián de sus sueños de amor*

*La quiero a morir*

Un escalofrío me recorre la espalda. Se me ponen los pelos como escarpas. Lo miro reteniendo la respiración. Jaime sigue cantando.

*Podéis destrozar todo aquello que veis*

*Porque ella de un soplo lo vuelve a crear*

*Como si nada, como si nada*

*La quiero a morir*

*Ella borra las horas de cada reloj*

*Y me enseña a pintar transparente el dolor con su sonrisa Y levanta una torre desde el cielo  
hasta aquí*

*Y me cose unas alas y me ayuda a subir a toda prisa, a toda prisa La quiero a morir*

Su voz. Los acordes. «La quiero a morir». La letra cantada con su voz profunda y rica. Lloro. No puedo evitarlo. Me sonrío, él también está emocionado.

*Conoces bien, cada guerra, cada herida, cada ser*

*Conoces bien cada guerra de la vida, y del amor también Me dibuja un paisaje y me lo hace  
vivir*

*En un bosque de lápiz se apodera de mí*

*La quiero a morir*

*Y me atrapa en un lazo que no aprieta jamás*

*Como un hilo de seda que no puedo soltar*

*No quiero soltar, no quiero soltar*

*La quiero a morir*

*Solo puedo sentarme*

*Solo puedo charlar*

*Solo puedo enredarme*

*Solo puedo aceptar*

*Ser solo suyo, ser solo suyo*

*La quiero a morir*

Y si bien durante toda la canción me ha estado mirando intensamente, cuando llega a «ser solo suyo» lo hace con más intensidad, como una promesa implícita.

*Conoces bien, cada guerra, cada herida, cada ser*

*Conoces bien cada guerra, de la vida, y del amor también Y yo que hasta ayer solo fui un  
holgazán*

Mi risa se mezcla con las lágrimas que siguen cayendo sin control por mis mejillas. Lo de holgazán es genial. No puede ser más preciso. Por su gesto deduzco que sabe perfectamente lo que estoy pensando.

*Y hoy soy el guardián de sus sueños de amor*

*La quiero a morir*

Me acerco a él y le quito la guitarra de las manos y la dejo en el suelo con cuidado. Estoy tan emocionada que no puedo ni hablar. ¡Yo! ¡Con lo que yo soy! Un nudo en la garganta impide que me salgan las palabras. Me siento de rodillas enfrente de él. Lo beso dulcemente. Quiero que sienta en ese beso todas las emociones que me embargan. Y Jaime me devuelve el beso, también con dulzura, con suavidad. Me acurruco contra él y nos abrazamos muy fuerte.

—¿Así que un holgazán? —bromeo con mi cara apoyada en su pecho.

—¿En serio? ¿Con eso te has quedado? —me pregunta con una sonrisa divertida.

La emoción me tiene agilipollada del todo. Me río, sigo llorando y sigo sin poder hablar, hasta que por fin las palabras salen solas.

—Yo también te quiero a morir.

## Epílogo 2

*10 años después*

*Jaime*

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo cuarenta y Cristina ha montado una fiesta. Mejor dicho «el mayor fiestón del siglo para celebrar tu entrada en la senectud», la muy... graciosa. La verdad es que no se ha quedado corta, han venido hasta los neoyorquinos, excepto Matt que no ha podido porque su mujer sale de cuentas en dos semanas. Lo mucho que me he emocionado cuando he abierto la puerta de casa y allí estaban ellos, con una sonrisa en la cara y las maletas a sus pies...

La casa está llena de gente, menos mal que el jardín es grande porque, si no, imposible meter a tantas personas. Hay alcohol y comida por todas partes y la gente se lo está pasando bien, o eso parece. Me voy integrando en los distintos grupos y hablando con todo el mundo.

Hago un barrido y me emociono con lo que veo.

En un rincón están mis compañeros del hospital, ha venido hasta Luis que, aunque ya se ha jubilado, seguimos manteniendo muy buena relación, y en ocasiones viene a comer a casa o vamos nosotros a la suya. A veces pienso en él como mi salvador. Fue él quien me ayudó a volver a casa cuando Cris se vino, y si no hubiera sido por él, no sé qué habría pasado.

Veo que Cristina está hablando con sus padres y los míos, que están sentados en el sofá, ya están mayores. A su lado está Vega, nuestra hija de tres años, que está intentando trepar por la pierna de su madre. Cris la alza en brazos, se la carga a la cadera y la abraza, dándole un beso. Cerca están sus hermanos hablando entre ellos con sus familias al lado.

Miro a mi hermana, que está sentada en el suelo jugando con su hija pequeña, que tiene apenas siete meses, Julia, y mi hija mayor, Olivia, que ya tiene cinco años y que adora al bebé... tanto que no se separa ni un segundo de ella.

Neil, Jack y Jill están rodeados de niños que han hecho una cola al lado de Neil, que está haciendo el avión a todos los pequeños que hay en la fiesta, que no son pocos. En ese momento tiene a mi sobrino Lucas arriba mientras el pequeño extiende los brazos y grita:

—Mira, mamá, soy un avión de guerra. —El pequeño coloca los brazos a modo de metralleta y hace que dispara a su madre. Su cara de felicidad habla por sí misma—. ¡Ratatataaaa!

Valeria levanta la cabeza, se lleva las manos al pecho, pone gesto de dolor y se echa hacia atrás haciéndose la muerta ante el ataque de su hijo. El niño ensancha un poco más la sonrisa. Está feliz. Mi sobrina Sofía, la hija de David, empieza a quejarse porque es la siguiente en la cola y se le ha acabado la paciencia.

—Ya has estado mucho tiempo, ahora me toca a míí...

Neil baja a Lucas y alza a Sofía. La niña se ríe feliz mientras simula ser un avión.

Han venido también amigos míos del instituto y la carrera, con los que retomé o reforcé el contacto una vez me trasladé definitivamente a Madrid. Y los padres del cole, con los que hemos hecho una gran amistad.

También los amigos de Cristina, que ya son parte de la familia: Javi, Álvaro y las locas, o mejor dicho, «las descerebradas», porque desde que mi hermana se unió al grupo muchos años atrás, lo de «locas» se quedaba corto y las rebauticé. Sus parejas están totalmente de acuerdo conmigo: juntas son muy peligrosas.

Noto como unos brazos se cierran en mi cintura desde detrás. Cris apoya la cara en mi espalda. Me doy la vuelta para abrazarla. La beso en el pelo y aspiro su aroma. A veces me cuesta creer la suerte que he tenido de haberla encontrado. Que todas las decisiones que ambos hemos tomado en la vida, las buenas y las no tan buenas, nos hayan traído a donde estamos hoy. Seguimos creciendo juntos, rodeados de gente que nos quiere y que hacen nuestra vida más feliz.

—¿Estás bien? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Sí, solo estoy emocionado. Muchas gracias por todo, pequeña. Es el mejor regalo que podías hacerme para entrar en la tercera edad —bromeo.

Se ríe, me acaricia la cara y me da un beso rápido en la boca.



—¡Qué bien llevas el cambio de prefijo!

—No me queda otra.

—Hemos preparado una cosilla con los niños. Voy a ver qué pasa con eso. Te veo luego. ¡Ah! Todavía no te he dado mi regalo. —Me guiña un ojo mientras echa a andar en dirección a Valeria.

Me acerco a hablar con Neil, que ha conseguido quitarse la fila de niños, pero antes de que podamos decir nada, Valeria, con una guitarra en la mano, pide atención. Todo el mundo se va callando y la escucha, excepto los niños, que están jugando.

—Bueno, como todos sabéis, hoy es el cumpleaños de mi querido hermano, estrena la versión 4.0. Espero que sea una versión mejor que la 3.0, porque mira que esa salió un poco regulara. —Risas. Yo sonrío... ya la mataré después—. Los niños han preparado una sorpresa para el cumpleaños. A ver... niños... todos aquí conmigo.

Y, sorprendentemente, todos los niños de la familia dejan de jugar y corren a ponerse al lado de Valeria. Busco a Cris con la mirada, pero hay demasiada gente y no la encuentro. Valeria empieza a tocar la guitarra. Es el «Cumpleaños Feliz». Todos los niños empiezan a cantar juntos, y hasta han hecho una coreografía. Me emociono. Neil me da un abrazo. ¡Qué haría yo sin él! ¡Es más que un hermano!

Cuando los niños acaban de cantar, todo el mundo aplaude con muchísimas ganas. Los pequeños se ríen y empiezan a saltar. Vuelvo a buscar a Cris entre la gente, pero sigo sin encontrarla.

Mis hijas corren hacia mí y yo las cojo con sendos brazos y las estrujo contra mi pecho. Ellas ríen contentas y empiezan a gritarme «felicidades» y a darme besos sin parar. Me río yo también. Ellas son lo mejor que Cris y yo hemos hecho en la vida, sin ninguna duda.

Valeria sigue parada con la guitarra y vuelve a pedir silencio.

—Jaime, no te puedes quejar, nunca jamás van a cantarte el «cumpleaños feliz» con tanto salero como esta vez. Y como esta es una fiesta, y en las fiestas siempre hay música, voy a pedirle a un grupo muy especial que, por favor, venga y nos deleite con su arte. —Sonríe socarrona—. Con todos ustedes, La mojigata y sus brujildas.

Cris aparece... no... Cris no... «mi Mojigata» aparece al lado de Valeria. Alucino. Abro

la boca y no puedo cerrarla. Neil se ríe a mi lado. Le doy un codazo.

Cris se ha puesto una falda negra y una camisa de abuela, parecidas a las que llevaba el día que nos conocimos. Lleva las gafas puestas y se ha recogido el pelo en un moño muy estirado. Es «mi Mojigata». No me lo puedo creer.

—¡Hola a todos! Lo primero, gracias por venir y estar con nosotros en un día tan especial. ¡Ah! Para quienes no me han reconocido, soy Cristina. Alias «la Mojigata». Para quien no conozcáis la historia, la primera vez que Jaime y yo nos vimos, yo iba vestida tal que así, y por supuesto, el creído de Jaime pensó que, conmigo, ni de coña. Y yo pensé que, con un tío con un ego más grande que su cerebro, jamás de los jamases. Para que os hagáis una idea, lo llamaba «Míster Engreído». Pues nada... aquí estamos diez años después. —Se oyen risas. Yo sonrío abiertamente. ¡Qué recuerdos!—. A ver cómo digo esto: canto fatal. Hemos dejado tapones al lado de las botellas de alcohol por si los necesitáis, ponéoslos sin ningún apuro, no me lo voy a tomar como algo personal. —Se oyen más risas—. Reíd, reíd... cuando os sangren los oídos me lo contáis. —Guiña un ojo al público, los tiene comiendo de su mano—. Ahora en serio, canto mal, muy mal, así que para mí esto es todo un esfuerzo, os pido que no seáis muy duros conmigo. Acabará rápido. Jaime, ¡feliz cumpleaños!

Cris se sienta en el suelo con la guitarra. Y mis hijas se colocan a su lado. Empieza a tocar «You're still the one», de Shania Twain, no lo hace muy bien, pero tampoco le sale muy mal.

*Mmm, yeah-yeah*

*Looks like we made it*

*Look how far we've come, my baby*

*We mighta took the long way*

*We knew we'd get there someday*

*They said, "I bet they'll never make it"*

*But just look at us holding on*

*We're still together, still going strong*

En ese momento las niñas hacen los coros: *You're still the one*. Y yo alucino. Lo han hecho en el momento preciso, ha sido increíble. Veo a las peques que están pendientes de Valeria, que mira orgullosa a sus sobrinas. Ahora lo entiendo. Es ella la que les marca cuándo tienen que decir la frase.

*You're still the one I run to*

*The one that I belong to*

*You're still the one I want for life*

Otra vez las niñas hacen los coros: *You're still the one*. La gente se emociona, es un espectáculo muy entrañable, y no lo digo porque sea mi familia —que también—, pero ver a las peques cantando con Cris es muy dulce, incluso con los gallos que hacen.

Olivia y Vega, por detrás, siguiendo las instrucciones de Valeria cantan: *You're still the one*.

*You're still the one that I love*

*The only one I dream of*

*You're still the one I kiss goodnight*

*Ain't nothin' better*

*We beat the odds together*

*I'm glad we didn't listen*

*Look at what we would be missin'*

*They said, "I bet they'll never make it"*

*But just look at us holding on*

*We're still together, still going strong*

*You're still the one I run to*

*The one that I belong to*

*You're still the one I want for life*

Y otra vez mis peques cantan los coros: «*You're still the one*». Cris les sonríe alentadora, pero Vega se equivoca y, al darse cuenta, se pone a llorar. Cris se agacha a darle un beso y luego retoma la canción. Vega sigue lloriqueando y viene corriendo hacia mí. La cojo en brazos, le doy un beso y le digo bajito lo bien que lo ha hecho y lo orgulloso que estoy de ella, y solo eso basta para que deje de llorar y se acurruque en mis brazos.

Cris ha seguido cantando con Olivia haciéndole los coros. Yo no paro de mirar a la mujer que lo es todo para mí. Supongo que mis ojos dicen todo lo que siento en ese momento. Cuando canta las dos últimas frases se me ponen los pelos como escarpas.

*I'm so glad we made it*

*Look how far we've come, my baby*

Aplausos. Todos aplauden. Cris y Olivia se levantan y hacen saludos al público, mientras veo que Cris le hace una se a a Vega para que vaya con ellas, pero la peque est  muy a gusto conmigo y se queda en mis brazos. Me acerco a ellas y con un gesto le indico a Valeria que coja a Vega.

Cuando me acerco a Cris, me agacho y la cargo en mi hombro como un saco de patatas.

Se asusta y grita, y luego empieza a reírse. Estoy seguro de que ella también está acordándose de la primera vez que nos acostamos juntos: hice exactamente lo mismo. Todos los presentes se echan a reír al ver la escena e incluso se oyen algunos vítores, los saludo a todos con la mano.

Olivia se cree que estoy jugando y dice que ahora le toca a ella que la cojan como un saco de patatas.

—Creo que ahora les toca a mamá y a papá jugar ellos solos —dice mi cuñado David, socarrón, mientras carga a la niña como a un saco de patatas para que esté contenta.

Me llevo a Cris a nuestra habitación, lejos de todos. La quiero para mí solo un rato. La tumbo en la cama. Sus ojos brillan divertidos.

—Hoy voy a hacerle el amor a la Mojigata. Espero que a mi mujer no le importe.

Se ríe.

—Creo que tu mujer lo entenderá. La Mojigata es muy sexi.

—Esos faldones y esa camisa... —enumero mientras le deshago el moño y le quito las gafas—, mmm... son, sin duda, lo más irresistible que he visto en mi vida.

—Mmm... yo me esperaré a ver lo que esconde debajo de esos faldones.

Le quito la camisa, no se ha puesto sujetador, así que tengo vía libre para lamerle los pezones, que ya tiene erectos. Cris gime y yo me siento el hombre más afortunado del mundo.

—Seguro que la braga-faja que lleva puesta me pone a mil. O quizás lleve pololos. No sé si voy a poder contenerme.

—Tendrás que averiguarlo tú mismo, ¿no? —me provoca. Se ríe otra vez.

Le desabrocho el faldón —del infierno— y se lo bajo lentamente mientras le acaricio las piernas mirándola a los ojos. Gimo cuando veo que no se ha puesto bragas tampoco. ¡Joder con la Mojigata!

Entonces lo veo. Es pequeño, pero atrae mi atención inmediatamente. Al lado de su tatuaje de siempre, el de «*Most ardently*», se ha hecho uno nuevo. Es el símbolo del infinito. La miro a los ojos y asiente en silencio.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! Como eres un poco duro de entendeder, y además entras en la tercera edad, me lo he hecho por si alguna vez se te olvida cuánto te quiero. ¿Te gusta tu regalo?

—Tú eres mi mejor regalo, Mojigata.

Nos besamos con dulzura al principio, pero el deseo va creciendo entre nosotros, como siempre nos pasa.

«Te quiero a morir, pequeña», le susurro en el oído antes de dedicar toda mi energía a demostrárselo en cuerpo y alma.

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS

No sé las veces que habré resoplado al llegar al final de un libro y leer que el/la autor/a explica que justo los agradecimientos son la parte más difícil de escribir a pesar de haber escrito un libro de trocientas páginas. MIL DISCULPAS a todos ellos, porque ahora soy yo la que después de haber escrito muchas páginas me enfrento a lo mismo y no sé ni por dónde empezar. Y cómo no sé por dónde empezar, lo haré en orden cronológico... por ejemplo.

Gracias a mi familia por acercarme a la lectura desde muy pequeña. Gracias por ayudarme a crecer, por apoyarme, por quererme en toda mi gama de grises. Os quiero.

Alicia, gracias por ser (sin serlo) la mejor hermana mayor del mundo.

Belén, ¿qué puedo decir? Gracias porque siempre has estado conmigo desde que tengo recuerdos, es maravilloso tener a mi lado (aunque haya muchos kilómetros de distancia) a alguien que me conoce mejor que yo misma y de la que tengo la absoluta certeza de que está para todo lo que necesite, siempre.

Kike, gracias por ser especial y por quererme tanto; porque da igual que haga mil años que no nos vemos, para mí no cambia nada: tus achuchones son lo mejor del planeta.

Mis chicas del trabajo, gracias por ser como sois, porque han pasado muchos años y seguimos al pie del cañón.

Jorge, gracias porque siempre me animas a reinventarme a mí misma; pero sobre todo gracias por darme a las dos personitas que con sus “mamá, cuéntanos un cuento con la boca” han hecho que mi imaginación se desborde por completo hasta crear este libro. Sois mi fuerza motriz.

Elena, gracias por ser mi *cheerleader* particular, mi beta. Gracias por tus críticas constructivas, comentarios y sugerencias. Gracias por incentivarme a continuar pidiéndome más capítulos cuando no tenía ni idea de que pasaría con el manuscrito. Sin ti, esta historia no estaría publicada.

Gracias a Laura, Olalla y Nerea porque con sus aportaciones han mejorado este libro en calidad y estética.

Y, por supuesto, gracias a todos vosotr@s por leer la historia de Cristina y Jaime, espero

que la hayáis disfrutado.

¡MIL GRACIAS!



# ÍNDICE

[1 Estancada](#)

[2 Craso error](#)

[3 Murphy, eres un cabrón](#)

[4 Siempre puede ir a peor](#)

[5 Nada de líos](#)

[6 La Mojigata](#)

[7 Míster Engreído](#)

[8 Cena española](#)

[9 Se dice «follamiga»](#)

[10 Anna](#)

[11 Integrándome](#)

[12 Prohibida](#)

[13 Como escarpas](#)

[14 El abrazo](#)

[15 Planes](#)

[16 Acuerdo tácito](#)

[17 ¡Voy a tener visita!](#)

[18 Confidencias](#)

[19 En el aeropuerto](#)

[20 Algo pendiente](#)

[21 Rocky](#)

[22 Honey](#)

[23 El porqué](#)

[24 Álvaro](#)

[25 Despechada](#)

[26 Las cartas sobre la mesa](#)

[27 Miércoles, miercolete...](#)

[28 El tatuaje](#)

[29 La venganza](#)

[30 Exclusividad](#)

[31 El peor día de mi vida](#)

[32 Lo siento](#)

[33 Adiós](#)

[34 Hasta pronto](#)

[35 Encapsulada](#)

[36 La llamada](#)

[37 Fiesta en casa](#)

[38 Contenido](#)

[39 El reencuentro](#)

[40 Media hora](#)

[41 Con nadie](#)

[42 Volver](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)